

CARAS Y CARETAS

El eclipse parcial

Como todas las Cosas Buenas la "ASPIRINA BAYER" tiene sus imitadores

Al adquirirla fíjese bien que sobre el cierre de la cajita que contiene el tubo con las 20 tabletas del incomparable producto se halle adherida la *Estampilla Fiscal* con la "CRUZ BAYER".



COLOR ANARANJADO

¡SOLO ASÍ ES LEGÍTIMO!

¡No acepte jamás tabletas sueltas!

Si sólo necesita una dosis, pida un "SOBRE BAYER" que contiene dos tabletas. Rechace toda tableta suelta que pretendan venderle, aunque vea que la sacan de un tubo auténtico. De este modo impedirá que le sorprendan en su buena fe.



LULALOO

CUENTO DE HADAS POR CARMEN SILVA

Erase un ermitaño muy anciano. Se llamaba Padre Nicodemus, y se había construído una pequeña choza en el centro mismo de una floresta, al lado de un pequeño y misterioso lago de aguas hondísimas, de un verde transparente.

El Padre Nicodemus era un hombrecito chiquito y aun cuando no creo que sabía mucho de jabón y otras cosas por el estilo, siempre parecía aseado y arregladito por la blancura de su barba.

No puedo decir que sabía mucho a su respecto hasta que el petirrojo me contó su historia, la cual me pareció tan conmovedora, que estoy segura que a ustedes también les agradará oirla.

Se había dicho que en su juventud, Padre Nicodemus había sido un gran pecador, y por eso se volvió ermitaño, cuando se le puso el pelo canoso. He oído de otros casos parecidos, pero, de todas maneras, ustedes estarán de acuerdo conmigo, que el término un «gran pecador» es algo vago.

Uno puede ser pecador en muchas maneras distintas, y nadie pudo ser muy explícito sobre cual había sido la manera de Nicodemus; de modo que no tocaremos esta parte de la historia y escucharemos solamente la historia del petirrojo.

Dicho sea de paso, también se decía, que en aquella época, cuando Nicodemus era un gran pecador, que no se llamaba Nicodemus, sino un nombre muy distinto, pero esto también nada tiene que ver con el cuento del petirrojo.

— Yo quería al viejo Nicodemus, — dijo el petirrojo — encuadraba tan perfectamente dentro del silencio de nuestra floresta; no era más molesto que el ciervo, el tejón, la ardilla y todos los pajaritos que vivían cerquita del hondo lago verde, y sin duda, mucho menos que el halcón ceniciento de las garras amarillas y ojos crueles, el cual, de vez en cuando, venía a darnos un gran susto. Yo siempre he odiado al halcón, y asímismo toda mi familia, y también las lauchitas, las liebrecitas y casi todos los otros pájaros. Era, en efecto, hermoso, pero absolutamente sin escrúpulos y le importaba muy poco los sentimientos de sus prójimos.

El viejo Nicodemus era gentil y nos permitió construír nuestro nido cerquita de su choza. El aun consintió, cuando era la época de construírlo, que arrancáramos más de un pelo de su hermosa barba para el forro de nuestro nido. Creo que era algo distraído y no siempre se daba cuenta de lo que hacíamos, pues en seguida frotábase la barbilla, como si le hubiese picado un mosquito, y jamás nos retó.

Era muy obscuro el interior de la choza del ermitaño, de modo que él prefería sentarse afuera al sol, al lado del lago. Había «no me olvides» en cantidad, en ese lugarcito, de un azul y frescura deliciosos, y, un poco más adentro, unos blancos nenúfares, grandes, muy grandes.

A veces, principalmente a la tarde, las ranas hacían un tremendo barullo, — ¡cuack, cuack, cuack! — un ruido feo, el cual comenzaban todas juntas, y con la misma precisión cesaban, — pero parecía que el viejo Nicodemus ni siquiera las sentía.

También salía a la luz de la luna y se sentaba sobre el tronco de un árbol caído, del cual él mismo se había hecho un asiento tallado en forma de cuenco. Era un asiento gracioso, redondito, y Padre Nicodemus cabía en él como un huevo en una huevera.

En efecto, nunca descubrí con qué se alimentaba el viejo ermitaño, pero muchas veces estaba atareado con una olla negra suspendida sobre el fuego de una larga rama de la haya que daba sombra a su choza. También más de una vez lo vi juntar hongos, grandes hongos redondos, de blancos y duros tallos y cabezas de un gris aterciopelado. Aquellos de un hermoso rojo como el de mi pecho, jamás los recogía; sin embargo, muchas veces recogía algunos chiquitos, anaranjados, los cuales crecían en compactos grupos dentro del musgo.

Le gustaría nuestra floresta, es como una enorme catedral. En otoño, de un dorado estupendo, y al principio de la primavera, especialmente, especialmente cuando a través de las nuevas hojas brilla el sol, el verde es tan claro, que se inunda de luz amarilla. Esa es la estación que más me agrada. Allí, cerca del lago había también un grupo de pinos muy viejos y casi negros; hacían un fondo maravilloso para las hayas en primavera, y para los endrinos y

espinos blancos que florecen con una albura increíble.

Sí, es hermosa nuestra floresta, de una hermosura extraordinaria, solemne y tranquila. Es una floresta inmensa y se extiende por millas y millas, por millas interminables.

Tal vez yo esté hablando demasiado sobre la floresta y no bastante sobre Nicodemus; pero quise que conocieran el ambiente en que él vivía; y encuadraba allí tan bien, que casi no podría imaginarse la floresta o el lago sin él. Naturalmente, su soledad era espantosa. Quizá le gustara estar solo; yo creo que sí, mas un día...

El pequeño petirrojo hizo una pausa en su relato. Estoy siempre encantada cuando los animales, o el viento norte, o el pequeño río, me cuentan cosas, pero nunca los apresuro, por temor de que se resientan. Los dejo tomar su tiempo, pero les hago preguntas. Están siempre listos todos ellos para contestar, y es asombroso lo mucho que saben. Ya saben, por supuesto, que la luna cuenta unos cuentos maravillosos, — creo que la luna relata mejor que nadie — pero no siempre se puede tener a la luna presente; además, ella es tímida y vanidosa, y cuando hay muchas nubes, no se la ve nunca. De cualquier modo, yo estaba muy contenta por poder conversar con el petirrojo. Era tan simpático y su bien arreglado jaqué marrón y chaleco punzó, le daban un aire de mucha importancia.

— Un día — siguió el petirrojo — el padre Nicodemus sintió que alguien lloraba cerca el lago. Sollozaba, ¿sabe?, no gritaba.

Naturalmente, el bueno del anciano, acostumbrado a su soledad, primero no creía en sus oídos. Yo volé de mi rama, y fuí a ponerme al lado de él; incliné mi cabeza para un lado, pues es así como oigo mejor. El viejo Nicodemus puso su mano en el oído y pestañeó mucho, como uno que se despierta bruscamente de un sueño.

De repente agitaba levemente el agua una conmoción bajo la superficie; entonces vimos surgir despacio una cosa, de modo que grandes círculos se esparcieron por toda la superficie del lago, haciéndose cada vez más grandes hasta tocar las orillas. Luego otra vez el ruido de llanto y allí — mirándonos a nosotros por encima del agua — ¡había una carita encantadora, con grandes ojos azules bañados en lágrimas! Sí, yo sé muy bien que parece increíble, pero no estoy inventando. En el medio del lago, habían surgido del agua una pequeña cara en una aureola de cabellos dorados — la cara de una doncella — casi la cara de una niña, pero no del todo la de una niña.

— ¿Quién eres tú — exclamó el viejo Nicodemus. Su voz era ronca, él casi se había olvidado de su sonido, y por cierto, retumbaba de una manera imponente en nuestra soledad.

— Soy Lulaloo — respondió la inesperada aparición. Soy una doncella del lago y estoy perdida; hace mucho tiempo que estoy perdida, ni sé cómo llegué aquí — y de nuevo prorrumpió en llanto.

— ¡No llores, me aflige! Acércate un poco más — rogó el ermitaño. — Soy demasiado viejo para nadar sino iría hacia ti.

— Soy Lulaloo — repitió la doncella — y tengo cola de pez, igual a la de una sirena, pero soy de agua dulce.

— Acércate a la orilla lo más que puedas — imploró el ermitaño con insistencia. — Me caeré al agua si doy un paso más.

Y era verdad. Nicodemus ya tenía la punta de los sandalias en el lago.

La pequeña doncella del lago agitó su cola con un movimiento nervioso. Tenía una cola de pez, igual a la de una sirena. Yo no sabía de la existencia de doncellas de lago; pero la encantadora Lulaloo era una prueba de ella.

En mi vida había visto cara tan hermosa como la suya; era redondita y su boca también era redonda, igualita a una cereza bien madura. Sus ojos también eran redondos, muy redondos, y estaban franjeados por espesas y obscuras pestañas, las cuales les daban un brillo especial. Sobre todo, Lulaloo, en su desamparo y tierna juventud me pareció muy simpática y adorable.

Al viejo Nicodemus le pareció lo mismo; su afán para que ella se acercara más a la orilla, a la vez que afligía, era cómico. Caminaba impacientemente de un lado a otro, hasta que el sitio donde estaba parado se puso blando y barroso.

Impeliéndose por pequeños y bruscos movimientos, que agitaban toda la superficie del lago, y con muchas tímidas vacilaciones, Lulaloo se le acercó. Creo que ella jamás en su vida había visto a un viejito tan pequeño, ni a nadie con una barba tan larga y espesa.

De cualquier modo, se le pusieron los ojos más grandes aún y redondos; nunca me había imaginado que los ojos pudiesen abrirse tanto, y sentía que el corazón me golpeaba el pecho, ¡pum, pum! Creo que desde aquel mismo momento me enamoré de ella y lo mismo Nicodemus.

No deben ustedes escandaliezarse por eso. ¡Un ermitaño!; ya sé; pero no ven que era muy viejito, y todo un santo ahora, cualquiera que haya sido su juventud, y, yo no era más que un modesto petirrojo, con mi chaleco punzó y mi espalda marrón bien alisada.

Eso fué el principio de toda la historia, — de toda la alegría del viejo Nicodemus y también de toda su pena; más tarde, mi pena también, ¿saben, — mas debo hacer esfuerzos para contar la historia en debida forma, a fin de la que puedan comprender.

Lulaloo se acercó a la orilla y, después de escudriñar bien la cara del ermitaño y mirarle fijamente en los ojos, comprendió que podría tener confianza en él, y le relató toda su vida, y se hicieron tan buenos amigos, verdaderos amigos, por más que hacían una pareja muy rara.

Lulaloo pocas veces salía del todo del agua. Debe haber poseído ciertas cualidades del pez, pues eran rarísimas las ocasiones que pudo ser tentada hasta la orilla. Generalmente flotaba entre los nenúfares, o se quedaba medio escondida entre los «no me olvides» y yuyos cerca de la orilla.

A veces ella casi salía del agua y padre Nicodemus había hecho con tablas, una especie de pequeño muelle, y se sentaba en ese muelle con la punta de los pies en el agua, y la pequeña Lulaloo le abrazaba las rodillas y descansaba su rubia cabeza en su falda. Yo, por lo general, hacía el tercero, pero no siempre me veían, pues soy tan terriblemente tímido y modesto, que el menor movimiento me espanta. Sin embargo, más tarde Lulaloo, a mí también me tomó mucho cariño.

Jamás he visto nada igual a la serena felicidad reflejada en los ojos del viejo Nicodemus durante aquella época. La simpática cara del viejito resplandecía de alegría y su barba parecía erizarse por una profunda satisfacción interior.

Naturalmente, un ermitaño no lleva una vida de muchas ocupaciones; vive absolutamente solo y reza a cada rato, y medita profundamente sobre las vanidades de este mundo. No parece ser una vida muy útil que digamos, y sobre ese punto estamos completamente de acuerdo, pero en nuestra floresta no nos agitamos mayormente. Las estaciones van y vienen insensiblemente; hay lluvia y sol, temporales y heladas, días de un calor sofocante y el

inefable encanto de la dulce tristeza de aquellos días cuando caen las hojas.

Hay días que todos los pájaros gorjean juntos y días de tremendo silencio, cuando casi se puede escuchar cómo revientan los tiernos brotes y pimpollos; hay también días, cuando la nieve envuelve a todo tan misteriosamente, que casi no se puede creer que los árboles sean verdaderamente; todo se vuelve sobrenatural, vaporoso e intangible.

Y, ¡oh la blancura de nuestra floresta cuando la nieve cubre el suelo!

Esa es una estación triste para nosotros; sentimos tanto frío, tantísimo frío y escasean los alimentos... Los árboles, sin sus hoojas, parecen gigantescos esqueletos, y las puntas de las ramas de los pinos, ¡se asemejan a manos con los dedos abiertos y calzados con espesos guantes blancos!

Tal vez después que Lulaloo entró en su vida, el padre Nicodemus rezara y meditara menos; pero si se contaran todas las oraciones dichas por él desde que vivió solo en la floresta, habría realmente, creo, lo suficiente para satisfacer aun al Dios más celoso.

Oí a Lulaloo contar a su viejo amigo que ella era una de seis hermanas, que vivían juntas muy contentas, hasta que un día aconteció una cosa terrible. Todas sus cinco hermanas habían sido apresadas por una enorme red echada por unos pescadores a atrvés de todo el lago en que vivían.

— No sé — dijo Lulaloo — si aquella red fué echada para atraparnos a nosotras o a las grandes carpas que vivían en el fondo del lodo, pero, de cualquier modo, mis hermanas fueron atrapadas; yo sola me escapé; sentí sus llantos, sus sollozos y sus lindas voces alzadas en un coro de desesperación.

Lulaloo también tenía una voz realmente maravillosa y, a veces, nadaba por el medio del lago cantando con un sentimiento imposible de describir, con tanta ternura, que al viejo Nicodemus siempre le brotaban las lágrimas de los ojos. Yo los veía humedecidos, y por mi parte, también experimentaba, al oirla, una sensación de extraña alegría.

Nunca llegué a saber cómo vino a parar Lulaloo a nuestro pequeño lago. Supongo que se lo contó a Nicodemus un día cuando yo estaba ocupado con mis asuntos particulares, pues tenía una familia a la que había que alimentar, y más tarde tuve que dar lecciones de vuelo a mis hijitos.

Puede ser que hubiera alguna comunicación subterránea secreta entre aquel lago mayor donde Lulaloo había vivido con sus cinco hermanas y nuestro lago más pequeño; pero de eso no puedo estar seguro.

Algunas cosas permanecen siempre inexplicables para mi cerebro de pajarito.

Bueno: volviendo de nuevo a mi historia, el viejo solitario y la doncella del lago se hicieron compañeros inseparables.

Por la mañana, a primera hora, el viejito se arrastraba de su choza hasta la orilla del agua y batía palmas. Acto seguido aparecía la cabeza dorada de Lulaloo, cayendo de sus cabellos las gotas de agua cual otros tantos brillantes; sus redondos ojos llenos de luz, y su carita redonda deshaciéndose en sonrisas.

— ¡Buenos días, Lulaloo! — saludaba él.

— ¡Buenos días! — contestaba ella, y luego, en son de broma, le preguntaba si había rezado.

— ¿Tienes hambre, Lulaloo?

— Sí, tengo — afirmaba alegremente.

— Te voy a traer algo bueno. — Y se arrastraba de nuevo hacia su choza.

Sobre lo que cocinaba para ella no tengo realmente la menor idea, pero se sentía el crujido de ramas secas y luego los soplidos del viejo Nicodemus al esforzarse para avivar el fuego bajo la negra olla. Muchas veces, para hacerlo, se ponía de rodillas, y su hermosa barba blanca barría el suelo.

La pequeña fuente de comida que finalmente llevaba a su compañerita de agua dulce, parecía ser deliciosa y apetitosa, toda blanca en el hondo plato de barro.

¿De dónde conseguía sus víveres? Nunca lo descubrí. Tal vez siendo un hombrecito tan santo, los ángeles se los traían de noche, pero, generalmente, yo estaba dormido y nunca vi nada.

Conversaban muchísimo aquellos dos. Me gustaba observarlos. Lulaloo parecía haberse olvidado de sus penas, y todos los días hacíase una nueva guirnalda de «no me olvides» para adornar su cabecita; y cuando ya no era más el tiempo de esa flor, las hacía de cualquier yuyo, planta o flores que pudiera echar mano. Se deleitaba tanto en embellecerse como cualquier muchacha humana. No necesitaba molestarse tanto por el viejo Nicomedus, pues él, de cualquier modo estaba perdidamente enamorado de ella. En efecto, creo que desde que esa adorable criatura surgió de nuestro lago, no había en la tierra mortal más feliz, viejo o joven, rey o papa, que mi viejo ermitaño. Además, la voz de Lulaloo era encantadora.

Cuando ella cantaba, toda la floresta escuchaba y todos los animales que vivían en el bosque bajaban a la orilla del lago para oirla; los ciervos con sus hembras, los zorros y liebres y lagartos y hasta los caracoles y las cucarachas a quienes nadie, sin embargo, los hubiera creído afectos a escuchar canciones. ¿Lo hubieran creído ustedes?

Pero el canto de Lulaloo tenía algo muy especial. Se apoderaba de uno y se le infiltraba por todo el cuerpo como los rayos del sol, y entonces, de pronto, se sentía un frío glacial de pies a cabeza, y una gran melancolía y profunda desesperación invadían el alma. Verdaderamente era hermosa a la vez que terrible, y había también en él, una nota de fatalidad que parecía ser una advertencia del invierno y tempestades aun en el día más caluroso de verano.

Yo no sé precisamente cuánto tiempo duró aquel período de tierna amistad entre el viejito y la doncella del lago; puede haber sido solamente un mes, o dos, o tres.

Lo único que sé, es que aquel corto espacio de tiempo, encerró para Nicodemus felicidades innumerables; ¡tantas felicidades, que toda su vida anterior pareció no haber existido jamás! Vivía en la inefable alegría del momento.

Mas un día...

El petirrojo hizo una pausa. Era siempre en esas mismas palabras donde lo hacía, y entonces yo, sabiendo que iba a revelar algo de mucha importancia escuchaba con redoblado interés, aun cuando ponía siempre mucha atención, pues me encantaba oír noticias respecto a la vida del viejo ermitaño y la doncella del lago.

Me imaginaba perfectamente el placer que esa extraña pareja hallaba al encontrarse juntos. Sobre todo, me figuraba la rubia cabeza de Lulaloo escondida entre los pliegues del hábito del viejo ermitaño; estoy seguro que era de un paño de marrón obscuro, como la corteza de un cedro vetusto, y que los abundantes y magníficos cabellos de Lulaloo brillaban deliciosamente sobre ese fondo.

Mas un día...

El viejo ermitaño se había internado un poco en la floresta para buscar unas hierbas con qué sazonar el caldo de la comida, mientras que Lulaloo nadaba por todos lados por entre los nenúfares, zambulléndose de vez en cuando bajo la superficie y apareciendo de nuevo por otro sitio distinto. Eso

lo hacía para divertirme a mí. Su habilidad para nadar provocaba mi admiración; siempre se inclinaba uno a admirar lo que no sabe hacer. Cada vez que reaparecía reíase maliciosamente y sacudía de sus cabellos miles de gotas centelleantes.

De repente la vi dejar de jugar y a sus grandes ojos ponerse más grandes y redondos que nunca. ¡Había oído algo!

Como todos los de mi especie, yo tenía un oído de extraordinaria sensibilidad, pero me hallaba tan absorto mirando los juegos de Lulaloo, que por vez primera ella había oído, primero, o mejor dicho había visto, sí, visto a alguien que cabalgaba por la floresta en dirección al lago.

Salté sobre una rama baja, listo para refugiarme más alto si fuera necesario.

—Quién era?

—¿San Jorge?

¡Oh, qué hermoso caballero y qué magnífico caballo! Era todo resplandeciente y su caballo tan obscuro y brilloso como zarzas maduras, sus jaeces de un azul maravilloso, todos bordados con flechas y cruces de oro.

Yo siempre había oído hablar de la existencia de esos relucientes y espléndidos mortales, de que los reyes reunían a tales hombres alrededor de sus mesas redondas y de que algunos eran buenos y algunos malos, y todos ellos valientes. ¡Pero nunca tuve la esperanza de poder ver uno!

Este era alto y delgado, vestido de pies a cabeza con armadura de plata. Sentábase bien derecho, y sobre su casco había dos alas de metal que brillaban como si luces las iluminaran.

En una mano llevaba una larga lanza. En el otro brazo llevaba un lustroso escudo en el que se veían las señales de una corona y tres flechas. Todo lo vi tan claro, pero estaba seguro que estaba soñando, y creo que Lulaloo tenía la misma impresión; como quiera que sea, ella miraba y miraba como si nunca más pudiera cerrar los ojos.

Esa gloriosa aparición avanzó hasta la orilla misma del agua, hasta que las patas del caballo comenzaban a hundirse en el barro y una voz fuerte y varonil llamó:

—¿Eres tú de carne y hueso, o eres una ilusión?

—Sí dijo exactamente eso: «¿eres una ilusión?» Yo nunca había oído esta expresión antes.

Lulaloo, con una gracia deliciosa levantó en alto con las dos manos sus largos cabellos, de tal manera que le envolvían la cabeza como un velo de luz.

—Soy de carne y hueso, — respondió — pero, ¿tú no eres un sueño o una leyendea? Cuando yo cierre los ojos y los vuelva a abrir, ¿no habrás desaparecido? Y Lulaloo no parecía tener miedo alguno.

—Soy de carne y hueso, ya lo creo — contestó el caballero riéndose, pero mi caballo tiene mucha sed y yo también. ¿Permitirás que bebamos de las hondas y verdes aguas de tu lago?

—No es mi lago — respondió Lulaloo. — Pertenece el padre Nicodemus, y a la floresta y a mis amigos, el petirrojo, el ciervo, la ardilla, las liebres y los zorros, y a todos los muchos seres grandes y chicos que viven por acá. No soy más que una huésped. Soy Lulaloo nomás.

—¡No eres más que una doncella de asombrosa hermosura! — dijo el caballero, entre risas. — Si me apeo, ¿te acercarás un poco más para que pueda ver el color de tus ojos?

Eso es lo que dijo el hermoso caballero, y esa curiosidad suya fué el principio de todas nuestras penas...

El petirrojo inclinó la cabeza. Si no hubiera sido un pajarito, creo que habría sollozado, pero los pajaritos no sollozan. No sé explicar exactamente de qué manera pareció triste; pero lo pareció y repitió por segunda vez: «¡Sí, el principio de todas nuestras penas!» Supongo que a él le gustaba muchísimo el color de los ojos de Lulaloo; y a nosotros todos nos gustaba; aun las ranitas, las cuales no tenían opiniones propias bien definidas, ¡eran positivas en sus apreciaciones sobre los ojos de Lulaloo!

Mas como ya sabéis, padre Nicodemus y todos nosotros perteneciamos a la floresta, y el hombre resplandeciente era un extraño. Se dirigía, como supimos más tarde, al castillo del rey. A pesar de ser tan bello, yo hubiera deseado que tomara otro camino, y el viejo Nicodemus en particular lo hubiera deseado. ¡Oh, lo hubiera deseado de todo corazón!

Supongo que no hay tanta diferencia entre una doncella de lago y una doncella de tierra. ¡Siempre preferirán un joven y hermoso caballero con brillante armadura, a un viejo con una larga barba blaca! Aunque demuestren así poco juicio, supongo que es su naturaleza, pero eso, por cierto, era harto desagradable a Nicodemus.

Lulaloo era el milagro de su vejez, era su última esperanza, su primavera. Era la luz de sus ojos; su voz, para él, era un éxtasis; el azul de sus ojos, su tesoro más precioso; el contacto de sus suaves manos, la recompensa por las múltiples oraciones y ayunos y por los largos años solitarios que había pasado en absoluta soledad. Sí. ¡Lulaloo era para él la vida!

No sé si el caballero tenía por ella los mismos sentimientos; pero sé que Lulaloo, desde el primer momento que lo vió, le entregó su corazón; ¡él llegó a ser su vida, como lo era ella del ermitaño!

Sí, fué así no más, tan sencillo; ¡pero para el viejo Nicodemus fué una tristeza abrumadora!

Tampoco no sé decir justamente cuánto tiempo permaneció el caballero acampado al lado de nuestro lago; ¡pere pareció, por cierto, haberse olvidado de su prisa de llegar al castillo del rey!

De cualquier modo, fué el tiempo suficiente para hacernos sufrir terriblemente a todos, pues durante su estada no existía para Lulaloo nadie más que ese maravilloso ser extraño. No, ni el mismo padre Nicodemus. El fué tan bueno, que se hacía el humilde sirviente que preparaba comida para ellos, y luego, con los pies doloridos, se internaba lejos en la floresta; pues no podía ver a los dos sentados juntos, su cabeza sobre las rodillas del caballero, como antes la descansaba ella sobre su viejo y gastado hábito, pues debes saber que el pequeño muelle que había construído el anciano Nicodemus había venido a convertirse en el asiento de ese ser, parecido a un San Jorge, y que nos había robado los que más amábamos.

El no se la llevó, ¿saben?, pero igualmente la había robado, porque ella ya no nos prestaba atención alguna a ninguno de nosostros.

Y ella cantaba para él. ¡Oh, cómo cantaba!

Una noche, cuando la luna llena irradiaba casca-



das de plata sobre nuestro lago, dándole el aspecto de una inmensa superficie de hielo, y aun el tallo más pequeño arrojaba una negra sombra, yo sentí cantar a Lulaloo, cantar, como canta el ruiseñor en la primavera.

Asomé la cabeza del nido y allí estaba el caballero sentado sobre el muelle de Nicodemus, y en sus brazos, quedando solamente su cola en el agua, se recostaba Lulaloo, cantando, cantando su canción de amor, supongo, como el ruiseñor, pero entre nosotros, los pájaros, ¡es él quien canta a ella!

La luz de la luna le daba de lleno en la cara y yo recibí un gran susto. Su cara estaba pálida, pálida como la de un cadáver; solamente sus ojos eran grandes y obscuros. El la contemplaba. Entonces lo vi inclinar la cabeza, y vi juntarse sus labios... Eso paró su canción; mas en el silencio que siguió, oí algo como un gemido y, volviendo la cabeza, vi al viejo Nicodemus, sentado delante de su choza, con la cara escondida entre las manos.

¡Pobre, pobre Nicodemus!

* * *

Y así pasaron los días; el caballero se había quitado su armadura, y el traje que llevaba debajo era del mismo azul hermoso que los jaeces de su caballo; aquel azul, ¿sabe?, que tiene, a veces, el cielo en verano, cuando no hay nube alguna.

El había atado las patas de su caballo y lo dejaba andar suelto, pero éste nuca se alejaba mucho. Seguramente lo quería muchísimo a su amo.

El caballero era menos resplandeciente sin su armadura, pero aunque nos haya traído tantas tristezas a todos, debo confesar que no era menos bello en azul que en plata. Su hermoso pelo era de castaño obscuro y sus facciones tan regulares como las de un santo en una ventana de iglesia.

Había parado su espada con la punta metida en el musgo y sobre ella había colgado su casco y su armadura.

De noche, cuando la luna brillaba sobre ellos, su aspecto inspiraba miedo, cual una figura deformada escondiéndose bajo los árboles. Al lado estaba parada la larga y delgada lanza, y la luna hacía que su punta brillara como una estrella.

Todo eso daba a nuestra floresta un raro e insólito aspecto, especialmente aquella figura jorobada de la armadura y el casco.

Yo la odiaba, me hacía estremecer. Hubiera sido preferible que la espada se parara sola; entonces, a lo menos, hubiera parecido una cruz.

El pajarito hizo una larga pausa. Saltaba inquieto y nervioso y por un momento simulaba juntar unas semillitas desparramadas en el suelo. Yo vi claramente que trataba de ganar tiempo y, sin embargo, no voló. Temía a la vez que ansiaba continuar su relato.

— Todo eso era bastante desgracia, — dijo por fin — pero sucedió lo peor, cuando el caballero se marchó. ¡Sí, sé que usted pensará por qué! Y admitirá que fué la cosa más triste que pudiera acontecer en la tierra. ¡El corazón de nuestra pequeña Lulaloo!



Comenzaban los árboles a pintar; algunos ya estaban bien amarillos como visitantes dorados; otros tenían manchas marrón o rojas, que parecían haber hecho repentinamente de la noche a la mañana su aparición entre lo verde.

Cuando una fuerte ráfaga de viento soplaba por sus ramas, esas hojas multicolores se despegaban y volaban por el aire, cual otras tantas mariposas; bailaban y hacían mil piruetas; luego se posaban en el suelo, para levantar el vuelo nuevamente y repetir mil veces su desenfrenada danza.

Y, ¡ay, ay!, una mañana, el caballero se puso la armadura, su brillante armadura de plata y, ¡ay, qué hermosa era, y con qué insistencia lo miraba nuestra Lulaloo, con las dos manos oprimiendo su pequeño corazón!

* * *

¿Porque has vuelto a ponerte la armadura? — preguntó ella, y su cola de pez temblaba en el agua.

— Me he demorado ya demasiado, Lulaloo, más de lo que debía, olvidando mis deberes caballerescos para con mi rey, ¡el cual tendría sobrada razón para castigar mi negligencia! ¡Pero he sido tan feliz, he estado tan contento! ¡Lulaloo, Lulaloo, te amo!

Me daba pena ver la expresión de la carita de ella. Todavía lo miraba fijamente con sus grandes ojos redondos, y todavía tenía las manos puestas sobre el corazón.

— ¿Vas a volver? — preguntó. Su voz era débil, débil, como ahogada en la garganta.

— ¡Sí, volveré, Lulaloo, no te aflijas, volveré!

— ¿Cuándo?

— Tan pronto como el rey me conceda permiso.

— ¿Cuándo será eso?

— Volveré, Lulaloo — repitió el hombre de la armadura.

Ella todavía lo seguía mirando. Creo que ya se daba cuenta de que él no volvería jamás.

— ¡Tengo cola de pez!... — dijo.

¡Oh, debían ustedes haber oído la tristeza de su voz al decirlo!...

— Pero te amo, Lulaloo — repitió el caballero. — ¡Yo te amo! — y abrió sus brazos que brillaban como dos rayos de luz.

Lulaloo, con un pequeño sollozo, se vino nadando pero rápidamente, hacia la playa. Entonces el caballero se arrodilló con una rodilla sobre el muelle resbaladizo y otra vez se besaron. ¡Ay, cómo se besaban! Mi corazón palpitaba con extraordinaria violencia. El hombre casi levantaba fuera del agua a la suave y delicada Lulaloo. No sé cómo fué que su dura armadura no la lastimara.

Entonces, montando en su magnífico corcel negro se marchó sin dar vuelta la cabeza; y crujían las ramas secas bajo los pesados cascos de su caballo.

Poco a poco se perdía de vista, brillaba su armadura por entre las ramas como una luz y, de repente, desapareció del todo. Toda la floresta se estremeció; al temblar las ramas, parecía que los árboles lloraban sus hojas.

* * *

Todo ese tiempo, el viejo padre Nicodemus estaba sentado, quietecito en la sombra de su choza, con los ojos clavados en la cara de Lulaloo. Nada podría hacer, y él lo lamentaba; ¡eso era lo más penoso de todo!

El otoño era de un dorado milagroso aquel año. La naturaleza no omitía ningún esfuerzo para devolver la alegría a Lulaloo. ¡Y hubieran visto al viejo Nicodemus!: madre, padre, hermana y niñera unidos en una sola persona, no hubieran podido ser más cariñosos, más suaves, más atentos, más prudentes que el anciano ermitaño.

Conversaban muy poco en aquellos días: eran tan silenciosos que se podían oir caer las hojas secas. Esperaban, miraban y escuchaban el menor ruido que anunciara la llegada de él, que debía volver; ninguno de los dos creía realmente que volviese, y, no obstante, siempre lo estaban esperando. Yo también estaba constantemente alerta, y el menor ruido nos hacía sobresaltar. Siempre imaginábamos que oíamos el crujido de los palitos bajo las patas de un pesado caballo.

La floresta era una orgía de color; todos los tintes imaginables, de rojo, amarillo, marrón y naranja; pero se sentía cuán delicada era y efímera toda esa belleza. Había en ella algo artificial, algo casi ofensivo, como una mujer que pinta sus mejillas para borrar las huellas estampadas en ella por la muerte.

Lulaloo no trenzaba más guirnaldas para su cabeza, pero, de vez en cuando, con dedos temblorosos, el viejo ermitaño le trenzaba unas coronas maravillosas de hojas multicolores y frutitas coloradas y lustrosas. Mas Lulaloo pocas veces se las ponía, y, por lo general, quedaban olvidadas, dejando una mancha de cálido color so-

bre el pequeño muelle. Una sola vez, — porque su viejo amigo se había tomado el trabajo de ir hasta un claro muy lejano en la floresta para cogerlos — consintió ella que él le apretara sobre la frente una guirnalda de pálidos azafranes de otoño. ¡Qué delicados y hermosos eran aquellos azafranes! Cada flor era como una finísima copita de cera, hecha para que de ella bebiesen las hadas. A nuestra Lulaloo le sentaban a las mil maravillas, y algunos que se habían doblado le caían sobre los ojos.

Ahora no cantaba más. Nunca más. ¡Ay, qué mundo de tristezas encierran esas palabras! Ya no sentimos en el silencio de la floresta la dulce melodía de su voz encantadora. El caballero debe habérsela llevado. Cada vez se ponía más pálida y, a veces, yo la sentía decirse suavemente a sí misma: «¡Tengo cola de pez!» Nunca se quejaba, pero veíamos que lentamente se moría. Como si fuera la cosa más sencilla del mundo, el ermitaño y la doncella del lago habían vuelto a su antigua costumbre de sentarse juntos en el muelle, ella con la cabeza en su falda, pero no había ninguna conversación o risas, como en aquellos días felices, ¡tan felices, que jamás volverían! El no hacía más que pasar y volver a pasar su mano tan suave, tan suavemente por sus cabellos dorados. Lo que aumentaba más su tristeza ,y bien lo sabía yo, era que sentían la presencia del resplandeciente caballero, sentado entre ellos, separándolos; y, sin embargo. Lulaloo se moría de pena, porque él se había ido.

Después cayeron todas las hojas de los árboles; formaban sobre el suelo una espesa alfombra marrón y oro. ¿Hermoso?; sí, mas con aquella indecible tristeza de las cosas que tocan a su fin.

Después vinieron lluvias y tempestades y la muerte — sí, ¡¡la muerte de Lulaloo!!

Ella sabía muy bien que su caballero jamás volvería; entonces, ¿por qué procurar que se prolongase la vida? Todo se moría, todas las hojas, y cada florecita también, de manera que era mucho más fácil morir con todo lo demás. Tenía una cola de pez, y el viejo Nicodemus, ¡qué dolor!, con todo su cariño, ya nada le significaba; solamente un par de brazos en que morirse.

De modo que murió Lulaloo y ni todo el amor del padre Nicodemus pudo conservarle la vida. Murió en sus brazos, un día que llovía y la barba de padre Nicodemus se puso toda empapada, lacia y aplastada. Ella murió, y padre Nicodemus quedó sentado allí con ella toda yerta en sus brazos. Cada vez más fuerte caía la lluvia, y el viejo ermitaño, calado hasta los huesos y con las ropas pegadas a su frágil cuerpecito, permanecía sentado como en un letargo con la pequeña doncella del lago muerta en sus brazos. El petirrojo quedó callado durante un rato largo, y yo guardé silencio esperando a su lado.

— El la enterró frente mismo a su choza — continuó por fin el petirrojo. No tuvo que cavar un agujero muy grande, era tan pequeña ella; sin embargo, fué un gran esfuerzo para sus viejos y débiles brazos. Yo ayudé a forrar su última morada con todas las hojas más bellas que pude recoger. Las llevé una por una con mi pico, y toda mi familia, grandes y pequeños, compartió mi tarea.

Trabajamos muchísimo e hicimos su cama lo más blanda que pudimos, llenándola también de color. Aquella mañana el sol brillaba, y, cuando por fin el viejo Nicodemus se despidio de ella, la sepultura en que la colocó era como un pozo lleno de luz granate y oro.

El invierno aquel año vino temprano; todos sufrimos muchísimo, pues con nuestros corazones embargados por el dolor, teníamos menos resistencia contra el frío.

Nicodemus no tenía más que un pensamiento: el de conservar caliente la sepultura de su compañerita muerta; de modo que, en vez de entrar en su choza, se quedaba afuera, sentado en ella. No había en su pequeño cuerpo mucho calor para conservar caliente nada, pero su idea fué esa.

Todos los animales de la floresta venían por turno a sentarse al lado de Nicodemus, en la sepultura de Lulaloo. Vinieron los zorros y las liebres, el tejón, y una hasta el ciervo vino, pero no se sentó; los ciervos no se sientan, ¿saben?, o se acuestan o se paran y ese magnífico animal se paró nomás allí, cerquita del viejo Nicodemus.

Vino la nieve y luego las heladas. La nieve cubrió al viejo Nicodemus, hizo de él una gran figura blanda y blanca con sus contornos perfectamente redondeados. Parecía un hombre de nieve espléndidamente hecho. La nieve se volvió hielo y entonces él se transformó en hombre de hielo, y su larga barba era un arroyo de carámbanos, y cuando brilló el sol, irradiaba el hielo miles de colores de arco iris.

Pero el viejo padre Nicodemus nada sabía de todos esos colores. Dormía dentro de aquella resplandeciente envoltura; no quería saber más de nada estando muerta Lulaloo.

Y no sabía que él mismo estaba muerto, ¿sabe?; más eso no le debe entristecer. El no quiso estar vivo sin Lulaloo.

Fué exactamente así, como el pequeño petirrojo me contó la historia del padre Nicodemus y de Lulaloo, la doncella del lago, que amó a un caballero.



TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS POR ROBERTO ATKINSON.



Apellidos Argentinos



Que Herrero es un apodo de oficio elevado a la categoría de apellido, resulta verdad indudable, tan indudable como que herrero viene de hierro. Aquí terminaría la historia etimológica del simpático patronímico, si el origen y transformaciones de la voz herrero no fuera interesante. ¿Quiere el lector que le cuente el nacimiento y andanzas de tal vocablo? Vamos a contarlo fantaseando un poco. Los lectores quitarán todo el fierro que crean conveniente.

Hierro o fierro (como aún se dice en la Argentina), es palabra que hemos heredado del latín. Ferrum llamaban los compatriotas de Cicerón a ese noble metal. «Sírvele de base — indica Calandrelli — la raíz *ferr*, primitiva de *fers*, correspondiente a la indoeuropea *bhars* (pronúnciese *bh* casi igual que *ph* o *f*) atiesarse, ponerse tieso; envararse, pasmarse, entorpecerse (los miembros); helarse de frío, erizarse, ponerse tiesos los cabellos, etc.» En griego *phrix*, *phrixos*, estremecimiento, conmoción; *phrisso*, *phritto*, erizarse, tener el pelo erizado; *phrigos*, frío, *phigos*, calofrío, fiebre; latín *fastigium*, la cumbre o cima de alguna cosa que termine en punta como la pirámide, *frigus*, *frigoris*, frío, del que desciende nuestra palabra frígido. De *ferrum*, *ferreus*, *ferrarius* vienen *ferrero* y *herrero*. Calandrelli añade que es necesario también consultar el inglés *bristle*, erizar, levantar, atiesarse las cerdas o púas; *brisle*, cerda, púa, seta, pelo recio y duro que crían los cerdos, holandés *borstel*, antiguo alto alemán *burst*, sueco *borot*. Los ingleses llaman *bur* y *burr* al cadillo o cabeza áspera de algunas plantas.

Así se confunden en radicales parecidas las ideas de frío, fiebre, fuego, hierro, estremecimiento, cumbre, calofrío, pasmarse, cerda, púa y otras.

Fantaseemos ahora un poco. Estamos en la archimilenaria época en que el hombre se apoderó del fuego. Asegura la hermosa leyenda griega que Prometeo, dios amigo de las pobres criaturas, se lo robó a los dioses. La palabra Prometeo viene o es sinónimo de Pramanta, nombre que los indostánicos daban al aparato por medio del cual encendían fuego por frotación.

Un vascófilo, Sánchez Calvo, nos dijo en su libro «Los nombres de los dioses» que la raíz *ber* significaba para el hombre prehistórico la representación del acto respirar, hervir, borbotear. El agua hirviente vivía, respiraba. En todos los nombres divinos encuentra Sánchez Calvo dicha raíz.

Representémosla en su forma más simple *br* y en sus derivados *bhr*, *fr*, *phr*, *pr*, *vr*. Se sabe que las raíces de nuestras lenguas de flexión externa tuvieron en tiempos flexión interna. *Bhar*, *bher*, *bhir*, *bhor*, *bhur*; *far*, *fer*, *fir*, *for*, *fur*; *par*, *per*, *pir*, *por*, *pur*; *fra*, *fre*, *fri*; *pra*, *pre*, *pri*; *por*, *per*, etc. son ejemplos de esta flexión de la raíz bilítera que representaremos en su forma más extendida *pr*.

Ber llamaron al milagro de la ebullición, del calor para siempre conquistado. Fué la palabra de moda, y sus variantes las aplicó el hombre a las cosas mejores. *Pri*, es lo primero, lo mejor, *pyrus*, el fuego, *pyrgos*, el castillo, la fortaleza; el vascuence *bero* significa calor; *pyra*, pira, la hoguera de los sacrificios. Casi todas estas raíces a fuerza de significar mucho han perdido su significación primitiva. Hoy día las palabras del fuego son preposiciones de sentido diverso: *po*, *para*, *pour*, *par*, *for*, *fur*, *fra*, etc. Indican motivo, causa, dirección, preeminencia y otras calidades de un modo vago. Estudie el lector el oficio que estas preposiciones y las preposiciones inseparables ejercen en los idiomas y medite sobre la explicación que le damos.

Las palabras del fuego han dejado también sus huellas en las demás partes de la oración. *Burr*, quemar, abrasar, palabra a la que los escoceses del norte dan el significado de arroyo, riachuelo; *fire*, fuego; *burning*, arder, quemar, abrasar; *brasa*; *burdin*, hierro en lengua vasca; *fermento*, *faro*, *pirámide*, *pirata*; *fregar* o *refregar*, *fricare* (refregar dos maderas para producir lumbre), *frotar* y miles de voces se enlazan de esta manera. Entre ellas hay algunas que no dejan lugar a dudas: *purgo*, *puro*, *purificación* nos hablan de la ceremonia de limpiar, purgar por medio del fuego.

Nos permitimos asegurar que las formas históricas *Ferrandus*, *Ferrand*, *Ferrante*, *Ferrant*, *Ferrán*, *Ferraz*, *Ferriz*, *Ferruz*, *Ferráiz*, *Ferruz*, *Ferraiz*, *Ferraza*, *Ferruzo*, *Herrán*, *Herráiz*, *Herráez*, *Herranz*, *Ferrándiz*, *Ferrández*, *Ferrandeiz*, son variantes del apellido Herrero y no pertenecen a los patronímicos Hernández y Fernández.

ARGANTONIO

INTERNEMONOS EN LOS MISTERIOS DEL SUPRARREALISMO

Y APRENDAMOS A MANTENER UNA CONVERSACION SUPRARREALISTA



PREGUNTAOS si no estáis soñando:

«A aquella hora, el parque tendía sus rubias manos sobre la fuente mágica. Rodaba por la superficie de la Tierra un castillo sin significado. Cerca de Dios estaba abierto el cuaderno de aquel castillo, sobre un dibujo de sombras, de plumas, de iris. «Al Beso de la Joven Viuda»: este era el nombre de la posada acariciada por la velocidad del automóvil y por las suspensiones de hierbas horizontales. Las ramas del pasado año no osaban moverse a la aproximación de las persianas, cuando la luz precipita las mujeres al balcón. La joven irlandesa, turbada por las jeremiadas del viento del Este, escuchaba reir en su seno a las aves marinas.

"Hijas del sepulcro azul, días de fiesta, formas sonantes del ángelus de mis ojos y de mi cabeza a la hora del despertar, costumbres de las provincias inflamadas: vosotras me traéis el sol de las carpinterías blancas, de los aserraderos mecánicos y del vino. Es mi ángel pálido, son mis manos tan reconfortadas. ¡Mudas mujeres del Paraíso Perdido!

«El fantasma entra en puntillas. Inspecciona rápi-

damente la torre, y baja la escalera triangular...»

....

Así empieza, si no me engaño, la novela *suprarrealista* titulada *Poissón soluble*. (Pescado soluble), del joven escritor francés, André Breton, inserta en el reciente libro: "*Manifeste du surréalisme*" (Manifiesto del suprarrealismo), del mismo autor.

He aquí la receta de André Breton para hacer literatura suprarrealista.

«Después de haberos instalado en un lugar lo más favorable posible al recogimiento del espíritu sobre sí mismo, haceos llevar recado de escribir. Poneos en el estado más pasivo o receptivo que podáis. Haced abstracción de vuestro genio y de vuestro talento, y del genio y el talento de los demás. Repetíos que la literatura es uno de los más tristes caminos que conducen a todas partes. Escribid rápidamente, sin asunto preconcebido, tan rápidamente, que no recordéis lo escrito ni os sintáis tentado de releerlo. La primera frase vendrá por sí sola, tan cierto es que a cada instante hay una frase extraña a nuestro pensamiento consciente, que lo único que le falta es que la pronunciemos.»

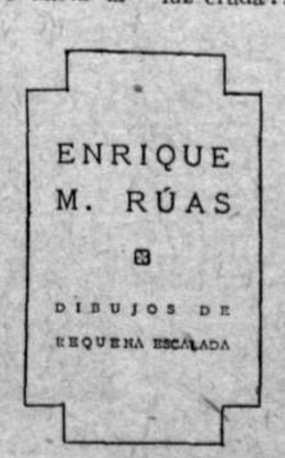
Más concisamente: escribir lo que salga, poniendo el más escrupuloso cuidado en no pensarlo, ni antes ni después de escribirlo.

Pero si esto es la literatura suprarrealista, ¿los actos de un orate no son actos suprarrealistas? Lejos de negarlo, dice André Breton: «Hoy, 8 de junio de 1924, hacia la una de la madrugada, la voz me susurra: «Béthume, Béthume.» (Palabras que le acudieron a la cabeza, sin haberlo comido ni bebido). ¿Qué quería decir la voz? Yo no conozco a Béthume (una ciudad de Francia, donde Dumas localiza una escena de los *Mosqueteros*, y no tengo sino una idea muy vaga de la situación de ese punto en el mapa de Francia; Béthume no me evocó nada, ni aun cierta escena de los *Mosqueteros*. Pero yo hubiera debido salir para Béthume, donde quizá me aguardaba alguna cosa.»

Así como hay una literatura, puede y debe haber, cree André Breton, una conducta suprarrealista. Haced lo primero que os acuda a las mientes. ¡Lástima grande que muchas veces las consecuencias pudieran ser desastrosas!

Pero André Breton nos recomienda el suprarrealismo sobre todo para la conversación.

«Es al diálogo a lo que mejor se adaptan las formas del lenguaje suprarrealista. El suprarrealismo poético se ha concretado hasta la fecha a restablecer el diálogo en su verdad absoluta, desligando a los dos interlocutores de las obligaciones de la cortesía. Cada cual prosigue sencillamente su soliloquio, sin querer buscar en él ningún placer dialéctico particular, ni querer convencer a su vecino. Las razones cambiadas no tienen por objeto, como de ordinario, el desarrollo de ninguna tesis, por insignificante que sea, y son lo menos afectadas que se pueda. Las respuestas son en principio completamente indiferentes al amor propio del que ha hablado. Las palabras, las imágenes se ofrecen sólo como trampolines al espíritu del que escucha.»



Pero — preguntará el lector — ¿y si a alguno de los interlocutores la voz le susurra: «Béthume, Béthume?» En efecto, en ese caso, fuera de temerse la súbita interrupción del coloquio.

Qué es, más íntimamente, el suprarrealismo? He aquí lo difícil, caballeros, pero ensayemos:

¿De quién es esa voz que oye el hombre que está despierto, y que le dice sigilosamente: «Béthume, Béthume»? ¿Es acaso, la voz de la razón? ¡Jamás! Antes bien, si aquella voz ha podido oirse, ha sido a favor de un amortiguamiento de la razón. La llama estuvo a punto de apagarse, y fué entonces que se oyó el susurro: «Béthume, Béthume.» Porque esa voz que oyó el hombre que está despierto, es la voz del hombre que ha estado soñando, y que ahora duerme a su vez, mientras permanece encendida la razón. El es también quien dicta cuando nosotros apagamos la razón y nos vamos a escribir obra suprarrealista.

Los suprarrealistas creen que la soñación es la verdadera realidad, puesto que, mientras a veces dudamos de lo que designamos con este nombre, durante la soñación nunca dudamos de lo que soñamos. Creen asimismo, que los pensamientos y las obras del hombre despierto obedecen a sugestiones del hombre que sueña. Y creen, por último, en una futura refundición de la soñación y de la realidad en una especie de realidad absoluta que sería la suprarrealidad. Un grupo numeroso de jóvenes escritores franceses han hecho profesión de fe suprarrealista, y ya han reunido muchas obras inéditas.

El porvenir del suprarrealismo es una incógnita. Pero si tuviese la desgracia de morir, sería justo que le sobreviviesen algunas de sus observaciones al realismo. Veamos esta descripción realista:

«La pequeña habitación en que el joven fué introducido estaba tapizada de papel amarillo; las ventanas ostentaban cortinas de muselina y estaban adornadas con geranios; el sol poniente derramaba sobre todo aquello una luz cruda... La habitación no tenía nada de particular. Los muebles, de madera amarilla, eran todos muy viejos. Un diván con el gran respaldar caído; una mesa de forma oval frente a él; un tocador y un espejo contra el entrepaño; sillas a lo largo de las paredes; dos o tres grabados sin valor que representaban señoritas alemanas teniendo pájaros en las manos: he ahí a lo que se reducía el mobiliario.»

André Breton toma de Dostoyewsky esta descripción. Ella prueba, al menos, que, a veces, el realismo no es tan entretenido como el suprarrealismo.

Equivalencia de quebrados

Observando estas figuras, podrás comprender por qué $\frac{1}{2}$ es igual a $\frac{2}{4}$ a $\frac{4}{8}$ a $\frac{8}{16}$ a $\frac{16}{32}$ y a $\frac{32}{64}$

También por ellas podrás explicarte el principio de fracciones que dice: Multiplicando el numerador y denominador de un quebrado por una misma cantidad, el quebrado no altera.

Efectivamente; tomemos el 1.º de los ilustrados, el N.º 1: $\frac{1}{2}$ multiplicado por 2 nos da $\frac{2}{4}$

$\frac{1}{2}$ » » 4 » » $\frac{4}{8}$

$\frac{1}{2}$ » » 8 » » $\frac{8}{16}$

$\frac{1}{2}$ » » 16 » » $\frac{16}{32}$

$\frac{1}{2}$ » » 32 » » $\frac{32}{64}$

Observando ahora las fracciones:

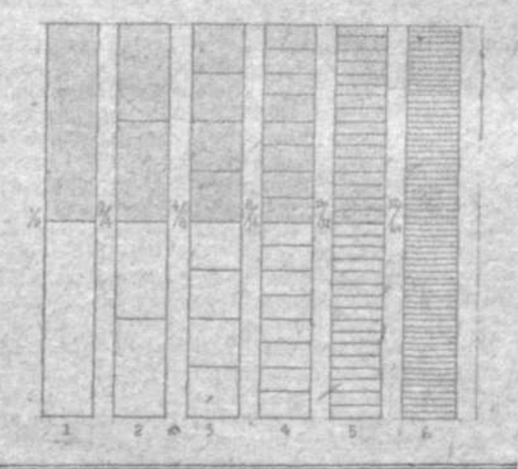
$$\frac{2}{4}, \frac{4}{8}, \frac{8}{16}, \frac{16}{32} \text{ y } \frac{32}{64}$$

vemos que todas equivalen a $\frac{1}{2}$.

Cuando en un quebrado, el denominador es el doble del numerador, podemos asegurar que ese quebrado es igual a un medio:

$$\frac{3}{6} \quad \frac{7}{14} \quad \frac{9}{18} \quad \frac{5}{10} \quad \frac{50}{100} \quad \frac{300}{600}$$

Trata de hacer la experiencia con una tira de papel: *dóblala en 6 partes y toma tres, o dóblala en 10 y toma 5*, etcétera.



P I E N S A y

La niña buena

(CANCIÓN DE NIÑOS)

—*Niña, se ve que eres buena;*
niña, se ve que eres sana;
niña, se ve que eres limpia
como los chorros del agua.
¿Adónde vas tan ligera
y sola, tan de mañana?
¡Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara!
—Voy a la fábrica aquella
que está al pie de la montaña.
Aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.
Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.
Mantengo a tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...
Me levanto muy temprano,
aun más temprano que el alba,
y ya me dejo a estas horas
arregladita mi casa...
—Anda con Dios, hija mía.
Si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

VICENTE MEDINA.



Pato

Cabeza. — Pequeña, redondeada y cubierta de plumas, termina en un pico duro y ancho, ojos pequeños y redondos, oídos como las gallinas.

Cuerpo. — Forma alargada, cubierto de plumas, termina en una cola corta y redondeada; en la parte superior y a los costados de las alas, plumas largas y fuertes.

Extremidades. — Dos patas cortas, terminadas en dedos unidos por una membrana que le sirve para nadar.

Generalidades y utilidades. — Es un ave, habita cerca de las lagunas, animal doméstico, nadador, se alimenta de granos, hierbas, insectos.

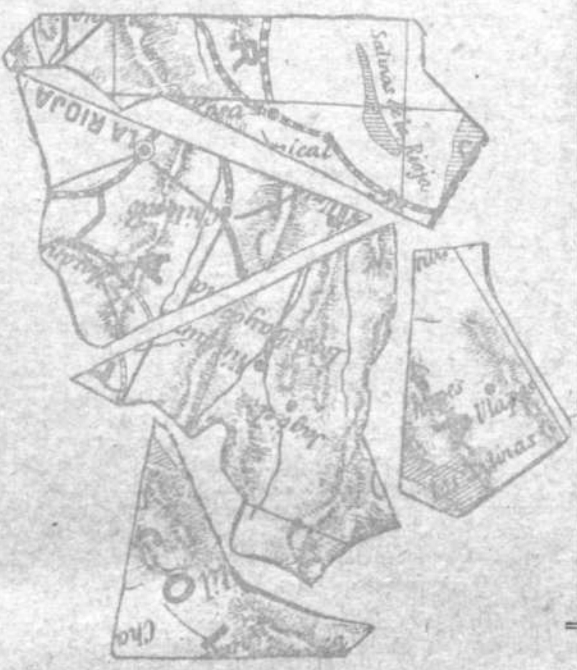
Se utiliza su carne, los huevos y las plumas.

Camina — nada — vuela.



ARCADIA DE

E J E C U T A

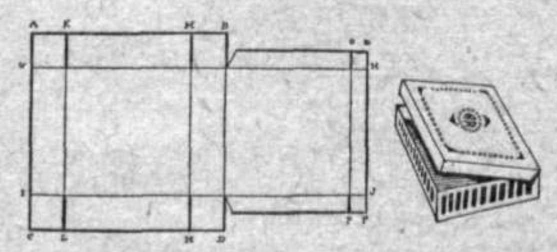


Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo. Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego un hermoso mapa de tu patria.

(*Véanse los números anteriores.*)



Cajita de cartulina



Decorada esta cajita con simples elementos, puede servir de adorno y utilidad a la vez.

En forma triangular, pentagonal, exagonal, etc., resultan muy bonitas, ofreciendo la misma facilidad que la modelo.

Soluciones del número anterior

ROMPE MATES: 1.º Cabo cuarto.
2.º Derrota.
3.º Sobresaliente.

CHARADAS: 1.ª Camilo.
2.ª Cabalgata.

MULBRODH

Aprende a conocer lo que te rodea

LA VACA



Animal grande y muy útil.

¿Han pasado la mano sobre el cuerpo de una vaca? ¿Qué han notado en su pelo? ¿Qué observan en su cabeza? ¿Cómo son sus ojos? ¿Qué parecen decir? ¿Cómo son los cuernos? ¿Y las orejas?

¿El cuerpo es del tamaño de qué otro animal? ¿En qué termina? ¿Qué hace con la cola? ¿Qué otro animal la ocupa del mismo modo?

¿Cuántas patas tiene y cómo se llama por tener ese número? ¿Cómo terminan las patas? ¿Hace ruido al caminar? ¿Por qué los caballos lo hacen?

¿Cómo se llama el lugar donde duermen las vacas? ¿Qué comen? ¿Qué cuidados necesitan? ¿Qué hacen para comer? ¿Dónde se les pone la comida? ¿Qué hacen para beber?

¿Canta la vaca? ¿Cómo se llama su grito?

Al caminar ¿cómo mueve las patas? ¿Es ligera? ¿Han visto cómo se limpia? ¿Cómo lava a sus hijos? ¿Los acaricia? ¿Cómo lo hace? ¿Cómo los llama? ¿Para qué se pone a los terneros un cuero grueso en la boca?

¿Cuáles son las utilidades de este buen animal?

Con el cuero de la vaca ¿qué se hace?

¿Cómo son los niños que maltratan a este animal? ¿Por qué?

Los lecheros son los que reparten y venden leche; así se ganan la vida y sostienen a su mujer y a sus hijos; luego proporciona trabajo al hombre.

Las casas donde se vende leche, se llaman lecherías. En las carnicerías se vende carne de vaca y de otros animales. El carnicero la despacha.

Todo plato de comida en que entre la leche, es sano y muy alimenticio.



EL "CHALEQUERO"

Un señor se le había presentado. Con un «¡buenos días, maestro sastre!», le comenzó a hacer preguntas. Que de qué punto de España procedía. «De las Batuecas», le contestó él. Que de quién era el niño que con él vivía. Entonces don Teobaldo, apodado el «Chalequero», levantó el rostro de la costura, y, como un desafío y al mismo tiempo como un «no me fastidie usted más», le chantó:

— Es un hijo del arroyo. ¡Yo le protejo!

Aunque la napolitana encargada advirtiera al «Chalaquero» que el señor venía por datos para el censo, el viejo desconfiaba. Y cuando el desconocido se fué, no faltó quién le trajese el parte de que se trataba de un miembro de la Liga protectora de Niños.

— ¿Que yo maltrato al «Pitipí»? — gritó el viejo para todos los de esa casa de 57 piezas de 3 por 4 y un mundo en cada pieza... — ¿Qué yo maltrato al niño? ¡Pluguiera a Dios que os cayese en suerte un granuja como él! ¡Debiéraislo tener a vuestra costa! ¡Os divertiríais, recua de alfeñiques, cuando viéseis que os devora hasta las ganas de chismosear!

Pero si don Teobaldo, el «Chalequero», no las tuvo todas consigo desde ese día, tampoco dejó de ser quién era para «Pitipí.»

No bien despuntaba el día:

— ¡Levántese el señorito! — le decía. — ¿O espera que cuatro príncipes le carguen en andas?

Y...

— ¡Ay! — gritaba el niño, por alguno de los pellizcos despiadados del viejo. Y con un «uh, uh, uh» de protesta monótona, prendía el fuego y preparaba el café. Luego iba a compras. Y se retardaba debido a que don Teobaldo lo recibía infaliblemente con nuevos estrujones y pellizcos.

— ¡Que me engañas, ladronzuelo!

Y quería que le devolviese el dinero que suponía se guardaba «Pitipí», ya que aquellos garbanzos no podían pesar un cuarto de kilo.

O si no, viendo que alguien del patio se metía con él haciéndole caer algo de lo comprado:

— ¡Chuzo has de ser y no mantequilla, animalejo blandón! — le gritaba. E insistía por lo comprado: — ¡Tráeme eso aquí, quiero verlo!

El viejo quería que le dejaran las cosas en la mano. El niño le conocía la treta. Pero al fin caía en las garras del «Chalequero», que se estaba en su silla cosiendo como la araña en su rincón. ¡Qué poder tenía la frase melíflua de «ven niño, ven, que mal no te he de hacer!» Mil veces se la había oído, las mil veces la creyó sincera, y en todas ellas los estrujones de don Teobaldo habían sido tan crueles como siempre. Y gracias si no terminaban con un feroz pinchazo de aguja, como aquel que diera a su madre, que le abultó y pudrió el brazo.

La madre de «Pitipí», que en mal momento se casara con el viejo, habíase fugado...

¡Harta la pobre, sí! Pero lo había dejado a él con don Teobaldo. «Pitipí» no concebía esa maldad de su madre, aunque a veces atenuaba sus sordos reproches pensando que ella no se imaginaría que el viejo llegase a ser con él más malo que antes con ella. Y ¡vaya si lo fué! A ella no la encerraba en la pieza. Entre los terribles sufrimientos que él padecía, figuraba el encierro por sobre todos.

— Prepárame la plancha, — a las diez de la mañana ordenábale infaltablemente don Teobaldo. Y lo seguía riñendo por supuestos desperdicios de carbón.

El niño había aprendido a encender la plancha tan bien como su madre. Era una empanada de hierro con relleno de fuego.

— ¡Ya te quemarás las manecitas, mi querubín, cuando te veas en el trance de encender la otra! — asustábalo don Teobaldo, y se refería a una plancha de medio metro, sombría y espantosa como un buque de guerra, que permanecía debajo de su cama, herrumbrosa pero con ceniza en la entraña como si hubiese sido encendida el día anterior.

¡La otra plancha, a él que no podía levantar a dos manos la de todos los días! — pensaba extrañado el chico mientras don Teobaldo repasaba a fuego sus escrupulosos chalecos y los llevaba a entregar.

Pero antes de salir era la cosa.

— ¡Adentro, adentro el perdulario! ¡Fugarte tú también! Te lo adivino. ¡Entra el brasero ya! Ha de bastarte ese fuego para el cocido, derrochón que eres, o te desuello vivo en llegando.

Brasero, cazuela con las cosas por guisar, todo entraba el niño, y allí quedaba encerrado a llave, en un «¡uh, uh, uh...!» continuo de protesta entre llorada y canturreada, pues rara era la vez que el encierro no se producía sin previos maltratos.

— ¡Viejo hereje! — susurraban las mujeres del patio al verlo irse, pequeño, medio corcovado, fruncida la obscura y aguileña cara en que se escondían, para aparecer de golpe como dos florecillas, las chispas aceradas de su mirar.

Con el mismo paso menudo y rastrero que se iba regresaba a los quince minutos, y pretextando que el niño guisaba mal, que le había echado a perder la comida, arrojábalo al patio por un momento.

La verdad era que no quería que viese dónde guardaba el dinero cobrado. Tal suponían muchos en la casa. Y comentaban: — —¿Llevarse su mujer lo juntado por el tacaño? No; él lo dice: «mi dinerillo, mi poco de dinerillo, que se llevó la perdida». Pero no es cierto.

Cuando el viejo reabría la puerta solía ver que alguien, compadecido, acariciaba la cabeza al «Pitipí», después de haberle dado algo de comer.

— ¿Con regalías a él?

El niño corría a la pieza, temeroso, alzando un brazo con que atajarse los golpes del viejo. Este acostumbraba atarlo al pie de la cama.

— ¿Con regalías al caballerito, cuando ha dejado sin cucharada de guiso a su protector, a quien debiera venerar y no estarle calumniando entre los vecinos?

El «Chalequero» ponía la cazuela sobre sus rodillas en que un diario viejo hacía

las veces de mantel. Zampábase el guiso. Y de sus restos y con unas costras de pan, «Pitipí» se hacía luego su comistrajo.

Don Teobaldo calculaba y volvía a calcular que el muchacho le salía caro. Cuando su mujer, María Gómez, estaba con él, todo marchaba a maravilla. Ella, sin dejar en un detalle el quehacer de la casa, reportábale el producto diario de dos chalecos. El niño traíale todas las noches, de cierta mensajería, más de un peso de propinas y al final del mes el sueldo. Se metió en la mensajería el miembro de la Protectora de Niños... el mismo que vino a fastidiarle... y... nada: que había un menor, que el dueño sería multado... Y se le envió a casa esa inútil cosa de «Pitipí.»

Don Teobaldo aguardaba empero, que María Gómez, abandonada al fin por el hombre con quien huyera, volviese junto al hijo, esto es, junto a él. Así es que sustentaba al niño como si fuese un cebo. Además el «Pitipí», transcurrido un tiempo, sería otra vez productivo; María le ganaría de inmediato buena plata como antes... Codiciosa esperanza que no hallaban fundada los del patio. Estos sabían que el viejo había apretado en su mujer, hasta *lo último*, el torniquete de la avaricia y de la crueldad. Cobraba él la tarea diaria y hacía desaparecer misteriosamente el dinero. María terminó sublevándose con varoniles bríos. De los agarres continuos resultó la gangrena de su brazo, que el viejo, que se la produjera hundiéndole allí la aguja, la refería a todos como picadura de una mosca verde. Para la incisión en la parte enferma y limpieza con sublimado, María tuvo que ir al hospital. Allí encontraba al mozo ayudante con quien fugaría, y en su casa don Teobaldo la acusaba de no coser medio chaleco, agregando:

— ¿En qué desvíos anda la melindrosa? ¡Y deja entrar la pobreza en casa como si fuera Pascua florida!

Y ahora, transcurrido medio año, no podía volverse a su piecita de antes... Tenía, quisiera que no, que pagar él solo 47 pesos todos los meses, porque a su mujer, a su lucerito del alba, se le había ocurrido casa grande cuando contrajo matrimonio. ¡Casa grande para abandonarla, la muy oveja! ¡Su piecita, en cambio, la número 19, en el recodo izquierdo del conventillo, disfrutábanla otros!

—La pieza número 19 era un cuchitril poco más espaciosos que una perrera.

—Cuando veía el «Chalequero» pasar al viejo o la vieja que ahora lo habitaban:

— ¡Usurpadores de la suerte del pobre, — decía en alta voz. Les buscaba pendencia; poníase como loco, clavando en sus maldecidos «usurpadores» la mirada de estilete de sus ojillos feroces.

Los viejos del cuchitril se habían acostumbrado a no escuchar al maniático; pero no así doña Tomasa, la criolla que enfrente del «Chalaquero» vivía.

— ¡Vean al canalla de viejo, propasándose con la gente que nada le hace! No hay más que la angurria le está haciendo perder la cabeza.

Chiuso, hijo de la napolitana encargada, entrando una vez de vuelta de su servicio de boletero de tranvía, vió a don Teobaldo diciendo como nunca lindezas mordaces a la indignada criolla.

Desde sus cocinillas o asomadas a sus puertas, comadres y ociosos gozaban malignamente del contrapunto.

Chiuso, había aconsejado a su madre que desalojase a ese viejo a quien él odiaba. No pudo más y se le fué encima, y le dió en pleno pecho con la máquina de servir boletos.

Trastabilló el viejo hasta su pieza, donde mironas y mirones, que se multiplicaban y acudían, creyeron verlo caer de espaldas. Pero no cayó. Cogió allí sus tijeras y empuñándolas a modo de puñal las tuvo en alto y decía a Chiuso:

— ¡Hijo de la Calabria: bandido eres! Pero... ¡atrévete, avanza un paso!

Y cuando el otro parecía avanzar, el viejo, como una rata arrinconada, chillaba «¡iiiihh!...» y crispaba más la mano armada, fulgurantes sus ojillos a la idea de que clavaría las tijeras en Chiuso.

Y así se estuvieron un rato, el uno amenazando invadir y el otro chillando de miedo y placer salvajes.

A los pocos días la gente del patio pudo apreciar nuevas actitudes de habilísimo comediante en el «Chalequero.»

Un oficial de policía y un vigilante sacábanle por orden del juez al «Pitipí.»

— ¡Mi protegidillo!: ¿qué harán de mi protegidillo? — decía agarrándose con las manos la cabeza y queriendo seguir a los de la autoridad hasta la puerta de calle. — ¡Tesoro mío! ¡Fruto de mis desvelos! ¡Todo por una mala pécora!

Y gimoteaba el viejo ridículamente. A lo cual le advirtieron:

— Si sigue así, lo llevaremos a usté también por escándalo.

El viejo cesó.

Desde entonces vivió días de hurañez y temores. Veía enemigos en todos los rincones. Su paso era más trémulo, su actitud más cautelosa. Decíase que ya no trabajaba por no abandonar la pieza al entregar los chalecos. La versión de que tenía buena plata escondida se generalizó. Y una mañana, empujada su mal cerrada puerta, se le halló muerto de un golpe en la nuca, toda la pieza en desorden.

— La plata que hayan robado — confesó María Gómez a la autoridad— no puede ser arriba de mil pesos; pues cuando juntaba esa cantidad, desaparecía como por milagro.

Se halló la explicación en la enorme y herrumbrosa plancha que don Teobaldo tenía bajo su cama. En un doble fondo disimulado por la ceniza y cerrado a llave, se encontraron treinta y siete mil pesos en 37 billetes flamantes.

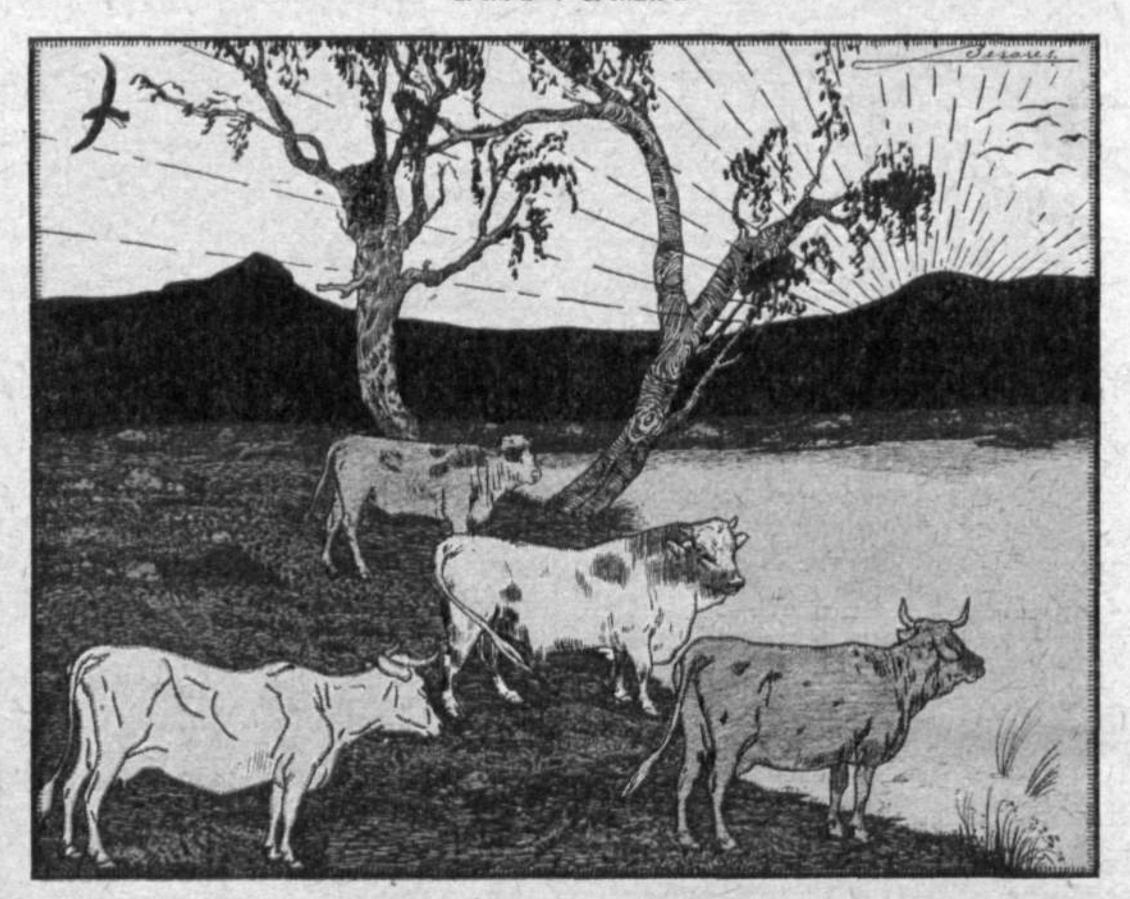
Pero lo que causó al conventillo tanto o más asombro que la fortuna del viejo y ofreció una sabrosa página a la crónica delictuosa del día, fué el descubrirse, por cartas procedentes de España y encontradas entre los papeles del «Chalequero», que don Teobaldo Giges tenía allí mujer y seis hijos, todos a la espera (una espera ya angustiosa, pues pasaban estrecheces) de que él se estableciese en casa propia para venirse a su lado.

Veinte mil pesos del dinero dejado por el viejo eran producto de la venta de una finca, única heredad de su mujer.



EDMUNDO MONTAGNE

DIBUJOS DE PALACIO



La Aguada

Ha llegado la tarde — un ave herida
de gigantescas alas; — se destaca
el sol, cual plancha de oro suspendida
del cielo gris; la selva, adormecida,
y envuelta en niebla azul la sierra opaca.

Es muy triste el crepúsculo; a lo lejos
los negros cuervos silenciosos vuelan;
parece inmenso el campo; y los reflejos
del astro moribundo, en los espejos
de las cañadas y lagunas, rielan.

Es muy triste la tarde; lentamente
las líneas van borrándose; se escuchan
notas suaves, que mueren dulcemente...
y los últimos rayos de occidente,
aun desmayados, con las sombras luchan...

Esa es la hora en que la hacienda, arreada
por los peones, acércase, tranquila,
al borde esmeraldino de la aguada,
llevando, hasta llegar la madrugada,
visión de hierba fresca en la pupila.

Sabe que con la sombra, el panorama
sus principales atractivos pierde;
el «potrero» alfalfado que tanto ama,
los jugosos matices de la grama,
en una intensa sensación del verde.

Ya están junto al remanso. El agua brilla
como un cristal de limpia transparencia
colocado en el marco de la orilla;
pero su afán inmenso es la gramilla,
el mullido tapiz de la «querencia»...

Mira el vacuno el campo que se esfuma
a la caricia de la luz postrera,
y parece que siente, con la bruma,
la nostalgia del pasto que perfuma
hasta su sueño, echado en la «manguera»...

SANTIAGO MACIEL

DIBUJO DE DESSARES



Un PLEITO *de* FILIACIÓN NATURAL



En un remate de libros adquirí, por una suma insignificante, un cajón de papeles viejos. Al ordenarlos, me encontré con algunos documentos interesantes. Entre ellos, figuran dos cartas de Rivadavia, fechadas en Cádiz y dirigidas al impresor vallisoletano Antonio Alvarado: una proponiéndole que diera por su cuenta a la estampa la traducción de «Los viajes de Azara», que el ilustre estadista se había tomado el trabajo de verter del francés al castellano, y otra en la que lamenta que no le interese al susodicho impresor confeccionar tipográficamente esa obra; una larga y pintoresca reseña del soldado Santiago Morillo enviada a su hermano Esteban desde el campamento de Lavalle, en Merlo, y en la cual se consignan detalles realmente curiosos sobre la causa fundamental y de orden absolutamente privado, que impedía en aquellos momentos al glorioso general montar a caballo y, por lo tanto, ponerse al frente del ejército que había de avanzar sobre Buenos Aires, para derrocar la tiranía; varias libretas de almacén al menudeo, pertenecientes a familias de apellido conocido, y que ayudan a reconstruir en la vulgaridad cotidiana de los pedidos, lo que se comía y bebía preferentemente en algunos hogares porteños; muchos recortes de periódicos, cuidadosamente pegados, y un largo escrito de una demanda escandalosa dirigida contra los herederos de Rozas, en la que Nicanora, Justina y Adrián Rozas dícense hijos naturales del Ilustre Restaurador de las Leyes.

Las dos cartas de Rivadavia, serán materia de un artículo por separado, y gracias a ellas podremos darnos cuenta de las razones que impulsaron al emigrado a traducir del francés una obra que había sido escrita originalmente en castellano. En cuanto a la transcripción de la epístola tragi-cómica del soldado Morillo, muy a mi pesar, no podré aprovecharla íntegramente, pues con toda ingenuidad se abandona su autor a una serie de disquisiciones pornográficas y a detalles de una zafaduría de vivac, en la que alternan las expresiones más graciosamente plebeyas, con las indiscreciones médicas, escapadas «soto-voce», según Morillo, de las carpas de los oficiales.

El minucioso escrito de demanda de los presuntos hijos naturales de Rozas, se inició ante el juez en lo civil doctor Basualdo, el 16 de agosto de 1886.

En uno de los recortes periodísticos coleccionados, se hace mención a este escrito con el rubro de «Asunto ruidoso». Por el cotejo que he hecho de la tipografía de los diarios de la época, esta gacetilla debió aparecer en «El Nacional», pero me ha sido imposible, hasta la fecha, constatarlo, pues en ninguna de las colecciones que examiné, pude dar con ella. En cambio, hallé largas crónicas al respecto en casi todos los números de esos días, de los periódicos de Montevideo, cuyos corresponsales en Buenos Aires informaron por lo menudo, a sus lectores uruguayos, sobre los incidentes de este «asunto escandaloso».

Cosa corriente es, que a raíz de la muerte de un gran hombre de fortuna o un fallecido insignificante por sus luces, aunque poderoso por los opíparos bienes que deja, lleguen a los estrados de la justicia hijos naturales, auténticos o falsificados, a reclamar la parte de herencia que dicen corresponderles. Nuestro archivo de los tribunales está lleno de esas demandas que casi nunca prosperaron.

El caso de los hijos naturales de Rozas, resultaba inverisímil, frente a las afirmaciones históricas escritas y a la tradición oral, respecto a su vida amatoria. De joven, dice Mansilla,* «ocultaba ternezas íntimas y

era muy aficionado a las mujeres, poniendo en ello suma discreción, no tanto, sin embargo, que llegara a tapar el cielo con un harnero». Pero así que se casó, muy joven, y así que formó su hogar, fué un marido ejemplar y ternísimo. Basta leer las cartas admirables que le escribía a su mujer, para que nos demos cuenta de su adhesión absoluta y de su respeto supersticioso a los deberes del tálamo. Sordo y ciego en lo atañedero a la belleza real o ideal, sobrio en el comer y el beber, carente de vicios, vivió en la adoración de su esposa, naturalmente, sin realizar con ello ningún esfuerzo físico y moral para mantenerse dentro de una templanza serena. «No le conozco inclinaciones estéticas, escribe Ramos Mejía; parecía ser uno de esos hombres que según Goubert, no tienen ventana abierta del lado del cielo. Bien es verdad que alguien ha dicho, tal vez con fundamento, que la emoción estética en sus formas más puras y desinteresadas no es sino una derivación de la emoción genésica; y Rozas era la templanza misma».

Hasta que enviudó, consigna el mismo historiador, Rozas sólo se abandonó a la admiración de las mujeres, simulando debilidad; pero no fué más allá del retozo provocativo que estimulaba la adoración. Mansilla, afirma a este respecto que después de viudo, a lo sumo fué un neurótico obscuro.

Que Rozas fuera amado o deseado por las mujeres, resultaba una consecuencia lógica del poder y de la fuerza que representaba y practicaba, de su tradicional belleza física, de su salud, de su meticulosa «toaleta», de la limpieza física de su carne rubia, del brillo de sus ojos celestes límpidos y fulgurantes. «Cuando la belleza física es tan irradiante y despierta un sentimiento tan grande de protección, explica y justifica el misterioso prestigio que posee sobre el débil y sugestivo espíritu de la mujer y de la muchedumbre». («Las mujeres de la Tiranía». Ramos Mejía).

Aparecen, pues, como documentos insólitos las cartas de Rozas en este pleito de filiación natural, cuyo largo escrito voy a sintetizar. La demanda iba dirigida contra los herederos de Rozas que habían recibido en los últimos tiempos una gran herencia. Entablan la acción Nicanora, Justina y Adrián Rozas, que afirman ser hijos naturales de don Juan Manuel de Rozas. Este los tuvo como consecuencia de sus relaciones amorosas con Eugenia Castro, hija del general Juan Gregorio Castro, quien al morir nombró a Rozas en su testamento albacea y tutor de aquélla, poniéndola bajo su protección y amparo.

El gobernador de Buenos Aires la llevó a su lado cuando apenas contaba 13 años de edad y una vez que hubo fallecido doña Encarnación Ezcurra, esposa del tirano, hizo públicamente de Eugenia su concubina, conservándola en su casa y considerándola como si fuera de la familia.

Tuvo de ella seis hijos: Angela, Nicanora, Emilia, Justina, Joaquín y Adrián, «que fueron con sus sonrisas más de una vez el único contento de la fiera allá en las regiones de Palermo».

Los hijos, firman sin ninguna repulsa, eso de «fiera», y el abogado patrocinante lo subraya. Luego entra el letrado en los siguientes detalles: «Angela, a quien su padre llamaba el *soldadito*, porque le hacía vestir, a veces, con traje militar, falleció hace tiempo. Contrajo matrimonio con don Adrián Gaetán, que vive en esta capital. Emilio falleció soltero, y sin sucesión, en la guerra del Paraguay; y Joaquín, conocido con el sobrenombre de «el chileno Rozas», vivió en las faenas del campo en Tres Arroyos».

Cuando el dictador huyó para Inglaterra, el 3 de febrero de 1852, Eugenia se encontraba en cinta. Meses después, daba a luz el menor de sus hijos, Adrián. Todos los otros habían nacido en Palermo, bautizándolos allí mismo le capellán privado.

A estar a los términos de la presentación del juez, esta mujer desempeñó un papel importante durante largos años en la vida de Rozas, quien la «idolatraba» en toda la extensión de la palabra y tenía depositada en ella la más absoluta confianza, «sin dejar por eso de ejercitar en ella todo su terrible poder de dominación de las almas que tenían la desgracia de acercársele».

Le hacía probar previamente los alimentos que se le preparaban, temiendo siempre algún atentado; le hacía elegir la hierba mate que tomaba y era la única persona «con quien se hacía afeitar sin recelos de ninguna especie».

Una vez, en Europa, no se olvidó de la mujer que se había vinculado tan profundamente a él y tuvo con ella un largo cambio de cartas, algunas de las cuales acompañan a la demanda.

Imposible reproducir todas en una revista; el libro solamente las podría consignar, por el tema de las cuestiones íntimas que en ellas se dilucidan. Algunas son realmente admirables. Sabido es que Rozas, al igual que su hermano Gervasio, escribía sus epístolas en estilo muy personal, con un léxico vario y rico, que había acumulado y comprendido en su constante afición a leer el diccionario de la lengua, afición que le venía de sus tiempos mozos y que conservó hasta su senectud. Esa riqueza de léxico le permitía decir siempre claramente lo que quería que le entendiesen, o complicar los conceptos que a él le convenía encubrir en una anfibología desconcertante. He aquí una de las cartas adosada a la demanda. Está fechada en Southampton, en 1855.

«Mi querida Eugenia:

»No es por falta de los mejores deseos que he retardado hasta hoy la contestación de tus muy apreciables datadas a 4 de diciembre de 1852, marzo 13 del 53, mayo 7, del 54 y febrero 5 del presente. Si hay en la vida algunos deberes sociales que cuando más se retardan en su cumplimiento, es cuando más verdaderamente se anhelan, hay también circunstancias en que algunos hombres son obligados por su situación, a demorar el recibo a una persona, cuando por virtud de su vida retirada, tiene que hacer lo mismo con otras.

»He mandado al señor don Juan Nepomuceno Terrero, el testimonio por el cual se encontrará en la escribanía de su referencia, la disposición de don Juan Gregorio Castro, dejándote, y a Vicente, por sus herederos, y facultándome para testar. Es todo lo que tengo, con lo que hay bastante para que no te quiten la casa ni los terrenos.

»No puedo, en mis circunstancias, hacer más en tu favor, pues que lo muy poco que tengo, sólo me alcanza para vivir muy pocos años en una moderada decencia. Si el gobierno de mi patria no me devuelve mis bienes, tendré que conchabarme de peón para poder vivir, puesto que ha nadie he de incomodar, ni de persona alguna he de admitir un real. Y si así me faltase la salud, moriré triste por falta de recursos, pero siempre conforme con la voluntad de Dios.

»La suma importe por la venta de la Estancia «San Martín», no alcanzó para pagar créditos presentados contra mí, los gastos de la comisión que abonó a los hijos del señor don Juan Nepomuceno Terrero y otros desembolsos.

»Si, cuando quise traerte conmigo, según te lo propuse con tanto interés, en dos muy expresivas tiernas cartas, hubieras venido, no habrías sido desgraciada.

»Así, cuando hoy lo sois, debes culpar solamente a tu «maldita ingratitud». Si, como debo esperarlo de la justicia del gobierno, me son devueltos mis bienes, entonces podría disponer tu venida con todos los hijos y la de Juanita Sosa, si no se ha casado ni piensa en eso.

»Te agradezco mucho los escapularios de Nuestra Señora de las Mercedes, que me enviaste.

»Nada me has dicho hasta hoy de mi apero con todo lo que corresponde, que sacaste de mi casa, poco después del 3 de febrero de 1852. Ese apero me hace ya en ésta mucha falta. Entrégalo al señor Juan N. Terrero para que me lo mande. El recado y la cincha que han remitido y que tanto agradezco, no son aparentes, porque el recado es muy corto y me lastima. El mío referido, que vos tienes, es una cuarta mas largo que los comunes, de una cabezada a otra. Es este un recado muy bueno, difícil de encontrarse, ni de que se haga otro igual.

»Luis y Martínez se acuerdan siempre de vos y de tus hijos. Nada más. Adiós, querida Eugenia. Memorias á Juanita Sosa, si es que aun sigue soltera. Te bendigo como a los queridos hijos. Bendigo también a Antuca y te deseo todo bien. — *Juan Manuel de Rozas*.»

Después del fajo epistolar, dice el escrito que «mientras los hijos legítimos nadan en la opulencia, los naturales se encuentran en la más completa miseria en las Lomas de Zamora», donde, según tenemos entendido, murió Eugenia Castro algunos años ha, después de haber conocido las más duras y terribles privaciones. Los demandantes expresan que les consta que hay «una cláusula del testamento de Rozas, por la cual, lega a la que fué su compañera, parte de sus bienes; pero que los hijos legítimos no han revelado dónde se encuentra el testamento. Solicitan su presentación en juicio. Luego, el letrado se «glorea» a propósito de las uniones naturales en Buenos Aires, desde la época de la fundación de la casa de Expósitos por el virrey Vértiz, hasta la entrada de Urquiza en Buenos Aires, en febrero de 1852, adosando una lista enorme por índice alfabético, de todos los hombres eminentes que en el Río de la Plata crearon hogares a espaldas de la ley y de la religión, haciendo especial mención de los 765 matrimonios que se celebraron después de Caseros, para regularizar uniones naturales, señalando la circunstancia de que el mismo Urquiza diera el ejemplo, no sólo de casarse, sino hasta de reconocer por ley, una suma fabulosa de hijos bastardos.

La demanda se hace a doña Manuela Rozas de Terrero, sobre petición de herencia, sin perjuicio de ejercitar oportunamente la misma acción contra su coheredero don Juan M. O. de Rozas.

Concluye pidiendo que se les entregue en la proporción correspondiente la herencia que doña Manuela Rosas de Terrero ha recibido del padre común.

De esta ruidosa demanda, se corrió traslado al sábado 18 de agosto, a la otra parte. Recibió la notificación el señor Terrero, yerno de Rosas, quien arrojó al patio, hecha pedazos, la copia de la demanda y de los demás documentos justificativos. «Todo lo cual—dice el expediente—se asienta en la notificación que también se negó a firmar dicho señor.»

Sin embargo, al día siguiente, el señor Terrero opuso en su contestación la falta de personalidad del demandante, en un largo escrito dirigido al juez doctor Basualdo.

Y tras larga discusión curialesca, ganó el pleito.»



DIBUJOS DE VALDIVIA

ENRIQUE GARCIA VELLOSO






Resurrexit

Lo presentían los espíritus. Algo extraordinario y grande, algo sobrehumano encerraba ese hombre que contemplaba la plebe pendiente de la cruz. Las profecías, clara y terminantemente cumplidas en él; su vida, dechado de virtudes; su doctrina, compendio admirable de ciencia y de bondad; el perdón que brotaba de sus labios generosos para los que le desconocían y torturaban... Y tras ello, su muerte, portento de heroísmo en el sufrir; el súbito desconcierto de la naturaleza el obscurecerse el cielo; el conmoverse la tierra; el partirse las rocas...

Había recorrido la Judea y Galilea ese hombre, predicando la virtud, dando paz a los afligidos, forzaleza a los débiles, vista a los ciegos, habla a los mudos, vida a los muertos; había desafiado la soberbia de los déspotas y la furia de los corrompidos, proclamando deberes sagrados que no eran sólo los del súbdito al César, y preceptos inconciliables con la depravación y la molicie; había tronado su voz contra el envilecimiento de la mujer, compañera y no esclava del hombre; contra la explotación del pobre, ser de alma y carne como todos, no bruto de carga; contra la avaricia, la lujuria, la perversidad, el crimen; había señalado al mundo los fundamentos de la civilización, oponiendo a la crueldad la mansedumbre, la entereza al servilismo, a la idolatría degradante el culto del Dios, verdadero creador y dueño de cuanto existe, remunerador del bien y juez severo del mal; había dado a la verdad sus fueros, su trono a la familia, santas esperanzas al hombre; y, lo que no hicieron jamás el poder de la espada ni los prestigios del talento; cuando todo lo avasallaba el cesarismo, cuando no se concebía un poder superior a los ejércitos y los tormentos, alzaba El por sobre todo el poder incontrastable de la justicia, predicando su credo regenerador contra la confabulación de los intereses creados y la saña sin igual de quienes los encarnaban. «Soy el camino, la verdad y la vida», había dicho; y clavado en la cruz, atenaceado por los dolores, exhausto de fuerzas, falto casi hasta del aliento, proclamábalo más todavía, si cabe, al invocar a *Su Padre* en las últimas palabras que brotaron de sus labios de agónico.

Algo extraordinario y grande, sí, algo sobrehumano encerraba ese hombre que contemplaba la plebe pendiente de la cruz.

Jerusalén se agitaba intranquila. Un presentimiento siniestro aligerábala el sueño y la volvía recelosa. Negro remordimiento la abrumaba. Había cargado sobre sus hijos la sangre de la víctima. Y, es inocente, clamaban a una las conciencias; inocente, repetían los vientos; inocente, gemían los olivos del monte sacro en el sacudimiento sucesivo de sus ramas y de sus hojas, e inocente, clamaba una voz que corría como sombra tras del discípulo traidor, sonaba fatídicamente en los oídos de Pilatos y ponía el sobresalto en el rostro de Caifás y su corte.

Los enemigos, empero, del ajusticiado no cejaban. Precursores de los que aparecerían en la sucesión de los tiempos, dábanles la pauta y el ejemplo tratando de acallar las voces de la conciencia con esfuerzos de voluntad que arrancaban por fin la negación y la mofa.

Muerto, bien muerto lo habían dejado. Toda la ciencia conocida y por conocerse no habría bastado — harto lo tenían sabido — para volver a la vida ese cuerpo llagado y rígido. Sus mismos discípulos, dispersos y escondidos, ¿no estaban indicando que, desaparecido el Maestro, todo concluía? Y, sin embargo, los enemigos del ajusticiado recelaban. ¿Por qué la naturaleza había como salido de quicio al extinguirse la vida del Nazareno? ¿Por qué se ocultó el sol, tembló la tierra y un trueno espantoso, cual si se desplomara el mundo, dejó a la ciudad aturdida, postrándolos a todos en el suelo? Pero no se diría que el sumo pontífice de los judíos se dejaba dominar por aprensiones pueriles. ¿Por qué no habían de ser todos esos hechos simples coin-

cidencias? ¡Oh! No dejaría él ocasión a los adictos de Cristo para que, robando el cuerpo forjasen luego la historia de fantásticos prodigios. Y una guardia de confianza colocóse, por orden del Sumo Pontífice, alrededor del sepulcro, con la consigna de no descuidar un solo momento la posición.

¡Ah! El Sumo Hacedor tenía decretada, en sus designios misteriosos, esa abundancia de precauciones, esa vigilancia empeñosa que había de robustecer y afirmar el gran portento. Era necesario que no quedara a la humanidad pretexto alguno; que el hecho se impusiera por la evidencia; que sólo cerrando voluntariamente los ojos pudiera negársele.

A la vista de sus guardianes, con el sepulcro perfectamente cerrado y sellado, en medio de la desconfianza de los propios discípulos, que recibieran de los labios de Cristo la promesa de resucitar, un resplandor intensísimo iluminó el paraje y brazos celestes levantaron el cuerpo sacrosanto, perdiéndose en las alturas entre las armonías angélicas de un ejército de alados querubines.

¡Resurrexit! El prodigio está operado. Cumpliéronse las profecías. Venció el Justo. No más ya la desolación y el luto en los creyentes. No más ya el lamento en las preces. Revélese el júbilo. Desborde el entusiasmo. Córranse los velos de las tinieblas. Suenen las campanillas y aturdan las campanas. Prorrumpa el órgano en su estruendo armónico. Se disipó la sombra. Terminó el duelo. Nos rescató el Amor.

El cuerpo inerte que pendía en la cruz ha recibido el soplo vivificador y unídose, después del sacrificio, a su Padre.

Era fuerte, omnipotente el Hijo de Dios cuando pasó por la tierra.

Al simple conjuro de su voz, esbirros y Césares habrían rodado vencidos o exánimes. Empero, el mundo necesitaba una lección demostrativa de que no solamente vale lo que reluce, y el Redentor legósela a las generaciones eligiendo un portal para nacer, un patíbulo para morir y el momento en que más abandonado parecía para revelación de la omnipotencia que velaba sus pasos.

La pobreza no es ya deshonra desde entonces; su Pasión nos muestra que no hay fuerza ni tortura que basten para apagar los fulgores de la verdad; y la resurrección gloriosa proclama a todos los vientos que, tras de las épocas adversas, tras de los sufrimientos y de las persecuciones, está el Ser incomparable que gobierna los mundos, apoyo sólido de la justicia y prenda segura para el cristiano de misericordia cuando, terminada su misión terrena, saluden los alados coros su ventura, cantando entre célicas armonías: «¡Resurrexit!, ¡Resurrexit!»



DIBUJOS DE LAMO

MURMULLO de HOJAS



Suelo oír el murmullo de esas hojas marchitas
que las brisas persiguen por los caminos largos;
es como esos acentos tristes de despedida
que terminan en ecos cálidos y apagados.

Quién sabe que secretos se confiarán las hojas
que vivieron sus días felices en el árbol.
Quién sabe qué lejana melodía recuerdan
ahora que no pueden dar frescura a los pájaros...

¿Hablarán del anhelo de ascender a las nubes
y perderse en el cielo como se pierde un canto?
¿O de la pena intensa de morir en otoño
cuando a las sendas llegan las sombras mástemprano?

Las brisas se dispersan por distintos caminos
y allá se van las hojas con sus acentos vagos
recorriendo jardines y calles solitarias
hasta que al fin encuentren la ternura de un lago...

FRANCISCO LÓPEZ MERINO

La Sinagoga de la antigua Palestina

Institución popular, su origen se remonta a una época anterior a los Macabeos. Era casa de reunión para orar, leer el Pentateuco, oir lecciones morales y discutir doctrinas; templo y escuela, en determinadas ocasiones se convertía en cabildo abierto.

Cuando todo el pueblo hablaba el idioma nacional, toda casa era un altar, y los libros sagrados se leían en público, en el templo, tan sólo en épocas determinadas. Pero después del cautiverio de Babilonia, el hebreo se convirtió en lengua sabia. El arameo, dialecto sirio, fué el idioma popular. Al fin de evitar el olvido de los sagrados textos, Ezra fundó una institución hebdomadaria para cantar los salmos y leer los profetas; así nació la Sinagoga.

La arquitectura del edificio, era sencillísima; imitaba la carpa que ya se había tomado como modelo inspirador para la construcción del Templo. Andando el tiempo, se convirtieron en suntuosos edificios. Junto a la puerta de entrada, estaba la pila de agua donde humedecían sus manos los feligreses, y una plancha de hierro donde limpiar y sacudir el polvo de los zapatos, antes de penetrar al sagrado recinto.

Los ricos tomaban asiento en altos puestos, cerca del arca. Los pobres se apretaban en los bancos de madera, mientras los niños, medio desnudos, se revolcaban sobre el piso de mármol, gesticulando y pellizcándose con disimulo, más deseosos de corretear por la plaza que estar allí, haciendo reverencias y salmodiando ininteligibles frases.

Las mujeres se reunían detrás de una alta reja, en la galería superior, cerca del techo.

El *Chazán* era una especie de sacristan que cuidaba la Sinagoga.

El jefe del «batlanin» iniciaba la ceremonia, quemando incienso y entonando salmos de David, acompañado por todos los concurrentes. Terminado el himno, el *Chazán* descorría el velo que cubría el arca donde se guardaba el «Torah»,—rollo en el que estaban escritos los cinco libro de la Ley.

El «Torah» era paseado entre el pueblo para que pudieran besarlo, y luego, se le entregaba al «Sheliach», anciano encargado de la lectura. Leído un versículo, lo traducía a lengua vulgar el «meturgen» (intérprete).

El pueblo oía la lectura manteniendo los brazos en alto.

Se cantaban otros salmos y la ceremonia quedaba terminada.

Las interpretaciones de los «rabís» y las controversias, a que eran tan dados los judíos, seguían después, prolongándose la sesión en razón al interés que ellas despertaban en el público.



La manicura. — Debe usted desengrasar, si quiere tener lindas manos.
La cocinera. — Bueno, ya cuidaré de no meter los dedos en las salsas.

Constipación
Estreñimiento
Coprostasis

Estas tres palabras, son nombres que se da en medicina a un estado que, más que un simple malestar, constituye una verdadera enfermedad, y que no por ser frecuente deja de ofrecer peligro, nos referimos a la ***sequedad de vientre.***

Toda persona estreñida está en peligro de contraer una enfermedad aguda, de ahí que la mayoría de los buenos médicos, cuando son consultados ordenan, salvo en raros casos, un buen purgante.

Antes de verse en ese trance, usted que sabe los peligros a que le expone el estreñimiento, no espera el último momento y cuida su intestino.

Usted toma de vez en cuando una o dos pastillas de

Santeína

(Dioxidriftalofenona)

que es, a no dudarlo, un buen remedio. Tomada metódicamente la Santeína, reacostumbra el intestino a cumplir sus funciones. Es una deliciosa pastilla de chocolate que se toma a dosis de una o dos, a cualquier hora o en cualquier tiempo.

No sólo es un laxante, sino también un muy buen desinfectante intestinal gracias a la dioxidriftalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida. **Buenos Aires.**

EL GLORIOSO VENCIDO

— ¿Y Elpidio,
qué dice?
— Se calla ocultando
su enorme fastidio.
No olvida que es vice
sin banda y sin mando
y que hay que portarse con mucha cautela.
Su cara revela
muy poca alegría.
Anhela
que un día
sucedan las cosas de un modo distinto
y Cárcano pronto se vaya a paseo.
¿Le engaña el deseo?
¿Le engaña el instinto?
Nervioso,
cansado,
furioso,
postrado
murmura: — Nos vemos deshechos y rotos.
Por dos o tres votos
nos han derrotado.
¿Quién tiene la culpa? Ninguno es culpable.
¡Derrota soberbia que salva y redime!
¡Derrota admirable!
¡Derrota sublime!
Quizás un mal bicho,
tal vez por envidia, tal vez por capricho,
afirme que el caso me duele y me irrita.
No importa. Me han dicho
que Gallo tirita.
Pasó, ¡iconoclasta!,
seis días o siete de miedo y zozobra.
Con eso me bsta.
Con eso me sobra.
Perdido el aliento
a causa del susto,
adusto,
violento,
huía de todos; huía de Justo!
Me siento
contento.
¡Qué gusto! ¡Qué gusto!
No obstante, declaro
que es raro, muy raro,
que hayamos perdido.
No puedo explicarme lo que ha sucedido.
Si estaba allí el Hombre que es guía y amparo
de nuestro partido,
si estaba allí el faro,
el faro encendido
que nunca se apaga, ¿por qué «me» han vencido?
Si echamos el resto,
¿por qué nos derrotan, con una ventaja
de dos o tres votos? Señores, ¿qué es esto?
Señores, protesto.
Protesto en voz baja,
pues soy muy modesto.
No importa, repito. Calmoso y afable,
seré para muchos un vice terrible,
vencido indomable,
vencido invencible.



DIBUJOS DE VALD-VIA.



LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm., $ 3.25

DUO GARDEL RAZZANO

Con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

13122 **El 11.** (A divertirse). Tango. Solo Gardel. E. y O. Fresedo.
Amigaso. Tango. Solo Gardel. Filiberto-Velick-Brancatti.

13123 **Por última vez.** Tango. Solo Gardel. Bohigas-Pibernat.
Caminito del taller. Tango. Solo Gardel. Letra y música de Catulo Castillo.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm., $ 3.00

ROBERTO FIRPO

Orquesta Típica y Jazz-Band.

6331 **Oro y seda.** Tango. Típica. O. N. Fresedo.
Reyes del aire. Fox-Trot. Jazz-Band. José Bohr.

6332 **Con alma y vida.** Tango. Típica. R. de los Hoyos
Monna Vanna. Fox-Trot. Jazz-Band. Iribarne-Valdez.

FRANCISCO CANARO

Orquesta Típica y Jazz-Band

4059 **Pájaros de fuego.** Tango. Típica. Luis Ricardi.
Reyes del aire. Fox-Trot. Jazz-Band. José Bohr.

4061 **Monito.** Tango Típica. A. Maizani
I love you. (Yo la amo). Fox-Trot. Jazz-Band. A. Archer.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. $ 3.25

IGNACIO CORSINI

Con acompañamiento de 3 guitarras

13430 **Noche mala.** Tango. Lloret- Romano.
Añoranza. Vals. J. Aguilar

Disco Doble "NACIONAL" de 30 cm., $ 4.50

"DOÑA FRANCISQUITA", del maestro VIVES

20602 **Doña Francisquita.** (Escena de la pradera). Vives-Romero-Shaw. (Bailaremos la mazurca). Por Cora Raga y P. Gorgé.
Doña Francisquita. (Dúo final). Por Cora Raga y Emilio Vendrell. Vives-Romero-Shaw







El Carnaval en la Jerusalén de Cristo

La capital de la Judea era en aquella época una mezcla de individuos de todas nacionalidades, en la que el judío estaba probablemente en minoría. Los extranjeros que sucesivamente la conquistaron, inocularon en el pueblo sus vicios e impiedades. Al libertinaje del Egipto, la Siria, la Fenicia y la Persia, Alejandro agregó el de la Grecia, Pompeyo el de Roma y Herodes el del mundo entero.

La fiesta del Purim, instituída en Babilonia para conmemorar la muerte de Aman y la exaltación de la Reina Ester al trono de Artajerjes Lonjimano, era el sueño dorado de todo el año. El pueblo judío la celebraba con delirante entusiasmo.

El día del Purim reinaban libremente todas las corrupciones, equivalía a las Saturnales Romanas y en cierto aspecto a nuestro Carnaval. Nada faltaba, nada se fingía, excepto la virtud. Los hombres se vestían de mujeres, las mujeres de hombres, las jóvenes «bien» de cortesanas. El pudor era una impertinencia. Jerusalén se volcaba en las calles. Hubiérase creído pasear por la Vía Sacra de Roma, a la hora nona.



LA FALTA DE CORRIENTE
El suicida. — ¡Nada, que no viene un tranvía ni para un remedio!

Los baños públicos, las tabernas, posadas, pastelerías, barberías y perfumerías, residencia ordinaria de la vida alegre, izaban desde la hora nona indecorosas insignias y linternas. Las hijas del regocijo no estaban obligadas aquel día a presentarse con la peluca rubia, cogulla y el retazo de tela de oro sobre los senos, que les imponían las ordenanzas de los ediles romanos. Hormigueaban en las calles mujeres de todos países, luciendo vistosos y exóticos arreos, los cabellos teñidos, de oro, rojo y azul, desnudas las más; apenas velaban sus cuerpos otras con la tela siria que Petronio llama viento tejido. Las más pudientes paseaban en literas conducidas por esclavos negros. Reclinadas sobre almohadas de púrpura, en las manos el espejo de bruñida plata, o el abanico de plumas. Iban rodeadas de su pequeña corte de esclavas, eunucos, flautistas y enanos bufones.

Otras manejaban ligeros carros de dos corceles, o bien cabalgaban mulas, camellos, o caballos, que un negro llevaba de la brida; y, sirviendo de marco, a estos cortejos, corrían los apéndices indispensables: el libertino, el afeminado, los tocadores de arpa, flauta o tambor, venidos de la Siria, las «auletridas» jonias cantoras que se alquilaban para las fiestas: mujeres de Lesbos, esclavos jóvenes afeminados de la Frijia, de largos y flotantes cabellos, grandes aros y amplias túnicas de brillantes colores, en fraternal compañía de los hermosos muchachos de Sibaris y Tarento, cuyos cuerpos desnudos y depilados se lucían al través de tenues gasas.

Alrededor y en medio de esa turba perfumada, salpicada de oro, de piedras preciosas y seda de vivos colores, vagaba la juventud elegante, ávida de goces y placeres. Las calles hervían de máscaras, músicos y borrachos. Las casas empavesadas con flores y ramas, profusamente iluminadas, mostraban sus ventanas llenas de alegres y bulliciosos espectadores, gritos por todas partes, cantos, chistes, más o menos obscenos en todos los labios, pero también, y en eso se diferenciaba de las ciudades paganas, limosna en todas las manos.



Empezará Vd. bien el día

tomando como desayuno una taza de Chocolate Noël. Su gusto delicioso a cacao, de la más excelente calidad y fina vainilla, proporciona al paladar un placer incomparable. La elaboración del

Chocolate Noël

a base únicamente de elementos tan sanos y nutritivos como el azúcar y el cacao, asegura un alimento insubstituible.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 78 años.

La semana de Pascua en Jerusalén

La Pascua fué instituída en conmemoración de la salida de los judíos de Egipto.

La noche en que el ángel del Señor debía hacer matar a todos los primogénitos de los hombres y de los animales en Memphis, cada hebreo recibió orden de matar un cabrito o cordero blanco sin mancha y de pintar con su sangre el umbral de la puerta de casa, asar la carne, y al caer la noche reunirse todos: hombres, mujeres y niños, preparados para la marcha, racionándose con la carne asada, pan ázimo y yerbas amargas. Desde la huída de Egipto, todo judío ha observado este aniversario en cualquier punto de la tierra en que se encuentre.

Mientras duró la nación judía, los hebreos que podían estaban obligados a ir al templo de Jerusalén, pagar el diezmo a los sacerdotes y matar allí el carnero. Por consiguiente, desde el 8 del mes de Nizam hasta el 24, Jerusalén rebosaba de provincianos y extranjeros.



PATRIOTISMO

La esposa, levantándose. — ¡Ponte en pie, hombre! ¿No oyes que están tocando el Himno Nacional?

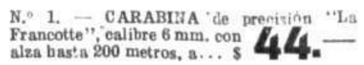
No llegaban sólo en peregrinación religiosa, acudían también por sus negocios. La feria, duplicaba la fiesta. En ella se hacían todo género de transacciones comerciales, se pagaban o renovaban los créditos del año, se concertaban matrimonios.

Todas las casas de Jerusalén se llenaban de huéspedes, las plazas públicas parecían campamentos, y hasta las alturas que rodean la ciudad se cubrían de carpas o rústicas cabañas.

Los paganos, griegos y latinos iban también a la Pascua, por gozar del indescriptible entusiasmo de aquella multitud dispuesta a divertirse sin freno donde músicos, histriones, cortesanas y bailarines ofrecían y vendían lujo, placer y hasta los salmos religiosos.

Armas de Precisión y de Caza

Ofrecemos las mejores armas, de marcas acreditadas en todo el mundo, a precios extraordinariamente bajos, imposible de competir.



N.º 1. — **CARABINA** de precisión "La Francotte", calibre 6 mm. con alza hasta 200 metros, a... $ **44.—**

Balas doble "culote", 6 mm. cortas, la caja de 250, a........................ $ 3.50

Largas, la caja de 100, a......... » 3.50

N.º 2. — **CARABINA** Winchester, modelo especial ,caño corto, reforzado, de 4 mm. de espesor, forma octogonal, calibre 44, de 9 tiros, pieza delantera con puntera metálica, el tipo de carabina más perfecto, que se aparta totalmente de los modelos comunes, largo total del arma, 80 cm............ $ **89.—**

N.º 3. — **CARABINA** de repetición Winchester, calibre 44, de 12 tiros, largo total del arma, 95 cm., $ **83.—**

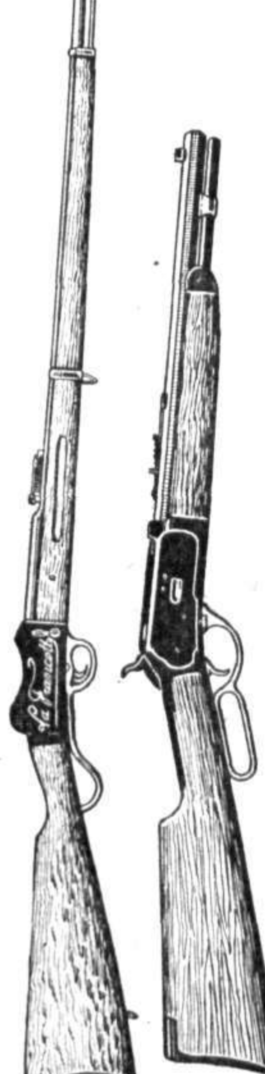
Balas Winchester 44, pólvora sin humo la caja de 50, a.................. $ 6.30

N.º 4. — **CARABINA** francesa, sistema Máuser, calibre 6 mm., con alza hasta 200 metros, arma de precisión, recomendada por la sencillez de su mecanismo, para balas de doble «culote», $ **35.—**

Balas doble "culote", 6 mm. cortas, la caja de 250, a........................ $ 3.50

Largas, la caja de 100, a......... » 3.50

Especialidad en escopetas y municiones para la caza.





BALAS REMINGTON U. M. C.

Calibre 22 "Short", pólvora "Lesmok", el cien.. $ 1.45

Calibre 22 "Long Rifle", pólvora "Lesmok", el cien, pesos............... 1.90

Calibre 32 "Long", pólvora sin humo, la caja de 50, pesos................ 3.40

Calibre 38 "Special", pólvora sin humo, la caja de 50................ $ 4.75

WINCHESTER

1 2 3 4

Casa

CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía. (Suces.)

SARMIENTO esq. MAIPU - BUENOS AIRES

TENEMOS gran variedad de artículos de Armería, Cuchillería y para Tocador, a precios sin competencia.

AL INTERIOR remitimos los pedidos en el día y los atendemos con esmero.

CUENTOS DE ANIMALES

EL INFALIBLE RECURSO



NA manada de cabras salvajes que, de seguro, no habían leído aquella fábula de Esopo: «Las ranas pidiendo rey», quiso tener un jefe. No les bastaba ya la dirección del viejo chivo, que hasta entonces las condujera salvando precipicios, torrentes y animales de presa, hacia los lugares donde abundaban jugosos pastos. Las cabras querían tener un jefe que no fuese como ellas, que no anduviese en cuatro patas; y eligieron a un chimango.

El nuevo jefe comenzó su mandato despóticamente; a un cabrito, por demás triscador le dió tales picotazos que lo dejó muerto y allí, en presencia de todos y de la propia madre, se lo devoró. Rebelóse la madre, rebeláronse todas las cabras con cría de la manada, y una delegación de chivos hubo de presentarse al chimango jefe. Le indicó que debía renunciar a comerse sus súbditos si no quería perder su jefatura; y el chimango, ante la rebelión de su pueblo, resignóse a salir a la búsqueda de la comida, como antes cuando no era jefe. Su puesto, pues, había resultado puramente honorífico, y, a fe que el chimango pensaría con el Gobernador de la Isla Barataria: «*Mal oficio* es el que no te da de comer». Mas, vanidoso u oportunista, conservó el chimango su honorífica jefatura.

Y se presentó la ocasión de convertir en lucrativo su puesto no rentado: Otra manada de cabras salvajes, sabedora de que aquella había nombrado a un chimango por jefe, nombró a otro chimango también; y este chimango que aceptara pensando seguramente con hacer copiosos hartazgos de carne blanda de cabrito, se encontró con que sus súbditos, rebelados a la primer muerte, le imponían la expulsión si no abandonaba sus prácticas carniceras. Y las abandonó. Las abandonó; pero hizo incursiones bélicas en la manada del primer chimango; y éste le respondió en la misma forma, comiéndose los cabritos de la manada del segundo chimango. El juego disgustó a los viejos chivos, y una delegación de ellos, expuso a cada uno de sus jefes, la necesidad de que luchara con el otro, hasta matarlo.

Pueblo difícil de gobernar es este pueblo levantisco de las cabras — pensaron los dos chimangos jefes. Ambos se encontraban frente a un dilema: o pelear con el otro en un duelo a muerte, o renunciar a la jefatura. Las dos soluciones les eran igualmente desagradables. Se entrevistaron: fué una noche, cuando las manadas dormían, los jefes disertaron bien amistosamente por cierto, a lo diplomático — o como cómplices.

— Las dos soluciones son inaceptables — afirmó el chimango primero. Pelear, no vamos a pelear nosotros, dos viejos amigos, renunciar es indecoroso... ¿Qué haremos?...

Quedaron mudos, pensando cojijosos. Habló el chimango segundo, después de una gran exclamación de alegría:

— ¡Oh!... ¡Estamos salvados, amigo, salvados!

—¿Salvados?

— ¡Sí, amigo, sí; hallé el infalible recurso, el gran recurso!

— ¿El infalible recurso, el gran recurso? ¿Y cuál es, amigo?

— ¡La guerra!

— ¡La guerra! ¿La guerra, dice usted?

— ¡La guerra, sí, amigo! ¿Usted nunca ha vivido cerca de los hombres?

— Nunca.

— ¡Con razón es tan inocente! Yo sí, yo viví muchos años cerca de los hombres y de los hombres aprendí este recurso. No falla: usted va a su manada ahora mismo, despierta a los chivos viejos, les dice que ha sorprendido a mi manada preparándose para atacarlos. Yo iré a la mía y haré lo mismo. ¡Ya verá usted, ya verá usted! Me asombra de no haberme acordado antes de esto; le aseguro que, desde hoy, tenemos comida a discreción. ¡Alégrese, amigo!

* * *

Tan elocuentes se mostraron los jefes chimangos que el alba sorprendió a las dos manadas de pie, filosos los cuernos, dispuestas a echarse la una contra la otra... ¡Y se echaron! Fué una lucha épica, terrible de ferocidad y enceguecimiento. Los chimangos, cada cual desde un árbol, no dejaban de dar chillidos de aliento y gritos para enardecerlas. Las cabras lucharon hasta la noche, en que la sombra las obligó a separarse. Y ambos jefes, entonces, bajaron a comerse los muertos de los dos bandos, indistintamente, con tranquilidad absoluta, seguros de hartarse: ¡Había tantos!...

II

EL MAL PATRIOTA

Un cabritillo madrugador, sorprendió dormido al puma, al pie de la sierra donde él pastaba. Tuvo una idea: con el hocico empujó una gruesa tosca, y la tosca, saltando desde la altura, fué a caer sobre la fiera que dormía. La dejó muerta.

Observando que el puma no se movía, el cabritillo, lentamente, se aventuró a acercársele. ¡Y comprobó que estaba muerto! ¡Oh, alegría!

Comenzó a gritar:

—¡Bee, bee!... ¡Yo he muerto al puma! ¡Bee, bee!...

Presurosos, acudieron las cabras y los chivos. Grave, con su aspecto de rabino, se acercó al cabrón jefe, temblándole la barba simbólica, y, hociqueando al puma, afirmó:

— ¡Sí, está muerto!

— ¡Yo lo he muerto — gritó el cabritillo madrugador. Y, ante el asombro y regocijo de los de su majada, narró cómo lo había muerto: lo atacó el puma; pero él, sin arredrarse, agachó la cabeza, ornada de dos incipientes cuernecillos, y le dió un topazo y otro y otro, hasta dejarlo muerto.

Todos gritaban de júbilo:

— ¡Beee, bee!... ¡Bee, bee!...

Pero un chivo se atrevió a dudar:

— ¡No puede ser! ¿Cómo puede haber muerto a topazos un puma, este cabritillo que ni cuernos tiene?

— ¡Oh, dice que no es verdad, y lo está viendo! — gritó indignado el cabritillo héroe.

— ¿Dudas? — interrogó una cabra.

— ¡No cree que uno de nosotros pueda matar a un puma! — exclamó un chivo.

— ¡Mal chivo! — gritó otra cabra, indignadísima, y le dió el primer topazo.

Y siguieron dándole topazos, todos enloquecidos de indignación y de cólera; y diéronle topazos hasta tirarlo, y allí lo pisaron hasta matarlo.

Y se alejaron después jubilosos por la muerte del puma, cuyo cadáver quedaba al lado del cadáver del chivo, el mal patriota, el que dudara que un puma puede ser muerto a topazos por un cabritillo.

ALVARO YUNQUE

DIBUJOS DE USANDIVARAS

Los mercaderes en el templo

Los alrededores del templo de Salomón, en Jerusalén, durante los ocho días que precedían y los ocho que seguían a Pascua de Nizana, que conmemora entre los judíos la huída de Egipto del pueblo hebreo, se convertían en una animadísima feria.

Aquí, cambistas de moneda romana por moneda sagrada, agentes de los sacerdotes; allá, mercaderes de tórtolas y de pichones; más allá, vendedores de cabritos y corderos; por otro lado, puestos de flor de harina y aceite. Todo lo cual el primer día apenas si se atrevían a penetrar en el primer patio, llamado de los gentiles, al cual se subía por catorce escalones; terreno neutral en el cual se podía comprar y vender.

El patio de los gentiles estaba separado del de los israelitas por tres series de gradas y una balaustrada con infinidad de pasos. Los mercaderes no debían en absoluto franquear esta separación; pero sucedía, no obstante, que, en los días de gentío y apiñamiento, los alguaciles del templo, contando con la tolerancia del gran sacerdote, a quien también cegaban las coimas, hacían la vista gorda.

Cuando Jesús llegó al templo y lo vió profanado en aquella forma, no pudo reprimirse, y es la única vez que su dulce figura se nos presenta airada al expulsar a latigazos a los mercaderes, gritándoles:

—Salid de aquí, y no convirtáis la casa de mi Padre en un mercado público.

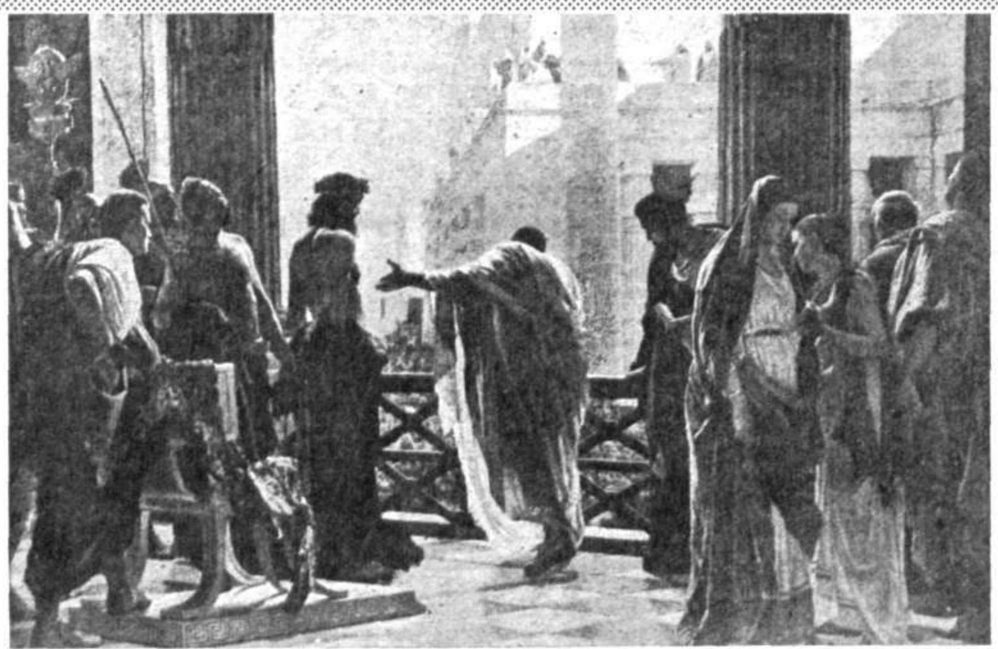


Ella (refiriéndose a la música). — Me agrada esta pieza... Es nueva ¿verdad?
El. — ¿Nueva?... ¡Es de Beethoven!... ¿No sabía usted que Beethoven ha muerto?
Ella. — ¿Muerto?... No supe ni que estaba enfermo...

— ¿Estás dotado de razón? — Sí. — ¿Por qué, pues, no te sirves de ella? Si funciona como debe funcionar, ¿para qué quieres más? — M. Aurelio.


ALGUNAS OCASIONES
DE LAS MUCHAS QUE Vd. PUEDE ENCONTRAR EN NUESTRA CASA
36
N.º 36. — SACO CHALECO en pura lana, muy abrigado, bolsillos y ojales forrados y reforzados, en colores de moda........... $ 5.90
N.º 4. — ELEGANTISIMO saco chaleco en fina piel de camello de pura lana, muy «souple» y abrigado, en colores de moda........... $ 12.50
N.º 90. — COMBINACION de punto jersey de pura seda, el contorno del escote tiene jareta con cinta pasada y picot hecho a mano de pura seda, en diversidad de colores y negro. Precio de gran ocasión.
$ 14.90
90
N.º 480. — PAÑUELOS de batista con finos bordados en colores. El cartón de 3 pañuelos.. $ 0.90
480
686
N.º 686. — MEDIAS francesas en pura seda tejido grueso, reforzada con hilo de Irlanda, colores de rigurosa moda, venta al costo por cuenta de la fábrica para acreditar la marca pruebe con un par y no precisa reclame, a $ 3.50
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.S AIRES

En el Pretorio, por Antonio Ciseri



«Entonces Pilatos, lleno de cólera, salió del Pretorio y dijo a los judíos: «Pongo a la tierra por testigo de que no encuentro culpa en este hombre.» Los judíos dijeron a Pilatos: «Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado.» Pilatos les dijo: «Tomadlo y juzgadlo según vuestra ley.» Y los judíos repusieron: «No nos es permitido hacer morir a nadie.» Pilatos dijo a los judíos: «Ella os dice pues, no matéis a nadie ¿y a mí no me lo dice?...» Y Pilatos repite: «Ved que soy inocente de la sangre de este hombre.» Y los judíos clamaron: «¡Que caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!»



LOS TRES CORRESPONSALES

POR CONAN DOYLE

¡Qué calor! — exclamó Mortimer, secándose la frente. — ¡Y decir que se pagan cinco chelines para tener esta temperatura en un *hammann!*

— Sí — respondió Scott —, pero en un *hammann* no se recorrería a caballo un trayecto de veinte millas... Por mi parte, sería de opinión que nos detuviéramos en este bosquecillo de palmeras e hiciéramos un alto hasta esta noche...

Los tres hombres detuvieron sus cabalgaduras y echaron pie a tierra. El primero, Mortimer, representaba el diario *La Inteligencia* en el teatro de operaciones de la expedición que estaba encargado de seguir. Estaba vestido con una chaquetilla *khaki*, llevaba pantalones de montar, de tela escocesa, y un cinturón rojo; su piel se hallaba curtida por el sol del desierto.

El segundo, pequeño, pero despierto y alerta, con barba y cabellos de azabache, se llamaba Scott; había atravesado más peligros y llevado a cabo más hazañas que ningún otro corresponsal de guerra, salvo el ilustre Chandler, cuya gloria no había sido jamás sobrepasada, pero a quien la edad obligaba a un reposo bien merecido.

Scott había «hecho» Plevna, las campañas del paso de Shipka, del Zululand, de Egipto, de Suakim. Mortimer había visto la guerra boer, las campañas de Chile, de Bulgaria, de Serbia, la expedición de Gordon, la de las fronteras de la India, la revolución del Brasil y la conquista de Madagascar. Ambos hombres se hallaban ligados por una amistad sincera y separados por un vivo sentimiento de rivalidad profesional. Cada uno de ellos hubiera arriesgado la vida por su amigo; ni uno ni otro hubiese sacrificado los intereses de su periódico por ayudar a su colega.

El tercer corresponsal se llamaba Anesley y representaba a la *Gaceta*. Era joven y de una inexperiencia que rayaba en la ingenuidad. Sus descripciones de grandes maniobras, bastante bien hechas, habían dado a su director la idea de confiarle, por primera vez, la información de una expedición de guerra.

El repórter de la agencia Reuter se encontraba veinte millas más adelante y, hacia retaguardia, veinte millas más atrás, seguían, montados en camellos, dos repórteres de diarios vespertinos.

Mortimer y Scott consideraban a su compañero con una simpatía algo desdeñosa. Se daban perfecta cuenta de la superioridad que sobre su joven émulo les daba, primeramente su experiencia, luego sus magníficos caballos, tan rápidos como vigorosos, mientras que el corresponsal de la *Gaceta* venía montado en un pobre caballito de Siria, comprado barato.

Los tres periodistas condujeron sus cabalgaduras bajo la sombra bienhechora de las palmeras que se recostaba, con estupenda nitidez, sobre la arena ardiente del desierto.

— ¿Llegarán nuestros equipajes, Anesley? — preguntó Scott.

— Sí, estarán aquí dentro de cinco minutos.

En medio del sendero que serpenteaba a través de los peñascos avanzaba lentamente una pequeña caravana de camellos llevando equipajes; delante, tres sirvientes berberiscos venían montados en burros; detrás, marchaban los camelleros árabes.

En pocos minutos quedaron descargados los equipajes, se colocaron los animales atados a estaca y se encendió fuego. Scott se había puesto a la tarea de romper huevos en un plato, cantando, con voz sentimental y profunda, una vieja canción. Anesley, per-




dido en medio de un inmenso cajón, se fraguaba un camino en medio de las cajas de conservas, de caldo concentrado, de *corned-beef*, de pollos y de sardinas para sacar un tarro de dulce. Mortimer, siempre meticuloso, tomaba notas sobre la conversación que había tenido la víspera con un ingeniero de ferrocarriles cuando, al levantar la vista, distingió a este mismo ingeniero, Mc Merryweather que, al trote de su «poney» alazán, se dirigía hacia su grupo.

—¡Por amor de Dios — gimió —, dadme de beber! ¡Tengo la lengua pegada al paladar!

Bebió a largos tragos en una marmita que los periodistas habían llenado de agua y de whisky.

— Ahora tenemos que volvernos a poner en camino.

— ¿Ninguna novedad?

— Quizás os diga algo después de haber visto al general.

— No hay derviches por esta parte.

— Nada de particular... Vamos, ¡hop, Jinny! ¡Hasta luego!

Scott redactó un despacho que Anesley le pidió le mostrara. No habiendo podido percatarse en qué la conversación tenida con el ingeniero podía ser presentada de modo a interesar al público. El periodista consintió en ello sonriendo, no sin hacer esta observación:

— Cuando nuestro trabajo se ponga serio, entonces será cada uno para lo suyo...

— ¿Creéis que sea indispensable? — interrogó Anesley.

— Ciertamente.

— Sin embargo, se me ocurre que si tres hombres se arreglasen para concentrar sus esfuerzos y participarse mutuamente las noticias que cada uno de ellos pudiera recoger por su parte, llegarían con menor fatiga a un resultado mejor.

Mortimer y Scott, de estupefacción, dejaron de comer su dulce.

— No estamos aquí para divertirnos — dijo Mortimer —, sino para obrar lo mejor que podamos en beneficio de nuestros respectivos diarios. ¿Cómo se podría mantener la competencia entre ellos si la suprimiéramos entre nosotros? Les sería entonces más sencillo confiarse a la sola agencia Reuter. Hoy en día — continuó —, el corresponsal mejor montado es el que tiene más probabilidades favorables. ¡Cada uno para sí y la gloria para el más digno! Ved al famoso Chandler. Nunca habría adquirido su celebridad, si no hubiese querido siempre obrar solo. ¡Ha concebido jugarretas impagables! Un día hizo creer a uno de sus colegas que se había roto una pierna, y en cuanto el otro hubo partido en busca de un médico, Chandler, despierto y ágil, se precipitó al telégrafo...

— ¿Y eso os parece leal competencia? — protestó Anesley.

— Todo es leal competencia. Se juega uno contra otro; eso es todo.

— Jugar no es hacer trampas.

— Pensad lo que queráis; lo cierto es que el diario de Chandler dió el resultado de la batalla en tanto que los demás no dijeron ni una palabra.

— Ahí tenéis, tomemos también a Westlake como ejemplo — dijo Mortimer, llenando su pipa...

— ¡Eh! ¡Abdul! ¡Puedes levantar la mesa!... Westlake, con el fin de llegar primero a transmitir noticias, no vaciló en hacerse pasar por un correo oficial; llegó hasta hacerse conducir empleando las postas que habían sido utilizadas por el titular verdadero. Por este hecho el diario al cual representaba ganó medio millón.

— ¿Os parece leal esa maniobra?

— ¿Por qué no?

— Me parece que confina, y de muy cerca, con el robo.

— Y bien, yo que os hablo, no vacilaría en hacer otro tanto. ¿Qué opináis sobre el punto, Scott?

— Por mi parte, sólo me detendría ante un asesinato.

— ¡Pss! seríais bien capaz....

— No, realmente, hasta eso no llegaría... Sería contrario al deber profesional. Sin embargo, si un extranjero se llegase a encontrar entre una oficina telegráfica y un corresponsal periodístico sobrecargado de observaciones y de trabajo, sería evidentemente a riesgos y peligros del extranjero. Mi querido Anesley, muy francamente, si habéis venido al Sudán embarazado por tales escrúpulos, hubierais hecho mejor quedándoos en Fleet *street*. Nuestra vida está llena de imprevisto y nuestra labor no se halla sujeta a ninguna regla fija. Quizá, más tarde, nuestra profesión sea reglamentada; pero, por el momento, no lo está. Haced lo que podáis, emplead los medios que os plazca, pero, sobre todo *sed el primero en la oficina telegráfica*. Agregaré que haréis bien, cuando tengáis que emprender una nueva campaña, en traer el mejor caballo que podáis encontrar, aunque os costase un dineral. Ni Mortimer ni yo sabemos cuál de los dos aventajará al otro, pero tenemos las cabalgaduras más veloces del país, no hemos descuidado ninguna probabilidad de éxito...

— Yo no estoy tan seguro como vos — protestó Mortimer —, pues bien sabéis que, si un caballo aventaja en velocidad a un camello sobre un recorrido de veinte millas, lo contrario ocurre cuando el trayecto es de treinta.

— Cómo, ¿uno de estos camellos sería más rápido que un caballo? — preguntó Anesley asombrado.

Los dos compadres se pusieron a reir.

— ¡No! ¡No! Pero sí un camello de carrera, el animal que montan los derviches cuando necesitan recorrer con rapidez distancias considerables.

— ¿Y esos animales andan más rápido que un caballo al galope?

— Naturalmente. Mi caballo no podría seguirlos, pues su tren de marcha es el mismo durante todo el trayecto; además, no tienen necesidad de detenerse para comer o beber y la seguridad de su pata es infalible. Antiguamente, en las carreras que se corrían en Halfa, entre caballos y camellos, la victoria correspondía siempre a estos últimos sobre una larga distancia.

— En todo caso, no tenemos reproches que dirigirnos — dijo Mortimer —, pues me parece poco probable que tengamos que alejarnos treinta millas de una estación telegráfica y el hilo será restablecido detrás nuestro la semana que viene.

— Eso es seguro; por el momento descansemos.

SORPRENDIDOS POR LOS DERVICHES

Scott y Mortimer se instalaron bajo sus respectivos mosquiteros y, pocos instantes más tarde, dormían ambos con un sueño profundo, como gentes habituadas a vivir al aire libre.

El joven Anesley, con su cigarro entre los dientes, se había recostado a una palmera y reflexionaba sobre los consejos que acababa de recibir. Había tomado la determinación de seguirlos e iba ya a tenderse en el suelo cuando vió moverse algo en la dirección del Sud. Era un jinete, el ingeniero Merryweather, que regresaba. En un momento dado, caballo y jinete desaparecieron detrás de un repliegue del terreno. De apronto, percibió una nube de humo blanco que se elevaba por entre los pe-

ñascos y se alargaba como finísima niebla sobre el desierto. Despertó a Scott y a Mortimer gritando:

—¡Levantaos! ¡Creo que Merryweather acaba de ser baleado por los derviches!

—¡Y el agente de Reuter no está aquí!—exclamaron juntos, con suma alegría ambos periodistas. —¿Cómo ha ocurrido la cosa?

En pocas palabras, él los puso al corriente.

—¿No habéis oído nada — preguntó Scott.

—No.

—¡Es verdad que el ruido de un balazo puede ser amortiguado por los peñascos!

—Vamos, esto camina — dijo Mortimer, con su nariz sumergida en su cuaderno de apuntes —. «Merryweather camino cortado por derviches, regresado atrás, muerto balazo, mutilado, comunicaciones cortadas por incursión derviches». ¿Está claro?

—¿Creéis que le han cortado el camino?

—Naturalmente. ¿Con qué motivo habría vuelto entonces sobre sus pasos?

—En ese caso, debe haber varios reconocimientos de enemigos.

—Eso me parece probado.

—¿Por qué decís que ha sido mutilado?

—No es la primera vez que me encuentro con los árabes.

—¿Adónde vais, entonces?

—A Sarras.

—Yo también. Vamos a ver quién anda más ligero.

Su deseo de expedir noticias era tan violento, que ni aun parecían darse cuenta de que su campamento, sus propios sirvientes y ellos mismos se encontraban, por así decirlo, en la boca del lobo. Mientras hablaban se oía el crepitar de la fusilería y, por sobre sus cabezas, el silbido de las balas. Una rama de palmeras cayó a sus pies y en el mismo instante los seis sirvientes se precipitaron ante ellos.

El último pertenecía a la tribu de Bagaras; luego apareció otro negro y después otro...

Fué Martínez quien organizó la defensa.

—¡Tali, Henna... Essi! Por qué demonios estáis tan asustados. Abrigad los camellos detrás de los troncos de las palmeras... y ahora atadlos sólidamente. ¿Acaso no habéis oído nunca silbar las balas? Vamos, acostad vuestros burros de este lado... Pero no, allí no coloquéis mi «poney»... ¡Lo convertís en blanco! Colocadlo con los otros dos caballos, detrás del grupo de árboles. Esos salvajes parecen tirar aún más alto que en 1885.

—He ahí, sin embargo, una bala que ha tocado — exclamó Scott, oyendo un ruido semejante al que produciría una piedra contra un montón de barro.

—¿A quién ha tocado esa bala?

—Al camello pardo que rumia por allá...

La pobre bestia estaba estirada en el suelo, con la lengua pendiente y cerrados sus grandes ojos obscuros.

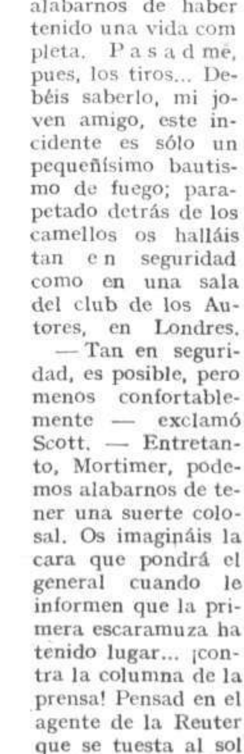
—He ahí un balazo que me cuesta quince libras esterlinas — dijo Mortimer furioso —. ¿Cuántos creéis que sean, estos miserables?

—Yo creo que no son más que cuatro.

—Cuatro armados de fusiles, es seguro, pero puede haber otros con armas blancas.

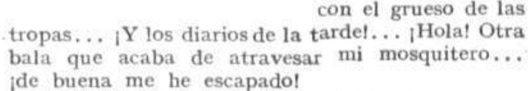
—No lo creo; es un pequeño grupo de caballería montada que ha hecho una incursión por estos parajes. A propósito, Anesley ¿es la primera vez que veis el fuego?

—Sí — confesó el joven repórter, que experimentaba en aquel momento una sensación indefinible, en que se mezclaban la curiosidad, el coraje y la emoción.



—El amor, la pobreza y la guerra son tres cosas cuya experiencia es necesario haber hecho para alabarnos de haber tenido una vida completa. Pasadme, pues, los tiros... Debéis saberlo, mi joven amigo, este incidente es sólo un pequeñísimo bautismo de fuego; parapetado detrás de los camellos os halláis tan en seguridad como en una sala del club de los Autores, en Londres.

—Tan en seguridad, es posible, pero menos confortablemente — exclamó Scott. — Entretanto, Mortimer, podemos alabarnos de tener una suerte colosal. Os imagináis la cara que pondrá el general cuando le informen que la primera escaramuza ha tenido lugar... ¡contra la columna de la prensa! Pensad en el agente de la Reuter que se tuesta al sol desde hace ocho días con el grueso de las tropas... ¡Y los diarios de la tarde!... ¡Hola! Otra bala que acaba de atravesar mi mosquitero... ¡de buena me he escapado!



—La recibió uno de los burros.

—Si esto continúa así, nos veremos obligados a llevar nuestros equipajes al hombro hasta Khartum.

—Qué importa, amigo; todo esto nos da elemento. Desde aquí veo los grandes títulos: *Incursión sobre la línea de comunicaciones. — Asesinato de un ingeniero inglés. — La columna de la prensa atacada.*

—Muy bonito...; pero, yo me pregunto; cuál será el final del artículo? — respondió Anesley.

—*Nuestro corresponsal especial, herido* — exclamó Scott, rodando en tierra.

—Poca cosa, sin embargo —, dijo, levantándose —; un arañazo en la rodilla.



— Tengo diaquilón a nuestra disposición.

— Dentro de un momento. Es lo mismo, no deja de ser desagradable ser tiroteado a distancia. Desearía verlos salir de su escondrijo.

— Vais a ser satisfecho, se aproximan...

— ¡Caramba! ¡Nos han roto la olla!

Con el ruido de un «gong», una bala tirada por un rémington había atravesado de un lado al otro la olla, y por sobre el fuego se había elevado una nube de vapor. Se oyeron gritos salvajes entre los peñascos.

— Estos idiotas creen que hemos saltado todos. Tan seguros como que estoy aquí, ahora van a precipitarse sobre nosotros. Ahora nos toca el turno de hacerles fuego a nuestra vez. ¿Tenéis vuestro revólver, Anesley?

— Tengo esta excelente escopeta de caza, de dos caños.

— Perfectamente. ¿Qué cartuchos?

— Cartuchos con municiones grandes de caza.

— Bien. Yo tengo mi revólver cargado con la munición más gruesa, pues un revólver de ordenanza no detendría a estos sujetos mejor que una cerbatana.

— Un instante — continuó Mortimer, sujetando sólidamente sus anteojos sobre la nariz; ¡creo que se nos vienen encima!...

— Son exactamente — hizo observar Scott — las cuatro y diez y siete minutos.

ANESLEY RECIBE EL BAUTISMO DE FUEGO

Anesley había echado cuerpo a tierra al abrigo de las balas detrás de un camello. Miraba con ávida curiosidad los peñascos que se levantaban enfrente. De tiempo en tiempo, ligeras nubes de humo blanco se elevaban, pero no se podía distinguir a los asaltantes. El joven repórter experimentaba una emoción indecible, pensando en aquellos enemigos que, minuto por minuto, instante por instante, se aproximaban a él. En el momento en que la olla volaba hecha pedazos, había oído sus gritos de alegría y, simultáneamente, una voz poderosa había proferido palabras cuyo sentido no había comprendido.

—Primero hace falta que nos vengan a tomar— había murmurado Scott.

La fusilería había comenzado a una distancia de algunos centenares de yardas y, en razón del poco alcance de sus armas, los corresponsales de prensa se hallaban en la imposibilidad de responder. Felizmente, el africano nunca ha acordado plena y total confianza a su fusil, y sus instintos primitivos, que lo arrastran a emprenderla cuerpo a cuerpo con su enemigo, son aún demasiado poderosos para hacerle admitir otra estrategia. El enemigo se fué aproximando, pues, poco a poco, y pronto Anesley pudo distinguir una cabeza por sobre los peñascos, una cabeza enorme, de cabellera ensortijada, de mandíbula prominente, de feroz expresión.

— ¿Tiramos ya? — preguntó Anesley.

— No. Está fuera de tiro y lo único que haría vuestra carga de plomo sería desparramarse.

— ¿Tenéis vuestra máquina fotográfica? — preguntó Scott—, sería el momento de utilizarla ...

Otro árabe, de rasgos finos, de barba negra cortada en punta, se había mostrado detrás de otra roca. Su cabeza hallábase cubierta por un turbante verde, insignia de jefe. — Es una muchedumbre abigarrada — dijo Scott.

— Ese último pertenece a la tribu de los baggaras — respondió Mortimer—, he aquí otro negro más... otro...

— Y dos más... esos son «dimgas», ese pueblo guerrero que sólo se place en los combates, poco importa a favor de quién y contra quién!

— Cuando se aproximen les daré una explicación... ¡con municiones! Manteneos firme, Anesley, ya llegan...

Era cierto. Se precipitaban al asalto bajo la dirección del árabe del turbante verde. Detrás de éste corría un negro con aros de plata en las orejas. Era un verdadero gigante.

— ¡Vamos, Anesley! Apuntad al árabe.

Apoyó en el hombro su fusil, vió el rostro gesticulando al cabo de la lína de mira, apretó por dos veces el gatillo, inútilmente. Dos tiros de revólver se hicieron oir a sus lados y vió una mancha roja que corría por el pecho del árabe.

— Tirad, tirad, pues, imbécil — exclamó Scott.

Apoyó sobre el gatillo sin pensar en armar su fusil; pero otros dos tiros estallaron cerca suyo y el negro gigantesco se derrumbó para levantarse y volver a caer luego, definitivamente.

— Armad, pues, vuestro fusil, idiota — gritó una voz furiosa. En el mismo instante, el árabe saltó por sobre el camello echado y Anesley recibió en pleno pecho los dos pies desnudos de su adversario; al mismo tiempo oyó cerca de su cabeza una formidable explosión...

....

— ¡Hasta luego, camarada! Pronto os repondréis. Tened paciencia.

Era la voz de Mortimer.

— Desolados de abandonaros, pero tendremos suerte si podemos enviar nuestros despachos a tiempo.

Y Scott apretaba la cincha de su caballo.

— Incluiremos en nuestros despachos la noticia de que habéis sido herido; ello hará comprender a vuestro director por qué no habéis cablegrafiado. Si por casualidad, encontráis a los corresponsales de Reuter o de los diarios de la tarde, ni una palabra ¿entendido? Abbas os cuidará. Estaremos de vuelta mañana por la tarde.

Anesley no tuvo fuerzas para responder, pero se dió cuenta que se le había ofrecido la oportunidad de crearse un nombre entre los más grandes repórteres y que esta oportunidad se le escapaba. En realidad, había asistido a una simple escaramuza, pero era la primera de la guerra. El público de la metrópoli esperaba las noticias con una impaciencia febril; los lectores del *Correo*, de *La Inteligencia*, serían, pues, los primeros en recibirlas y las columnas de la *Gaceta* ¡quedarían vacías!

Este pensamiento le dió energía suficiente para levantarse, lo que hizo con gran trabajo.

Inmediatamente, su mirada fué atraída por el cadáver del gigante negro, extendido sobre el suelo, con el pecho agujereado; las moscas del desierto ya habían venido en masas profusas a abatirse sobre las heridas.

A PESAR DE SU HERIDA, ANESLEY QUIERE CUMPLIR CON SU DEBER.

Sidi Scott mató a él con fusil suyo!...—dijo la voz de Abbas.

Llevando la mano a su cabeza, Anesley sintió un pañuelo húmedo que le apretaba la frente.

— ¿Adónde están los otros dos derviches? — preguntó.

— Se han escapado. Uno lleva un brazo roto por un disparo.

— Y a mí, ¿qué me ha pasado?

— Sidi ha recibido cuchillada cabeza. Sidi ha cogido hombre malo por el brazo, y Sidi Scott ha hecho fuego; Sidi tiene cara muy quemada.

Anesley experimentaba en la piel una sensación de quemadura, al mismo tiempo que su olfato sentía olor a cabellos chamuscados. Llevó la mano a su bigote; no existía más. Sus cejas habían desaparecido igualmente. Sin duda, en el momento en que caía a tierra con el derviche, su rostro se había encontrado muy cerca de la cabeza de éste.

Se confesó que su situación era bien precaria. Sólo le quedaba su insignificante peticito gris de Siria, que se mantenía con la cabeza gacha. ¿Qué probabilidades podían quedarle de llevar a cabo un recorrido de treinta y cinco millas, que debía ser hecho a gran velocidad, sobre una cabalgadura en semejante estado? Pero, pensándolo bien, él conocía otros animales que desde ese punto de vista eran superiores; los camellos de carrera. Recordó la afirmación de Mortimer que, por una distancia superior a treinta millas, los camellos valían infinitamente más que cualquier caballo. ¡Si pudiera encontrar un camello de carrera!

De pronto brotó en su memoria una nueva frase de Mortimer; ¡sí, cuando los derviches tienen que llevar a cabo una incursión, siempre van montados en camellos de carrera!

¿Cuáles serían, pues las cabalgaduras de que se habían servido los derviches que estaban ahí yacentes en el suelo? En un instante había trepado por entre los peñascos, a pesar de las protestas de Abbas, que lo seguía. Cuál no sería su alegría al ver levantarse el pescuezo blanco y alargado, la cabeza elegante de un camello.

Anesley, sin vacilar, saltó sobre la montura, mientras Abbas hacía correr la cuerda. El joven, después de haber sido proyectado sucesivamente hacia adelante y hacia atrás, después de haberse prendido a su montura lo mejor que pudo, concluyó por recobrar su equilibrio cuando el camello se puso de pie; por fin se hallaba sólidamente sentado sobre el más veloz corredor del desierto. Quedóse quieto durante algunos instantes; el animal era tan manso como rápido. Al final, con su bastón, tocó el cuello oscilante, y un instante después, oyó las despedidas de Abbas, que parecían venir de muy lejos.

Era su primera experiencia del camello de carrera, y los movimientos no tuvieron, en un comienzo, nada de desagradable.

No teniendo estribos ni ningún punto fijo en que apoyar los pies, no podía seguir bien los vaivenes, pero, con todas sus fuerzas, apretaba las rodillas contra su cabalgadura, inclinando el cuerpo sucesivamente hacia adelante y hacia atrás, como había visto a los árabes hacerlo a menudo.

El camello había tomado desde un comienzo su tren de marcha rápido y ondulante, y los largos trancos de sus pezuñas no hacían ningún ruido sobre la arena del desierto.

A pesar del dolor que le causaba su herida en la cabeza, Anesley se contenía para no gritar el regocijo físico que experimentaba, hendiendo sobre el lomo de aquella rápida bestia el aire fresco y perfumado, el viento del Norte que venía a castigar su rostro.

Consultó la hora en su reloj e hizo mentalmente un rápido cálculo del tiempo transcurrido y de las distancias recorridas. Si todas las probabilidades lo favorecían, no esperaba que sus despachos pudieran llegar a Fleet *street* antes de las dos o tres de la mañana. Quizás tuviese éxito, pero las circunstancias parecían serle contrarias.

Anesley había oído decir que, en ocasiones, estallaba el vientre de los hombres que viajaban en camellos rápidos, y que los árabes tenían la costumbre de fajarse sólidamente el abdomen, con una tela fuerte, antes de emprender un largo recorrido. En un principio esta precaución le había parecido superflua. Ahora que el suelo se hacía más rocalloso comprendía su utilidad. De repente proyectado hacia adelante, de repente hacia atrás, luego sobre los costados, cada uno de esos movimientos lo sacudía, a tal extremo, que se sentía dolorido desde la punta de la cabeza hasta las rodillas. A veces, ensayaba, en vano, prenderse del pomo de la montura, con ayuda de las manos; a fin de poder amortiguar en algo los choques, levantaba sus rodillas, cambiaba de postura, sin dejar de apretar los dientes, con la firme voluntad de llegar a la meta o morir en el intento. Le parecía que su cabeza se hallaba pronta a estallar; todas las articulaciones de sus miembros se hallaban como dislocadas.

Y, sin embargo, olvidó sus sufrimientos cuando, al salir la luna, oyó cerca del río un ruido de cascos de caballos y constató que había ganado ya cierta distancia sobre sus rivales. Pero no había efectuado aún la mitad del trayecto y ya eran las once.

. . . .

Durante todo el día el manipulador del telégrafo había hecho oir su triquitraque entrecortado, en la pequeña cabina de chapas de cinc que servía de estación telegráfica en Sarras. Los despachos cifrados le habían dejado medio loco.

Por fin, á eso de las dos de la mañana, éste, agotadas sus fuerzas, había abierto la puerta y encendía su pipa, cuando distinguió en la obscuridad a un camello que acababa de detenerse, y un hombre al parecer en completo estado de ebriedad, que avanzaba hacia él tambaleándose.

— ¿Qué hora es? — exclamó ese hombre con una voz nada aguardentosa.

El empleado respondió que eran más de las dos.

La voz de su interlocutor se hizo ronca y éste debió cogerse de uno de los lados de la puerta para no caer al suelo.

— ¡Las dos! — exclamó —. ¡Entonces, he perdido!.

La cabeza del individuo estaba atada con un pañuelo manchado en sangre, y allí estaba el hombre con las piernas arqueadas, como si ya no tuviese fuerzas para estar de pie.

— ¿Cuánto tiempo se necesita para transmitir un telegrama a Londres?

— Alrededor de dos horas.

— Ahora son las dos... por consiguiente, no podría llegar antes de las cuatro.

— Antes de las tres.

— Cuatro.

— No... tres.

— ¿No dice usted que se necesitan dos horas?

— Sí, pero hay una diferencia de más de una hora de longitud.

— ¡Caramba! ¡estoy a tiempo, entonces! — exclamó Anesley y, trastabillando, consiguió sentarse sobre un cajón y comenzó a dictar su famoso telegrama.

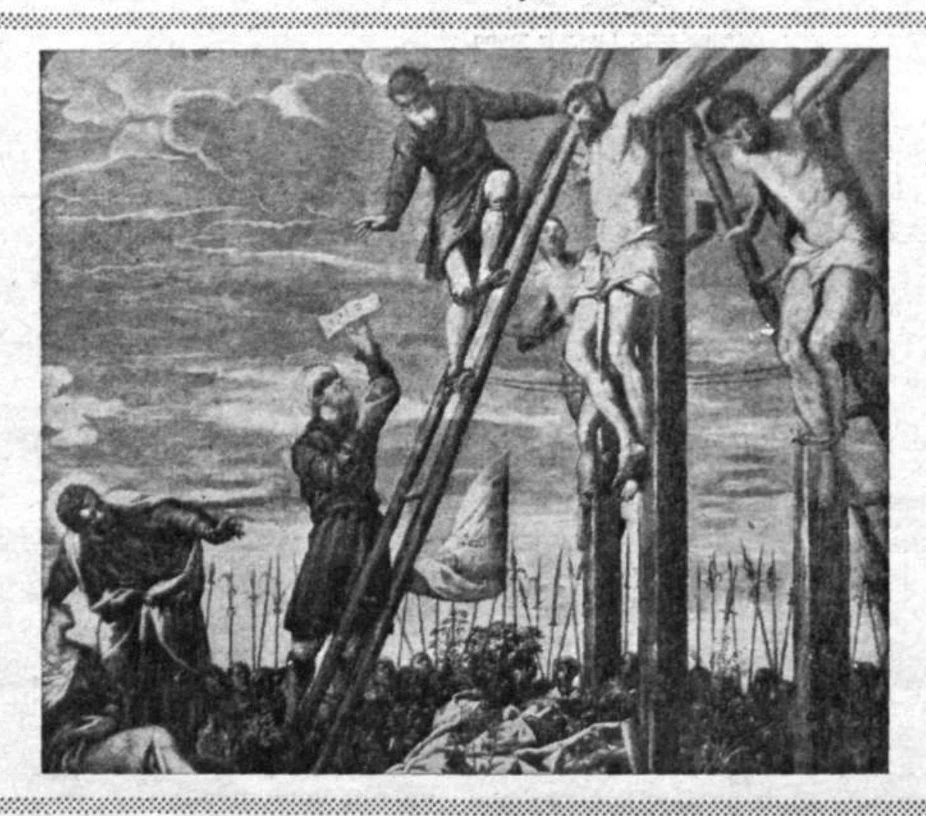
Y fué así como la *Gaceta* pudo publicar bajo enormes títulos, una larga y palpitante columna, mientras que *La Inteligencia* y el *Correo* se hallaban vacíos de noticias.

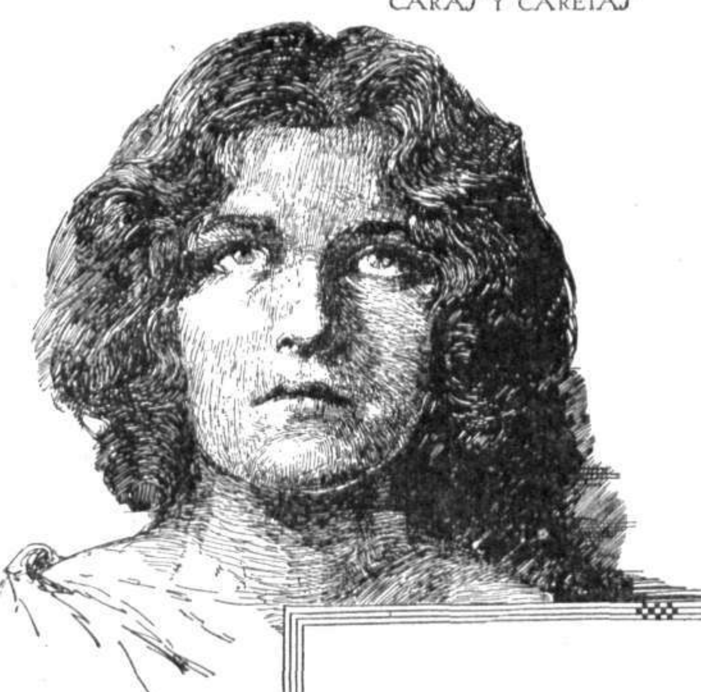
...Y, cuando a las cuatro de la mañana, llegaron a la oficina telegráfica de Sarras, dos hombres deslomados sobre dos caballos reventados, aquellos dos hombres, después de haber sabido que su joven compañero les había precedido, se miraron en silencio y volvieron a partir sin ruido, sin cambiar ninguna impresión, persuadidos de que hay ciertas situaciones que ningún lenguaje en el mundo sabría describir.

TRADUCIÓN DE A. A.



Crucifixión, por Aliñari





El cuidado del cabello

Para el lavado del cabello, operación siempre dificultosa para las señoras, el Jabón de Sales Naturales de "La Toja" es una maravilla: deja la cabeza fresca y el cabello afinado. Todo resíduo de grasa y tierra salen con la abundante espuma que produce, con un simple chorro de agua, sin frotación alguna y sin repetir el lavado.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

OBSEQUIO - En breve ofreceremos un obsequio, en canje, de etiquetas del jabón de La Toja. Guárdelas.

CONCESIONARIOS

POLLEDO & Cía

Bme Mitre 1352
Buenos Aires



El Entierro, por Madox Brown



«...Y he aquí que un hombre de Trimatea, llamado Josef, llegóse a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús... y le envolvieron en lienzos con aromas, como acostumbraban a mortajar los judíos y pusieron el cuerpo en un sepulcro nuevo que Josef había hecho tallar en la roca viva...»

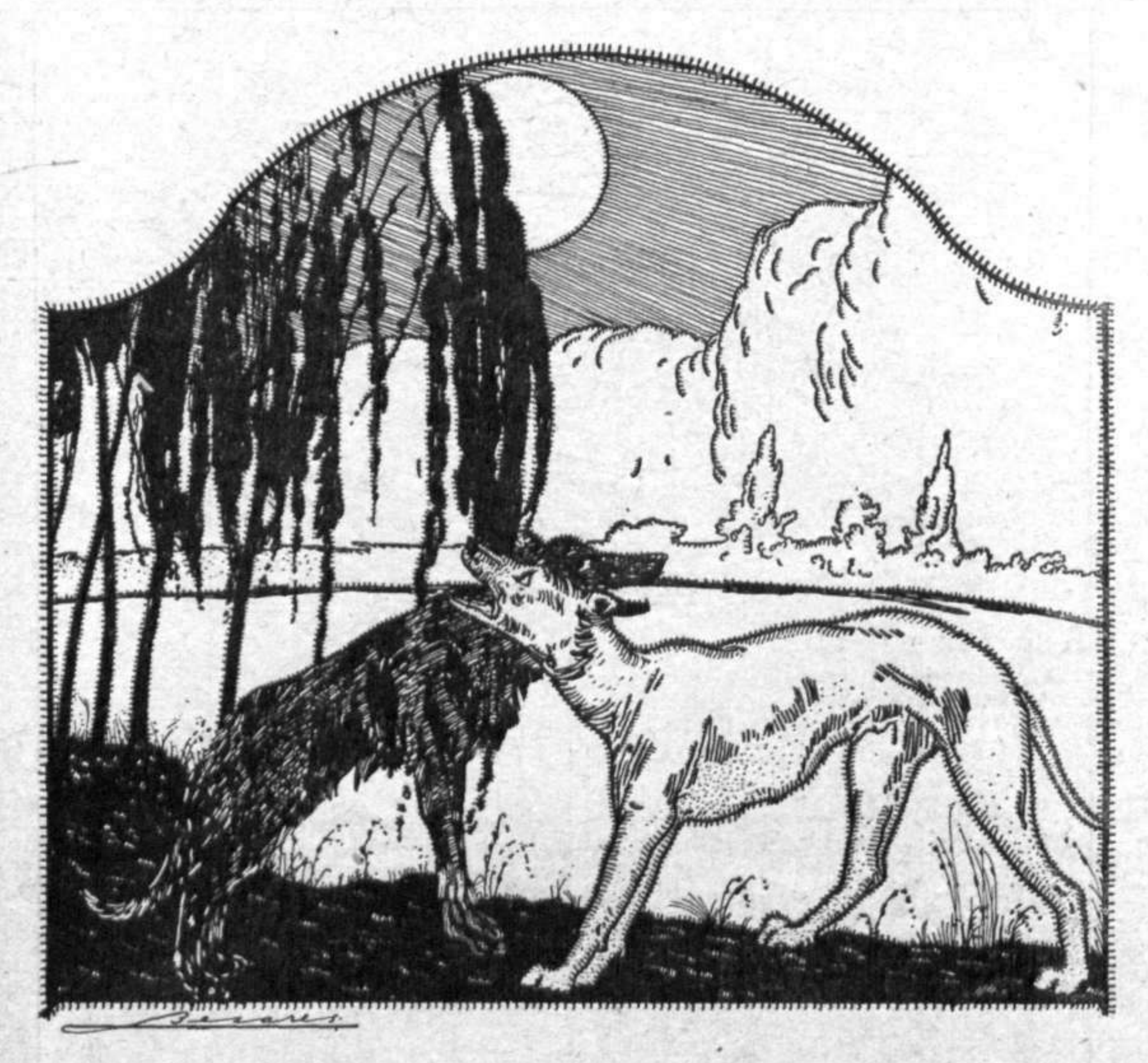
Olio Sasso



El aceite preferido en todo el mundo

C.v. BERNARD

BUENOS AIRES



LOS PERROS

*L*os perros
son duendes,
unos duendes ingenuos.

*L*a vida es para ellos un regalo,
¡un cascabel que llevan dentro!
Por fuera,
¡son como sombras...
Y vagan por el mundo como espectros!..

*B*uscan lo inencontrable...
Son como abstracciones;
parecen un sarcasmo,
y nadie los comprende...
Andan por las cocinas y las puertas;
nunca piensan en nada...
¡Un romance de amor es la ternura
que los llena de luz en la mirada,
y un abismo profundo es el misterio
que les dió la intuición sin la palabra!

*E*mpero,
fueran románticos,
ladrando por lirismo,
en la espesura de los sauces
o en la tranquera de la estancia...

Y cuentan que desnuda entre los astros,
la Noche les habló desde el silencio...
¡Y soñaron entonces que la Luna
era un hallazgo
de divina esperanza!...

*L*os perros.
son duendes,
unos duendes aun sin comprender,
y a quienes el regalo de la vida
¡les ha puesto, por dentro, un cascabel!

HORACIO FERREYRA DIAZ

DIBUJO DE BESARES


RIBAS 931
LOS NIÑOS
DEBEN SER LAVADOS CON JABÓN
HENO DE PRAVIA
QUE NO CONTIENE MATERIAS
CÁUSTICAS QUE DAÑARÍAN SU
DELICADA PIEL
PERFUMERÍA
GAL
MADRID
Heno de Pravia
GAL
FÁBRICA DE PERFUMERÍA
MADRID

Resurrección





La Resurrección, por Aliñari, cuyo original se conserva en el Palacio de la Señoría de Siena.



...Uno de los soldados que guardaban el sepulcro, dijo en la sinagoga: «Mientras guardábamos la sepultura de Jesús se sintió un temblor de tierra, y vimos al ángel de Dios: había hecho rodar la piedra y, sentado sobre ella, su mirada era como el rayo y su vestido como la nieve. Y quedamos como muertos de miedo... Y oímos al ángel que decía a las mujeres venidas al sepulcro de Jesús: No temáis; ¿buscáis a Jesús crucificado?: ha resucitado de entre los muertos y él os precederá en Galilea y allí lo veréis como os lo ha dicho.» Y los judíos hicieron comparecer a todos los soldados y les dijeron: «¿A qué mujeres habló el ángel? ¿por qué no las habéis detenido?» Los soldados respondieron: «No sabemos quiénes son, además estábamos como muertos por el terror.»

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense



coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena.

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

María Esther Lerena



María Esther Podestá de Pomar.

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther Podestá de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y esto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper.

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida."

Gladys Cooper



Lola Membrives.

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

La montaña de Pilatos

En Suiza existe una montaña muy curiosa a la que se le llama vulgarmente el monte Pilatos por creer, la gente del pueblo, que habita en ella el espíritu del que sentenció a Cristo.

Según la leyenda, después de la crucifixión, Poncio Pilatos cayó en desgracia del emperador romano y se suicidó en la prisión en que fué encerrado, desde donde fué arrojado su cuerpo al Tíber, el cual protestó del ultraje y se desbordó sobre la planicie. Al cabo del tiempo, el cadáver de Pilatos fué a posarse en un hoyo abierto en la cima de la montaña que lleva su nombre cerca de Lucerna.

Otra tradición afirma que Pilatos, en vida, se retiró a esa montaña, y, un día, fué arrojado al hoyo antedicho por el Judío Errante.

En uno y otro caso, su presencia causó trastornos horribles, tales cono aludes e inundaciones, y otros fieros males. En cierta ocasión, un estudiante español quiso exorcisar a Pilatos, y emprendió, henchido de valor y confianza, el camino de la cúspide. A su paso se abrían barrancos insondables y brotaban torrentes espantosos. Pero el bravo estudiante hacía la señal de la cruz y, ante ella, los torrentes cesaban de manar y los barrancos desaparecían.

Llegó, al cabo, al hoyo, llamó a Pilatos y apareció éste, tan alto como una torre, esgrimiendo un tronco de pino.



Ella. — ¡No soples así la sopa, Julián! ¿No ves que he comprado un ventilador?

No hay que decir que se entabló un combate tremendo, que duró no sabemos cuántas noches y cuántos días, al cabo de los cuales, Pilatos se vió obligado a capitular.

Las condiciones del pacto fueron que Pilatos volviera al hoyo para siempre... menos los viernes, día que se reservaba para darse una vueltecita por la montaña. Este pacto trajo como consecuencia natural, que nadie osara subir a la montaña en viernes, para no tener sorpresas desagradables. Por último, en el siglo XVI se logró que Pilatos renunciase también a su salida de los viernes, y, desde entonces, todos los años sube a la montaña una solemne procesión presidida por el vicario de Lucerna. Al llegar al hoyo, los que forman la procesión arrojan en él numerosas piedras.

EL CINE EN EL HOGAR ES PARTE DEL CONFORT

LA CAMARA PATHE-BABY



Permite a Ud. impresionar en pequeñas películas cinematográficas, sus recuerdos, escenas familiares, deportivas, etc., que luego puede proyectar en el hogar, con toda la eficacia de un cine perfecto.

UN NIÑO PUEDE MANEJARLA
NO EXIGE CONOCIMIENTOS PREVIOS

Precio del equipo completo........ $ **155.-**

GRATIS CATALOGO

UN PROYECTOR MODELO PARA LA CASA, LA ESTANCIA, LA ESCUELA, Etc.

Continsouza (N.° 2)

No es un juguete ni un aparato vulgar. Es el mismo proyector que se usa en los grandes cines, pero sin luz de arco, lo que evita complicaciones y peligros. Para toda película de perforación universal. Proyección fija y nítida. Adoptada por los Gobiernos de Francia y Bélgica en la enseñanza, con éxito positivo.

SE APLICA A CUALQUIER TOMA CORRIENTE Y PUEDE MANEJARLO UN NIÑO

NO EXIGE CONOCIMIENTOS NI INSTALACIONES ESPECIALES

Precio del equipo completo.................... $ **480.-**

PIDASE DATOS Y DEMOSTRACIONES



FACIL
PORTATIL
SEGURO
PERFECTO

AFICIONADOS A LA FOTOGRAFIA!

REVELACION Y COPIAS EN 6 HORAS

TIENEN EN MI CASA EL MAYOR SURTIDO EN APARATOS FOTOGRAFICOS, PLACAS, ROLLOS DE FILMS, PAPELES, DROGAS Y ACCESORIOS

LABORATORIO MODELO MODERNISIMO



MAX GLÜCKSMANN

ROSARIO
CORDOBA 1048

MONTEVIDEO
18 DE JULIO, 966

CALLAO y Bmé. MITRE · B. AIRES · FLORIDA y LAVALLE

EL PEÑON DE SISIFO



No, Marcela, no te irás sin haberme escuchado, a pesar de la horrible carta que tú me has dejado, ya que el destino ha querido que volviera antes de lo que esperabas y viera en el vestíbulo esta valija preparada, tú con el tapado de viaje puesto y en el instante de huir... Puedes leer fácilmente en mis ojos que no quiero violentarte ni hablarte en tono de dueño y señor. ¿Para qué retener un cuerpo cuya alma se halla ya bien lejos? No te tomes a la puerta, como lo haces, desesperada, orgullosa, rebelde. Dentro de pocos instantes soy yo mismo quien te la abrirá, si tú lo deseas. Pero te ruego antes, que reflexiones. ¿Tú has reflexionado, dices? No. Muchas cosas has olvidado. Sólo has consultado en ti misma lo que te agradaba y muchas cosas quedaron a obscuras y te son obscuras en mí, que ya no amas... ¡y en el otro!...

¿Tu pasión, dices? Sea. Parte a vivirla: pero prevé su fin. Dentro de seis meses, dentro de un año, habrá concluído. Ese hombre que tú transfiguras será parecido a mí, sino es mucho peor. ¡Oh, no, yo no quiero hablarte mal de él!... Pero, comprende Marcela, que lo esencial de tu pasión es la fatiga de la vida cotidiana que te choca y te subleva y que yo te represento bajo el nombre ridículo de marido que llevo. Pero, no hay otra vida que la vida ordinaria y dentro de poco, ese con quien tú quieres juntarte, será por ello vulgar a tus ojos. Tú te cansarás de verlo doblar su servilleta, quejarse de la lluvia, hablar de dinero o leer el diario. Te dirá todo lo que yo te he dicho porque la vida lo exige; se me parecerá y te desilusionará y un día, sin duda, o una tarde, como esta, tomarás tu tapado de viaje, y dejarás furtivamente la carta que mata, para ponerte en ruta hacia la ilusión que baila delante tuyo — y es de esa partida que quiero prevenirte para defenderte.

No hay nada nuevo en la vida Marcela, y el más grande crimen de la pasión es de hacérnosio esperar, sacarnos para siempre de la única ruta que puede evitarnos la miseria y el dolor morales, es decir, de atarnos a lo que es cotidiano y está previsto desde hace siglos. Mira

a tu alrededor y acuérdate. Piensa en nuestra comodidad de hoy acuérdate, de nuestros esfuerzos comunes, de nuestras alegrías delante los primeros muebles comprados. No somos los dos solos en nuestra unión. Ahí están las enfermedades, las inquietudes, el trabajo, los reposos, las esperanzas, la muerte de nuestros parientes y conocidos, la lucha de los dos contra el destino y el hogar, al fin creado. Son ellos otros tantos compañeros mudos, testigos silenciosos. ¿Si tú me reniegas, podrás renegarlos? Ellos estan ahí y ellos te seguirán y ante la primera palabra chocante de ese hombre que vas a encontrar, te hablarán de mí: de nosotros, de este instante. Son humildes y de poco precio, pero tú verás entonces, cómo son poderosos y engrandecidos por la pena que costaron. Sentirás así, cómo su nudo es más apretado y fuerte que el de toda pasión, cuando te será necesario reunir de nuevo una pequeña muchedumbre de hechos parecidos. Tú descubrirás todo lo que tú has dejado de ti en cada uno de ellos; y sábelo bien, a aquel que te espera, tú le mentirás si tú le dices que le llegas toda entera, puesto que una gran parte de tu ser se ha gastado ya en ellos...

¿Tú lo comprendes, dices? ¿Y tú confiesas el desgarramiento de recuerdos considerándote más fuerte que ellos? Yo sé que no ríes, que tu alma no es vana ni vil. Piensa entonces Marcela, en todo el mal que te vas a imponer para recomenzar una vida, cosa idéntica a lo que destrozas y cuyo hastío te descorazona. Tú no las evitarás por quererlo, las pequeñas fatigas y los errores mezquinos de los hombres y de los días. ¿Qué deseas tú, entonces, en fin, de tu pasión, cuando la fiebre haya bajado, sino la felicidad? ¿Cómo puedes creer que se alcanza y en vez de hablar y de gritar hacia ella, es que sabes perfectamente bien lo que es la felicidad? No. No es un minuto de vértigo comprado por largas semanas de espera resignada, sino una roca que hay que levantar entre dos para subir una pendiente y que cae y rueda y nos aplasta, si se cede por un minuto! Y todos los días desfallecemos en el sueño, agotados, y al día siguiente se descubre que el peñón ha caído de lo alto de la cuesta mientras dormíamos y que hay que comenzar la tarea, Marcela. Es para este esfuerzo que es necesario y es grato ser dos — y todo el mundo está en esas — y porque se sabe que este trabajo es inevitable y desolante, es que nos soportamos y nos perdonamos. La felicidad es poder llegar a vivir, a poder sostener la roca que destroza las manos, rompe los riñones; y a creer que la hemos puesto allá arriba y que se que-dará.

¿Tienes miedo?... ¿Sientes que te digo la verdad?... Y no se queda allá arriba. Marcela. Sin embargo, hay una cumbre e íbamosa tocarla.

Son los cuarenta años allí, el peñón queda en equilibrio algunas veces y en los momentos de reposo, alzándose por sobre él, se percibe el otro lado de la cuesta abajo que corona. Se envejece, tranquilos, y se puede esperar que sonreiremos, recordando las pasiones que hemos tenido, satisfechas o domadas, olvidadas ellas también, a medida que envejecíamos. ¡Cómo parecerá menuditas! Sólo el recuerdo del esfuerzo quedará. ¿Porque soy mayor que tú, no crees que yo haya estado tentado y si te relato la vanidad irremediable de la pasión, te imaginas acaso que yo lo haya ignorado? ¿Con ese hombre, cómo hablarás tú de nuestro chiquito Andrés, que murió hace seis años? Ese día el peñón cayó sobre nuestras cabezas y deseábamos que concluyera con nosotros! Los dos renunciábamos a la vida y, sin embargo, cuando temía perderte por la tifoidea, ¿te acuerdas tú de nuestras dos miradas que se cruzaron, al volver tú de tu delirio, al recuperar tu conciencia, salvada ya? ¿Si una noche, cerca del otro, el mal te ataca, es que no pensarás desconsolada en la vejez de nuestro cuarto? Yo no te evoco todo eso para pedirte tiempo, sino para ofrecértelo. Tú eres libre de irte...

¿Lloras? Es a ti, Marcela, a quien yo quiero salvar y no es por mí que quiero conservarte. Déjame decirte, lo que tiene mi corazón y lo que saben mis tristes certidumbres. Si tú te vas, pase lo que pase, eres demasiado orgullosa para volver. Tú no serás nunca la mujer que un crepúsculo duda y tiembla en su pobre forma imprecisa, no atreviéndose a llamar a la puerta, levantar su velo, asustada de haber sido dejada fuera, asustada de oir detrás de la puerta los pasos de aquél a quien pides perdón y refugio, llena de miedo y de vergüenza, teniendo hambre y frío. Tú no serás esa mujer, y yo no te encontraré jamás, ni tampoco te seguiré. Imagínate, qué espectáculo desgarrante será cuando viejos los dos, en dos rincones distantes del mundo nos encontraremos espiritualmente en ciertos momentos de amarga soledad viéndonos sentados cerca del peñón caído que no hemos podido sostener de acuerdo, sentados como sobre la lápida de una tumba que tampoco compartiremos... Pensaremos el uno en el otro, no podremos decirnos nada, y estaremos sin embargo unidos por el recuerdo de una derrota común y nuestros pensamientos serán ahogados como los del enfermo a quien la m rfina paraliza, como las ideas del letárgico que siente llorar a los que lo creen muerto y no puede despegar sus labios... Entonces sabremos que habremos malogrado dos existencias y que tú has reconstruído sin alegría, lo que habrás dejado sin placer. Removerás la ceniza de tu pasión y yo las cenizas de mi afecto para ti. Delante de esos dos fuegos apagados, fríos y negros, tú sentirás recién que el tiempo no existe y que la pena es de todas las fechas...

Oyes... Tú no me contestas, ni lloras tampoco... ¿Quieres que te dé la carta que me has escrito? ¿Quieres que la queme en la estufa? No pronuncies la palabra que te costaría demasiado. Inclina solamente la cabeza y este papel, será ardiendo, la llama feliz, que reflejará su locura sobre los cuatro muros del salón... Sí. Sí... voy a alumbrar la lámpara, puesto que te quedas. Es necesario ahuyentar las sombras malignas. Ven acá, Ven cerca mío, como el primer día en que fuiste mía.

Mañana... No, no digas que soy bueno... Mañana recomenzaremos juntos a empujar el peñón que rodó; recomenzaremos a empujarlo los dos hacia la cima, humildemente, cotidianamente.



CAMILLE MAUCLAIR

TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN

DIBUJOS DE PALACIO

Páginas médicas

Profilaxis de la tuberculosis pulmonar

Dos causas principales favorecen el contagio de la tuberculosis: la *higiene defectuosa* y la *herencia*.

Es inútil insistir sobre las condiciones higiénicas defectuosas que poniendo el organismo en estado de menos resistencia, favorecen el contagio: aire confinado, permanencia en locales obscuros e insuficientemente ventilados, hacinamiento, *surmenage*, vigilias prolongadas, exceso de placeres carnales, alimentación insuficiente, alcoholismo.

En los individuos que tienen taras hereditarias, insistir enérgicamente en la vida al aire libre, prácticas hidroterápicas, ejercicios moderados.

Por lo general, la tuberculosis no se transmite directamente de la madre al hijo, de ordinario el niño nace tuberculizable, pero no tuberculoso.

Es, pues, medida necesaria alejar de la familia al niño tuberculizable y hacerlo criar en el campo; esto para la gente pudiente.

En la clase pobre, llevar el niño a los dispensarios que la Liga Antituberculosa tiene establecidos, acallar las objeciones de orden sentimental cuando se trata de la vida de un ser.

Los gérmenes de la tuberculosis pueden ser llevados principalmente por la alimentación, por los esputos, las deyecciones y el polvo.

La madre tuberculosa no debe criar a su hijo, la prohibición debe ser terminante y formal, la lactancia es peligrosa y puede ser fatal para el niño.

La tuberculosis puede ser transmitida por la leche de vaca; debe alimentárseles con leche esterilizada o sometida a una ebullición prolongada.



AUTOMATICAMENTE...

— Vea, Laurita: más atención cuando escriba mis cartas, porque ayer me puso en la antefirma de la que le enviaba al ministro: "Te abraza y besa"...

Tos

La tos es un síntoma común a todas las afecciones de las vías respiratorias.

Debe, sobre todo, ser tratada cuando es una tos quintosa, seca y molesta: en términos generales, los preparados opiados y belladonados son los que mejores resultados producen para calmarla.

Cuando la tos va acompañada de espectoración, hay que saber respetarla dentro de ciertos límites, porque asegura la evacuación de los bronquios, la cesación de la tos en una bronquitis de los pequeños bronquios, en una bronquitis capilar, es siempre síntoma grave; en semejantes casos, debemos esforzarnos en disminuir la secreción por medio de los balsámicos y facilitar su evacuación por las inhalaciones de vapor de agua, se debe abstener completamente de los opiados o bien deben ser prescriptos con toda moderación, para atenuar el carácter molesto de la tos.

Cuando se trata de *tos refleja*, de origen gástrico, hepático, uterino, etc., hay que tratar la enfermedad causal; prescribir además los antiespasmódicos, bromuros, valeriana.

De la misma manera se debe tratar la tos de origen histérico, agregando a los bromuros el tratamiento general del histerismo, sugestión, etc.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITE CATALOGO N.° 21

MODELO N.° 426
En cabritilla marrón, aplicación de gamuza marrón. En cabritilla negra, aplicaciones de gamuza negra. En cabritilla charolada, aplicaciones de gamuza negra. En gamuza negra, aplicaciones de cuero mate. Tacos de 3 ½ y 5 ½ centímetros.
$ 14.90



MODELO N.° 425
En cabritilla marrón, fondo de gamuza marrón. En cabritilla negra, fondo de gamuza negra. En gamuza negra, fondo mate. En cabritilla charolada, fondo de gamuza negra. Tacos de 3 ½ y 5 ½ centímetros.
$ 14.90



MODELO N.° 411
En gamuza negra. Tacos de 5 ½ y 7 centímetros. En cabritilla negra. Tacos de 5 ½ y 7 centímetros. En cabritilla naranja. Taco de 5 1/2 y 7 centímetros. En cabritilla gris. Taco de 7 ctms. únicamente.
$ 14.90

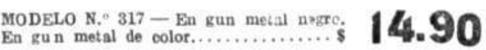


MODELO N.° 404
En cabritilla camello, fondo de charol. En cabritilla marrón, fondo de charol. En cabritilla negra, fondo de charol. En cabritilla charolada, fondo gris. En cabritilla charolada, fondo camello. Taco de 5 ½ centímetros únicamente.
$ 14.90

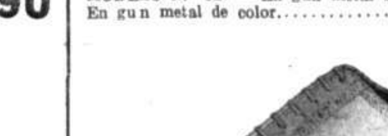


MODELO N.° 335 — En gun metal negro. En gun metal de color. Suela extra reforzada $ 14.90





MODELO N.° 317 — En gun metal negro. En gun metal de color................ $ 14.90





Vendemos nuestras mercaderías con la garantía de ser lo mejor que puede fabricarse en calzados, es decir, que se confeccionan con pieles finísimas, plantillas, contrafuertes y punteras de suela, etc. No obstante ello, si después de examinar un calzado en la propia casa del comprador, no resulta de su agrado, inmediatamente devolvemos el importe.

El Magnesio

Su origen. Sus aplicaciones. Sus ligas. Su fabricación.

El magnesio es un metal que nunca se encuentra en tal estado y que, sin embargo, sus sales químicas en razón de su cualidad de metal alcalino-térreo gozan en la industria humana de una considerable importancia. ¿Habrá alguien que en su vida no haya recurrido a la magnesia? La metalurgia debe el descubrimiento del magnesio a Bunsen quien encontró el medio de aislarlo descomponiendo con la ayuda de su célebre pila eléctrica, el cloruro de magnesio. Su preparación industrial magnesio.

Su preparación industrial ha sido realizada por Carón, Sainte-Claire-Deville y Tissier en un período más reciente por la electrolisis de las soluciones de cloruro. El magnesio se encuentra en el comercio bajo forma de hilos de color blanco grisáceo algo brillante. Calentado al aire libre o en el oxígeno se inflama y quema espontáneamente con una rapidísima llama que todos conocen por el hecho de que se sirven de ella los fotógrafos para obtener fotografías en lugares sombríos o en la obscuridad completa.



El padre (que lleva al chico a casa del dentista). — Bueno, hemos tocado cuatro veces y nadie contesta.
El chico (esperanzado). — Puede que se haya muerto...

Desde este punto de vista se deben al magnesio documentos importantes, entre otros, fotografías de las cavernas, ya que es capaz de ahuyentar por un instante las tinieblas. La medicina lo emplea bajo forma de magnesia, que es el óxido de magnesio, polvo blanco y ligero que se obtiene por calcinación del hidro-carbonato y que se designa bajo el nombre de magnesia calcinada, precioso contraveneno de los ácidos en general y del ácido arsenioso en particular.

El magnesio difiere en un punto de los metales alcalino-térreos: la solubilidad de su sulfato, que es característica.

El magnesio puede ser utilizado como desoxidante de las operaciones metalúrgicas, se sirve de él, aliado con el manganeso para maleabilizar el níquel. Principalmente el estado de liga alumino-magnesio ha sido utilizado recientemente. Esta liga es conocida bajo el nombre de magnesio y es muy apreciada. Encierra de 5 a 10 % de magnesio y se obtiene vertiendo aluminio líquido sobre el magnesio fundido a la temperatura de 650 grados. Los productos obtenidos se laminan muy bien y presentan la notable cifra de 24 kilogramos de carga de ruptura por milímetro cuadrado.

Es posible que la fabricación del magnesio, relativamente poco importante hoy, se desarrolle en un momento dado entre las aplicaciones de la electrolisis.





PEDRO PASQUARIELLO 1359, Corrientes, 1359



DORMITORIO "Estilo Moderno" de roble macizo N.A., para matrimonio, con artísticas aplicaciones de bronce, espejos biselados y mármoles de calidad superior. Compuesto de 1 ropero formato grande, 1 toilette - cómoda con mármol, mesa de luz, cama 2 plazas con elástico reforzado, 1 toallero y 1 percha, a.. $ **320.—**



GUARDARROPA construido en nogalina maciza acabado en colos roble o cedro, puertas corredizas, lunas biseladas y dos cajones al frente. Dimensiones: 1.45 ancho y 2.10 metros alto, a $ 93. El mismo, sin cajones, a. $ **85.—**



CAMA DE HIERRO de 1 1/4 *pulgadas de espesor, esmaltada* a fuego, con pasamano superior de bronce, elástico Imperial de hierro con estiradores; de 2 plazas, pesos **80**; de 1 ½ plaza, pesos **65**; de 1 plaza a........... $ **45.—**



REGIO COMEDOR VITRINAS, construido en cedro caoba o roble, con fina marquetería de París, raíces y filetes de palo rosa, lunas y cristales biselados, mármoles Breche, violete y aplicaciones de bronce, compuesto de aparador, trinchante, mesa para 8 cubiertos y 6 sillas tapizadas en cuero de primera a.. $ **625.—**

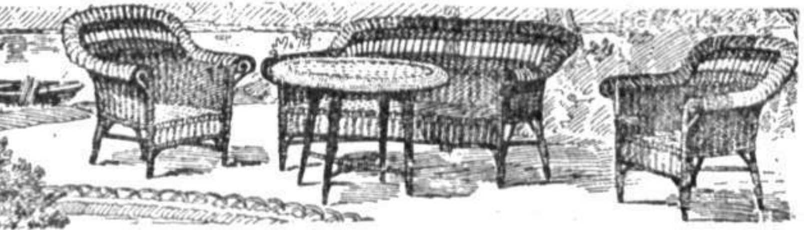


ELEGANTE Juego de Dormitorio, todo construido en cedro-caoba, con finas marqueterías y filetes importados, raíces de *olmo*, *lunas* biseladas extranjeras, artísticas aplicaciones de bronce cincelado, compuesto de ropero gran formato, toilette - cómoda o tocador, cama matrimonial con elástico «Patentado» y mesas de luz. Rebajado al ínfimo precio de.................................... **595.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada a fuego, en colores blanco o roble, con elástico Imperial de hierro, doble tejido, reforzado con estiradores: de 2 plazas, pesos **45**; de 1 ½ plaza, pesos **35**, y de 1 plaza, a pesos............... **24.—**





MODELO EXCLUSIVO en mimbre tupido, compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 hamacas y 1 mesa, como reclame,.........$

65.—

El CRISTO *de la* NUEZ

UNA ESCULTURA FAMOSA



"CHRISTUS de PROFUNDIS"

La escultura más pequeña conocida en el mundo del arte. Hecha en una prisión de Honduras por un condenado a muerte, quien la terminó el día que marchó al suplicio. Esculpida en la concavidad de una vaina de habichela, esta cabeza de Cristo es considerada por los críticos de arte como el más perfecto retrato del Salvador.

En las grandes ciudades, particularmente en aquellas que, por su posición geográfica, están sujetas a un ir y venir de población flotante, algo como una marea humana, pocas son las cosas que logran apoderarse de la atención general y atraerla hacia un solo asunto. Se necesita que sea algo palpitante, una conmoción que sacuda a las masas, para que suscite un movimiento unánime con un solo objetivo por orientación. Los acontecimientos que, aunque importantes, podríamos llamar de segundo orden, sólo interesan a grupos de colectividad, de acuerdo con sus tendencias, gustos o aspiraciones. Por lo que hace a los problemas artísticos, su círculo es todavía más estrecho, concretándose a los iniciados, o a los «diletantis», ambiente, si bien selecto y valioso, por razones lógicas, muy reducido.

De ahí que llamara tanto mi atención, saber por los periódicos de Nueva York, que una escultura de Cristo, grabada en una nuez, despertaba un interés, si no general, lo que hubiera sido imposible en la gigante metrópoli, por lo menos en extremo grande y entre todas las clases y todos los gremios. Sobre todo — aquí lo más curioso — no era la obra de un artista famoso, de un consagrado por la opinión pública, de esos a quienes, aun los menos entendidos y menos aficionados al arte, por virtud del imperio moda, se creen obligados a rodearlos y rendirles homenaje. No. Se trata de un autor desconocido, aun en su propia tierra, algo más, de un artista que no hizo más que una obra en su vida y cuyo nombre ha permanecido y permanecerá eternamente ignorado.

Los periódicos elogiaban la obra con frases cálidas y reproducían las opiniones de autoridades en materia de arte, concordando todas en afirmar que se trataba de una verdadera obra maestra. En «Eolean Hall», donde se exhibía, miles de personas se extasiaron ante aquella maravilla de la escultura. Tan pequeña como era, para apreciar los detalles, las finezas, los primores en que abunda, no eran suficientes los simples ojos. De ahí que la admirable miniatura estuviera colocada detrás de un lente poderoso que permitía apreciarla en toda su perfecta belleza. Una cadena de gente, cuyos anillos no se desligaban por horas y horas, iba pasando frente al cristal. Cada persona, como fascinada, quería abstraerse en la contemplación por largo tiempo, y lo hubiera hecho, sin duda, si el empuje de los que venían detrás no le hubiese obligado, con dolor, a seguir su camino.

Las almas piadosas se sentían atraídas por aquel rostro en que el sufrimiento y la angustia, mezclados con una dulzura infinita, interpretaban los últimos momentos del Redentor; los turiferarios de lo bello, se apasionaban ante aquellas líneas puras, genialmente trazadas, formando un conjunto armónico, impecable, a juicio del más riguroso esteta; los indiferentes, que entraban atraídos por lo que habían oído decir, o por la ola de novelería que los arrastraba, trocaban su indiferencia en espontánea y sincera admiración.

El cardenal Gibbons, aquel prelado ilustre, que no sólo supo ser dechado de apostólicas virtudes, sino también cultivador de las ciencias y las artes, en presencia del Cristo de la Nuez, exclamó:

«Aparte de la belleza artística de esta obra, que, en su género, no creo que tenga paralelo, es tal la expresión conmovedora que se pinta en las facciones, que, después de verla, no es posible retener las lágrimas», y cuando esto decía, las suyas temblaban en las pestañas del eminente dignatario de la iglesia.

Y el autor de esta prodigiosa creación, ¿en qué academias estudió?, ¿quiénes fueron sus maestros?, ¿en qué grandes museos tomó inspiraciones?, ¿en qué fuentes recogió su técnica? Todo eso era para él desconocido. Humilde hijo del pueblo, antes de sospechar siquiera que era artista, no había manejado más que el azadón y la pala, en los trabajos del campo.

Por un crimen, según se dice, fué encerrado en el castillo de Omoa y condenado a muerte.

El castillo de Omoa, incrustado en una roca a la orilla del mar, en la costa atlántica de la República centroamericana de Honduras, es como el de San Juan de Ulua, en Méjico, y el de Puerto Cabello, en Venezuela, una de esas fortalezas siniestras y lóbregas que ponen pavura en los ánimos mejor templados. Sus anchos muros eternamente batidos por el mar, dejan filtrarse el agua, que va a romper en lágrimas salobres el interior de los calabozos, donde sólo llega la voz del trueno y la luz del relámpago. Fué allí, en uno de esos antros—esperando la muerte, sin más consuelo que su pensamiento puesto en Jesús—que tuvo, el improvisado artífice, la que bien pudiera llamarse divina inspiración, y en las breves horas que lo dejaban bañarse en un rayo de sol durante el día, que logró ejecutarla. Su materia prima fué una nuez o habichuela, su único instrumento, una cortaplumas.

Hay en la América Central un fruto conocido con el nombre de *ojo de venado*, por la forma y por el color en la parte externa. Interiormente contiene una pulpa dura, resistente, de un tinte blanco crema, una materia semejante al marfil. Sobre esta superficie fué cincelado el Cristo.

En momentos que el condenado iba a ser conducido al suplicio, como un recuerdo, el único que podía dejarles, entregó a su familia la nuez. Ni él ni los suyos supieron tal vez nunca, el valor que tenía y lo que significaba aquella obra.

Hace algunos años, unos turistas norteamericanos visitaron Tegucigalpa, capital de Honduras, y habiendo dado encargo de algunos objetos antiguos, coloniales o indígenas, les llevaron a vender diferentes artículos. Entre ellos se encontraba el Cristo famoso. Verlo y comprender su mérito, fué todo uno. Inmediatamente lo compraron. Quisieron saber el nombre del autor, pero les fué imposible. Probablemente, aquella prenda, había pasado de mano en mano, perdiéndose el nombre de su primitivo dueño. Lo único que se sabía era que un condenado a muerte, en el castillo de Omoa, lo había labrado, y nada más. Se trata de hacer una capilla suntuosa, por suscripción popular, para guardar tan preciada e inestimable reliquia.

M. SOTO HALL


OFELIA de ARAGON
la maravillosa cantante del TEATRO "LA COMEDIA"
que con su arte inimitable tanto entusiasmo suscita entre el público que siempre frenéticamente la aplaude, ha grabado diez de sus mejores canciones en cinco preciosos DISCOS VICTOR.
AL IR DE VACACIONES EN SEMANA SANTA LLEVE CON USTED UNA
CONCERTOLA
PORTATIL DE VIAJE, con ella podrá usted deleitarse oyendo, además de la voz de esta "REINA DE LA CANCION ESPAÑOLA", la mejor música popular y clásica del mundo.
DISCOS DOBLES, VICTOR, DE 25 CENTIMETROS, $ 3.80 CADA UNO
Cantados por OFELIA DE ARAGON
V45354 Por Traidor. (Couplets). La Gitana Petenera. (Canción gitana).
V45355 La Isabela. (Canción). Por Sagi Barba. Los Apuros de Cerila. (Canción cómica).
V45356 El Barrenero. (Couplets). Amor Estudiantil. (Couplets).
V45410 Te Quiero, Torero. (Canción). Cleta la Rigolvedera. (Couplets).
V45411 La Cacereña. (Canción). Musa Cubana. (Canción).
OFELIA DE ARAGON
CATALOGOS ILUSTRADOS N.° 21 Y 22 DE CONCERTOLAS, GRAFOFONOS Y DISCOS REMITIMOS GRATIS.
Concertola
AMERICA
CONCERTOLA N.° 360. - Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 130
CONCERTOLA N.° 111. - Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 99.50
CONCERTOLA N.° 110. - Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 85
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA LDA.
Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

Euclides el Geómetra

Según los historiadores árabes, Euclides el Geómetra era natural de Tiro, hijo de padres griegos y vivió en Damasco y Alejandría por los años 315 y 225 antes de J. C. En su fantasía, cuentan los historiadores árabes que deseando Tolomeo, rey de Alejandría, instruirse en la Geometría, llamó a Euclides encargándole refundiese las obras de sus antecesores.

Los comentarios de Proclo confirman que Euclides floreció en la época de Tolomeo I, que fué posterior a los discípulos de Platón; que ordenó varios trabajos de Eudoxio de Cnido y dió demostraciones de todo lo que sus predecesores no habían probado, componiendo los *Elementos de Geometría* admirables por el orden que allí reina, por la elección de teoremas y problemas tomados como fundamentales por la variedad de razonamientos convincentes, unas veces partiendo de las causas, otras deduciendo de los efectos, pero siempre exactos, irrefutables, científicos.



El padre, furioso.—¿Para qué darte un buen puesto en mis oficinas, para que pierdas el tiempo jugando al "golf"?
El hijo. — ¿Perder el tiempo? ¿Pero no ves que he ganado un reloj?...

La obra de Euclides fué muy copiosa; por desgracia, se la conoce de un modo incompleto y mediante reconstrucciones. *Las obras de Arquímides han servido en* mucho para esta ardua labor.

La celebridad mundial de Euclides fué debida a la gran difusión de sus *Elementos* traducidos comentados en todos los idiomas.

No se atribuye a Euclides el mérito de haber tenido la idea de reunir por primera vez en un cuerpo de doctrina los resultados de las investigaciones anteriores, porque se sabe que fué precedido por Hipócrates, Leone y Tendio. Pero se admite, sin discusión, que Euclides contribuyó a hacer rigurosas las demostraciones de verdades intuitivas, a coordinar y completar las verdades aritméticas conocidas por los pitagóricos, aprovechando los materiales científicos preparados por Archítas Teeteto Aristeo y los trabajos sobre poliedros regulares comenzados por Pitágoras y Platón. La labor personal de Euclides fué la de ordenador y expositor, de lo ya conocido, agregando un trabajo *matemático propio*, en que el geómetra se propuso que su obra fuera inatacable desde el punto de vista lógico y a ello responde su método sintético caracterizado por un enlace progresivo de las proposiciones que paulatinamente suben de lo simple a lo compuesto, de lo conocido a lo desconocido.

Con frase muy gráfica, Loria dice:

«La Geometría no sale ya completa de la cabeza de Euclides como Minerva de la de Júpiter». Las cosas que ha *tratado y expuesto Euclides, no es lo que le ha dado* tanto renombre, porque la mayor parte eran conocidas por los filósofos aisladamente; su gran mérito fué el de recopilarlas, con tan admirable orden y coordinación, y añade Loria: «Lejos de presentar el aspecto de una cima aislada en medio de una llanura, aparece como el más prominente eslabón de una larga cadena de montañas».

CANAS

Los Años Pasan Rápidamente

Haga todo lo posible por detenerlos. Cuando sus cabellos encanecen Vd. tiene el deber de ocultarlos: se lo imponen las exigencias de la vida moderna. En la oficina, en el hogar, en la calle, en el salón de baile, en todos los círculos, **la juventud es la que triunfa.** Haga Vd. que sus cabellos canosos recobren su color natural exacto, rubio, castaño o moreno, y habrá ganado diez años en apariencia juvenil.



Su Aplicación Simple,

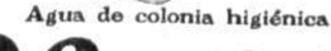
es lo que más maravilla a todos los que usan "LA CARMELA". - Se aplica con la mano, al peinarse, como si se tratara de una loción cualquiera y sin necesidad de lavados ni precauciones, pues no mancha y es absolutamente inofensiva.



Hoy no es necesario

recurrir a tinturas químicas, molestas y peligrosas en su aplicación. Sus canas desaparecerán con unas cuantas fricciones de

Agua de colonia higiénica



El producto de confianza que no tiene rival.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.— Interior: $ 8.50

J. L. CONDE & Cía.

C. Pellegrini, 426 Buenos Aires

En el Uruguay: Soriano, 780 - Montevideo.

En el Paraguay: Gral. Díaz, 402 - Asunción.



La Moda para OTOÑO e INVIERNO

está contenida en la hermosa colección de modelos que presentan las Nuevas Carteras "MARTI".

140 FIGURINES de vestidos, blusas, chaquetas, capas, tapados, trajes "tailleur", etc., etc., con sus **Y** **140 PATRONES** correspondientes trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles desde el 42 hasta el 60 .... $ 5.-

Cartera Ropa Interior de Señoras, cada una .... $ 4.—

» para Niñas, cada una .... » 3.—

» para Ropa interior de Niñas o de Varones, cada una .... » 3.—

Ajuar completo para recién nacido y bebé, cada uno .... » 3.—

Tenemos, además, sesenta Carteras distintas con toda clase de prendas.

SOLICITE FOLLETO ILUSTRADO. — LO ENVIAMOS GRATIS.

J. L. CONDE & Cía. — Carlos Pellegrini, 426 — Buenos Aires.

La Maldad

¿Es la maldad una fuerza en la lucha por la vida? Muy al contrario: la manera más fácil de triunfar en la existencia es la buena conducta de los demás. Debemos levantarnos diariamente con el firme propósito de conquistar almas.

La maldad produce el vacío en rededor nuestro; la desconfianza y la suspicacia son fuerzas repulsivas; la simpatía en cambio, hace de cada hombre un colaborador o cuando menos suprime en ella toda calidad de obstáculos.

Cuando alargamos la mano a un desconocido, nuestro propósito debe ser éste: hacer de él un amigo más. Las horas que pasamos en sociedad deben dedicarse especialmente a conquistar amigos.

Una sonrisa, un apretón de manos franco, un saludo afectuoso, un obsequio mínimo hecho oportunamente, un cumplimiento discreto, que no sea jamás adulación, he ahí las más eficaces redes para pescar almas sin esfuerzo. El pescador de almas logra pronto en su ejercicio una destreza insuperable.

Así como los donjuanes, mientras más conquistan más poder de seducción adquieren para seguir conquistando, así los pescadores de almas, con cada pesca fructuosa, aumentan de un modo considerable su simpatía, su don de gentes; la función crea el órgano.

Se ve, pues, que aun dejando aparte la ética, un espíritu cordial, bondadoso, hospitalario, es un elemento incontrastable en la lucha por la vida. Sea dicho esto para los utilitaristas. Para los otros, para los que no consideran la ganancia como finalidad de toda acción, para los seres excelsos que, como Franklin, se preguntan siempre, al llegar a cualquier sitio: «¿Qué bien puedo yo hacer aquí?,» para los espíritus superiores que sólo aspiran a difundirse, a derramarse sobre el mundo, como el sol, en oleadas de luz, ¿qué recompensa mejor que la delicia misma de esta difusión?

ESPRIT FORZADO

Julia. — ¿Tu novio es fuerte en rompecabezas?

Marta. — ... No, hija: en rompecorazones...

¿Cómo debe hacerse el bien? — le pregunta el divino Marco Aurelio — y responde:

— Hay quienes después de haber servido a alguien, se apresuran a puntarse en cuenta ese favor. Otros no hacen esto: pero tienen siempre presente en su memoria el servicio que han prestado y miran a quien lo ha recibido como un deudor. Otros, por último, ni siquiera piensan que han favorecido a los demás, semejantes en esto a la viña que después de sustentar los racimos no pide nada, contenta de haber producido el fruto que le es propio.

El caballo que ha andado su camino, el perro que ha ido a la caza, la abeja que ha acendrado la miel y el bienhechor no hacen ruido, pasan a ejecutar otras acciones de la misma naturaleza, como la viña, que en la nueva estación, da nuevos racimos.

AMADO NERVO.

CONCURSO DE BELLEZA FEMENINA

Detalles de los premios que el jurado distribuirá entre las que resulten elegidas como más bellas.

2 pendantifs de oro 18 kilates, platino, diamantes y brillantes ónix; 1 pendantif de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera articulada de oro 18 k., platino, diamante y brillantes; 1 pulsera articulada de oro 18 k., platino, diamantes, brillantes y perlas; 1 pulsera articulada de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes, brillante y perlas; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes, brillantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 3 anillos de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 anillo de oro 18 k., platino diamantes brillantes y zafiro.

Este Gran Concurso organizado por "CARAS y CARETAS", se clausurará el 30 de junio de 1925, debiendo ser enviados hasta esa fecha los retratos, que rogamos sean impresos en negro.



Cuantas veces recurra Vd. a la opinión desinteresada de sus amigos para cerciorarse de cual es el mejor aperitivo que puede dar a su señora o a sus niños, obtendrá Vd. la invariable respuesta:

XEREZ-QUINA RUIZ

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 11 DE ABRIL DE 1925 N.º 1384

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Señorita
Helena Aldao[?]ndo Leloir

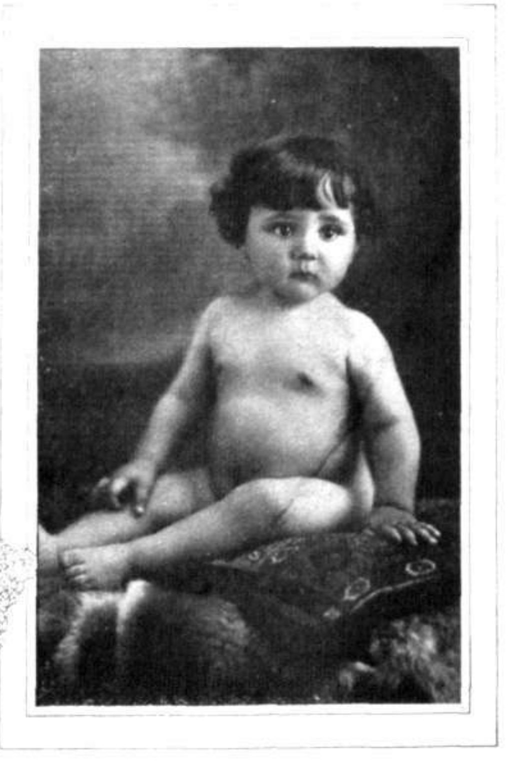
Fotografía
de
Frans Van Riel

Página Infantil

Confortina A. Carassale



María Eugenia [illegible]



Guillermo Julio Hochbaum



EL PRIMER RETRATO OFICIAL DE S. S. PÍO XI, EJECUTADO POR EL FOTÓGRAFO PONTIFICIO

Una extraña casualidad

Era mi intención, al venir a Italia, la de entrevistarme con Mussolini. La personalidad del hombre político, puesto en jaque por la oposición, tenía para CARAS Y CARETAS un interés inmediato. El Papa era, visto desde lejos, una persona inaccesible. El protocolo que lo protege nos lo alejaba. Sabía del *fracaso de muchos periodistas*. Roma es una ciudad ingrata para los corresponsales. Y tanta era mi indiferencia por conocer al Santo Padre, que me embarqué en París, sin «frac», prenda que

Como yo vi al Papa

es esencial para ser presentado a Su Santidad, y aun para asistir a cualquiera de las ceremonias oficiales a las que concurre.

La casualidad, sin embargo, me puso frente a un personaje de la intimidad del Vaticano, y que me ofreció — sin que yo lo requiriera, de yapa — una entrevista con el Papa. Anoche dejé a mi amigo *frente a una botella de «champagne»*. Esta mañana, ya eran cerca de las doce, llamaron a mi puerta. Era uno de sus criados. Me traía la invitación para ver al Papa, a la una de la tarde. Y me



MAGNÍFICA FOTOGRAFÍA DEL PAPA PÍO XI TOMADA EN SAN PEDRO, EL DÍA DEL SEGUNDO ANIVERSARIO

explicaba que no debía formalizarme con la nota *impresa* al pie de la invitación y que el Papa me recibiría en toda intimidad, sin etiqueta, con un simple traje negro. Mi amigo me daba fácilmente la oportunidad de llegar hasta el que fuera un día el Rey de los Reyes, pero al favorecerme, sacándome barreras y obstáculos, me suprimía también la imaginación. Y entré al Vaticano. *Los suizos me presentaron armas y* seguí la calle empedrada hace siglos, o presa entre altos paredones y hacia la que se abren las ventanas sin nadie asomado en ellas. Sólo la sombra de las cámaras que hace espejo en los vidrios, retratando a las nubes y el cielo azul.

En un patio, un guardia perdido, me lleva de la mano hasta la escalera. «Scalone» que llega hasta la sala de pasos perdidos, o sala «Clementina». Hay allí varias personas. El encargado del protocolo, toma notas y yo voy a la zaga de una lista de señoras, las presidentas de varias obras religiosas de Roma, a quienes se las recibe con preferencia. Nos hacen pasar a la sala de los «palafreneros» vestidos regiamente de brocato rojo y encajes.

Luego, a la antecámara regia. Un familiar del Papa, obispo tal vez por su traje violeta, nos individualiza y escribe nuestros nombres. Es quien nos presentará al Papa. Luego nos da una orden que debemos respetar. Llega otro obispo, igualmente joven, pero sufriendo de una conjuntivitis que le hace mover continuamente los músculos de la cara con evidente dolor y nos previene, que al entrar el Santo Padre debemos aplaudir, y aplaudir luego, cuando se retira.

Un otro maestro de ceremonias, nos separa radicalmente de las mujeres. Y corre la cortina que une la cámara regia con la antecámara en que estamos, y en donde hay un trono, un dosel y un sillón dorado. Todo esto muy sencillo, y que, dada la vulgaridad del público que me rodea, parece aún más sencillo.

Una legión de coraceros, arcabuceros, alabarderos, suizos, ministros plenipotenciarios, caballeros de Malta, un girón de la Edad Media avanza y rodea el trono. Modestamente, detrás de ellos, aparece el Papa. Es un hombre de mediana estatura. Nos mira. Sonríe y se dirige ágilmente, dándonos la impresión de una gran juventud, a su silla. Luego de los aplausos, un gran silencio de curiosidad. El Papa hace señas a la pri-

Nº 1869

ANTICAMERA PONTIFICIA

Sua Santità riceverà in udienza

... Tirconei de Lascano Tegui Corrispondente de "CARAS Y CARETAS"

il dì 1 FEB 1925 *alle ore* 13.

Vaticano, ... 192...

CAMILLO CACCIA DOMINIONI

Maestro di Camera di Sua Santità

FACSÍMIL DE LA BOLETA FIRMADA POR EL MAESTRO DE CÁMARA DEL PAPA EN LA CUAL SE NOTIFICA A NUESTRO CORRESPONSAL QUE SERÁ RECIBIDO EN AUDIENCIA POR EL JEFE DE LA IGLESIA CATÓLICA. LAS ADVERTENCIAS DE ABAJO ESTÁN ESCRITAS EN CUATRO IDIOMAS

mera presidenta de acercarse. Esta sube un escalón, se hinca. Y se ve la mano del Papa hacer arabescos en el aire en un movimiento de abanico, coqueto, que se impone a raíz de cada visita.

Mientras tiene palabras amables para cada una de las visitas que pasan—tal vez demasiadas — lo puedo observar a mi antojo. Su rostro es pálido, como si no hubiera visto el sol hace mucho. Mientras mira, en el intervalo de cada presentación, en el fondo de la sala, se dijera que está embalsamado. Por fin me llega el turno. El Papa me observa bajo sus anteojos. En su rostro, una sonrisa de oriental, una vieja sonrisa, está helada sobre su cara. El familiar lee mi nombre, y cuando llega a mi calidad y a mi título de periodista, el Papa mira rápidamente al obispo, como haciéndole sentir la sorpresa que le causa un periodista en ese rosario de penitentes ciegos que acaban de precederme. ¿Teme el Papa cometer indiscreción, dándome entrada? Pero ya veo ante mí su mano pálida y que trae un relente de incienso. Hago como que beso su mano y al alzar los ojos oigo que me dice:

— La prensa argentina se ha mostrado siempre respetuosa para la Santa Iglesia... la Argentina — aquí hay un largo silencio — es una nación joven... aunque ya tiene un siglo. — De nuevo se interrumpe. Pero queriéndome hacer sentir cuan enorme es la distancia recorrida, afirma con un cabrillero de voz a la que ha querido darle seguridad: — «Un siglo es siempre una cosa importante... un siglo... se puede hacer un balance... se puede saber lo que se ha ganado».

El obispo, cuya misión es dar por terminadas las entrevistas, me hace señas desesperadas.

¿Qué hacer? El Papa, continúa diciéndome palabras cuyo sentido, que deseo recoger, pierdo como si recogiera agua entre las manos.

Y el Papa añade:

—«Mi bendición no es solamente para usted... sino para aquellos que no han podido acompañarlo, para aquellos que están enfermos de sus parientes y amigos, para ellos sobretodo».

Yo retribuyo, enternecido, la bondad del Sumo Pontífice. No me atrevo a consultarlo sobre ningún motivo. Siento que su misión es enteramente decorativa. Lo más que puede decir, me lo ha dicho. Lo más que ha podido hacer por mí, lo ha hecho.

Estoy ya de pie. Y sigo el camino que los otros han seguido. Los que me han precedido sonríen satisfechos. Yo estoy algo pensativo, caviloso. Pienso en todo el encanto que acabo de romper: ¡Ver al Papa!... Ya lo he visto. Lo he hallado simple, modesto, ingenuo. Lo he sentido vacilante. No he hallado la voz firme ni la actitud de los Papas Reyes, que eran inaccesibles e invisibles y que cuando se sentían hostilizados por las ideas y la fuerza de los pueblos adversos, hacían del «Castello San Angelo» la fortificación inexpugnable en que hasta los Borgia se salvaron.

EL PAPA PÍO XI PRESIDIENDO LOS OFICIOS RELIGIOSOS DESPUÉS DE LA APERTURA DE LA PUERTA SANTA.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

Galería del "Turf"



SAINT HENRY

Por YOUR MAJESTY y UVA NEGRA

Pensionista del «stud» La Alianza, al cuidado de Naciano Moreno, este «dos años» se perfila como uno de los buenos productos de esta temporada, habiendo salido de perdedor el día de su «debut», donde era segundo favorito. En su nueva y reciente presentación obtuvo el triunfo sobre Mirto, su [illegible]



A LAS 14.30, ESPERANDO QUE SE ABRAN LAS TIENDAS.

CARAS Y CARETAS EN MONTEVIDEO

LA HORA DE LAS MIDINETTES

EN EL PAÍS DE LA CARNE... ROBUSTAS, PERO SIN PERDER LA GRACIA Y ESBELTEZ DE LÍNEA, ¡AY!

Si el maestro Cao viviera, y fuese a visitar de nuevo la ciudad de San Felipe y Santiago, se asombraría al no encontrar, si no en muy pequeña proporción, aquellas jóvenes carnosas que, sin querer, al inspirar el lápiz travieso del caricaturista, le hicieron incurrir en una crítica ingeniosa.

La mujer montevideana se ha elegantizado, considerablemente, en *los últimos años. Conserva* las antiguas seducciones. Los ojos ardientes, la mirada curiosa, el dulce ritmo de criolla, la imaginación romántica... Pero ya no es víctima de la obesidad precoz. Ahora es delgada, esbelta, cimbreante... Podría servir de modelo a un artista francés, especialista en figurines... El fenómeno no es uruguayo, ni argentino, ni chileno... ¡Es un fenómeno mundial! Basta ver las revistas españolas, en las que aparecen las hijas de Madrid, con líneas espirituales de parisienses.

Pero el parecido es más asombroso que en todas las demás clases sociales, en el gremio alegre y bullanguero de lo que se ha dado en llamar también en América las «midinettes». Son ellas las que, vivamos en Buenos Aires o en Montevideo, hacen que, a determinadas horas, nos creamos transportados a París.

No se sabe cómo se las arreglan para ataviarse con tal esmero. Bien es verdad — y aquí *no hay más remedio que volver a recordar* la Villa Lumière — que no realzan las lindas figuritas tanto la magnificencia de las indu-



LAS QUE SE TAPAN LA CARA PARA NO SALIR EN LA REVISTA.

mentarías, cuánto la gracia y el prestigio juvenil.

«Hora de modistas», llamó un poeta a ese instante matinal, y sobre todo crepuscular, fugitivamente delicioso, en que las calles de las tiendas tienen alegría que es como un gorjeo de pájaros libertados. Es la hora de la emancipación y del amor. En las esquinas hay mozalbetes que esperan, y que si no se unen de inmediato a una mu-

TOMANDO EL TRANVÍA EN UNA MAÑANA GRIS... PIERNAS FUERTES... EN UNA CIUDAD DE [illegible]

EL CLÁSICO «DRAGONEO» MONTEVIDEANO. NO SE MIRAN PERO SE SONRÍEN. CUPIDO ANDA CERCA.

MIRANDO AL FOTÓGRAFO QUE ENFOCA. ¿QUIÉN DIJO MIEDO?



BAJO EL ANDAMIO. ESTAS MUCHACHAS NO SE CASAN ESTE AÑO.

chacha, la siguen de cerca, después de haber deslizado junto a la oreja sonrosada un apasionado requiebro donjuanesco.

Montevideo, como lo prueban las fotografías de esta página, tiene, al igual de París y del influenciable Buenos Aires, encantadoras «midinettes» que, en algunos casos, se dirían dibujos escapados del último figurín francés...

ANTON MARTIN SAAVEDRA



UN ROBUSTO MANCEBO ALEMÁN EJERCIENDO FUNCIONES DE «MIDINETTE»...

La TEMPORADA de MAR del PLATA



DOCTOR CENTENARO, SU SEÑORA Y SUS HIJOS.



SEÑORA JULIA G. DE MONTE DOMECQ Y SEÑORITA HELVECIA GENET ROMERO.



SEÑORA DIAZ [illegible] DE NEWTON, SU HIJA MARÍA CARLOTA Y EL SEÑOR RODRÍGUEZ [illegible].



SEÑORITA JULIETA COSSIO.



SEÑORA JULIA S. DE FERNÁNDEZ OLGUIN Y SEÑORITAS ANA MARÍA, MARÍA ELENA Y NENINA FERRER.



SEÑORA DE CANEPA Y SU SOBRINA.



SEÑORA LUISA M. DE SIRITTO Y SUS HIJAS ZUNILDA Y ELDA.



SEÑORA ELVIRA T. DE MIGLIORINI.



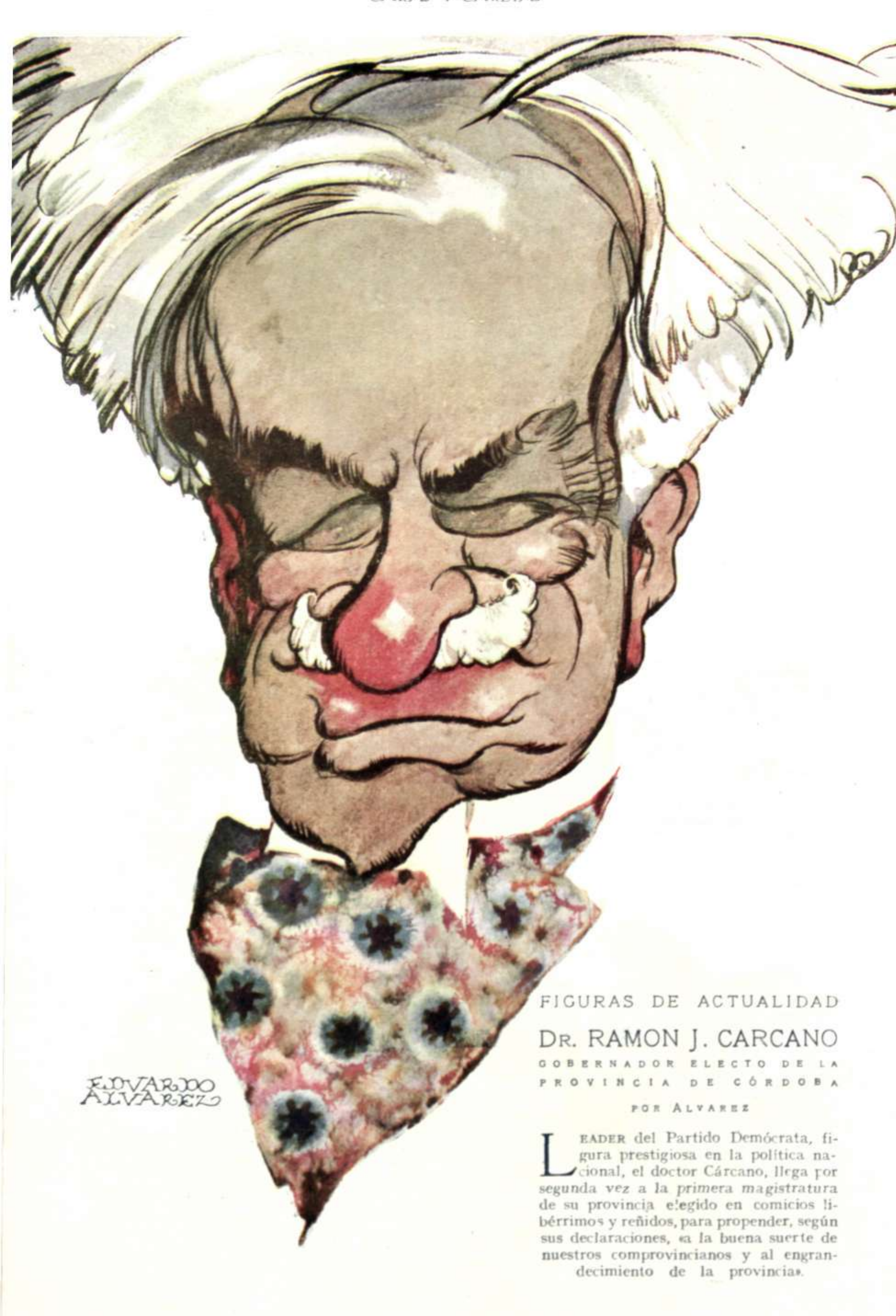
SEÑORA MARÍA ALCIRA ARRINES DE DESTRA Y SUS HIJITAS.

ALBUM DE ARTISTAS

Rosita Rodrigo

ESPAÑOLA. Nació en Valencia el año 1895. Fué profesora de música en el Conservatorio de la ciudad del Turia. En noviembre de 1912 debutó en el teatro Ruzafa, de Valencia, representando, en valenciano, «Las barracas», de Escalante. En tres meses se presentó al público con todo el repertorio de operetas, en boga entonces; sus conocimientos musicales técnicos le facilitaron la rápida comprensión de los personajes líricos. Como su familia se oponía a que trabajase, para ser libre, se casó en Enero de 1913, y se retiró del teatro. En 1915 se divorció y a los ocho dias se presentó en el teatro Romea, de Madrid, como tonadillera, recorriendo triunfalmente todos los escenarios españoles. Aquí, en Buenos Aires, trabajó en las revistas, y Walter Mocchi la oyó, asegurando que era una artista de ópera. Fué a Italia y estudió, debutando en el teatro Constanzi, de Roma, con «Thais». Cantó óperas en Italia durante tres años y regresó para trabajar con la compañía Velasco, hasta ahora. Desde el Brasil, donde descansaba, ha venido al San Martín para representar revistas, otra vez. Su obra favorita es «Thais». Su figura flexible recuerda, con el conjunto de su belleza exótica e inquietante, la visión de una danzarina hierática, casi sobrenatural. Tiene talento, pasión y cultura.





FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. RAMON J. CARCANO

GOBERNADOR ELECTO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

POR ALVAREZ

Leader del Partido Demócrata, figura prestigiosa en la política nacional, el doctor Cárcano, llega por segunda vez a la *primera magistratura* de su provincia elegido en comicios libérrimos y reñidos, para propender, según sus declaraciones, «a la buena suerte de nuestros comprovincianos y al engrandecimiento de la provincia».

ACTUALIDADES

¿QUIEN TIENE RAZON?



El juez. — He ordenado la detención de un diputado.
Don Marcelo. — Ha hecho usted perfectamente.



Guido. — Como presidente de la cámara, protesto contra la detención de un diputado.
Don Marcelo. — Toda la razón es de usted.



Jefe de policía. — He hecho detener al diputado...
Don Marcelo. — Ha cumplido usted con su obligación.



Diputados de todos los matices. — ¡Es absurdo que hayan detenido a todo un señor diputado!
Don Marcelo. — Soy de la opinión de ustedes. Es completamente absurdo.



Gallo. — Han detenido al diputado señor...
Don Marcelo. — Muy bien.



Gallo. — Y he ordenado su inmediata libertad.
Alvear. — Era lo que se imponía. Yo le doy a usted la razón y se la doy a todos. Es el verdadero arte de gobernar.

DIBUJOS DE VALDIVIA

El segundo partido jugado por Boca Juniors en España

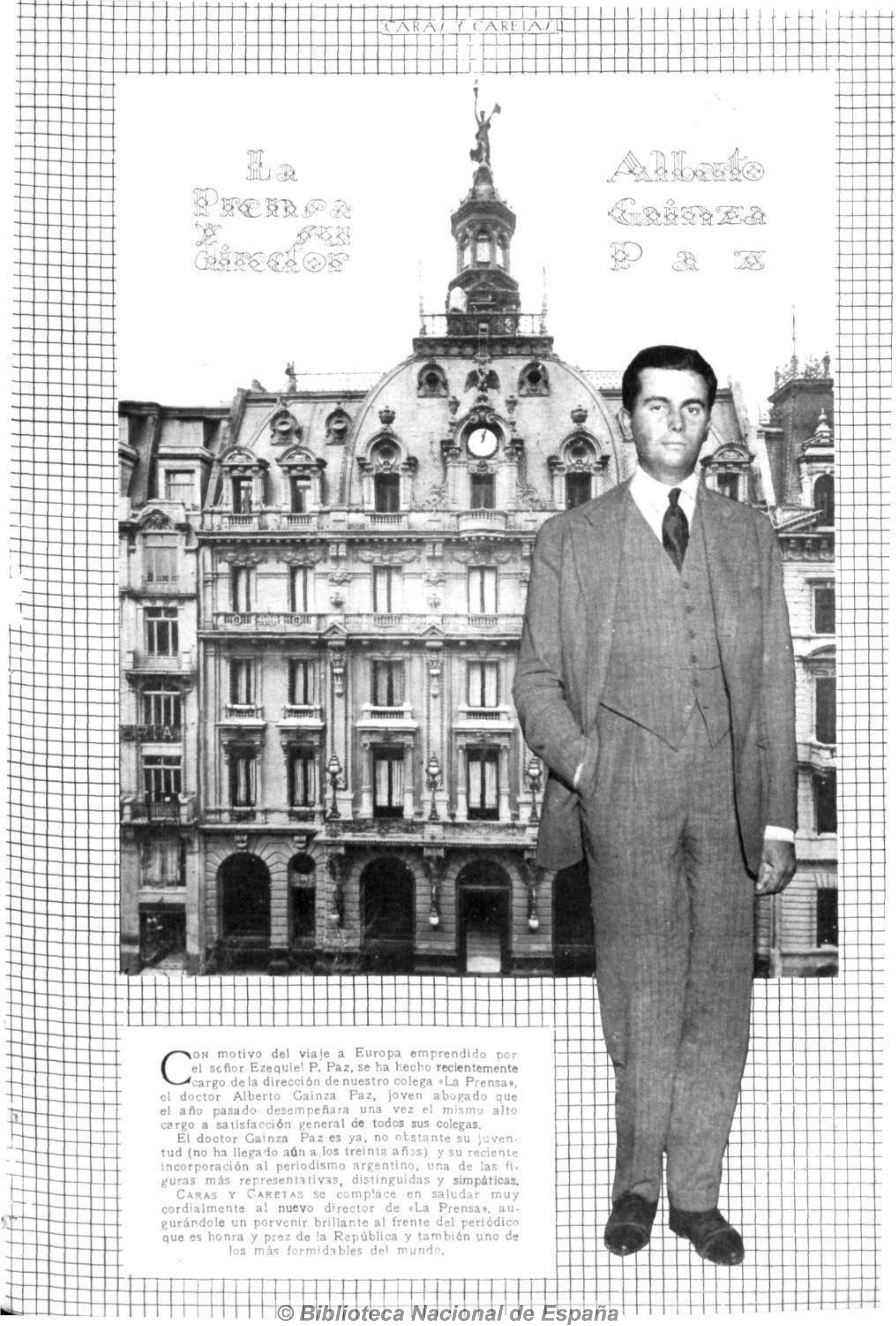
Una pelota bien disputada en el centro de la cancha, entr los delanteros del Celta Club, de Vigo, y el Boca Juniors durante el segundo partido. A la derecha: los capitanes de ambos equipos.



El guardavalla del Celta Club rechazando, de un puñetazo, la pelota, a raíz de un entrevero producido por un «córner» argentino.



Tesorieri abandona el arco, ante un peligroso avance de los españoles, en el partido que Boca Juniors perdió por 3 «goals» a 1.



La Prensa y su director

Alberto Gainza Paz

Con motivo del viaje a Europa emprendido por el señor Ezequiel P. Paz, se ha hecho recientemente cargo de la dirección de nuestro colega «La Prensa», el doctor Alberto Gainza Paz, joven abogado que el año pasado desempeñara una vez el mismo alto cargo a satisfacción general de todos sus colegas.

El doctor Gainza Paz es ya, no obstante su juventud (no ha llegado aún a los treinta años) y su reciente incorporación al periodismo argentino, una de las figuras más representativas, distinguidas y simpáticas.

Caras y Caretas se complace en saludar muy cordialmente al nuevo director de «La Prensa», augurándole un porvenir brillante al frente del periódico que es honra y prez de la República y también uno de los más formidables del mundo.

Detención del diputado Saccone



El diputado nacional, doctor Romeo Saccone, saliendo de su casa acatando la orden de prisión emanada del juez doctor Domínguez por haberse negado a prestar declaración como testigo en un proceso. Este asunto apasionó profundamente la opinión pública por las incidencias ulteriores a que dió lugar.

Demostraciones



Aspecto general del gran banquete que los industriales concurrentes ofrecieron al Comité Ejecutivo, Comisario General y Jurados de la Exposición Industrial Argentina, con motivo de la clausura del importante certamen.



Amistades personales del ingeniero don Mariano Montemayor le ofrecieron una comida festejando un acontecimiento íntimo. En ella se pusieron de relieve las grandes simpatías conquistadas por el obsequiado.

Despedida de Mr. Joseph White



El presidente del directorio del Ferrocarril Central Argentino rodeado por el ministro de Obras Públicas, doctor Ortiz, intendente municipal, doctor Noel, el señor Samuel H. Pearson y autoridades de la empresa que le ofrecieron una comida en ocasión de su viaje de regreso a Londres.

En honor del almirante alemán Paul Behncke



El ministro de Alemania, don Carlos Gneist, ofreció un banquete al prestigioso jefe alemán, al que concurrieron los ministros de Relaciones Exteriores, de Guerra, de Marina y otras distinguidas personalidades de nuestro mundo social.

Viajeros ilustres



DON EZEQUIEL P. PAZ.
Ha partido para Europa en viaje de descanso don Ezequiel P. Paz, director de nuestro colega "La Prensa". Las múltiples labores que impone al distinguido periodista la obra emprendida al frente del colega argentino, exigen una tregua en la cotidiana batalla.



DOCTOR JOSE L. MURATURE
Jefe de redacción de nuestro colega "La Nación" ha emprendido viaje a Europa. Vinculado desde su juventud a la existencia del gran diario se ha consagrado definitivamente como uno de nuestros más prestigiosos periodistas.



DOCTOR NORBERTO LAINEZ.
Con el fin de realizar un viaje de recreo y estudio ha marchado al viejo continente el doctor Norberto Láinez, director de "El Diario", periodista generalmente estimado en los círculos intelectuales argentinos.



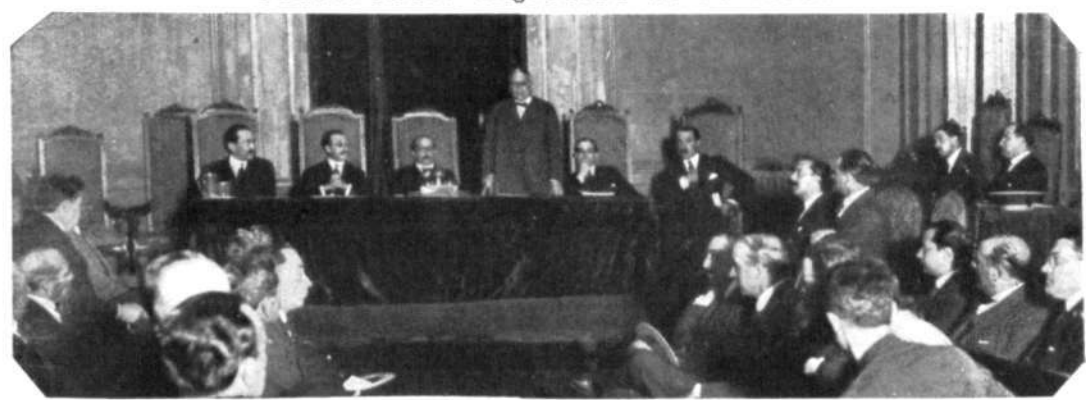
DOCTOR MARIO SAENZ.
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, que ha partido hacia Madrid, en cuya Universidad dictará, invitado especialmente, un curso especial confirmando esta distinción el elevado concepto de que goza en nuestras aulas.

Hogar Agrícola Modelo



El ministro de Agricultura, doctor Tomás A. Le Breton, procediendo a entregar los diplomas a las maestras egresadas del Hogar Agrícola Modelo, de San Antonio de Padua, acto que dió lugar a una lucida ceremonia.

Conferencia higiénica de la leche



El ministro de Agricultura, doctor Le Breton, pronunciando su discurso durante la inauguración de las sesiones del congreso, que ha logrado despertar gran interés en los círculos médicos de ésta.

Banquete ofrecido al escritor B. Sanin Cano



El prestigioso publicista ocupando la cabecera de honor en el banquete que le ofreció la dirección de la revista "Nosotros", como un homenaje, y al que concurrieron destacadas personalidades del mundo de las letras.

Sr. Bruno Cittadini



El distinguido diplomático que se acogió a los beneficios de la jubilación, después de una larga actuación.

"CARAS Y CARETAS"

ESPAÑA



Instantáneas tomadas durante el desfile de Media Cuaresma, realizado en Madrid, y en las cuales se puede apreciar el garbo y la belleza de la mujer española, cuya presencia en dicha fiesta contribuye poderosamente a su éxito.



El rey don Alfonso, acompañado por el general Magaz y autoridades de Vitoria dirigiéndose a inaugurar solemnemente el monumento erigido a la memoria de don Eduardo Dato, ilustre político español.

NORTE AMERICA



Muchachos argentinos de la tripulación del "Rivadavia", que se halla en Quincy sufriendo reparaciones generales.



Tomando el "fresco" y añorando quizá el tango y las "milongas" tan distintas las de allá de las de aquí.



Un grupo que pretende posar "para la posteridad" en medio de la nieve que cae implacablemente. El que se apoya en las cuerdas es el atleta de la tripulación.



En horas de descanso, la tripulación del acorazado se entretiene en juegos inocentes propios de la estación invernal.



Cinco mecánicos descansando después de un día de ruda tarea en medio de un intenso frío. Como se ve, la temperatura no significa nada para los muchachos.

EN EL EXTRANJERO



ITALIA



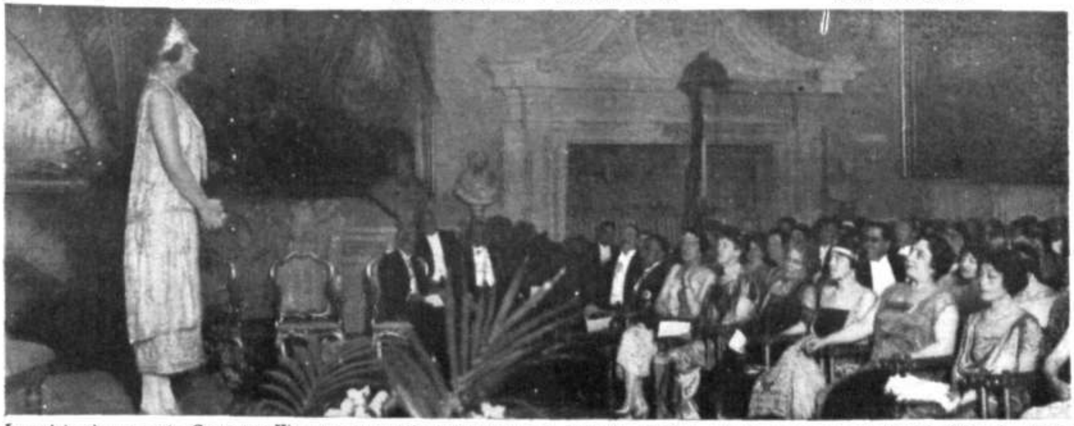
El nuevo embajador de la república de Méjico, señor Rafael Nieto, entrando al palacio real para presentar sus credenciales al soberano italiano.



El primer ministro, sig. Mussolini, en el momento de recibir en audiencia especial a los presidentes de las Federaciones Italianas de la Argentina y Estados Unidos.



El príncipe Humberto, heredero de la corona de Italia, saludando al director de las Escuelas por Correspondencia, despues de la visita efectuada.



La celebrada cantante Genoveva Vix, que interpretó lucidamente un número musical en una recepción de la embajada de España ante el Quirinal, a la que concurrió todo lo más distinguido del cuerpo diplomático extranjero y de la sociedad italiana.

FRANCIA



El embajador de Italia a la conferencia pro desarme de Alemania, saliendo del recinto después de una de las sesiones.



El embajador de Estados Unidos a la misma conferencia, Mr. Myron Herrick, y su secretario, abandonando el salón de sesiones.



El embajador de Inglaterra, Lord Crewe, que tuvo una destacada actuación en el curso de las deliberaciones.



El mariscal Foch, exgeneralísimo de los ejércitos aliados durante la última guerra, comisario general de control.



El embajador de Bélgica, que también participó, en forma brillante, en las deliberaciones de la conferencia.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES

J. H. ROSNY

DE LA ACADEMIA FRANCESA

NUEVO COLABORADOR DE "CARAS Y CARETAS"



Nuestra Revista se honrará, desde el número próximo, con las colaboraciones del gran literato francés cuyo arte de novelar abarca dos interesantísimos extremos. J. H. Rosny es el autor de obras como «La guerra del fuego», «Vaminch», «El gran felino» y otras, donde sorprende y cautiva a los lectores, al describir aventuras de la humanidad prehistórica. Estas evocaciones, basadas en una sabia fantasía de etnólogo, le han hecho célebre entre los actuales novelistas. Rosny ha sabido completar su obra dando esos relatos de fuerte análisis psicológico y vibrante emotividad, en los que estudia temas de la vida civilizada. Es un narrador de mágica pluma, hábil, sincero, lógico, que honra la tradición literaria del «esprit» francés. Al ofrecer a nuestros lectores páginas inéditas del maestro, cumplimos una obra de divulgación que redundará en beneficio de la cultura argentina.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Don Manuel Pignetto, nuevo intendente nombrado recientemente.



Doctor Nicolás R. Amuchástegui, nuevo secretario general de la Intendencia.

CLÍNICA DENTAL



—Me ha sucedido lo mismo que al intendente de Rosario a quien le aceptaron la renuncia sin haberla presentado.

—¿Lo mismo?

—Exactamente. Me ha sacado usted una muela que no me dolía.



El señor Mendieta, conocido político, rodeado de correligionarios el día de las elecciones a diputados nacionales recientemente verificadas.



Vista de la concurrencia que asistió a la investidura del nuevo intendente de la ciudad, señor Pignetto.



El diputado nacional doctor Bordabehere y los provinciales, señores Repetto y Mancini, esperando noticias del acto comicial.



Aspecto parcial de la sala donde se realizó el baile de Media Cuaresma organizado por el "Xinglar Club", y que resultó todo un acontecimiento social.



Mesa ocupada por la comisión organizadora del brillante baile al que concurrieron las personas más distinguidas de la sociedad rosarina.

LOS CATORCE MILLONES DE VÍBORAS DEL SEÑOR CASADO



N el Alto Paraná, sobre la barranca misma del río, existe o existía un cementerio que alojaba diez y siete cadáveres. De quince de estos cadáveres, eran causantes las víboras.

Sufriría yerro, sin embargo, quien creyera que este terrible porcentaje de muertes por el veneno ofídico, es en aquella zona el régimen normal. Las víboras no constituyen un peligro mayor que el de tantas circunstancias sombrías de la existencia, aquí como allá. La víbora de cascabel, con todo y ser la más peligrosa bestia de la familia, dista mucho de abundar hasta el extremo de erigirse como una cruz alquitranada, en el confín de todos nues-

tros pasos. Las estadísticas más avanzadas conceden apenas dos o tres víboras a cada hectárea de bosque. De estas tres víboras, dos son yararás, y la otra es una serpiente de cascabel.

Ahora bien: como una legua de bosque tiene dos mil quinientas hectáreas, el feliz poseedor de una legua de bosque virgen (el señor Carlos Casado poseía dos mil), se halla también ser poseedor de siete u ocho mil mortales víboras, discretamente diseminadas por la finca.

Este es el anverso del país tropical. El reverso difiere también, conforme lo veremos.

No es un hombre cualquiera quien puede gozar de tales misterios ocultos en una hectárea — digamos una manzana — de monte virgen. Dichas tres víboras, dos yararás y una cascabel, están exclusivamente reservadas al peón de obraje y al plantador nativo de maíz, que escrudiñan, rozan y echan abajo el monte. Ellos, pues, y solamente ellos, encuentran fatalmente las tres víboras.

Pero el rozado ese requiere un mes — y tal vez dos — de tiempo. En el plazo de treinta días de trabajo continuo, el hombre ha puesto al descubierto con la punta del machete tres víboras: digamos una por semana. Con más frecuencia, sobre el asfalto o el macadam, hallamos, en la trayectoria de nuestro destino, un auto, un cable caído, una motocicleta.

En lo que concierne a la víbora de cascabel, llama la atención las anomalías de su hábito. Se la ve aquí a cada instante, y años después, sin causa visible a qué atribuír esa desaparición, no es posible hallarla, ni viva ni muerta.

Durante los veinte años que Azara recorrió Paraguay, Misiones y Corrientes, no halló una sola. En los desmontes recién quemados, al despejarse la cerrazón matinal, suele vérselas estiradas sobre los troncos, calentándose al sol.

En casa, a principios de nuestra primer primavera en el Chaco, tuvimos la sorpresa de hallar dos, en el breve tiempo de tres minutos.

Hallamos a la primera arrollada a la orilla del Saladito, ya al crepúsculo, justamente donde pensábamos asentar el pie de trípode.

Entonces no teníamos idea del ruido que produce su cascabel. Al sonar entre nuestros pies, creíamos que fuera el chirrido de ciertas langostitas verdes, muy abundantes en la noche. No pudiendo precisar la procedencia del chirrido, nos bajamos casi hasta tierra, a observar aquella torta obscura de que parecía provenir.

Cinco minutos después, al entrar en casa, hallamos en medio de la pieza, arrollada y solitaria sobre el piso frío, otra víbora de cascabel.

Esto pasaba el primer día de primavera. Durante nuestros dos años de Chaco, sólo vimos otro ejemplar. Y éste fué asimismo indispensable que lo fuéramos a buscar a su propia casa.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando usted nota que, gracias a su natural amabilidad, lo confunden con el "tío del saco".



Cuando se encuentra de manos a boca con un sujeto al que vendió usted aquella partida de aceite rancio.



Cuando su mujer le hace pasear el nene.



Cuando su novia le pide un favor como éste.



Cuando, fatalmente, tiene que ir a buscar al médico acreedor.



Cuando su marido sale a la calle en un biciclo antiguo que le dieron en pago de una cuenta incobrable.



La

TRES bonitos vestidos de «crépe» de China estampado, mostrando cada uno una túnica diferente. Dos de ellos están adornados con cintas, el otro, con linón festoneado.



Moda

EL «crépe» de China estampado es siempre favorecedor. He aquí una larga túnica, muy amplia adelante, una túnica corta un poco anamita, y un efecto vaporoso de falda terminada en puntas de pañuelos.

EL BORRICO



JAVIER, el dependiente principal, entreabrió la puerta del depósito, donde los peones tendían, por la noche, sus camas, y una oleada de sangre cubrió su rostro. Hundido entre trapos y mantas dormía Andrés, plácidamente. El despertador, cansado de sonar, parecía mirarle, compadecido de su ineficacia.

En la iglesia cercana se llamaba a misa y en el almacén habían entrado los primeros clientes: trabajadores que iban a las obras y venían por algún detalle para el frugal almuerzo o a tomar «la mañana»; una «grappa» o una caña quemada.

En los rincones del depósito yacían las dos camas de los compañeros de Andrés, que se habían levantado silenciosamente, para que Javier enseñara al haragán a no dormir más de lo necesario.

Y Javier, después de dudar un momento entre dar un puntapié al catre o emprenderla a palos con el dormilón, fué en busca de un balde, lo llenó de agua, y con una fruición glotona, lo virtió sobre el camastro.

Un grito y una revolución de trapos fué la respuesta. Andrés apareció con ojos de loco, miró despavorido a su superior, echó a correr hacia el fondo del depósito y en lo más obscuro, entre estibas de bolsas y cajones se echó de bruces a llorar.

Con el balde en la mano aún, Javier vociferaba:

— ¡So haragán! ¡So marrano! ¿Y queréis hacer la América? ¡Y en ti quedó confiando tu madre! ¡Voy a enseñarte a ser hombre o te deslomo!

Andrés lloraba y lloraba, oyendo apenas la retahila, que terminaba como siempre:

— ¡Ea!... ¡A trabajar!

Se cerró la puerta tras el hombre y Andrés pudo sentir su propia soledad, sin que le interrumpieran. Era un zagal de doce años: retacón, hirsuto, torpe y con una cabezota de animal doméstico que provocaba hilaridad y una extraña simpatía. Extraña porque se unía en ella la repulsa y la admiración, la lástima y el temor. Llevaba cinco meses de América y parecía aún bajo la impresión brutal de todas las cosas desconocidas y fantásticas para su imaginación de fierecilla de campo: el barco, el mar, Buenos Aires, la gente, el vocerío de la ciudad, el negocio donde se encontraba.

Su historia no difería de la de todos los niños inmigrantes: la muerte de su padre; la decisión de su madre de trabajar la tierra y cuidar de los más chicos y la indicación de los vecinos con respecto al muchacho:

— Mándalo a las Américas.

— Me da mucha pena separarme de él.

— Más te dará cuando tengas que entregar tus tierras y se te haga un pedido. Pídele a Pachín para el pasaje y lárgalo. El mundo es grande y el hombre es hombre. Que trabaje y te mande; que veinte de allá son cincuenta de acá y con cincuenta tú eres rica y él no se habrá matao.

Y así salió, llevando la esperanza de su madre y la inconsciencia de su destino.

— ¡Qué sería América! ¡Y qué eso a que le mandaban!

Un paisano le desembarcó. Los quince días de navegación en aquella tercera, metida en el fondo, le habían hecho creer que no vería más la luz del sol con la libertad de siempre.

El paisano, al pisar tierra le dijo, sin reato alguno:

— Niño, a ganarse la vida. Yo no soy tu padre y no quiero más hijos que los míos; conque ¡hala!

Y se perdió en las calles hormigueantes de la ciudad, que él empezó a recorrer, boquiabierto, asustado de sí y de todo.

¿Cómo llegó a aquella casa y consiguió aquel acomodo?

Casualidad, destino... El hambre le precipitó a una mesa del despacho de bebidas. Pidió queso, pan, vino; y después de comer se quedó dormido, con los brazos en cruz y la cara sobre los restos de su cena.

Cuando despertó, el interrogatorio obligado y la propuesta del patrón, paisano, pero del otro extremo de España.

— ¡Quédate! Aquí ganarás algo y te harás hombre.

Y se quedó. Y trabajaba. ¡Vaya si trabajaba!

— Limpia el piso, bestia.

Andres limpiaba el piso del caserón con

escobas, con trapos, con cepillos, con los puños.

— ¡Ayuda a descargar, borrico!

Andrés recibía sobre sus hombros, bolsas y cajones y latas.

— Ve a lavar el carro, alcornoque.

Andrés lavaba el carro, rasqueteaba el caballo, alzaba el estiércol de la cuadra. Y cuando tardaba, Javier el principal; Juancho, el carrero; o Evaristo o Mateo, peones como él, volteaban sus manos sobre su cabezota o alzaban sus patas para adelantarlas hasta él, irreverentes.

No sabía porqué le odiaban. El cocinero le servía como a un perro, tirándole el plato lejos o llenándoselo de sopa hirviente que no podía sorber sin quemarse. En la calle, cualquier chico, sin motivo alguno, le insultaba y se reía de su andar o de su ropa:

— ¡Eh, gallego!... ¡Dale, gallego!... ¡Camina, gallego!...

Se detenía a explicar que no era gallego, a contar su historia, a decir quién era, y la risa del oyente le cortaba la voz:

— ¡Salí, gallego!

Tenía que callar y seguir andando.

Todo aquello y el silencio de los suyos, y la confusión en que vivía, le tumbaban de noche como un leño y le sumían en un sueño de muerte.

Soñaba con dormir; ansiaba dormir. Su felicidad hubiese consistido en una cama mullida y grandota como la del patrón y dormir, dormir...

Todo esto lo pensaba Andrés mientras gemía, de bruces en el suelo, y con el propósito tal vez de no salir más.

— ¡Eh, tú! O sales o te saco yo a lonjazos.

La voz llegaba desde el patio. Se oía ruido de tazas. Estaban sin duda tomando café en el corredor, sentados a la larga mesa que reunía a todo el personal. No saldría. Iba a estarse allí hasta que fuesen por él. Pero sintió hambre, un hambre tan atroz como el sueño, y lentamente empezó a vestirse, y lentamente salió al patio.

— So cochino, ¡lávate!

Pasó por entre sus piernas un grueso tronco de leña y una carcajada coronó el agravio:

— Ya lo lavastes; ¿no te acuerdas, Javier?

— Ven a alimentarte, niño.

— Apresúrate porque hay hambre y corren peligro tus galletas.

Don Antonio, el patrón, un tío gordo, de mirada baja y gesto sobrio miró al muchacho, comprendió que en su cabezota germinaban ideas raras: quizá la fuga, tal vez la venganza contra toda aquella gente que lo martirizaba sin causa, ni razón, y golpeando la mesa con el cabo del cuchillo que había utilizado para cortar el pan — dijo, mordiendo las palabras, como era su costumbre.

— Conviene no molestarlo; es muy bruto y puede darnos un disgusto.

Hubo un largo silencio. Andrés pasó para el negocio arrastrando una escoba y un balde.

— Está barrío todo — dijo Evaristo.

— Y regao — agregó Mateo.

Andrés dejo balde y escoba y regresó al patio, para sentarse, arisco, sobre un cajón.

Don Antonio le observaba por entre sus pestañas. Andrés le significaba la economía de dos peones; dejarlo ir era perder plata...; además, si se iba pediría consejo y él llevaba cinco meses sin pagarle un centavo. Prudentemente se levantó y, desde la puerta del negocio, junto al rincón donde se alzaba el escritorio, llamó:

— ¡Andrés!

Torpe y tardo avanzó el muchacho.

— ¡Ven! Hoy escribiremos a tu madre mandándole cincuenta pesetas que te las has ganao ¿Estás conforme?... ¿Estás contento?... ¡Contesta, hombre!... ¡Contesta!

Andrés, por toda respuesta mostró su cara mojada por las lágrimas.

— Bien hombre, bien, cerró el patrón y hundió su cabeza entre los papeles de la caja.

En Andrés se había operado una alegría infausta: nervioso, sentía ganas de saltar y correr. Tropezó con sus propios talones y hubiese dado la cara contra el mostrador si sus brazos no le amparan.

Todo el dolor de aquellos cinco meses de golpes y de burlas volaron de su cabezota. Ahora era verdad la predicción de los vecinos. «Veinte de allá son cincuenta de acá. Y él te los mandará: ¡Y cincuenta pesetas, son cincuenta pesetas!» Y él era quien las mandaba; él, el muchacho, en quien la madre no creía porque le lloraba, al despedirlo, como a un muerto. «¡Cincuenta pesetas suyas!» E irían después más.

Con la alegría bailándole en la ancha cara, y en los ojillos pequeños, retiró las tazas servidas, limpió la mesa y mordió una galleta, con toda su dentadura.

— ¡Eh, borrico: tienes hambre!

Era Juancho, el carrero, que dejaba caer su manaza sobre la cabezota del muchacho.

Minutos antes, ese manotón hubiese colmado la medida y Andrés hubiera herido o matado; pero ahora reía, y feliz de poder dar expansión a su espíritu, repetía, con la alegría contagiosa de sus doce años:

— ¡Pegue, don Juancho, pegue! ¡Estoy contento! ¡Bien contento!

F. DEFILIPPIS NOVOA

DIBUJOS DE PALACIO

VERSOS A MARIA KEMPENFELDT

DIBUJO DE BONOMI

¿Quién eras, oh María,
La dueña de este libro que he encontrado al partir?
En la hoja primera, en alemán, decía,
Con letra temblorosa: «te quiero hasta morir».

Dulce María Kempenfeldt: aquí, en este navío
Que te llevaba lejos, ¿soñaste como yo?
¿Tu corazón sangraba nostalgias, como el mío?
¿Tampoco tu quimera de amor se realizó?





"*Ich liebe Dich, María*"... ¿En qué brumoso puerto,
En qué tierra lejana dejaste el corazón
Que gimió en estas páginas, en este libro abierto
Y olvidado en un barco, su ensueño y su pasión?

"*Ich liebe Dich, María*"... Yo guardo el libro, y leo
El verso que ha veinte años escribió en alemán
Un hombre que te amaba, y en mis ensueños veo
Tu rostro rubio y triste, y los barcos se van...

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

L' anima tua che con la morte parla.

MIGUEL ANGEL.

La NAVIDAD *del* AUSENTE



o recuerdo exactamente cuando ocurrió esto. Sólo sé que su figura se atenúa en mi recuerdo con la levedad de la tristeza sin causa. Sus grandes ojos negros me miran aun con fijeza; su mirada estaba siempre preñada de angustia que pugna por romperse en sollozos.

Su figura adquiere ahora una quietud estática. Lo veo rígido ante mí; o mejor dicho, no veo sino sus grandes ojos negros; lo demás, su cuerpo largo, sus manos blancas de misterio, se borronean en mi memoria.

Y todo él no es sino humo gris de cigarrillo que tuviera una forma corpórea, con dos ojos negros, grandes, que miran con fijeza.

II

Nos conocimos en una miserable fonda de un pueblito del Chaco. Yo estaba sentado sobre una mesa, con la mirada perdida en mis recuerdos. Mis piernas jugaban monótonamente en un movimiento acompasado.

Era un salón largo. En el fondo, adosada a la pared de barro cocido, una estantería sostenía unas cuantas botellas con sus etiquetas sucias de moscas. Un mostrador sobre el que languidecían varias copas con restos de bebidas, ponía una nota de inútil tiesura. En el centro del salón un billar enfundado; algunas mesas y sillas esparcidas aquí y allá y un aparador viejo y desvencijado constituían todo el moblaje.

Yo estaba sentado como digo, sobre una mesa, distraído, completamente distraído, cuando me sobresaltó una voz opaca de humildad que me decía:

— ¿No quiere señor, que hagamos una *mesita?*

Mis recuerdos estaban en ese momento en un punto fijo. En ese mismo instante yo era completamente feliz. Por eso, nada más que por eso, con un gesto hostil contesté al imprudente:

— No sé jugar.

El pareció no darse cuenta. Se quedó a mi lado. Mis piernas habían iniciado un movimiento de nerviosidad que amenazaba con voltear la mesa. Comencé a silbar suavemente. Hubo dos minutos de silencio que cortó él:

— ¿El señor, es del Sud?

— No, del Norte.

— ¿De Resistencia?

— De Salta.

La sequedad de mis respuestas no fueron obstáculo para que continuara en su empeño de trabar conversación.

— ¿Hace muchos días que anda por quí?

Yo estaba fastidiado. Iba a contestarle con una grosería, cuando vi sus ojos, y más que ellos, su mirada.

¿Habéis estado alguna vez, solo, en la espesura de un monte? ¿Habéis palpado las sombras de un bosque? ¿Habéis notado cómo las sombras envuelven nuestro corazón, cómo lo aprieta, cómo se enrosca adentrándose, filtrándose como una gran tristeza?

Yo os digo que era la sombra misma del monte la que me miraba así. Por eso dulcifiqué mi expresión todo lo que pude y contesté:

— No, señor, pocos, ¿y usted?

El no me contestó al pronto. Se quedó mirándome mucho tiempo, hasta que se dió cuenta de que me molestaba esa mirada y dijo:

— Yo hace diez años que estoy aquí y soy del Sud, de Buenos Aires.

Esa noche cenamos en la misma mesa. Conversamos muy poco, pero yo me sentía menos solo y él también.

III

Desde entonces fuimos camaradas. Ambos nos hicimos más comunicativos y llegamos hasta hablar de nuestras cosas. Yo a veces le hablaba de mi casa o de mi novia. La vida familiar desfilaba ante mis ojos a medida que la evocaba y daba forma con mis palabras. El me escuchaba con suma atención, y cuando yo inclinaba la cabeza y hacía dar vueltas entre mis dedos a una miga de pan, como dando fin a mi evocación, él se levantaba silenciosamente y se retiraba a su pieza.

Yo no lo miraba, pero sabía, estaba seguro de que si en ese momento él hubiera querido hablar, su voz se hubiera quebrado en un sollozo.

IV

Un día me dijo:

— Mañana es Navidad...

—Mañana es Navidad... — repetí yo como un eco.

— Hay que festejarla — agregó él.— Luego hubo un largo silencio.

— Cuando estaba en mi casa... — comenzó él lentamente como acariciando las palabras, mas en ese momento vinieron a buscarme con urgencia y le dejé con la conversación recién empezada.

Salí sin mirarle, casi sin saludarle, pero sentía clavada en mi cerebro la mirada de desilusión, de tristeza infinita con que me acompañaba mi camarada.

Todo ese día anduve en el campo. Emprendí el regreso al anochecer. Por el camino me di a pensar en mi amigo. Tenía verdaderos deseos de verle. Llegué por fin. El pueblo con su única calle lánguida de esperanza se entregaba a la noche con un dejo de ternura. Poco a poco las luces de los ranchos iban saliendo por los ventanucos y las puertas alumbrando con expresión fatigada un trocito de calle.

A medida que me acercaba a la luz de la fonda en que me alojaba, veía a mi camarada en la misma forma que lo veo ahora en el recuerdo: sólo sus ojos... sólo sus ojos...

Entonces comprendí mi soledad. Comprendí la mirada de mi amigo. Tuve la certeza de que pasado algún tiempo yo también tendría esa mirada preñada de angustia. Tuve la certidumbre de que en un futuro remoto, otro me vería empalidecido en el recuerdo con sólo mi mirada.

La soledad se prendió a mi alma, se enroscó, me estrujó entre sus brazos, se adhirió a mi corazón y yo sentía que le apretaba suavemente como una caricia de mujer y luego me soltó vencido hacia mi amigo que sentado a una mesa de un rincón, con una copa llena de caña frente suyo, me miraba... me miraba...

Aquí la memoria me falla. Sólo recuerdo que me senté a su vera, que ambos nos miramos a los ojos y que oí su voz opaca, tenue, que salía de sus labios como una esperanza muerta:

— Esta noche... es Noche... buena... — me decía

Creí notar una leve contracción en los músculos de su cara, pero no estoy seguro.

V

Sé que después de cenar nos quedamos de sobremesa mucho tiempo. La fonda iba llenándose de gente. Peones de los obrajes cercanos, en su mayoría correntinos, que bebían mucho. Hablaban en guaraní. Yo no comprendía nada, pero a juzgar por sus ademanes y sus risas, estaban muy contentos. Las palabras salían de sus labios como una melodía suave y acariciante. Alguien trajo dos guitarras que sendos tocadores encargáronse de hacer gemir con las notas del *Nda récei la culpa*. Y todos cantaban los desgraciados amores del galán pobre que pretendía a la *cambacita* fríyola y caprichosa. Por la única calle pasaba a cada rato un auto violento, dejando tras sí una nube de polvo. Yo lo miraba pasar fugazmente por la abierta ventanita. A mis oídos llegaban las voces y los cantos de sus ocupantes festejando la Nochebuena.

Dentro del salón el calor apretaba. Tanta gente ebria ya, la espesa humareda de tabaco, los cantos mareaban. Se sentía una sensación de alivio cuando una fugaz ráfaga de aire acariciaba la cara salada de sudor.

Mi compañero hacía mucho que permanecía con la vista extraviada en un rincón del salón. Yo por mi parte fumaba, fumaba sin darme cuenta. Los cigarrillos se sucedían entre mis dedos amarillos de tabaco.

Cuando ya mis nervios no me permitieron seguir sentado, me puse de pie en brusco movi-

miento; me dirigí a la calle y encaminé mis pasos hacia las afueras del pueblo. Caminaba ligero; por momentos casi podría decirse que corría, pero sentía tras mío el sordo taconear de mi compañero. Yo no quería volver la cabeza. Sabía que lo primero que vería serían sus ojos. Y apretaba el paso en vano, pues oía los suyos siempre iguales. Tuve miedo. Hubiera querido esconderme, huir, pero ¿dónde?

Había mucha gente sentada afuera en las veredas, en alegres reuniones. Yo pasaba al obscuro, mirando de soslayo.

Más allá, en un rancho de las orillas, estaban de fiesta. La música llegaba distintamente a mis oídos. Me aerqué a mirar por una pequeña ventana. Las parejas danzaban al compás de un *carau*. Los demás concurrentes cantaban, conversaban o bebían.

El espectáculo del baile había distraído un poco mi nerviosidad, cuando sentí sobre mi brazo la presión de una mano.

Era él, mi camarada.

Sus ojos ¡siempre iguales! Quise rechazarle, huir, gritarle que me dejara en paz, pero su mirada no dejaba salir las palabras de mis labios.

Me vi retratado en el fondo de sus ojos negros. No era yo. Eran otros dos ojos exactamente iguales a los suyos, con las mismas sombras del bosque que se habían ido enredando poco a poco en ellos.

E incliné la cabeza abrumado por mi soledad. Sentía que mi corazón iba a estallar. Algo parecía retorcerme el alma. Algo o alguien me apretujaba el alma como si la hubieran cortado en tiras y estuvieran trenzando con ellas mi propio dolor.

Estábamos parados al obscuro, frente a la ventanilla del rancho.

En ese momento, una voz aguda de mujer, vibrante y sonora que salía de las sombras, cerca de nosotros cantó:

Esta noche es Nochebuena...

La voz esa se quedó prendida a nuestros oídos como una lágrima a las pestañas.

No sé por cuánto tiempo esa voz apagó todos los demás ruidos y cantos.

Sólo sé que mi camarada y yo, tomados del brazo, emprendimos el regreso a la fonda, lentamente.

Y en la obscuridad a cualquier lado que dirigía la vista, sólo veía los dos ojos negros de mi compañero preñados de angustias pugnando por romperse en sollozos.



DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

POEMAS *de la* GRANJA

CUMPLEAÑOS



Hoy has cumplido diez y nueve años.
Preparamos la casa
como en aquellos días
de las fiestas patrias.

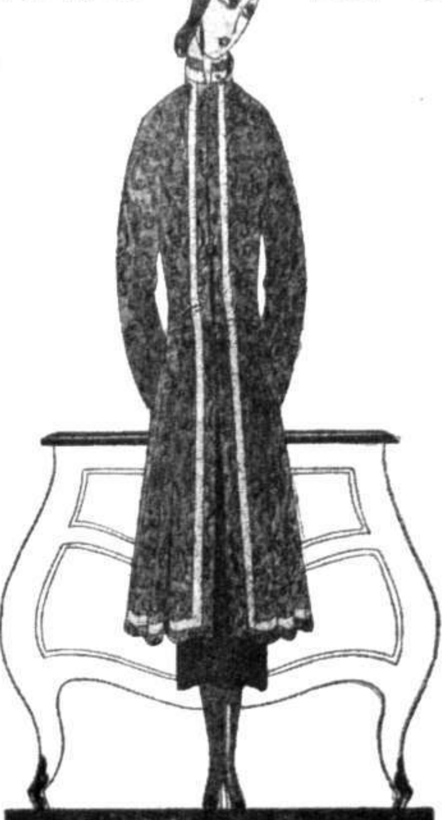
Sea un día de dicha, sea un día
cual nunca más lo haya...
¡Y yo fuí el que una vez dijera, necio,
que la vida es amarga!

¿Y los buenos vecinos que han llenado
de regalos la granja?
Vengan ellos también, vengan que, a Dios
gracias, nada nos falta.

Hoy has cumplido diez y nueve años,
Mañana...

EDUARDO MARÍA DE OCAMPO

El Orgullo de la Fealdad


Túnica moldeada, en lamé rosa y plateado, realzada por una cinta de seda blanca (dib. Lídel).

Pues sí, es cierto; las mujeres de la buena sociedad, en Italia, fuman. Sobre todo las sudamericanas. Las italianas fuman menos que otrora. Diríase que las bellas argentinas, al pasar, hubiesen tomado las costumbres del país, dejando en cambio, las de su tierra. Fuman con ostentación, con empeño; parecidas a diminutas chimeneas enojadas, y entre una y otra bocanada (mejor sería decir «chupadita») miran el techo, y charlan y ríen, como satisfechas de vivir. Hablan en italiano, por lo general, aunque sea con pequeñas imperfecciones gramaticales; mas, en lo mejor se les ocurre algún «¡ché!» o «...y bueno», que revela el origen forastero y justifica las imperfecciones. Por lo general, las argentinas que demoran en Europa son bonitas, a pesar de que pasa como con las inglesas: «Las bonitas viajan, y las hermosas se quedan en su casa».

Son elegantes, más por riqueza de alhajas que por esplendor de vestidos, en los cuales resalta siempre alguna nota diferente del gusto italiano. Y son también — ¿puedo decirlo? — peligrosamente coquetas. Peligrosas para el alma sentimentalísima del caballero italiano, sensible a la armonía exótica del idioma, a la mirada pícara e inconstante, tras de la que él corre, como un niño en pos de una luciérnaga.

¡Alhajas! ¡Palabra hipnotizante, que concuerda con pieles! Y de pieles y alhajas está hecha Milán, la ciudad italiana que más recuerda la capital porteña. Los cafés, los «hall», los restaurantes y las casas, los automóviles y los tranvías relucen como si estuvieran sembrados de brillantes.

Hay mujeres de ojos azules, que llevan aros de zafiros, rodeados de brillantes; y parecen partículas sacadas de los ojos mismos.

Hay gargantas blancas, ceñidas por un hilo de perlas gruesas que tienen el color muerto del marfil.

Hay brillantes tan grandes que visten con sus reflejos purísimos toda una mano, y ésta parece demasiado blanca, demasiado lenta, como si ese anillo encerrara un sufrimiento infinito.

¿Que las alhajas están al servicio de la belleza? ¡Mentira, mentira! La belleza está en la alhaja, y Milán, como Roma y París y Berlín, está llena de mujeres feas, horriblemente feas, enjoyadas como emperatrices.

¿En qué consiste el éxito para una mujer fea? En el coraje de su propia fealdad. Ante mí, está sentado un magnífico ejemplar: frente arqueada, nariz de campanario, y la barba es toda una cuesta. Una mujer tímida, en su lugar ya hubiera ocultado la frente bajo el peinado y arreglado lo demás con aros y afeites.

Pues, nada. El cabello echado hacia atrás, recortado y lacio, sujetado en la nuca por un peinetón sencillo, y su fealdad bien desnuda, bien ostentada. Un vestido perfecto, negro, con galones de oro en las mangas a embudo, y en el escote redondo. En los dedos unas alhajas que suman una fortuna.

Una mujer orgullosa de su fealdad. Un espíritu frío, evidentemente, a la que los hombres se quedan mirando, embobados. «Esa mujer es todo un horror. Mas, tiene casi medio millón en alhajas. Es amada por medio millón. Evidentemente, es una mujer interesante».

Lógica del sexo fuerte. Nada lo convence más que la convicción ajena. Nada lo entusiasma mejor que la serenidad. Y esa mujer tan fea, acompañada de un apuesto caballero, tiene más poder que esa otra dama de ojazos negros, la que en otros siglos hubiera hecho volver loco a un rey.

Y mientras nos extraviamos detrás de estas consideraciones, en otra mesa dos señoras, no muy jóvenes, cruzan sus armas... Dos señoras, y un hombre; el marido de una de ellas, y la otra una amiga. Alhajas, pieles, gorduras. Habla la amiga enarbolando la mitad de un fruto:

— *Un pezzo di pera, signor Z.! Ce la sbuccio io?* Mas interviene solícita la esposa que, más lista, alcanza otro fruto, ya preparado al «señor Z.». Es un derecho legítimo, y como tal lo reconoce también la amiga, quien se resigna, murmurando: «Ah, bueno, ya está».

¡Es porteña! ¿No les había dicho yo que estas argentinas son unas coquetas?


Monogramas modernos: V. M.

LUZ Y SOMBRA


Monogramas modernos: M. V.



Como el gasto de aceite es sabido que sólo representa unos 20 centavos por cada 10.— $ de comida, conviene más comprar aceite del mejor, aceite-Bau.

De Piñeyro



Núcleo de señoritas que, bajo la dirección de la profesora Catalina A. Errecart, tomó parte en la velada musical realizada en el teatro Roca.



NOTA
COMICA
DEL



El aviador.— El primer día que subí en un aparato, me pasó igual que a usted; sentí una impresión muy agradable, ¿Vd. qué sintió?

El pasajero.— ¿Yo?, ¡sentí haber subido!

Nuestros amiguitos del interior


R. Galán Iriarte, dama antigua. — Lomas de Zamora.


Niño de Rossi, lechero. — Lomas de Zamora.


Elida E. Regazzoni, pavo real.— Carlos Casares.


Blas Pachano, paisano. — Carlos Casares.


Rosa J. Perrera, aldeana. - Rufino


Olga Sangiovani, pescado. — Junín


Rodolfo Jiménez, baturro. —Junín.


G. González, maja. — Vedia.


Niño de Rouillet, pierrot. —Lincoln


Nydia L. Santicchio, dama antigua. — Pigüé.


Elsa H. Perrone, mariposa. Morón.


Marina E. Queirolo, húngara. — San Martín.


Irma Bocchi, pierrot. — S. Martín.


Alfredo Tancredi, pierrot. — San Martín.


M. A. Serral, bailarina. — S. Martín


A. Marini, pierrot. — San Martín.


E. Moyano, pescador. — S. Martín.


A. M. Pascual, andaluza.-S. Martín.


Sara C. Castro, maja.—S. Martín


Enrique A. Berro, pierrot. — Luján.


Carlos Iribarne, paisano. —Luján.


Jorge Delfino, príncipe. — Mercedes (Corrientes)


Numa Plasencia, Luis XV. — Mercedes (Corrientes)


Celia Balbastro, farol. — Mercedes (Corrientes).


Edelmira Salvati, odalisca. — Quilmes.


Blanca I. Urruzola, fantasía. — Concordia.


José Delamano, pelotari. — Concordia.


Niña de Lacoste, mariposa. —Concordia.


Daniel Nareiro, "Crítica". — C. Casares.


Julia Jabrun, estrella. — Lomas de Zamora.


Diariarya Pargas, pierrot. — Gualeguaychú.


Aurea Lidia Velazco, alcaucil. — L. de Zamora.


Teresa Portela, naranja. — L. de Zamora.


Julio Casalnovuo, pelotari. — L. de Zamora.


María Amalia B. Lavalle, fantasía —L. de Zamora.


E. Isern, P. Mosquera, P. Frigoli, A. Pesenti e L. Pesenti; pierrot, colombina y holandesa. — Rosario.


Niños de Pueyrredón; príncipe, polichinela y fantasía. — Mar del Plata.


Noemí V., Roberto A. Sanguinetti y F. N. Nolfi, camperos.— San Isidro.


Niños de Martín, mariposa y bailarina. — Médanos.



A las muchas ventajas

que para el embellecimiento facial ofrece a las señoras el uso diario del exquisito

POLVO GRASEOSO LEICHNER

hay que agregar las valiosas alhajas de oro y brillantes, los espléndidos objetos de arte y los elegantes y variados artículos de fantasía, que entregamos a cambio de los cupones que contienen todas las cajas de polvo, cuyas consumidoras no sólo embellecerán su cutis transmitiéndole frescura, suavidad y delicadeza, sino que obtendrán numerosos regalos de positivo valor.

Su distinción y su buen gusto han de exigirle que complete usted los elementos de su tocador con estos exquisitos productos de la PERFUMERIA MENDEL:

Polvo Cielito Mío - Agua de Colonia Antinea - Loción Cielito Mío.

RECOMENDABLES POR SU ALTA CLASE Y ORIGINAL Y DELICADO PERFUME

MENDEL y Cía. En BUENOS AIRES: Calle GUARDIA VIEJA, 4439. En ROSARIO SANTA FE: Calle ENTRE RIOS, 864.

NOTA. — Estos mismos regalos los tiene establecidos, en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL.

De Bánfield



Parte de la selecta concurrencia que asistió al festival organizado por el Centro Social Rivadavia, celebrando el 10.° aniversario de su fundación.


Vinos
ARIZV
Cada uno de sus productos marca
una etapa en el esfuerzo que eleva
y dignifica la producción nacional.
Pruébelos

De Isla Maciel



Socios del Automóvil Club Avellaneda, que festejaron con un "pic-nic" el éxito obtenido en su último "raid" automovilístico.

Pida:

TRAPICHE

y obtendrá el mejor Vino de mesa

BENEGAS Hnos. & Cía. Lda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial

744, FLORIDA, 744 — BUENOS AIRES
U. T. 1752 y 1365, Retiro. - C. T. 3708, Central.



TEJEDORAS DE ÑANDUTÍ



Cada vez que yo entraba en el hotel, veía, sentadas en sendas sillas o en la escalera, a unas mujeres de lindos ojos, arrebozadas en un mantón negro, que tenían en el regazo una maleta de mano. ¿Qué aguardaban?

Y una de ellas, joven, guapa, morena, me paró y me dijo:

— Señor: ¿usted va a querer comprar un pañuelito de ñandutí para su esposa, para su hermana o para su novia?

Me detuve y le miré los ojos.

— Tengo bufandas, encajes para sombrillas, cofias cuellos, todo, todo, de ñandutí.

Yo había aprendido una frase en lengua guaraní, propia para decírsela a una muchacha donosa. Y se la dije, sin titubear. Ella, apenas mudó la línea de sus labios.

¿Qué iba a hacer yo ahora?: todo, todo me lo decía en guaraní.

Abrió la maleta.

— Vamos a mi pieza — le dije.

— Pero sí, señor.

— ¡Ah no, mejor, será que usted vuelva esta tarde, porque no está mi esposa; se ha ido a Itaguá, a casa de una tejedora de ñandutí.

— ¿A Itaguá?

— Sí.

— De allí soy yo; de allí vengo; yo también soy tejedora, no revendedora.

Ya me había tomado la delantera, subía de prisa.

— ¿Por qué no vuelve esta tarde?

— Pero no importa, señor, los caballeros gastan más... Me coloqué a su vera. Tornó a hablarme en guaraní. Abrí la puerta y la invité a pasar adelante. ¡Qué muchacha donosa! Alhajita, churita, le hubieran dicho mis paisanos. ¡Alhajita y ojosa!...

— ¿Vienes de Itaguá, de veras?

— De Itaguá.

— En Yaguarón también tejen ñandutí?

— Pero sí, señor; y en Guarambaré y en casi toda la campaña.

Se había sentado en una silla; se había recogido el manto; ahora dejaba ver su lindo pelo negro, sus mejillas pálidas. Abrió la maleta de mano; colocó sobre la mesita de escribir, pañolitos de ñandutí, carpetas, cuellos, cofias, labrados con hilo de seda.

¡Qué mano! ¡Qué paciencia!

— Un pañuelito para su esposa, otro para su mamá, otro para su hermana. Y ha de tener amigas, usted.

Sonrió. Yo le dije a quedo:

— ¡Nde peteí mitá cuñá porá!

¡Qué iba a adivinar yo el significado de las palabras sonoras que me dijo!

En eso, se abrió del todo la puerta y entró mi mujer. Yo quedé hecho un pavo...

Mercedes, la tejedora, sonreía.

* * *



SEÑORA PETRONA DE GALEANO
NOTABLE TEJEDORA DE ÑANDUTÍ

La casa de doña Pastora, madre de Mercedes, es una casa colonial, antiquísima.

Reparo en el grosor de los muros de adobe, en las puertas casi carcomidas, en las enormes bisagras y pasadores.

— Mirá un poco esto, señor.

Me muestra dos sillas y una cómoda.

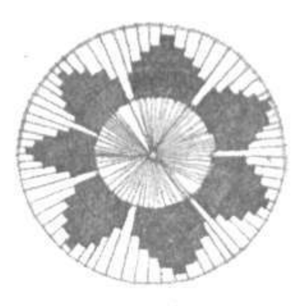
— Son del tiempo de Francia. Esta casa luego es antigua.

— Antiquísima. ¿En cuál pieza tejen?

— Pero aquí en esta pieza, señor.

— ¿Y las tejedoras?

No tardaron en apare-


TACURÚ

cer. Son muchachas donosas.

—Aquí tejemos las cuatro y tomamos mate, pero no mate amargo. Nosotras no tomamos tereré, como usted creía. Tereré toman los hacheros y los troperos. Y no fumamos. Ustedes creen que todas nosotras fumamos cigarros po-guazú... Pero, mirame los dientes, señor.

—Mercedes... sí que fuma...

—Pero a ella le gusta, señor.

Cogen sendos bastidores y se ponen a tejer.

—Nosotras hacemos luego lo que hace la ñandú, esa araña chiquita y de patas largas que anda por los rincones de las paredes. Ella tiende su red. Tejemos todo el día. Hay obreras que tienen necesidad; esas se sientan a tejer a la madrugada, se levantan a comer y todavía de noche, encienden la lámpara.

—¿Y los brazos, y el cuello y las espaldas?

—Pero a nosotras no nos hace mal, señor... El ñandutí nos sostiene. Uno trabaja mucho. A veces sale a vender y no halla quien compre. Yo no me desespero y digo: «Mañana he de hallar»... El otro día, un señor uruguayo me compró tejidos de ñandutí por valor de 20.000 pesos... Me fijo en los bastidores. Sobre cambray tirante dibujan el contorno de la pieza que van a tejer; luego tienden los hilos a guisa de telaraña y sobre éstos, empiezan como a zurcir los motivos.

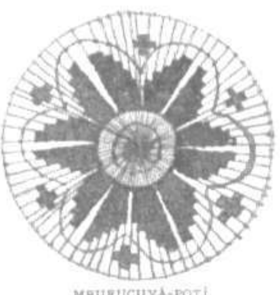
—Una lección..., —dice mi compañera.

—Pero, cómo no... Si es una carpetita ordinaria, uno le dice a la obrera: «Poné el icanei y el tacurú para llenar».

¿Conocés el tacurú, ese montón de tierra que levantan las hormigas?

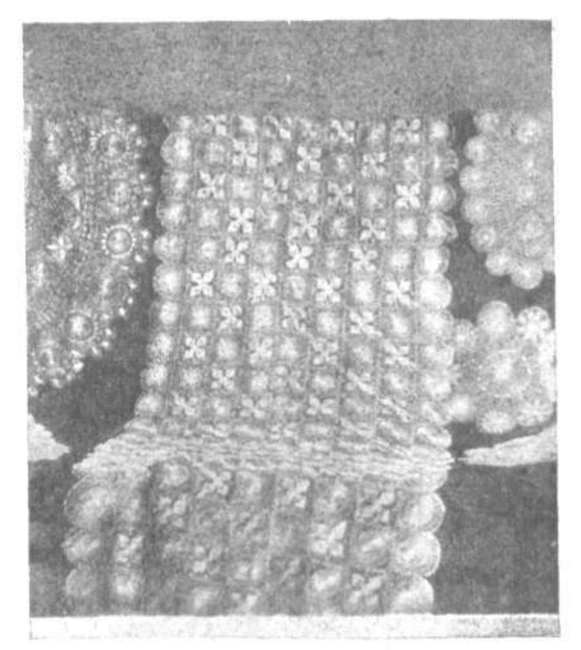
—Sí. Vimos tacurúes allá en los esteros de Formosa.

—Icané quiere decir «rengo»; una línea abajo, otra arriba; bajada y subida. El icanei es lo más fácil de hacer. Mirá un poco este pañuelito...


MBURUCUYÁ-POTÍ

—A ver otros motivos.

—Muchos dechados hacemos nosotras: jazmín-poti (1), arazá-poti (2), mbocayá-poti (3), el cañuto, la arapajhó (4), el isapi (5), el pirá-costilla (6), la torre, el corte del tronco, las rosetas, la filigrana. La filigrana es de lo más lindo. Mirá un poco este traje que me encargó una señora decente. Cada obrera piensa lo que ha de poner de su cabeza; pocas son las que ponen el iviraiti, el que se parece a un tronco cortado con la sierra.


TEJIDOS DE ÑANDUTÍ

* * *

A veces no tenemos para comprar el material...

—¿Y entonces?

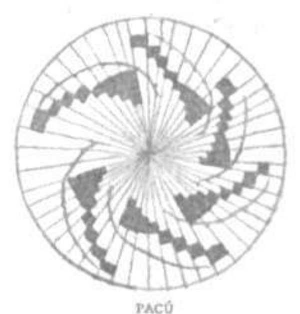
—Yo no me desespero y digo: Mañana he de vender algo...

En esto, por la puerta de la sala, entra Mercedes.

—¿Le compró la echarpe y la sombrilla?

—¡Nde peteí mitá cuña pora!...

Entonces fué doña Pastora quien me habló largamente en sonora lengua guaraní.


PACÚ

FAUSTO BURGOS

(1) Flor de jazmín.
(2) » » guayaba.
(3) » » coco.
(4) Espiga de maíz.
(5) Gota de rocío.
(6) Costilla de pescado.

De Villa Urquiza





Grupo de señoritas que concurrieron al baile familiar realizado a beneficio del club recreativo "Cultura y Democracia", en el local de la sociedad «Operai Italiani».

Miembros de la comisión directiva, a cuyo cargo estuvo la organización del baile antedicho, el cual alcanzó lucidos contornos.



Marca CIB
registrada
FITINA
REINTEGRA LA VITALIDAD
Sin rival para combatir la neurastenia, debilidad sexual y cansancio mental. Producto estrictamente científico, da resultados definitivos y permanentes.
Fabricación
Suiza

De Bernal



La señora Carmen S. de Pandolrini, rodeada por la comisión de damas que le tributó un homenaje con motivo de la honrosa designación por el P. E. Nacional.

La señora de Pandolrini, agradeciendo el homenaje de que fuera objeto.

LOS PÁJAROS

¿Por qué odia el hombre al pájaro

¿Por qué satisface la vanidad de las muqjeres matándolos a millares para adornar sombreros

¿Por qué se los come?

Muy pronto, en los bosques ya no romperá el silencio ningún gorjeo cristalino; muy pronto no sonará en la altura ese crujir de sed ade las bandadas de tordos negros, de gorriones castaños y de golondrinas azuladas.

El hombre habrá logrado volver a la naturaleza tan estúpida como sus ciudades, tan árida y fría como su pensamiento, tan hosca como su dinero y su avaricia.

En esta civilización en que nos interesamos por tantas cosas frívolas, anodinas, ¡qué pocos son los que se interesan por los pájaros!

Los cazadores aristocráticos los abaten sin misericordia durante el otoño, y los proveedores de la ciudad aprisionan en sus redes a centenares de aves hermosas; junto al pardillo cae el tordo, junto al gorrión la lírica alondra. Todo va a parar en racimos dolientes a la mesa de mármol del mercado, donde se muestran las pobres cabecitas desconsoladas, en donde antes brillaban avizores ojos luminosos, que sabían desde la rama atalayarlo todo.

AMADO NERVO.



Para poder ocupar un buen empleo con sueldo elevado, es necesario estudiar antes para estar en condiciones de desempeñarlo correctamente.

Mande su dirección y recibirá folletos explicativos de los cursos que enseñamos **por correo.**

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios **por correo** para que nuestros profesores se los corrijan.

GARANTIA: — Devolvemos el dinero al alumno disconforme durante los dos primeros meses de estudios. A esta garantía, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
de enseñanza por correo.
1059, LAVALLE, 1059 — BUENOS AIRES
(Las escuelas más grandes del mundo).

....
NOMBRE
....
DIRECCIÓN
....
LOCALIDAD C. C.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA — ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICIDAD
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA — MECANICO
CHAUFFEUR — MAQUINISTA
DIBUJO MECANICO

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GANADERIA

ESTUDIOS Y EXPERIMENTOS LOCALES SOBRE LA LOMBRIZ

NOTAS UTILES PARA TODO CRIADOR DE LANARES

Se puede perdonar al lector si al primer golpe de vista pensara que el asunto de que este artículo trata fuera el estado excelente de la plaza para todos los productos de la industria lanar, y especialmente para los borregos, los capones gordos y las buenas ovejas para cría. Sin embargo, es sólo respecto a los estragos que las enfermedades causan anualmente entre las majadas de la república, que el que suscribe desea ocuparse hoy día.

Los estudios y experimentos hechos durante estos últimos años por la sección biológica de la Sociedad Rural Argentina han logrado, especialmente en cuanto a varias enfermedades de los lanares, resultados altamente satisfactorios. Durante casi tres años, tanto el doctor Francisco Rosembusch, como el doctor Pedro J. Schang, se han ocupado particularmente de investigar la siempre prevalente y mortífera enfermedad conocida generalmente bajo el nombre de lombriz o gusanos en los ovejunos, y que ha sido comprobada en el Uruguay como la causa de una mortandad de 78 % entre los corderitos recién nacidos; mientras que en esta república la misma enfermedad ha causado un porcentaje de pérdidas que variaba entre el 40 % y el 60 % en las majadas que pastaban en los campos naturales del lejano y cercano Sud.

Al visitar una estancia en el partido de Coronel Suárez, el otro día, el buen estado del campo me llamó la atención en primer lugar, y con más razón a esta altura del año, siendo el aspecto general más bien el de la primavera avanzada en vez del otoño en sus comienzos. Luego me di cuenta del excelente estado de los animales vacunos que parecían estar sanos y en buenas condiciones. Los animales ovejunos, al contrario, y particularmente los corderitos de la estación pasada, parecían estar atrasados, y me sentí obligado a hacer algunas observaciones al dueño a este respecto.

«Sí — me contestó —, tiene usted razón. No han adelantado como sería de esperar, teniendo en cuenta el campo en que pacen. Estoy convencido de que el pasto largo engendra enfermedades en las ovejas, y los corderitos que usted ve en este potrero representan tan sólo un 36 % de los corderitos de la última parición. Sí, señor, calculo una pérdida del 66 %, y toda la culpa la imputo a la lombriz. Algunos años causa más estragos que otros, pero todos los años es responsable por un porcentaje considerable de la mortandad entre las ovejas».

Mi amigo se entusiasmó cuando le dije que me habían informado sobre el ensayo de un nuevo elemento químico que prometía satisfactorios resultados en la eliminación de la plaga, y que una vez comprobada la eficacia del nuevo remedio, éste sería expendido en los mercados del mundo, y de manera especial en las repúblicas sudamericanas. Coincidencia extraña fué que en el tren en que volvía a Buenos Aires encontrara, en un ejemplar atrasado de los «Anales de la Sociedad Argentina», un artículo de seis páginas tratando del mismo asunto, y conteniendo algunas consideraciones de interés y utilidad suministradas por los doctores Rosembusch y Schang.

Investigaciones llevadas a cabo por el Instituto Biológico de la Sociedad Rural Argentina, han comprobado ampliamente que la causa de la enfermedad es la invasión en el tubo gastrointestinal de parásitos, fenómeno que se complica en muchos casos con la infección parasítica de los órganos de la respiración. Esto se observa generalmente desde el período del destete hasta un año de edad, pero rara vez se nota en las ovejas. La gran mayoría de estos parásitos viven de la sangre del animal infectado, segregando una materia tóxica que disuelve los córpulos rojos con el resultado de que se produce una debilidad extrema, y en estos casos las complicaciones son varias, siendo muy frecuentes la infección gastrointestinal y la pulmonía.

Investigaciones bacteriológicas y parasíticas, practicadas localmente en un número de borregos, han comprobado, fuera de cualquiera duda que el parásito más común es el «strongylus contortus», que se encuentra generalmente en los intestinos, especialmente en el intestino delgado, en millares de animales; como también, aunque en menor cantidad y con menos frecuencia, el «strongylus fillicolis» y, finalmente, la lombriz solitaria. En el intestino se encuentran los «oesophagostoma», «bunostomum» y, de vez en cuando, «trichocephalus», y en los pulmones el «strongylus filaria» en cantidades enormes.

Manera de combatir la enfermedad. — Cuando la enfermedad hace su primera aparición, los animales atacados deberán ser apartados; además, toda la majada, tanto los enfermos como los sanos, deberán recibir una dosis de sulfato de cobre de diez gramos por cada litro de agua de lluvia, mezclado en un receptáculo de vidrio o de madera. La dosis para cada animal será de 100 centigramos. Este tratamiento ha de repetirse con un intervalo de ocho días y, si fuese necesario, hasta tres o cuatro veces para los animales enfermos. Después de tomar el remedio las ovejas deben quedar encerradas en el corral durante un par de horas a fin de que no tomen agua. Después de la segunda dósis los animales que parecen estar sanos serán puestos en un potrero en donde no ha habido animales jóvenes, terneros o borregos, durante el año anterior.

Si sucediera que nuevos casos de la enfermedad se observaran entre los animales sanos, el tratamiento con sulfato de cobre deberá repetirse dos veces más, con intervalo de ocho días. Cuando el porcentaje de animales atacados por la enfermedad es bajo en el principio, los resultados benéficos del tratamiento mencionado se dejan sentir casi inmediatamente. Esta manera de combatir la enfermedad ha sido ensayada en los Estados Unidos, en Australia y en Sud Africa, como también en este país, con resultados excelentes; y si bien no ha sido posible salvar todos los casos más graves de la enfermedad, un porcentaje elevado ha sido curado siempre que el tratamiento haya sido aplicado en los comienzos de la epidemia.

Experimentos llevados a cabo con un suero obtenido de caballos, preparado con los gérmenes aislados, en las vísceras de los borregos, y combinado con el tratamiento antihelmintolita, han dado mejores resultados que el tratamiento antihelmintolita solo.

Teniendo en cuenta que los parásitos que causan la enfermedad se desarrollan en gran parte en el pasto mismo, no hay que decir que pueden ser destruídos por millones con quemar el pasto, pero esto no es siempre conveniente. Otro sistema es el de dar una dosis del remedio mencionado a todos los borregos dos veces por mes desde el mes de Diciembre hasta el mes de Abril, a fin de eliminar gran parte de los parásitos antes de que la enfermedad pueda desarrollarse en mayores propociones.

Tratamiento para la lombriz pulmonar. — Como he indicado más arriba, apártese los animales atacados, especialmente los que sufren de una tos severa; estos últimos casos deberán ser tratados con la aplicación de uno a dos centímetros cúbicos de cloroformo en las narices, operación que se hace muy lentamente, gota a gota, teniento cuidado, al aplicar el cloroformo en una ventana de la nariz, de cerrar la otra. El animal deberá tenerse firme entre las piernas del operador y, una vez que da indicios de caerse, se suspende la aplicación de la droga. Este tratamiento ha sido recomendado por el señor Hall, en los Estados Unidos, y el Instituto Biológico de la Sociedad Rural Argentina lo ha ensayado con resultados satisfactorios.

Al notarse los primeros síntomas de la enfermedad, todos los borregos, sanos y atacados, deben recibir el mismo tratamiento, apartando los animales enfermos y cambiándolos de potrero.

Guido G. J. Peters

De Salliqueló



El comisario, señor Victor Esquiróz, rodeado por un núcleo de vecinos que lo hizo objeto de una demostración de aprecio con motivo de su reciente ascenso.

FORTUNA EN LA PUNTA DE LOS DEDOS

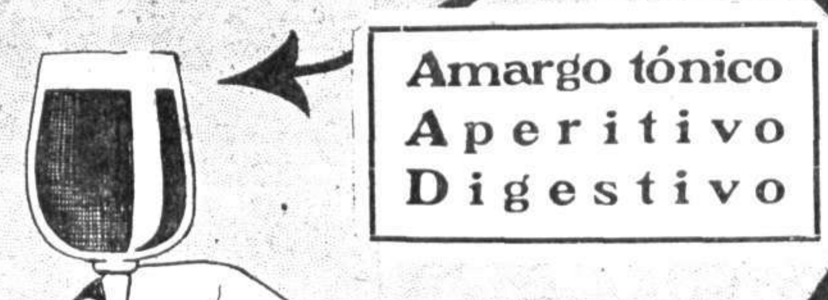
El más valioso dedal del mundo es el que posee la reina de Siam. Se halla hecho de oro puro, y su forma es la de una flor de lotus medio abierta, emblema de la casa real de Siam, y guarnecido de diamantes y otras piedras preciosas.

Hace algunos años un joyero de Londres cobró tres mil libras esterlinas por un dedal destinado a la señora de uno de los magnates de la pampa sudamericana. Era una verdadera masa de genuinas gemas.

El excéntrico príncipe, ya fallecido, Maharajah Duleeps Singk, que nunca hacía las cosas a medias, regaló a una dama uno de los dedales más valiosos, cuajado de perlas y de gemas de una gran belleza.

El primer dedal fabricado fué el ofrecido, en *1684*, a Ana van Wedy, segunda mujer de un tal Killain van Renssilaer, siendo el dedal una invención holandesa.

Al hacer el presente, el donante, Van Benschoten, suplicó a la dama "aceptara esta nueva cubierta, para la protección de sus diligentes dedos, como una muestra de su gran estima y de su profundo respeto".



Recuerde siempre

que las falsificaciones y mistificaciones nunca pueden reemplazar al producto genuino, original. Exija que le den siempre la marca bien conocida, el producto único.

FERNET-BRANCA

No falte en ningún hogar.

Importadores: **HOFER & Cía.** Bs. Aires.



¿Qué son las Geishyas?



DISCO CONOCIDO

La esposa. — ¡Si tú fueras bueno, Andrés!
El esposo. — ¿Bueno; dónde quieres ir, a Mar del Plata o a Montevideo?

La libertad de amar y proceder a su entera voluntad, parece ser acordada a los grupos de familias distintas completamente las unas de las otras: las geishyas, cantantes y bailarinas, y las diyoro, cortesanas.

Se cuentan alrededor de 3.000 geishyas; empiezan muy jóvenes, casi siempre a la edad de siete años, a recibir una educación apropiada a su rol social, aprenden a cantar, bailar, servir el te, hacer ramilletes, bordar, conversar y componer poemas. Sus conversaciones, sus cantos y sus danzas animan las comidas que ofrecen los ricos japoneses. Ellas son el encanto y la alegría de la sociedad japonesa.

Generalmente, la geishya se contrata mediante una fuerte suma, que recibe su familia, a trabajar un cierto número de años a beneficio de la persona que costea su educación; generalmente ésta es una antigua geishya. Puede dejar sin efecto ese contrato sólo por una feliz casualidad, ya sea por un rico casamiento o un compromiso en otra forma, que le permita reembolsar los gastos hechos para su aprendizaje.

Sucede, frecuentemente, que una joven de buena familia, cuyos padres hayan caído en la miseria, se haga geishya por piedad filial, para salvar o ayudar a los suyos.

La geishya no es una cortesana profesional, que cualquiera puede comprar, es sólo una artista que goza de una gran libertad en todos sus actos. Ella puede hacerse sostener por sus ricos adoradores, puede amar y dejarse amar por el amor de los amores, puede ser desposada por un adorador apasionado y adoptar las costumbres reservadas a la sociedad de la cual ella forma parte.

El feminismo en la China



—¡Ya de vuelta! Y cómo está el mar.
—¡Soberbio! Figúrate que se ahogó mi suegra.

Las mujeres en Pekín cuentan desde hace unos meses con un periódico diario, en el que, además de los trabajos sobre economía doméstica, higiene y cuidado de los niños, modas, etc., etc., se publican artículos acerca de todo cuanto pueda interesar a la mujer y a su participación en la vida moderna.

Encuadernación de "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra"

Avisamos a los señores subscriptores, que, desde la fecha, no nos encargaremos de la encuadernación de ambas publicaciones. Solamente podemos proporcionarles las tapas a los precios siguientes:



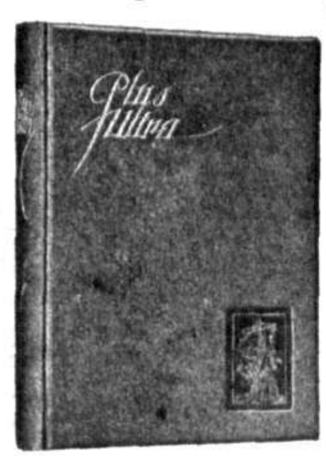
"CARAS Y CARETAS"
Por bimestre

De tela . . . . $ 1.50
" cuero . . . . . " 6.—

"PLVS VLTRA"
Por año

De tela . . . . $ 3.50
" cuero . . . . . . " 9.—

La Administración





Venecia. Un rincón característico, Rio Cá Bernardo.

UNA VISITA A VENECIA

Venecia tiene fama de ser una de las ciudades donde los hoteleros realizan el milagro de transformar una adición kilométrica en una substracción dolorosa.

Pues bien: Venecia a mí me ha resultado una de las ciudades más baratas, y eso que no he sido huésped de nadie, no he pasado por alto ninguna de las acostumbradas comidas diarias, y tampoco he pensado instalarme en un hotelito de mala muerte a título de economía.

Los hoteles de segunda categoría son muy confortables y discretos.

Claro que el que quiera alojarse en los fastuosos hoteles del Lido debe saber de antemano que el lujo se paga. Quien se siente poeta y sueña con un paseo nocturno en góndola por los canales, evocando a Otello, *Desdémona soave*, Gioconda, la *boca del león*, las damas enmascaradas y demás, también debe aflojar los cordones de la bolsa.

Pero se puede dejar libre curso a la fantasía también a bordo de los vaporcitos municipales, que no son otra cosa que los tranvías de esta curiosa ciudad, en la que los canales tienen lugar de calles.

¡La poesía tranviaria!, dirán ustedes. Mas, ¡qué se le va a hacer! Hay que modernizarse, reflexionar que lo que se pierde en poesía se gana en velocidad, en efectivo, y se evitan las discusiones con los remeros o *gondolieri*, pues a las góndolas no se les ha aplicado todavía el taxímetro.

Y los tradicionales *gondolieri* son, en sus exigencias, los cocheros de tierra firme, elevados al cuadrado.

El paseo en góndola tiene sus encantos. Pero habría que realizarlo sentados en el *felze*, que así llaman al camarote situado en el centro de la embarcación, al lado de una mujer de aquellas que estamos convencidísimos de seguir amando por toda una eternidad.

Entonces, sí... Mucho más que el *gondoliere*, acostumbrado a las escenas patéticas, no hace caso a las expansiones de los que se adoran, siempre que la propina resulte en proporción a la intensidad del cariño exteriorizado durante la navegación.

Mas... ¿en dónde va uno a encontrar una dama a esta edad?... Y aunque la encontrara, ¿de dónde va a sacar poesía bastante para aplicarla durante un paseo en góndola? Cosas para muchachos.

La primera impresión que produce Venecia, es de una ciudad inundada.

Puertas y ventanas dan sobre el agua, a veces no hay ni unos centímetros de vereda; tanto, que me preguntaba con cierta ingenuidad:

— ¿Cómo se las arreglarán los carteros? ¿Irán en bote? ¡Qué oficio más pesado, y qué tiempo deben perder!...

Frente mismo a la salida de la estación del ferrocarril existe uno de los tantos embarcaderos municipales, donde atracan los vaporcitos que hacen el servicio, diremos, tranviario.

Una manga de changadores aguarda y cala, con ojo clínico, a los pasajeros. Son individuos mal acostumbrados, debido a los forasteros que llegan a Venecia desde muy lejos, con los bolsillos forrados y la ansiedad de un mahometano que alcanza la Meca. No se fijan en lo que gastan, mucho más si vienen de Norte América o Inglaterra. Debido al cambio, todo les parece barato, y son muy capaces de regalarles un billete de diez liras, para no tener la molestia de esperar el vuelto o cambiarlo primero. Claro que el que no suelte regalías muy crecidas, desempeña el papel de pobre diablo y recibe miradas compasivas. Mas, no hay que hacerles caso. A un changador que estaba esperando algo más de dos liras, por haberme llevado una valijita de mano al hotel, situado a unos cincuenta metros de la estación, le sentencié con aire paternal:

— Hijo, ¿no estás conforme? ¿Quieres decirme lo que debería cobrarte un médico por una consulta?... ¡Vamos, un poquito de discreción y buen sentido!

Argumentación que no tiene el mérito de la novedad, como tampoco lo tenía la insistencia del susodicho mozo de cordel, pero que es bueno repetir de vez en cuando, pues puede que alguno de los interesados empiecen a convencerse de *que tiene fundamento*.

El deseo de contemplar la plaza San Marco se me hacía obsesionante. Venecia es la plaza San Marco, de la misma manera que Milán es la plaza del Duomo.

Una rápida *toilette*, y derecho al embarcadero. Ochenta céntimos por cruzar todo el canal Grande y regalarse un paseo de los más maravillosos que pueda realizar quien ama el arte y conoce algo de la historia de esta ciudad sin igual.

Sin igual porque, debido a su curiosa conformación, no teme la profanación de nuevos edificios. La fiebre de la construcción no hace presa aquí, donde el agua es el... terreno en que se podría edificar.

Nada de especulaciones edilicias.

Y Venecia es realmente sugestiva; a derecha e izquierda del canal Grande, palacios cuyos mármoles trabajados recuerdan las puntillas por las que se hizo célebre la ciudad y evocan toda una historia de grandezas y pasiones: palacio Foscari, Corner, Vendamini-Calergi, Barbarigo,

Contarini, Grimani, Papadópoli, Giustiniani, Dándolo, Loredán, Bembo, Falier, Maliplero... apellidos ilustres íntimamente ligados a la grandeza de la república véneta.

En las dos orillas un vaivén de muchachas, con el característico mantón negro, que llevan con el donaire de las españolas. Calma, tranquilidad por doquiera una sensación de ambiente aristocrático, que no he recibido en ninguna otra de las ciudades que he visitado.

Cuanto más nos acercamos a la Laguna, tanto más el canal se ensancha y el espectáculo de los grandiosos edificios se hace más imponente.

Por fin estamos en el embarcadero San Marco. En la orilla, muchos esperan las góndolas, y llaman en voz alta:

— *Poppe!... Poppe!...*

Es la palabra acostumbrada para que los *gondolieri* acudan a prestar sus servicios. Pongo pie en tierra firme y tomo una callejuela flanqueada por casas de negocio riquísimas; unos pasos más, doblo a la derecha, y de improviso se me presenta a los ojos admirados la plaza San Marco, la que Napoleón llamaba el salón de recepciones más grandioso que se conozca. Es difícil dominar la exclamación de sorpresa que arranca el espectáculo de ese inmenso trapecio de 175 metros de largo, cuyos lados están formados por edificios como la basílica de San Marco, el célebre Campanario, el Palacio Ducal y los palacios de *le Procuratie*.

Como si el efecto del conjunto no fuera suficiente, todos los negocios de la plaza lucen objetos artísticos, joyas preciosísimas, recuerdos de la ciudad, y los dos cafés, Florian y Quadri, son centros de las más selectas reuniones y están atestados de forasteros.

Mucho tino en adquirir recuerdos de Venecia, para evitar dolorosas sorpresas.

Al que, atraído por el encanto de las filigranas, por ejemplo, entre a tratar algún artículo, lo van a marear con la variedad de las piezas que le presentan, una más bonita que la otra, y... también con los precios.

Mas si, asustado por lo exagerado de la demanda, el comprador ofrece una insignificancia en la esperanza que el comerciante lo dejará salir indignado, se equivoca. Habrá un breve regateo, unos suspiros, unos ojos en blanco, como para decir:

— Señor... ¡Es imposible! Usted no quiere dejarnos vivir... ¡Nos cuesta más a nosotros, por la luz de mis ojos!...

Pero en cuanto vean que estáis por tomar la puerta, sueltan la mercadería; se conforman con lo ofrecido.

— No importa... Perderemos lo que usted quiera... Con tal que conserve usted un recuerdo agradable de Venecia, ¿cierto, señor?

Y el recuerdo queda, en efecto, como una espina, pues uno se pregunta:

— ¿Cuánto me habrá cobrado demás ese demonio?

Plaza San Marco es la Venecia de los turistas, diré casi la Venecia convencional, conocida ya en todo el mundo, mas se equivocaría en grande el que tuviera la pretensión de conocer la ciudad por haber visto lo que exhiben las tarjetas postales.

El encanto de Venecia está en las calles estrechas, tortuosas, donde a cada treinta o cuarenta metros encontráis un pequeño puente, que cruza un brazo de canal; está en esos palacetes con escalinata de mármol que dan a las góndolas, incrustadas entre cuatro postes altos, caprichosamente adornados; en la animación de los cuarteles populares, donde los más exquisitos frutos de mar se venden y cocinan ahí mismo, frente a algún despacho de vino; en la gracia picaresca de las muchachas; en la música del dialecto, que, hablado por mujeres, se parece a una caricia sin fin; en las pintorescas escenas de las *impiraresse*, que, sentadas en el umbral de sus casitas, pasan el día enfilando las perlitas de vidrio, y las lavanderas que cumplen su oficio ahí en las calles, transformadas por la circunstancia en riachuelos de agua jabonada.

Y nada de ruidos enloquecedores. Aquí, si Dios quiere, el dichoso automóvil no se presenta de repente en una esquina, soltando una feroz carcajada por el susto que nos ha dado, mientras huye cínico y veloz; ningún ruido de coches, nada de las antipáticas motocicletas, que remedan una preparación al asalto efectuada por artillería de grueso calibre, ni siquiera la campana de los pesados tranvías...

He aquí algo que nunca me ha llamado la atención. Nunca he alcanzado a comprender qué interés pueda despertar el juego. Y debe ser una anomalía muy grave ésta, desde el momento que todo el mundo encuentra en el juego un atractivo tan poderoso. En fin, dominada la primera impresión de la humareda que grava en el salón de entrada, uno pasa a los saloncitos interiores, donde se respira algo mejor. La clientela suele ser de parroquianos y de forasteros, a los que no importa mucho si el mozo que sirve no va de frac y si el *maitre d'hôtel* no viene a pedir órdenes con mucha gravedad anotándolas en un lujoso *notes*. Por mi parte pude gozar también de un espectáculo de *varieté*, obsequio de un cliente de la casa, un hipnotizador que amenizaba la comida con experiencias ejecutadas sobre el pobre mozo que le servía.

Se trataba de un hipnotizador de tipo clásico. Larga melena, nariz aguileña, ojos hundidos, negros, cara parecida a un triángulo invertido. Es probable que este caballero, antes de transformarse en cliente de la casa, efectuara unas experiencias preliminares con el mozo, a título de broma. Pero el hecho es que lo tenía dominado, y era suficiente que le clavara los ojos, para que el pobre muchacho se quedara como la estatua de Loth, en la postura en que se encontraba al momento de la sugestión.

De ahí unas escenas cómicas que regocijaban a los contertulios, mas no le hacían mucha gracia al dueño de casa, hombre cuyo pulgar reducido indicaba una voluntad muy relativa.

Era evidente que no se atrevía a decirle al hipnotizador que se habría sentido muy feliz si hubiese trasladado a otro ambiente su campo de experiencias, mas... ¿y si ese diablo de hombre tomaba las cosas a mal y lo sugestionaba a él también?

¿Si, por ejemplo, la sugestión hubiese sido de no cobrarle las comidas? Más aún: ¿si le hubiese sugerido de darle dinero? Porque los hombres piensan siempre en poner en salvo esos cuatro centavitos ganados con el sudor de los dependientes y, a veces, con el propio también. Se me ocurrió un plan diabólico para ahuyentar al hipnotizador y devolver la paz al hotelero. Terminado el almuerzo me acerqué al mostrador y me hice el que se interesaba a las experiencias de sugestión.

— Lástima — dije — que ese señor juegue con esos parroquianos... Les hace jugar las cartas que quiere...

— ¿Le parece?

— Pues... Está a la vista... Le hace ver lo que le da la gana...

— ¡No diga!...

— Es cierto también que no juegan por dinero, pero son siempre litros y medios litros que van y que pagan los mismos otarios...

— ¿Usted cree?

— Es evidente...

— Muchas gracias, señor...

— No hay de qué... No vaya a meter escándalo...

— ¡No faltaría más!... Pero he de prevenir a los clientes...

— Eso es:.. Les previene en buena forma, ¿sabe? Y...

— Que Dios le bendiga, señor... Y vuelva usted a menudo... Trataremos de conformarle en todo y por todo...

— Hágame el favor... Pudiendo hacer un servicio, ¿verdad?, se hace sin interés ninguno...

No sé lo que pasó. Por dos días el hipnotizador tuvo que suspender las funciones en el teatro donde trabajaba. Creo que los parroquianos lo... sugestionaron de que había recibido una paliza. Huelga decir que me cuidé muy mucho de pisar otra vez el restaurante donde había sido pródigo de consejos al dueño. Pero hay tantos en Venecia libres de hipnotizadores!...

Dr. A. VACCARI

De O'Brien



Parte de la concurrencia que asistió al «pic-nic» realizado por el Club Social en honor de las familias de sus asociados.

SALVAMENTO EN AEROPLANO

Durante una excursión de placer por el James River (Virginia), varios excursionistas, acampados en una pequeña isla completamente desierta, se encontraron en la imposibilidad de regresar a la orilla, a causa de una súbita crecida del río. En vano se intentó ir en su socorro. Después de tres días de esfuerzos, y en vista de que la situación se prolongaba y se terminaban las provisiones de los viajeros, se pidió socorro a una base aérea.

El teniente Ridderlof voló sobre la isla, a muy poca altura, y dejó caer a los nuevos Robinsones sacos de víveres que les permitieron resistir hasta que las aguas descendieron.



PROTECCIÓN

Así como, para un navío que navega en la proximidad de la costa, un faro constituye una efectiva protección, así también, para su hogar, es una protección valiosa la que un COLT le brinda contra los invisibles peligros de la noche. Los Revólveres y las Pistolas COLT siempre han sobresalido por la confianza que en ellos se puede depositar y también por su precisión, seguridad e infalible funcionamiento. Por estos motivos es que las COLT son las armas oficiales de las fuerzas de tierra y de mar de los Estados Unidos de Norteamérica. Ninguna otra arma puede, como un Revólver o una Pistola Automática COLT, realizar una eficaz protección de su hogar y de sus bienes. ¿Por qué, entonces, no insistir en obtener la mejor?

ILUSTRACION DEL "SEGURO" DE UN COLT, UNA DE LAS CARACTERISTICAS QUE PROTEGEN AUTOMATICAMENTE A LOS POSEEDORES DE ESTAS ARMAS CONTRA TODO ACCIDENTE. INSISTA EN OBTENER UN COLT.

Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.



COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN

De Sierra Chica



Grupos de niños que tomaron la primera comunión en la capilla de la familia Gregorini.



L'HOMME CHIC

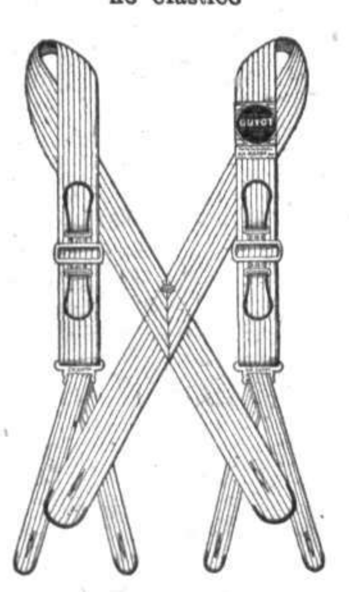
lleva sólo

TIRANTES CH. GUYOT

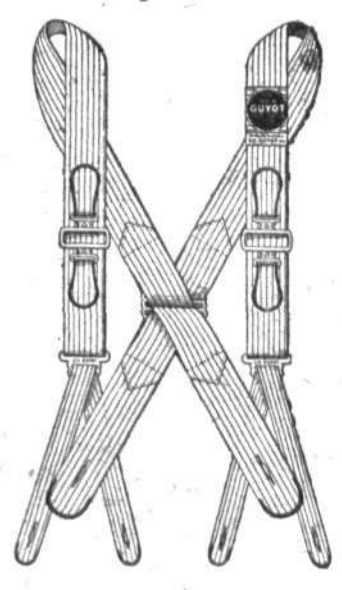
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

*La Casa **Ch. Guyot** participa a su clientela que acaba de crear un modelo nuevo enteramente elástico.*

Modelo conocido no elástico



Nuevo Modelo enteramente elástico con espalda móvil



*Exíjase el nombre **Ch. Guyot** impreso en encarnado al revès de los tirantes*

REHUSAR LAS IMITACIONES

De San Isidro



ELECCIONES PROVINCIALES. — El diputado señor José M. Verduga, en el comité de la Unión Cívica Radical.



El candidato a diputado señor Ernesto de la Carrera, siguiendo la marcha del escrutinio en el comité Conservador.

PAISAJE

El sol se oculta, la tarde se acaba, la noche se aproxima; los techos de la ciudad aparecen como un solo techo, los montes se confunden en un solo montón de tinieblas, en las que se hunde y se pierde la gran cinta blanca del río.

Brumas de gasa ascienden lentamente del horizonte al cenit; las lavanderas, con sus líos de ropa a la cabeza, vuelven a sus casas por los caminos hondos, los ruidos se extinguen; las voces se apagan; el último resplandor rosado, que se parece al reflejo del otro mundo sobre el rostro lívido de un moribundo, colora todavía durante algunos minutos, en la cima de su roca, el Ehrenfels, pálido, decrépito y descarnado.

Después la luz se difumina, y entonces parece que la torre de Hatio se agranda de repente y se apodera del paisaje. Su humo, que era obscuro mientras alumbraba el día, se enrojece ahora poco a poco a las *revelaciones* de la fragua, y como el alma de un malvado que se venga, se vuelve luminoso a medida que el cielo obscurece.

Mientras todo este ensueño se desarrolla a mi alrededor, cuando había dejado mi espíritu vagar no sé por dónde, se abrió súbitamente una ventana, brilló una vela, y oí una voz clara, fresca, pura; la voz de un joven cantando con aire lento, quejumbroso y triste.

VÍCTOR HUGO.

De Villa Luro



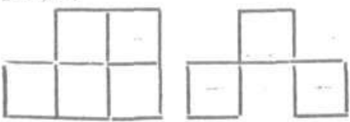
Concurrentes al festival artístico realizado a beneficio de la biblioteca social del Club Atlético "Leonidas".

Comisión auxiliar de señoritas y miembros de la comisión directiva, a cuyo cargo estuvo la organización del festival, el cual alcanzó brillante éxito.



SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DEL MES DE ENERO DE 1925

Número 1370. — Número 1: Alamo; 2: Divisa; 3: Naftalina; 4: Rosalía; 5: Doblado; 6: Camaleón; 7: La disposición de los sacos es la siguiente: 2, 78, 156, 39, 4; 8: Duende 9: Vanidoso; 10: Minuendo; 11: Palestina; 12: Estar en ayuna; 13: Modestia; 14: Papagallo; 15:



Número 1371. — Número 1: Bonaparte; 2: «Amalia», José Mármol; 3: Parodia; 4: Obispo; 5: Pianola; 6: Lámina; 7: Muralla; 8: Martillo; 9: Ciudadela; 10: Navegación; 11: Adela, Aldeá; 12: Caracol.

Número 1372. — Número 1: Coral-Calor.

Número 1373. — Número 1: Letra C (Cartel); 2: Doncel; 3: Moderno; 4: Reclamo; 5: Día - media - la (Diamela); 6: Carabinero; 7: Viento; 8: Talco; 9: Sintético; 10: Cuarentena; 11: Ricardo.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DEL MES DE FEBRERO DE 1925

Número 1375. — Número 1: MI L NOTA L (Latón); 2: Muchos son llamados y pocos los elegidos; 3: Varios artículos; 4: Día entre semana; 5: Ideal; 6: Río - mico - saco (Comisario); 7: Nenes; 8: Mediante; 9: Cara rota; 10: Gallego; 11: Poroto; 12: Rufina (Finura).

Número 1377. — Número 1: Monograma; 2: Avara; 3: Sala-rio (Salario); 4: Entre bueyes no hay cornadas; 5: «Una vez había un paisano y la madre, del paisano era la madre del chancho»; 6: Verbo oir al revés (Río Negro); 7: Monograma; 8: Desmedida; 9: Notar-Ratón; 10: Operaciones sobre el ala derecha; 11: Enfasis; 12: Síntomas.

N.º 1

Comprimido, por Juan M. Magro (Pergamino, F. C. C. A.)

T RES

N.º 2

Metátesis, por Juan M. Magro (Pergamino, F. C. C. A.)

1 2 3 4 5 6 Nombre de varón
3 5 6 4 1 2 Nombre de mujer

N.º 3

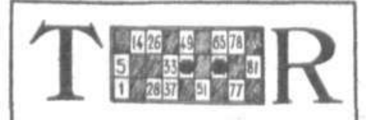
Cuadro silábico, por Juan M. Magro (Pergamino, F. C. C. A.)

\+ + +
\+ + +
\+ + +

Substituir las cruces por sílabas, de modo que, horizontal y verticalmente, se lean tres nombres femeninos.

N.º 4

Jeroglífico, por Luis Viggiano (ciudad)



N.º 5

Charada, por «Gilito» (ciudad)

Escucha, "segunda" Juan,
Pedro y Antonio se van
a escuchar el "prima", "tres"
que dirige Don Andrés;
y en el "uno", "dos" de campaña
el "todo" les acompaña.

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de Juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.º En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.º Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.º Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.º Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.º El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

A LOS SOLUCIONISTAS Y COLABORADORES

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», CARAS Y CARETAS, Chacabuco número 151.

Nota importante. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que acrediten la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

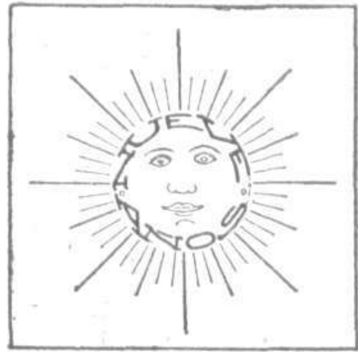
Concurso de marzo. — Se reciben soluciones hasta el 25 de abril próximo.

Concurso de abril. — Se reciben soluciones hasta el 15 de mayo próximo.

A los colaboradores. — Rogamos a los colaboradores tengan muy en cuenta las condiciones establecidas para participar en los concursos, pues nos llegan colaboraciones sin firma, que no pueden tomarse en consideración; recordamos también la conveniencia que cada juego esté firmado al pie, haciéndolo uno por uno cuando se trate de una serie, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma y dirección.

N.º 6

Comprimido, por Luis Viggiano (ciudad)



N.º 7

Comprimido, por «Gilito» (ciudad)

PATICE
PATICA
PATICU
PATICI

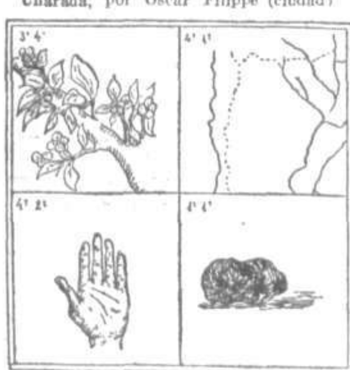
N.º 8

Apellido interpretativo, por «Gilito» (ciudad)



N.º 9

Charada, por Oscar Filippe (ciudad)



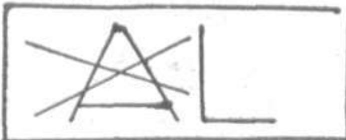
N.º 10

Triángulo numérico, por O. Filippe (ciudad)

1 2 3 4 5 6 7 Provincia
1 2 3 4 5 Tiempo de verbo
1 2 3 Tiempo de verbo
1 Vocal

N.º 11

Comprimido, por «Gilito» (ciudad)



Resultado de los concursos de enero y febrero, serán publicados en el número próximo.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
ABRIL DE 1925
CUPON N.º 1384.

Enlaces



Señorita Faustina Bornet con el señor Ceferino F. Laggiard. 1.° de Mayo.



López Siboni - Craviotto Casal. — República del Uruguay.



Señorita Paulina Ciranna con el señor Luis S. Plescia. — Ciudad.



Lomas - Saccone. — Rosario.

De San Fernando



ELECCIONES PROVINCIALES. — El candidato a diputado señor Luis M. Morello, acompañado por las autoridades del comité Conservador.



Los candidatos de la Unión Cívica Radical, señores Benjamín Fernández y Juan C. Bergara, rodeado por un núcleo de correligionarios.

LA FUERZA DE LAS MANDÍBULAS

Si a algún lector le trae preocupado la fuerza que gasta en masticar los alimentos o si le importa la que emplean sus convidados, puele averiguarla matemáticamente por medio de un aparato inventado por el doctor C. E. Black, de la Universidad Dental de Chicago. Su autor lo denomina gnatodinamómetro, y con él puede determinar la fuerza de las mandíbulas que, como es sabido, están constituídas con arreglo al principio en que se fundan las tijeras.

El doctor Black ha realizado pruebas gnatodinamométricas con mil personas, y de ellas resulta que la presión media de las muelas es de 80 kilos. Los premolares y los incisivos tienen mucha menos fuerza.

Al mismo tiempo ha inventado el doctor Black otro instrumento llamado fagodinamómetro, para medir la resistencia de los alimentos a la masticación.

El más tierno de todos es la lengua; su parte central no ofrece más de dos o tres kilos de resistencia. Las chuletas de carnero requieren 15 a 20 kilos de presión, y la carne del mismo rumiante, de 20 a 25. Los "biftecs" bien pasados y algo duros, requieren de 30 a 40 kilos de presión.

Para una de estas pruebas eligió un carnicero carne muy dura del pescuezo de una res vieja, la cual necesitó hasta 45 kilos de presión.







LA IMILLA

AGUAFUERTES DEL ALTIPLANO



JOSERMO MURILLO VACAREZA

ILUSTRÓ GASPAR BESARES



CONCLUIDOS los funerales, todos los indios, cubiertos con sus largos ponchos negros ingresaron en la menuda habitación del difunto, un hombre recio, vencido por la epidemia que esos días asolara a toda la estancia.

Para trasponer el umbral debía cada uno doblarse por la cintura, porque la puerta era muy baja y angosta. En el poyo que sirviera de cama al fallecido y en los espacios que dejaran libres los numerosos bártulos de labranza, se sentaron un poco contristados los circunstantes, agotatado por completo su parlar chichisbeante. Las mujeres, entre ellas mi madre, que me llevara al cementerio de su mano, habían acompañado el cortejo con lamentaciones de viva voz, llorando con gritos lastimeros y prolongados; las más habían venido con el único objeto de hacer de plañideras para aumentar la gala y vistosidad de los funerales.



Se tocaron con sus mantas sin fleco, de géneros negros y cubrieron su cabeza de tal modo que sólo se les veía un pequeño óvalo del rostro cetrino. Cuatro hombres fuertes conducían las parihuelas en que iba completamente rígido, con el livor acentuado, el cadáver de mi tío Simón. Los demás, en dos hileras laterales, hacían escolta mientras las mujeres venían detrás, en grupo irregular, salmodiando el silencio de esa hora caliginosa del altiplano, con su orquesta de gritos y

quejidos. A todos precedían los dos indios mayores que llevaban pendones de terciopelo negro en asta de madera enchapada de plata. Los seis kilómetros que mediaban entre la casa y el cementerio, los hicimos a trote menudo, como si alguien invisible y conminatorio, nos instigara a enterrar al muerto sin dilación ni duda.



También yo, con mis piernecillas cortas y mis pasos breves, de la mano de mi madre, corría con ella y con los demás, sudoroso, cansado por ese sol canicular de aquella hora, trompicando a cada instante en los guijarros de la vereda que culebreaba por el paisaje. A lo lejos éramos un grupo obscuro, trágico y compacto; cualquier indio que nos hubiera observado desde lo alto de una montaña habría adivinado la razón de ese lúgubre cortejo.

Al regreso del cementerio los hombres se encontraban cansados y las mujeres deshechas. Cubierta la fosa con la tierra húmeda y recién removida, hicieron círculo hombres y mujeres y allí oraron al unísono por el difunto.

El retorno fué más largo porque lo hicimos despacio; ellos comentaban las cualidades del finado y las mujeres presentían las condiciones en que había quedado la viuda con sus cuatro pequeñuelos.

Ya en la choza de mi tío, los indios trasegaron, en una sola copa de cristal sin brillo, el contenido de tres o cuatro botellas de aguardiente puro; las mujeres que habían permanecido en el patinillo, hicieron unas pircas con piedras de aledaño y dispusieron las viandas para la comida funeral.

Mientras tanto (y por eso recuerdo con algunos detalles esas escenas) los chicos nos pusimos a jugar con las matas de leña que reverdecían entre las piedras. Yo tenía diez años y Matilde ocho. Sus mejillas un poco sonrosadas, se habían paspado con una ligera capa de tierra endurecida con el sudor; pero detrás de esa lacra asomaba la epidermis tersa, muy poco atezada por los aires de la región. Lo único grotesco en su indumentaria era el enorme sombrero que le bailaba en la cabeza y que se había deformado en la de su madre con muchos años de uso. Ese día se había puesto polleras nuevas de lana punzó.

Jugamos con ella y con otros chicuelos más todo ese día, entretanto los indios, acelerados por el aguardiente, armaban disputas, peroraban con énfasis o se quedaban rendidos en una posición cualquiera; las mujeres habían distribuído de comer para entregarse después a francas pláticas.

Matilde era huérfana desde entonces. Pero no es posible atribuirle concepto alguno de lo que esa circunstancia significaba para ella en esos instantes; yo mismo discurrí muy tarde.

Construímos los dos una casita de guijarros y nos fingimos esposos, rodeados de hijos y en un campo dilatado.

No olvidé más ese episodio, y cada vez mantuve acrecentado mi deseo de volverla a encontrar.

Pero su madre, liquidada la herencia del esposo, se marchó a otra estancia, llamada por sus demás parientes.

Muchas leguas había y era necesario transmontar algunas montañas un poco ásperas para llegar hasta ese nuevo lugar.

Sólo en esa famosa fiesta de San Agustín, en Cutimarca, la reconocí cuando ella, casi núbil, salía de la iglesia con el sombrero destocado.

Su rostro, graciosamente redondo se había transfigurado por un aire más benigno; estaba más acicalada y llevaba en su fisonomía la impresión de su alma limpia y cándida. Era un poco menuda, pero sus cabellos de ébano partidos por una crencha en dos aladares densos, se bifurcaban en un par de trenzas que brillaban como una joya.

Hasta sus piececitos no calzaban la ojota, sino zapatillas de cordobán. En lugar del rebozo de colores fuertes que usaban las demás, llevaba ella una manta de dibujos finos; y para su cabeza tenía un lindo sombrerito castaño, no de lana sino de castor.

Yo me ruboricé y me sentí empequeñecido con mis trajes rurales; nunca se pusieron más torpes mis ademanes y jamás percibí mi insignificancia tanto como entonces; me pareció superior a mí y digna de anhelos mejores.

Cuando me dijo: ¡Isidoro!, y me saludó con una sonrisa, mi faz debió ser tan inexpresiva, tan ambigua, que ella no volvió la cabeza ni se hubiera acordado más de mí.

Pero la fiesta convidaba a varias reuniones y la muchedumbre se congregaba en uno y otro sitio para presenciar el esplendor. No demoré en ponerme muy cerca de ella, pero no me atreví a hablarla, sin embargo de mis locos deseos; la timidez me había turbado por completo. Cuando alcancé a serenarme, ella se dió cuenta que estaba cerca, por un azar cualquiera, y me dijo ingenua:

— ¿A qué has venido?

— A ver la fiesta, como tú — le repuse con una frialdad involuntaria. Sin embargo, su afectuosidad me dió mayores ánimos y así, aquella fiesta de San Martín, se grabó en mi imaginación adolescente, con rasgos permanentes e inolvidables.

A los pocos días, camino de su estancia, iba yo con el corazón lleno de zozobras. Hacía el viaje sin verdadero destino y no llevaba más que un escaso zurrón para algunos días.

Cuando divisé el caserío, la emoción me oprimió y me desanimaba a instantes, casi vencido por mi flaqueza. Vacilaba en pernoctar, fingiéndome cansado, en el caserío o atravesarlo desaprensivamente. Pero, para lo primero, que habría sido lo más grato, me sentía con muy poco valor.

Matilde estaba cerca. Discurría por allí en busca de uno de sus mastines, para ponerle las carlancas y llevarlo al ahijadero de las ovejas.

— ¿Dónde vas? — me inquirió.

— De viaje. Voy al valle.

En ese sitio no había casi nadie. A lo lejos, se escuchaba el ronco cluequear de un gallinero agitado, pero para tan escasa pincelada de vida, había un inmenso marco de silencio.



El optimismo se me contagió fácilmente y me puse deci-

dor. Dialogamos hasta el trance de reir los dos con francas carcajadas. Yo le di un pellizco en uno de los brazos túrgidos; Matilde se quedó breves segundos pensativa y después me respondió con un golpe suave en la espalda.

Alternamos el juego hasta que le arrebaté el sombrero; ella salió en persecución mía, y los dos nos divertíamos con mis esquinces y gambeteos. Acalorada por la carrera, un tanto cansada y un poco mortificada por no haber podido alcanzarme, alzó una piedra y me la arrojó con fuerza; pasó frotándome el tobillo, en el que me dejó un rasguño.

Le devolví su prenda, pero mientras tratábamos de concertar la paz, huí con su rebozo y desde allí la cité para que volviera a alcanzarme. Es inútil confesar que no tardé en ponerme a su alcance y que ella remató el juego con golpes más fuertes en mi espalda. Pero así ella quedó cerciorada de que mi intención era casarme porque la quería. A ese juego inocente se habían entregado siempre todos los indios jóvenes en iguales circunstancias, y todos sabían y presentían su significado.

— Vamos a casa; le dirás a mi tío — me dijo ella cuando hacíamos el camino hacia su vivienda.

No encontré allí a su pariente, pero le dejé mi pequeña bolsa con hojas de coca; ya sabía yo que si la desairaba su decisión me sería negativa.

Y por sentirme alegre y risueño, a esa misma hora emprendí el alongado retorno a mi casa, sin acordarme de mi cansancio ni de la hora.

Volví, es cierto, después de ocho días. En esa casa no encontré a nadie; la puerta se hallaba candada y el portón con bardales de piedra en señal de que los dueños no volverían en mucho tiempo.

Un indio viejo, encargado por el tío de Matilde, vino a darme encuentro. Me devolvió intacta la chuspa o bolsita de coca y me anunció que Matilde se había ido a la ciudad para servir.

Desde entonces no la volví a ver ni la he encontrado en ninguna otra fiesta. Sólo supe que se había conchabado como fámula en una casa rica de la ciudad y que allí prosperó en poco tiempo. Pero, su imagen, se anima en mi memoria cada vez que viene hasta mis oídos el lejano motivo de la música de aquella fiesta en que la pude ver, y aun cuando en mi mente la nostalgia reconstruya esas sinfonías, ella vive siempre fuertemente vinculada con todas esas palpitaciones del altiplano, que me reconstruyen una a una las escenas que culminamos juntos.





El "Apóstol de la Buena Salud", el sabio Abate Kneipp, alto eclesiástico alemán, camarero secreto de Su Santidad León XIII, y autor de muchos tratados sobre la salud.

Hay que curar las CONSTIPACIONES

el estreñimiento, la sequedad de vientre, para poder gozar de perfecta salud.

El Abate Kneipp logró la cura de numerosos casos obstinados sin necesidad de recurrir a drogas peligrosas, empleando, en cambio, simples substancias vegetales, entre ellas el ruibarbo, base de sus famosas Píldoras Laxantes.

Para que todo el mundo pueda librarse del estreñimiento, de las constipaciones y de otros males análogos, y para que todos puedan conocer los benéficos efectos de estas Píldoras Laxantes, **remitiremos una Muestra Gratuita.** Envíesenos antes del 30 de Abril el cupón que va al pie.

Píldoras Laxantes del Abate Kneipp

En las Farmacias

Unicos Agentes:
F. SCHWEIZER y Cía.
Lavalle, 742 - Bs. Aires. - U. T., Avenida 4225.

Sres. F. SCHWEIZER y Cía., Lavalle, 742, Buenos Aires.
Remítanme una muestra gratuita de las Píldoras Kneipp.

Nombre { Señor.................................
Señora.................................
Señorita.................................

Calle.................................
Localidad......................... F. C.................
C. y C. 6.



Una Reflexión Sobre la Superioridad de las Medias



Marca Registrada
(*Entre-tejidas*)

Su buena apariencia y duración asombrosa les dan el 100 % de la popularidad entre los hombres que las calzan. Cada par es garantizado y su proveedor se lo cambiará si no da satisfacción.

Will L. Smith, Inc.
Representantes Exclusivos por Mayor
Cangallo 1175 Buenos Aires

CASA MARTIRADONNA





N.º 278. — JUEGO de dos alianzas forma 1/2 caña, de puro oro 18 kilates garantido, macizo, con grabado, estuche y un cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional, a................................. $ 30.—
N.º 279. — Más pesadas, a................. $ 42.—

SOLICITE CATALOGOS

SE RECIBEN CARTONCITOS del "43"

VENTAS por mayor y menor

BRASIL, 1182. Casa Central. BUENOS AIRES BRASIL, 1054. Sucursal.

A media cuadra de la estación Constitución.

De Mercedes



El señor Roberto Cordero, secretario de los Tribunales, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, con motivo de su traslado a San Nicolás.

EL OLFATO DE LOS INSECTOS

Afirman los naturalistas, que los insectos tienen el sentido del olfato incomparablemente más fino que los seres humanos.

Esta finura de olfato permite a las abejas que trabajan en una misma colmena, distinguir a sus habitantes, porque la reina tiene un olor característico, y los zánganos y las obreras poseen también su olor particular.

Esto facilita la armonía y asegura la defensa unida en caso de ataque. Las abejas saben que la reina está presente, y su presencia significa todo para las abejas en la perpetuación de la colonia.

Las familias de hormigas se distinguen también por el olor.





ANECDOTARIO DEPORTIVO

HUGO Frigerio es el «hombre del día» en Norte América. Porque como Frigerio se había destacado tan netamente en las Olimpíadas de París, el joven y elegante «cavaliere» italiano corre de una a otra pista batiendo los records de marcha y arrastrando a la muchedumbre a un entusiasmo no común. Diríase que con estas fases de «delirio sportivo» Italia intenta hacer vivir a los pueblos de la activa Norte América algo del pasado, algo, por ejemplo, que se relacione con otros dos «fenómenos» que Italia tuvo en el campo de sus actividades deportivas, unos veinte años ha. Porque el atletismo italiano tuvo tres hombres que deslumbraron al mundo entero por sus triunfos magníficos.

El primero fué Dorando Petri, un modesto aprendiz panadero, que corría en su pueblo, Carpi, los domingos, quien fué a Londres para ser protagonista máximo en el famoso Maratón internacional. Fué en 1908 que Dorando Petri, modestamente, se alistaba con los «ases» del momento para participar en la gran carrera. Nadie se ocupaba de él. Y no hay hoy un solo deportista, a pesar de los 17 años que han pasado, que no recuerde la batalla violenta que se desarrolló entre Dorando Petri y el campeón americano Hayes, y el trágico final del Maratón. Dorando Petri había podido distanciar al americano, y el público, asombrado y loco de entusiasmo, ya lo saludaba ganador, cuando, a la entrada misma del Standford Bridge, el italiano cae, y una mano piadosa lo ayuda para levantarse y terminar los últimos cincuenta metros.

Los jueces descalificaron a Dorando Petri, porque había recibido ayuda ajena, y clasificaron primero al americano Hayes, que seguía al italiano. Pero el público y la reina de Inglaterra proclamaban a Dorando triunfador, y el mundo entero cantaba el triunfo del italiano.

Unos empresarios americanos vieron en seguida en el «maratoneta» un protagonista magnífico para el match revancha con Hayes. Y fué así que Dorando Petri cruzó el océano para enfrentar a su rival. El match se corrió sobre la famosa pista de Mádison Square. Debían recorrerse 262 vueltas, y diez mil personas asistían al desarrollo de la prueba. Los dos contrincantes lucharon a la par hasta las 258 vueltas, y cuando el público llamaba a gritos a su ídolo Hayes, el italiano arrancó como un rayo y fué sacando ventaja a su rival para ganar el match con cincuenta metros de ventaja. Había recorrido los 42 kilómetros en 2 horas, 44 minutos y 20 segundos.

HA existido hasta el mes de noviembre de 1924 un «consortium» francés entre los fabricantes de bicicletas que participaban, con sus equipos, en las grandes carreras de la temporada. Este «consortium» consistía en una dirección única de todos los mejores corredores que recibían sueldos y premios de una u otra casa afiliada al «consortium». El director de este trust sportivo era Alfonso Baugé, que los diarios de Francia y de Italia se divertían en llamar *mariscal ciclista*. Efectivamente, Baugé era un gran organizador para sus equipos. Daba órdenes y conseguía los triunfos más clamorosos que quería. A mitad de una carrera veía su hombre, y decía: «¡Este ganará!» Y, naturalmente, impartía órdenes y disposiciones a los demás para que ayudasen a quien él había designado como ganador. Nadie protestaba, porque la protesta correspondía a la despedida del «consortium»... ¡y téngase presente que el «consortium» era Baugé, y Baugé era todas las casas de bicicletas de Francia! Esta potencia se ha derrumbado ahora. Las casas organizarán solas sus equipos... y Baugé ha fundado ahora una especie de consultorio de corredores... Es como un general que no se cansa.

Pero Baugé es un entendido y fué un buen ciclista. Lo recordamos en 1900, 25 años ha, cuando salió casi ganador en un campeonato de fondo de 100 kilómetros, que se corrió en el Parque de los Príncipes, de París. La lucha fué tan violenta que nunca se ha visto en una carrera con entrenadores a motocicleta una batalla como la que entablaron Baugé y Bouhours, quien debía ganar por pocos metros el campeonato en el tiempo record de una hora, 38 minutos y 20 segundos.

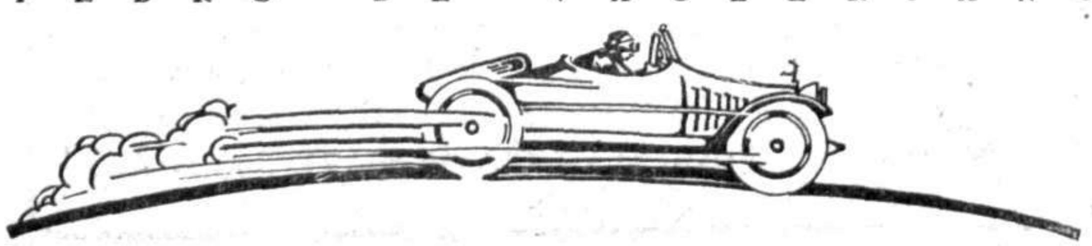
El ahora «mariscal jubilado» Baugé había ganado los grados de oficial en el campeonato de Francia.

EL pedestrismo es, sin duda, el deporte más barato y consecuentemente, muy popular. Sin llegar hasta el famoso «Maraton» griego, encontramos en la historia de los «records» mundiales una excelente «performance» del inglés T. Griffith, quien estableció el «record» de marcha de las 20 millas, o sean 32 kilómetros 186 metros. El andarín Griffith, recorrió la distancia en 2 horas, 47 minutos, 52 segundos y... eso el día 30 de diciembre del año 1870!

Siete años después, es decir, en 1877, otro inglés batía el «record» bajando el tiempo en cuatro minutos. El ganador fué el andarín W. Perkins. En el año 1880, cuarenta y cinco años ha, W. Howes, también inglés, llegaba a caminar 160 kilómetros en 18 horas, 8 minutos, 15 segundos, bajo el sol del mes de mayo y precisamente el día 15.

Los franceses, por ejemplo, han tenido el «record» de los 200 kilómetros de marcha, durante muchos años. Este «record» lo había establecido el andarín François Peguet el 8 de mayo de 1897, marcando para los 200 kilómetros el tiempo de 32 horas, 9 minutos, 36 segundos.

PEDRO DE VAGLERIANO



Ser vieja y **tener Canas**, bueno; pero **tener Canas** sin ser vieja, no.

No deje usted que la naturaleza la envejezca antes de tiempo. Emplee usted el

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de una manera tan hermosa que no se distingue.

El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo; al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco. Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde hace más de un cuarto de siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París.

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182. Depósito en Montevideo: Sarandí, 426.





A J E D R E Z



Nota de la Redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez» de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO INTERNACIONAL DE MAESTROS EN NUEVA YORK, MARZO 16 DE 1924 (1.er TURNO)

APERTURA PEON DAMA

	BLANCAS	NEGRAS
	D. Janowsky	J. R. Capablanca
1.	P 4 D	P 4 D
2.	C 3 A R	C 3 A R
3.	P 4 A	P 3 R
4.	C 3 A	A 2 R
5.	A 5 C	O — O
6.	P 3 R	C D 2 D
7.	T 1 A D (1)	P 3 A
8.	A 3 D (2)	P × P
9.	A × P A	C 4 D
10.	P 4 T R (3)	P 3 A
11.	A 4 A	C × A
12.	P × C	C 3 C
13.	A 3 C	C 4 D
14.	P 3 C (4)	D 1 R
15.	D 3 D (5)	D 4 T
16.	A 1 D	A 5 C
17.	O — O (6)	A × C
18.	P × A	C × P A R! (7)
19.	P × C	D 5 C jaque.
20.	R 1 T (8)	

TABLAS (9)

Notas. — (1) Jugada que se ha atribuido su origen al renombrado Pillsbury.

(2) La jugada usual es 8 D2A, y que Capablanca considera como la mejor continuación.

(3) Una jugada característica de Janowsky y que se ajusta bien a su estilo atacante de juego. Con ella invita al negro de atacar el alfil por medio de P3AR y, por consiguiente, debilitando la posición de sus peones (F).

Una novedad. Lo usual es 10 A×A o C4R, jugado por Alekhine (P).

(4) La posición es interesante. El peón en 4A evita al negro jugar P4R y, en consecuencia, no permite el desarrollo de AD (P).

(5) Esta jugada es posiblemente prematura, por cuanto permite al negro sacar su dama en juego por el flanco del rey. La alternativa era 15 P5T, lo cual hubiera mantenido muy apretada la posición del negro (F).

(6) Hasta este momento, el blanco tenía una partida preferible, pero con esta jugada permite a su adversario hacer tablas. En lugar de enrocar, debía haber jugado 17 R1A (F). Si 17 C5C, D3C; o si 17 C5R, D4A. La del texto permite al negro entablar el juego mediante el sacrificio de una pieza. 17 A2R, seguido de O—O, era una continuación a considerarse y hubiera *evitado lo que siguió (P).*

(7) Probablemente el negro se decidió por esto, teniendo en cuenta la desventaja que tenían en su desarrollo (P).

(8) No se puede 20 R2T, por 20 ... D×P jaque; ganando la torre (F).

(9) *Porque después de 20 ... D6T jaque;* el blanco no puede interponer su caballo, por cuanto su dama quedaría en posición de ser capturada.

(P). Notas de «La Prensa».

(F). Notas de «El Field».

(De la revista del «Club Argentino de Ajedrez»).

TORNEO INTERNACIONAL DE BADEN-BADEN

En la segunda quincena de abril se iniciará un torneo internacional en Baden-Baden (Alemania), con la intervención de los siguientes:

Carlos Torre (mejicano); Frank J. Marshall (Estados Unidos); A. G. Thomas y F. D. Yates (Gran Bretaña); G. Renaud (Francia); J. Mieses, Spielmann, F. Saemisch y doctor Siegsbert Tarrasch — director del torneo — (Alemania); doctor Savielly Tartakower y E. D. Bogoljubow (Ukrania); A Alekhine, Akiba Rubinstein y A. Nimzowitch (Rusia); E. Colle (Bélgica); Roselli (Italia); P. Johner (Suiza); Ricardo Reti y Treybal (Checoeslovaquia).

NOTAS DIVERSAS

Alemania. — En un torneo cuadrangular jugado en Berlín, se adjudicó el triunfo P. Johner con cuatro puntos; segundo Akiba Rubinstein 3 ½; tercero Ricardo Teichmann 2 ½ y cuarto J. Mieses con 2.

Inglaterra. — En el quinto congreso de Hastings el torneo de primera sección fue ganado por Geza Maroczy con 6 ½ puntos; segundo F. D. Yates 5 ½; tercero A. Seitz con 5.

En la segunda sección empataron Przepiorka (Polonia), Steiner (Hungría) y S Tartakower (Ukrania), con 5 puntos cada uno.

CORREO

Enrique Galli, Paraná (Entre Ríos). — Dos revistas de ajedrez se publican en Buenos Aires, una por el «Club Argentino de Ajedrez» y otra por la «Federación Argentina de Ajedrez».

A. ASTRALDI

SARMIENTO 1042
BUENOS AIRES

REGIO JUEGO DORMITORIO,

estilo Luis XVI, en color roble norteamericano, con espejos biselados y aplicaciones de bronce, compuesto de ropero, cómoda «toilette» con tres espejos, cama matrimonial con elástico reforzado, mesa de luz con repisa, un toallero, una percha y, de regalo, un fino reloj chapado plata 800

$ 195.—



HERMOSISIMO JUEGO COMEDOR

estilo inglés en color roble, compuesto de un aparador trinchante, mesa de comedor, seis sillas, dos macetas

$ 290.—

Embalaje y Acarreo gratis. Solicite Catálogo ilustrado. Todo pedido se despacha en el día.



Aparador y Trinchante
$ 195.-





"Los niños que conocen esta marca, que levanten la mano"

dice este maestro en la escuela. Ahí está la proporción exacta; de cada cinco niños, cuatro toman la Emulsión de Scott y su evidente robustez es la mejor comprobación de que para los niños no hay nada que ni apenas se le acerque en elementos fortalecientes. Guarde a sus nenes de Raquitismo, Anemia, atraso en el crecimiento; deles

EMULSION DE SCOTT

De Córdoba

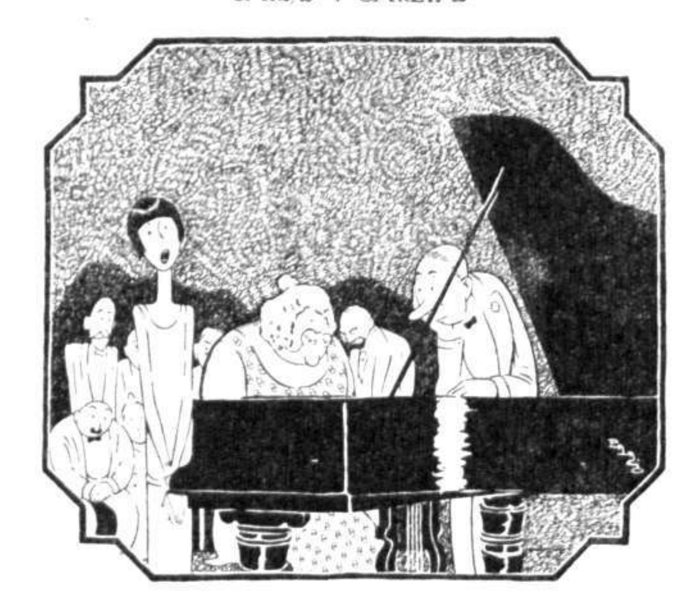


RIO CUARTO. — Parte de la numerosa concurrencia que asistió al baile organizado por la oficialidad del regimiento 14 de Infantería, celebrando el 23° aniversario de la fundación de dicho cuerpo.



Público que concurrió a la conferencia del doctor Juan Sivori sobre el tema: "El cuartel y el hogar", pronunciada en el regimiento 14 de Infantería.


El Hogar
Bdo. de Irigoyen, 84.
Entre Avenida de Mayo y Victoria.
Solicite nuestro NUEVO CATALOGO, es el más importante del mundo; contiene 300 clases diferentes de calzados de la actual moda al único PRECIO de $ 12.90. — Lo enviamos gratis, libre de porte.
Calidad la más Fina
En gamuza negra.
» cabritilla marrón.
» » negra.
» » charolada.
Tacos Luis XV de 7, 5 y 3 ½ centímetros.
$ 12.90
410
411
PRECIO UNICO
En gamuza negra.
» cabritilla marrón.
» » negra.
» » gris.
» » charolada.
Tacos Luis XV de 5 y 7 centímetros.
$ 12.90
412
413
Remitimos contra reembolso o giro postal
En cabritilla charolada.
» » negra.
» gun metal o becerro.
Color o negro.
Doble suela, taco corrido, a
$ 12.90
414
415
AL HACERNOS UN PEDIDO SE BENEFICIARA VD. MISMO
ZAPATOS O BOTINES
En cabritilla charolada o negra.
» gun metal color o negro.
» becerro color o negro.
Cañas mate, gamuzas negra, marrón y paños de fantasía, cordones o botones, picados o lisos, hormas anchas y angostas.
$ 12.90
416
417



¡OH, NO CANTES!

POR

RENÉ BOYSLEVE

<>

De la Academia Francesa

Cuando Valentín iba de visita a casa de su prometida — cosa que hacía diariamente — no lo recibían ni como a un amigo ni tampoco como un extraño. Habiendo sido lo uno y lo otro — antes de la consabida entrega del «solitario» — dábase estrecha cuenta de la diferencia. Era en su calidad de extraño, que había sido mejor acogido. En aquel entonces, no se sabía qué cosas inventar para hacer más agradable la estada de Valentín en casa de los Renodiers; cuántas sonrisas y cuántas atenciones recibió, tanto de parte de los padres como de la niña de la casa, y con qué satisfacción pronunciaban todos y hacían sonar su apellido cuando le presentaban a algún familiar: «¡el barón Valentín de Bois Jerome!»

Cuando por derecho de antigüedad fué introducido en el coro de los íntimos, Valentín tornóse en uno cualquiera de éstos y se halló muy a su gusto en la casa, aceptando frecuentemente invitaciones para quedarse a comer, jugando, bailando y charlando con la mayor libertad. Pero, más tarde, habiendo solicitado la mano de la señorita Lucía Renodier y luego de formalizarse el compromiso, la situación cambió radicalmente de un día para el otro y un protocolo, surgido de pronto e inopinadamente en una familia de trato tan llano y amable, regulaba de antemano el menor gesto, la acción más pueril, como si el ramo de flores que todas las mañanas enviaba Valentín y que invariablemente colocaban sobre la tapa del piano, desparramara e insinuara junto con su perfume, costumbres nuevas.

En cierto momento de la velada y con puntualidad cronométrica, la señora Renodier ordenaba que se transportara el ramo de flores que estaba sobre el piano, sobre una mesita; hacía abrir el instrumento y solicitaba a Luisa, a fin de que hiciera oir su voz.

Nadie de los concurrentes a la tertulia, tenía el menor recuerdo de que antes de su noviazgo, Lucía hubiese cantado; pero, ahora, tenía un profesor de fama que todas las mañanas le daba lecciones, una maestra que todas las tardes la hacía ensayar y, además, la señora Renodier, cuyo talento había permanecido oculto, que la acompañaba al piano.

Dada la orden, los juegos se interrumpían bruscamente; las alegres charlas, las amenas diversiones tan agradables y buscadas en otro tiempo, se consideraban ahora fuera de lugar, y proseguirlas hubiera sido chocante; la divertida conversación tomaba, ya sea por sí o a causa del perfume despedido por el ramo del novio, un tono más severo; todos encontrábanse conformes con fastidiarse unos momentos. Se atravesaba un instante transitorio; visiblemente, todos permanecían a la espera.

¿En espera de qué? Del casamiento, huelga decirlo, pero por ahora, sólo en espera del instante en que la novia cantara.

Y la novia cantaba.

En verdad sea dicho, no lo hacía ni bien ni mal, lo que es bastante grave de por sí; no cantaba por vocación, ni al efectuarlo revelaba ningún agrado personal; no cantaba ni para complacer al forzoso auditorio, ni tampoco por darse gusto a sí misma. Cantaba porque así lo exigía su doble estado de novia y de niña de la casa.

Realizaba un acto muy particular que a nadie extraña, pero que tampoco divierte a nadie y que, sin embargo, es aceptado con la musulmana resignación al fastidio, que es la característica de las personas de sociedad, bien educadas. No había uno de entre los contertulios que se atreviera a chistar, ni tampoco uno solo que se atreviera a lanzar una palabra de rebelión, de lamento por el tiempo pasado o siquiera una frase de crítica por sencilla que fuera.

En el fondo de sus instintos de hijos de familia, todos esos jóvenes, entre los que se contaban algunos sumamente divertidos, se sometían a ese extraño rito. Acercábase la ceremonia nupcial, y aunque ese acto no tiene nada de divertido, todos y cada uno prometíanse asistir a ella, y conceptuaban que esas veladas substraídas a la algazara de la juventud y consagradas al canto, formaban parte de las múltiples formas de la educación exterior, a las cuales nadie podía escapar, ya que era el primer peldaño de esa escala que fatalmente deberían subir, sin murmuraciones, sin protestas, y sin pensamientos siquiera.

A pesar de que Lucía no se hallaba preparada para esa comedia, encontraba en el fondo de su ser, gestos ancestrales de pudor y modestia que impiden a una niña acercarse al piano con la misma desenvoltura que lo haría hacia una mesita de te y que son los que la convierten en mujer amanerada, ruborizante, irritante con ese modo que tienen de protestar.

— ¡Pero, si yo no sé cantar! ¡No, ese trozo es muy bajo para mi voz! ¡Este otro es muy alto! ¡Si voy a destrozarlo! ¡Ni siquiera veo las notas!

O bien:

— Esta romanza debe ser cantada en italiano: la traducción le hace perder la mitad de su valor etc., etc...

— ¡Vamos, niña, no te hagas rogar! — ordenaba la señora.

Y Lucía iba cerca del piano, con los mismos modales que hubo de tener Ifigenia cuando la llevaban al sacrificio.

Todo lo conocido como cantable fué cantado por la novia de Valentín, desde el *Ave María*, de Gounod, hasta el más crapuloso «shimmy». Al entonar una romanza sentimental Lucía hallaba actitudes lánguidas, expresiones de indecible tristeza, que nunca, jamás, ser humano hubiera podido imaginar ver reflejados en los músculos de un rostro juvenil. ¡La joven era de naturaleza tan alegre, tan sencilla y tan refractaria a cualquier afectación!

Al verla en esos momentos, daba la impresión que acababa de heredar, así, de pronto, de todos los períodos de noviazgos que una cantidad innumerable de antepasadas, también novias, también cantatrices momentáneas y también intolerables, habían atravesado.

De pronto, entonaba una canción picaresca y entonces Lucía, enderezándose, adoptaba actitudes de mujeres trasnochadoras, y esos modales tan refractarios a su modo de ser, producían a sus oyentes honda estupefacción.

Por su parte, Valentín, correctamente sentado, vestido con un irreprochable «smoking» que contribuía a poner en valor su estética y corpulenta anatomía, limitábase a aplaudir donde debía y no articulaba palabra alguna.

«Bravo», pronunciaba por aquí o por allá una voz aduladora y veíase a Lucía que parecía caerse de algún Olimpo de Offenbach, sin hallar dónde esconderse. Y, apenas terminaba de cantar alguna cosa, imitaba esas artistas tímidas o nerviosas que buscan evitar comentarios difíciles o felicitaciones extorsionadas, y anunciaba el número siguiente del programa, parafraseándolo antes de que el público tuviera tiempo de reponerse.

Las miradas del auditorio vagaban desde la bóveda del paladar de Lucía hasta el rostro del futuro poseedor de esa esposa capaz de llenar las bodegas de un transatlántico con sonidos enamorados o de *trémolos* que hacen vibrar los nervios, al mismo tiempo que era apta para representar perfectamente la desesperación, los encantos nocturnos, el furor apasionado o la jovial embriaguez.

Valentín proseguía sin pronunciar una palabra; impasible, a veces intensamente pálido, aprobaba con un movimiento de las manos, del busto o de la frente, a semejanza de un autómata. Nadie hubiera podido decir si estaba colérico, furioso o encantado. Era, verdaderamente, uno de esos jóvenes del día, atletas de actitud pacífica.

Durante todo el período de duración del noviazgo, ni una sola vez Valentín separóse de su reservada actitud. Deseando casarse con Lucía, le era imposible dejar de figurar en la ceremonia y para él, esas veladas formaban parte de la ceremonia. Muy alargada, es cierto, pero nada más.

o o

Como todas las cosas tienen su fin en este mundo, llegó el día del matrimonio. La ceremonia pasó tal cual se había previsto aconteciera. Después de asistir al obligatorio «lunch» y recibir los cumplidos de parientes y allegados, los recién desposados pudieron retirarse al departamento que habían conseguido instalar, aprovechando los cortos intervalos que les dejaban los ensayos de Lucía y las veladas familiares.

La primera mañana, almorazon en encantador «téte a téte», en el que aguzaron todo su ingenio para poder alejar la mucama que les servía. Hallaron todo bueno y todo bien; divirtiéronse locamente en acercarse lo más posible, próximo, uno de otro, y buscar pretextos inverosímiles para poder estar más juntos todavía.

Sin que se dieran cuenta de que las horas transcurrían, pasó la tarde y llegó la comida que fué tanto o más agradable que el almuerzo.

Terminada la comida y mientras Valentín pasaba a su escritorio con objeto de elegir, cortar y prender un cigarro, Lucía maquinalmente, en virtud quizá de la costumbre inveterada, y realizando casi un acto de sonambulismo, sentóse frente al piano y, sin recelos, sin temores, sin anuncios, así como sin música, pues era favorecida con una espléndida memoria, púsose a cantar, con toda la voz que poseía el «Ti amo».

Apenas había lanzado las primeras notas de la conocida romanza, cuando apareció Valentín con el cigarro apretado fuertemente entre los dientes, los dedos hundidos entre sus cabellos, que aparecían parados y derechos como plumas de cuervo espantado y con el rostro sobre el cual se dibujaba una máscara horrible. Presentaba todo el aspecto de un caníbal próximo a hundir su escalpelo en el cuerpo de una infeliz criatura.

Al llegar a ella, arrancó una de sus manos de entre su cabellera, extirpó de su boca, con rudo gesto, su cigarro incomodador, depositándolo en un rincón de un mueble y dejó escapar sonidos guturales, terribles:

— ¡Oh! ¡No cantes! ¡Lucía, por Dios no cantes! ¡Te lo suplico, si no quieres que te retuerza el pescuezo!

Lucía, inocente, dejó de cantar, pero no pudo menos que decirle:

— ¿Pero, entonces, querido, esas veladas en casa? ¿Te habrás fastidiado mucho?

Valentín, con esa manaza buena para partir hierro, tomó una silla, una hermosa silla inglesa, flamante, y levantándola en el aire, hízola caer violentamente en el suelo, donde se hizo mil pedazos.

Luego, apaciguado su mal humor por ese acto de violencia, volvió a tomar su cigarro entre el pulgar y el índice, y antes de chuparlo nuevamente, para reanimar el fuego casi apagado, por una delicada atención, acercóse a su mujercita y la besó tiernamente.

TRADUCCION DE LUIS V. BOUCHÉ

DIBUJOS DE PALACIO

De Córdoba



BELL VILLE. — El ingeniero José Carella, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por un núcleo de amigos.

La campana muda

En una ciudad del norte, de cuyo nombre es prudente no hacer mención para no provocar enojos, las luchas políticas habían tomado un cariz sumamente violento, y dejando los votos y el sufragio para mejor ocasión, acudieron a las armas. Pero estaba escrito que no habrían de triunfar nunca, pues tan pronto vencía uno como vencía el otro, siendo inútil cuanto esfuerzo hiciera el triunfador para mantenerse firme en la posición conquistada. No obstante, los triunfos siempre se celebraban con gran regocijo, y embanderamientos, cohetes y músicas daban la nota del sentir público. Diríase que a este pueblo le interesaba el triunfo únicamente, teniendo por el triunfador una marcada piadosa indiferencia. ¿Don Juan o don Pedro? ¡Lo mismo daba! Lo importante es que subiera un triunfador. Pero si se ahonda un poco en esto, pronto se advierte que lo que movía al pueblo no era precisamente indiferencia, sino un gran deseo de tranquilidad, y ésta sólo se gozaba mientras había un triunfador.

¿Ideales políticos? Los dos caudillos tenían idéntico ideal: adueñarse del gobierno. De ahí que el pueblo los mirara con tanta indiferencia. Mas entre el pueblo se había destacado, con opinión propia por don Juan, la gente de la parroquia principal, cuyo cura hacía activa propaganda política, llegando una mañana a hablar desde el púlpito. Esto llegó a conocimiento de don Pedro, quien se guardó la noticia, y en la primer oportunidad que venció, entrando triunfalmente entre salvas y músicas en la ciudad, se fué derechamente a la iglesia aquella, llamó al cura a su presencia, y le dijo con mucha picardía:

— Señor cura, como he notado que usted echa a vuelo las campanas solamente en honor de don Juan, para evitar esta antipática predilección voy a dejar mudas a las campanas.

Y a una señal suya se destacaron dos hombres que, trepando al campanario, pronto regresaron trayendo los badajos de todas las campanas.

Ella. — ¿Sabes la gran noticia?
El. — ¿Se va el nuncio?
Ella. — ¡No, hombre! ¡Que me voy a dejar crecer la melena!

El cura ni chistó; don Pedro no era hombre de admitir réplicas.

Pasaron unos días, y, ya serenados los ánimos, el cura buscó cómo remediar la falta de los badajos, falta que se hacía más intolerable porque la iglesia tenía un hermoso reloj en una de sus torres, y por él se guiaba la mayor parte de la población.

— Es imposible — le aseguró el sacristán, que, aunque cachaciento era despierto; — sin badajos las campanas no suenan.

— Llama a Piquillín — le mandó el cura. Y así que vino éste, un muchacho como de catorce años, le dijo: — Oye bien. Tú arrojas la piedra con gran maestría; me lo sé por tus compañeros. Te daré un peso diario para que te sientes en la plaza, frente a la campana del reloj, y cuando éste llegue a la hora, tú le tiras piedras a la campana, y des la hora. ¿Te animas a hacerlo?

El muchacho salió encantado a cumplir su misión, y, con gran asombro del vecindario, a poco rato comenzó el reloj a dar las horas.

Mas, fuera porque aquello era obligación, o porque su destreza fallara, era el caso que Piquillín erraba muchas pedradas, y, para dar las doce del día, la hora más importante, a veces... tardaba su buen largo rato, y había sus pedradas de más... Por donde el cura tuvo que resignarse, y antes que desacreditar el reloj, que era el orgullo de la ciudad, mandó a Piquillín que se quedara quieto. Y enmudeció la campana.

A P U N T A



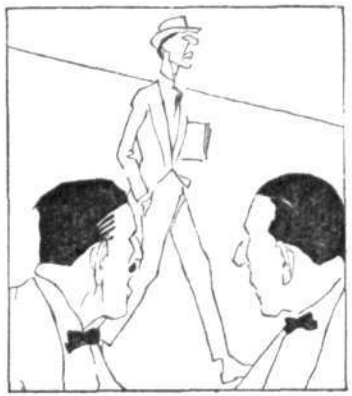
CUARESMA



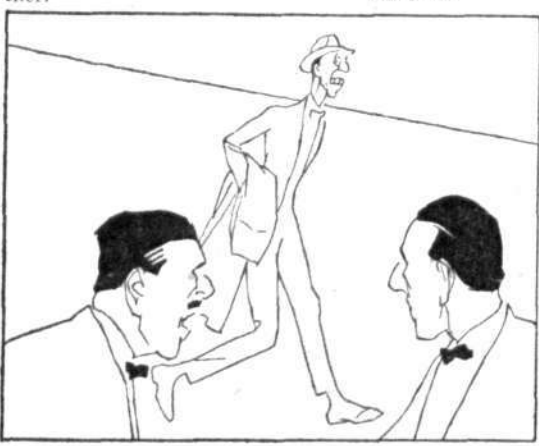
— Ese es el novio de María Esther.



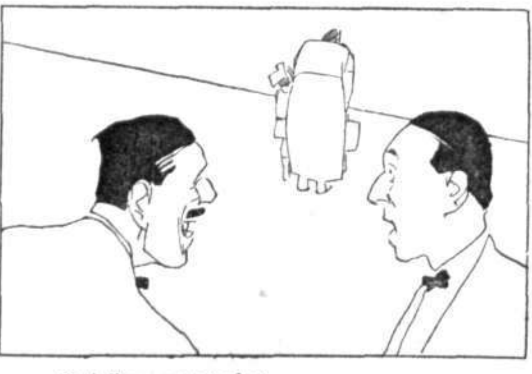
— El que va a su lado es el novio de Sara.



— El que va detrás es el novio de Mecha.



— Y el último es el novio de Celia.



— ¡Qué flacos son todos;
— Es natural. Son novios de vigilia.

AMIGAS CARIÑOSAS



Una amiga. — Este es el retrato de María y su perro. ¡Qué parecidos están!
Otra amiga. — Sobre todo el perro.

ORIGINALIDAD



— Mi revista está basada en unos cuentos orientales que fueron traducidos al francés. Yo me he valido de la traducción española que sirvió para una adaptación, estrenada en no sé qué teatro.

— ¡Y entonces qué es lo que le pertenece a usted de la obra?

— El título: «Las novecientas noventa y nueve noches, y dos noches más de llapa».

DE LAPIZ, POR VALDIVIA,

UN CUENTO VIEJO, MODERNIZADO POR CANTILO



— Sí, apoyado en mi bastón, esperase a que me intervinieran y no me afeitase mientras tanto...



— Pasarían los días.



— Seguirían pasando los días.



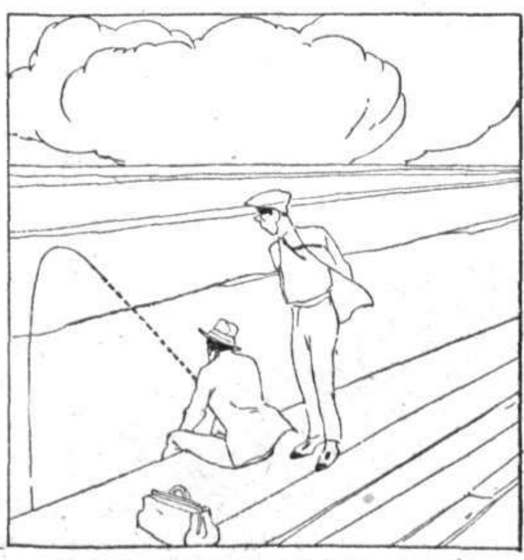
— Y mi bastón echaría raíces. Y crecería. Y bajo mi frondosa barba cab ría todo un comité personalista.

ENTRE BASTIDORES



— ¿Qué bochinche es ese?
— Son el buen ladrón y el mal ladrón que se han agarrado a trompadas. Discutían cuál de ellos es el personaje más importante de «La Pasión».

EN MAR DEL PLATA



— Hace tres días que vengo a pescar y no pesco absolutamente nada. ¿En qué consistirá?
— Es que los peces se han enterado de que se acabó la temporada.

De Tucumán



Concurrentes al festival realizado en la Escuela de los Pobres, celebrando el 20° aniversario de su fundación.



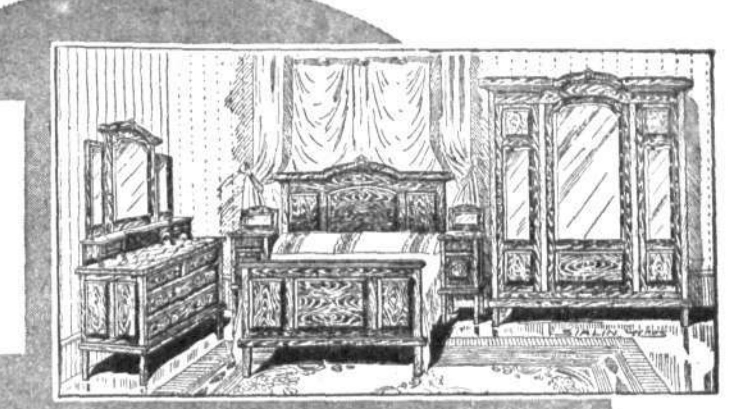
Corrientes 1172-80
Buenos Aires

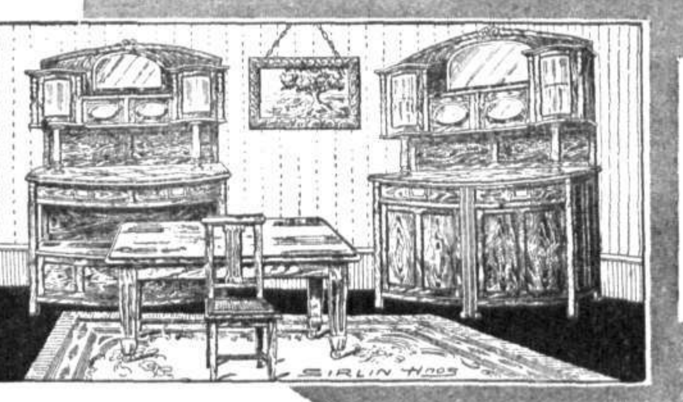
INAUGURACION PARCIAL DE NUESTRO NUEVO EDIFICIO

Ofertas especiales destinadas a conquistar con precios y mercaderías un mayor favor público.

Mientras dure la reedificación de nuestro edificio, única entrada por el N.º 1180

JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, lustre color claro u obscuro, mármoles belgas, lunas Saint Gobain, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de: 1 ropero 3 puertas, división interna; 1 lavatorio forma cómoda, 1 cama matrimonial elástico patentado, 2 mesas de luz, 1 toallero y una percha. El juego completo, a...... $ **350.-**





JUEGO DE COMEDOR bombée, construído en roble norteamericano, lunas biseladas mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas roble tapizadas en búfalo y 1 mesa con tabla de agregar. El juego completo, $ 415.— Aparador y trinchante, a ..... $ **325.-**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, acabado en color roble o imitación caoba, puertas corredizas, luna biselada, herrajes de bronce; amplias medidas: ancho 145 cm., alto 215 cm. PRECIO DE GRAN RECLAME.. $ **95.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 59, acabado en electro dorado color brillante o mate satinado; colores inalterables a la acción del tiempo; elástico de hierro imperial reforzado, con estiradores; de 2 plazas, metros 1.40, $ 150.—; de 1 ½ plaza, metros 1.05, $ 125.—; de 1 plaza, metros 0.90, ...$ **90.—**



BIBLIOTECA construída en roble norteamericano, con estantes movibles, vidrios ingleses, formato: alto, 1.80; ancho, 1.10, a

$ 115.—

C A T A L O G O S

De Camas de Bronce, edición N.º 4. General de Muebles, edición N.º 9. Los enviamos GRATIS únicamente al interior.

De Entre Rios



PARANA. - Ecos del Carnaval. - Lydia, Laura y Mario Varela Aguirre. Juego dominó y Don Quijote de la Mancha.

PAPAGAYOS DEL ORINOCO

Habla Aristóteles de elefantes que vivieron 200 años, y hay quien afirma que pueden llegar a 300. Taluno asegura que las ballenas pueden contar hasta cuatro siglos de edad. Una leyenda refiere que en el Orinoco hay papagayos que hablan, pero ninguno los entiende por pertener su idioma a un pueblo desaparecido. Lo cual puede muy bien ser cierto.

En un lago que hay cerca de Heilbroun pescaron en 1407 un "rollo" que llevaba un anillo con la fecha 1230. Suffon habla, a su vez, de capones de 150 años de adad. Pero si bien hay en el reino de que hablamos estas contadas excepciones, las fases de la vida animal son claramente estables para todos; el animal es joven, adulto o viejo; y la vejez conduce en él a un término natural, la muerte, que llega fatalmente, prescindiendo de accidentes de cierta indole, sin más razón que la duración del tiempo vivido por el animal. Los animales domésticos llegan pocas veces al límite de su vida: el hombre los mata para alimentarse con su carne o porque se tornaron inútiles. El perro es ya viejo a los 12 años, pocas veces pasa de veinte. El asno puede vivir 30 ó 40. El gato 10, el camello 40 y la oveja 9. Las gallinas viven de 1 a 15 años. El sapo no pasa nunca de 15.

NO ES NECESARIO SER UN EXPERTO

para apreciar la bondad de los trajes de la casa M. Alvarez.



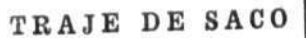
Por el estilo impecable, por su perfecta hechura y por su durabilidad, resultan los trajes mejor elaborados y más económicos. La elección de su traje, será tarea fácil en la casa M. Alvarez, por la variedad de estilos que disponemos.

REBAJADO

TRAJE DE MEDIDA

media estación, en casimir inglés... $ **120**

GRANDES REBAJAS EN MODELOS LISTOS PARA USAR



TRAJE DE SACO

a dos botones, pantalón a la americana. En excelente casimir importado. Modelo listo para usar.

REBAJADO, a

$ **48**

Todos nuestros trajes, aun siendo de bajo precio, llevan forros y entretelas de lana.

Sastrería de Lujo

(La más grande en Sud América)

TRAJE DE SACO

cruzado, a cuatro botones, pantalón y chaleco a la americana. Modelo listo para usar, en excelente casimir importado.

REBAJADO, a

$ **62**



NO TENEMOS SUCURSAL



LA ROPA INTERIOR

La mujer elegante cuida principalmente de su ropa interior; muchas veces poseerá vestidos sencillísimos, y, no obstante, su feminidad se impondrá gracias al lujoso tocado íntimo.

Existen, desgraciadamente, muchas mujeres que descuidan estos detalles, por parecerles sin importancia; se procuran magníficos vestidos que cubrirán ropas menores inelegantes.

Y en nuestra época, esos objetos son asequibles a todos los bolsillos; hay sedas que cuestan poco, y, en defecto de sedas, existen telas a las cuales el más insignificante adorno presta un aire coquetón, altamente seductor.

El modelo de camisa, calzón y camisón que reproducimos, es tan sencillo como encantador. La decoración de "broderie" permite, por su misma simplicidad, hacer un modelo para uso diario. En cada pieza se coloca un entredós y se bordan florecitas bordadas a la inglesa.



Hay otro modelo, que describimos a continuación, que no será difícil de reproducir por las frágiles manos de nuestras lectoras.

Todas conocéis el encantador efecto de una guirnalda de flores al destacarse sobre un tejido, gracias a un calado que marca los contornos.

Pues no hay sino cortar sobre el mismo tejido, pero de colores más vivos, flores, hojas, etc., y aplicarlos en el revés de una tela bastante transparente, por medio de un calado.

El motivo escogido podrá verse en la transparencia, y su color se adivinará, con más o menos precisión, en el calado.

Este modelo se confeccionará en tela de linón sedoso o en una tela de algodón fina de ropa simple, y, para la ropa de lujo, podrá emplearse el crespón de China o el velo de seda. La aplicación podrá ser verde, encarnada, amarillo-limón, etc.

LABORES DECORATIVAS

Esta cubretetera de bonito dibujo, se confeccionará en linón blanco; las hortensias se bordarán con puntada de festón, sobre un fondo de bridas; una vez terminado el trabajo de bordado, se unirán los dos lados al revés, después se rematan y la unión irá disimulada por un encaje todo alrededor, permaneciendo abierta la parte baja.



Una almohadilla forrada de seda de color y absolutamente de igual forma que el de la tela exterior, irá colocada en el interior, servirá de fondo adecuado y al mismo tiempo mantendrá el calor de la tetera.

EL CODIGO DE LA MUJER

No tengas amigas. Las mujeres son egoistas y sólo desean la desventura de las demás. La única amiga desinteresada y noble es la madre.

El pudor vale más que el cuerpo. Conserva el pudor.

Guarda siempre el secreto, sobre todo con las mujeres.

Nunca seas ingrata con los que te han servido. La ingratitud mata todos los sentimientos grandes y todos los afectos.

Nunca te escudes en tu debilidad. La más triste de las debilidades es ser débil.

No busques en los hombres aquello que pasa. Aprécialos, más que por su dinero, por su caballerosidad y sus bondades.

Si quieres ser siempre buena, huye de las malas mujeres.

Trabaja mucho, porque el trabajo dignifica, engrandece y desaloja los malos deseos. Las mujeres te denigrarán, los hombres te olvidarán, pero el trabajo te acompañará siempre.

Desprecia a las chismosas y a las lisonjeras. Respeta la verdad.

Viste con decencia. Desecha el lujo, porque éste es la causa de muchos males y de constantes humillaciones.

Si tienes la felicidad de encontrar una amiga que te aconseje bien, consérvala.

Aspira siempre a subir, y ten mucho cuidado en no descender. El lodo cubre los diamantes; la luz abrillanta el carbón.

Ama a los ancianos y a los niños. Sé caritativa con los desgraciados y respeta a los vencidos.

Sé como madre, amante; como hija, humilde; como esposa, amante y humilde.

Mujer: Practica estos preceptos y serás feliz.

J. Garcés Bejarano.

LA FLOR SIMBOLICA EN DECADENCIA

Puesto que estamos en la época propicia para bodas y tenemos el deber de comunicar detalles de novedad, anunciamos que el azahar, la flor simbólica con que se solía llegar al altar, no es ahora empleada en París para ese momento solemne. Y como el jazmín, que con frecuencia lo substituye, va pareciendo vulgar y fácil, queda a elección de cada cual la flor que ha de alegrar su tocado de desposada. Tiene, entre otras, favor preferente la azucena, pero no deja de ofrecer dificultades por su tamaño y por su altanera realeza. Con ella se sujeta el velo de tul liso, cuya transparencia de ilusión envuelve en su misterio toda la figura blanca e ideal. Se pone también en el talle, donde su blancura campea sobre el vestido de raso marfil, un poco corto, pero completado por el manto de corte, que desciende desde los hombros y se prolonga lejos, muy lejos, hasta la parejita diminuta del paje y de la damita de honor que mantienen levantada la punta de la cola. Y ya que de bodas hablamos, será un capricho que producirá un bonito contraste el vestir a estos dos personajes, de cuatro a seis años, de cabellera rubia casi siempre, de ojos vivos, de gesto picaresco, en medio de su solemne seriedad, con terciopelo negro, en vez de hacerlo, como es costumbre, de blanco.

EL MARCO



A la hermocura se hace necesario un marco digno de ella; gústale rodearse de objetos elegantes y decorativos; según sea su fisiología, prefiere los adornos claros, vaporosos y fascinantes o la austeridad de los objetos rígidos.

Las figuras clásicas no deben buscar frivolidades, los muebles frágiles, la multiplicidad de "bibelots" y flores que convienen a las mujeres que por su tipo recuerdan a las del siglo XVIII; buscarán la línea en el moblaje, los colores severos y las flores aparecerán como esparcidas en su derredor.

Las mujeres cuya belleza tiene reflejos orientales, necesitan una decoración, un fondo, de tonalidades vibrantes; matices fulgurantes, flores ricas en color; los tapices y cortinados exóticos hacen resaltar la opacidad, el tinte mate de su cutis y el lujuriante conjunto de su hermosura, que desentonaría rodeada de un cuadro primaveral.

Un decorado medioeval: cofres, arquillas, sillones góticos, tapices, armaduras, etc., encuadrará perfectamente a una belleza rubia, fina, espiritual, a los pies de la cual se espera ver suspirar algún día a un paje o a un trovador, y que sugiere el afán de ver cómo sus liliales manos coronan la sien del héroe victorioso en el torneo.

I V O N N E

De Tucumán





ACCIDENTE FERROVIARIO. Público presenciando los destrozos causados en la estación local por un tren que embistió al vagón reservado al superintendente señor Montenegro. De resultas del choque sufrieron heridas varias personas.





Vd. tiene que afeitarse toda su vida; trate de hacerlo lo mejor posible.

El Jabón Williams merece su preferencia en virtud de un ingrediente especial que ablanda la barba y produce abundante espuma que no se seca en la cara. Esto le permite afeitarse bien y con tranquilidad.

No olvide que el Jabón Williams es tan bueno para la cara como para el cutis. Además de ser deliciosamente perfumado, es antiséptico.

Venta en todas partes. - Capital $ 1.60.



Williams

JABONES PARA LA BARBA

MAYON LTDA. AGENTES DE J. B. WILLIAMS CO.

OFERTA ESPECIAL PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates verdosos, de 6 gramos c/u. con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por solo **$ 30.—**

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates y 5 diamantes finos .... **$ 45.—**

N.° 57.—PULSERA extensible, con reloj enchapado en oro, máquina bien revisada por solo pesos... **12-**

El mismo, con reloj más fino, plaqué oro 18 kilates inalterable, a............ **$ 24.00**

N.° 581. — PLAQUE oro 18 k. inalterable y quim. finos... **$ 5.90**

$ 27-

N.° 581. — RELOJ fino suizo, tres tapas plata 800, áncora, con 15 rubíes, garantía 5 años, a. **$ 27.00**

N.° 550. — GEMELOS plata 900, iniciales esmalte, el par, $ 4.50. De oro 18 k. **$ 25.00**

N.° 141—PLATA 900, con iniciales en esmalte........ **$ 5.00** Oro 18 k., 20 gr. **$ 50.—**

N.° 70. — $ 9.95

PULSERA moaré, reloj enchapado en oro, variedad de modelos, a.................. **$ 9.95**

El mismo, plaqué oro 18 kilates inalterable, máquina más fina, a.................. **$ 24.-**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos ctvs. c/u.

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - **P. SEITLER** - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 = BUENOS AIRES

De Mendoza



El cónsul de Alemania, señor Eberardo Seidel, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, con motivo de su próximo viaje al extranjero.



Cabecera del banquete realizado en el Plaza Hotel en honor del poeta señor Alberto A. Robeda, durante su reciente visita a esta ciudad.



Es la pregunta que se hacen las señoras al comprar una **FAJA ELASTICA**, toda vez que todas ellas ofrecen la misma característica. Esa diferencia consiste en que las gomas que generalmente se emplean llevan años de almacenaje y los excesos de humedad o sequedad han anulado todo su valor práctico. Otras son de procedencia dudosa e inferiores por naturaleza. Las telas elásticas importadas por la

Casa Izquierdo

proceden de las fábricas más reputadas del mundo, siendo las gomas importadas de Ceylán, que ofrecen una pureza de 100 por 100. Además, la venta activa y constante de **FAJAS ELASTICAS** permite a la

Casa Izquierdo

reponer continuamente su «stock» y no realiza producción alguna sino con materiales garantizados y frescos.



SOLICITEN CATALOGOS

Casa Izquierdo

La más importante de Sud América

C. Pellegrini, 490 - Buenos Aires

Unión Telefónica, Mayo 0313



CINEMATOGRÁFICAS





EL HERMOSO BRUMMEL

Mary Astor - John Barrymore

WARNER BROTHERS

El estreno de esta película ha confirmado el renombre de que venía precedida. Su éxito viene a darnos razón de cuando afirmábamos que los productores cinematográficos norteamericanos debían optar decididamente por la extracción de argumentos de las obras literarias de algún renombre.

La filmación de la novela histórica inglesa de Clyde Fitch titulada «El hermoso Brummel» ha sido realizada con toda fidelidad y corrección.

Jorge Bryant Brummel, favorito del duque de York, Jorge, a la sazón regente de Inglaterra, era uno de los caballeros más elegantes de la corte. Sus genialidades, sus creaciones de modas masculinas, tenían un éxito formidable, y puede decirse que era él quien imponía los modelos de trajes de hombres. Sus aventuras cortesanas forman un interesante tomo de novela. Era tal el favor de que gozaba junto al regente que éste le consultaba continuamente, y sólo con él se solazaba en sus ratos de ocio. Como buen imprudente, Brummel abusó de su prestigio, hasta que la envidia de los demás cortesanos le privó del favor ducal. Brummel era hombre que elevaba su orgullo hasta límites inconcebibles; tuteaba a Jorge, regente real, y se permitía el lujo de considerarse en igual rango. Estas insolencias causaban gracia al que fué luego rey, y sólo una intriga general de toda la corte hizo que abandonara cruelmente a su favorito, el cual terminó sus dís desterrado voluntariamente en Francia, encerrado en un manicomio.

John Barrymore, el excelente actor americano, ha hecho un estudio concienzudo de su difícil papel, y consigue dar al personaje un relieve extraordinario, hasta en los más difíciles trances. Es sobrio, es elegante y posee verdadera inteligencia escénica. Mary Astor, que le secunda, es una figurita de rostro agraciado que recuerda la pluma del famoso Charles Dana Gibson. Carmen Myers, en su papel de amante de Brummel, está sugestiva y apasionada. Su escena de amor es sencillamente admirable por la realidad que pone en sus actitudes. Los demás actores se desempeñan muy correctamente.

Los decorados, lujosos y propios. La fotografía, impecable.



EL INFIERNO

Paulina Starque

FOX FILM

A pesar de la reclame que se ha hecho en favor de esta producción, su realización escénica no convence ni poco ni mucho. Meterse con la monumental obra de Dante Alighieri, siquiera sea incidentalmente, constituye una grave ofensa al arte, delito que no tiene atenuantes de ninguna especie.

Al margen de una pobre historia moderna de un millonario avaro, malo y atrabiliario, se han mezclado escenas del inmortal poema dantesco. No es necesario añadir que no existe nexo ninguno entre la historia del drama moderno y las visiones de la concepción dantesca. Su enlazamiento está hecho de manera tan poco feliz que el todo resulta una novela ñoña propia para asustar a niños caprichosos en trance de no obedecer a su mamá...

En fin, lo único elogiable en esta película es el esfuerzo realizado para decorar las escenas el infierno, las que, evidentemente, han sido calcadas de las ilustraciones al poema hechas por Gustavo Doré. La fotografía es buena, pero lástima grande que se haya mezclado tan mal una cosa tan respetable con un argumento tan tonto.



LA MUJER ANTE EL JURADO

Silvia Breamer - Frank Mayo
Lew Cody

PRIMER CIRCUITO NACIONAL

Un joven rico, despreocupado, moderno Don Juan, se dedica a hacer experimentos de orden pasional con el corazón de las mujeres que creen en sus engañosas palabras. Al tiempo de comenzar la película asistimos a la escena de amor con una de sus cautivas, en la cual el Don Juan quiere desvincularse de ella. La pobre joven, que ha sido llevada, a la casita de campo, con palabra de casamiento, comprende su situación, y, haciendo un valiente esfuerzo a costa de su corazón, consigue arrancarse el recuerdo del inquietante fascinador de mujeres.

Transcurre el tiempo. Esta muchacha, que ha redimido su involuntaria falta con una vida de intenso trabajo, ha conseguido hacerse independiente, entablando, al mismo tiempo, relaciónes amistosas con un excelente muchacho que ya la ama fervientemente. Ante sus reiteradas negativas, el joven enamorado comisiona a una hermana suya para que trate de triunfar en la empresa en que él fracasa. Entre mujeres, la confidencia es ya más fácil, y entonces surge el secreto que atenacea el corazón de la joven víctima del Don Juan. La hermana del enamorado le aconseja que se case con él y que no le descubra tan terrible secreto, pues ello no conduciría a nada. La joven cede, puesto que también ama, y el casamiento se consuma. Pero la joven casada ha sido nombrada jurado en una causa que, por asesinato, se sigue en los tribunales de la ciudad contra una mujer. Los lectores adivinarán, sin duda alguna, de quién se trata, pues que no es difícil. El Don Juan ha caído muerto a manos de otra mujer a quien engañó villanamente. Y aquí surge el terrible drama de la mujer jurado que tiene que juzgar en una casua idéntica a la suya.

Lew Cody hace a maravillas el papel de Don Juan, lo mismo que Frank Mayo el suyo de galán apasionado. Silvia Breamer se luce también como ella sabe hacerlo. La presentación escénica y la dirección artística, muy correctas.



TU NOMBRE... ES MUJER

Bárbara La Marr y Ramón Novarro

PROGRAMA AJURIA

Una película de contrabandistas en la que el título no tiene nada que ver con el argumento.

Un apuesto y joven carabinero es designado para vigilar a un contrabandista, el cual tiene una atrayente mujer. Claro está que el representante del orden se enamora, en el curso de su investigación, de la mujer del contrabandista. Este furibundo amor le impide acusar al contrabandista, como sería su deber... Pero las cosas se complican, pues el marido engañado descubre su desgracia, y, sin más vacilaciones, le mete una puñalada en el cuerpo a su cónyuge, que ha terminado por enamorarse por fin del apuesto y joven carabinero. Con tan pobre argumento, la dirección artística ha realizado una película de gran valor emocional que se atrae el interés del público hasta el fin. Por otra parte, la labor escénica de los artistas contribuye a acentuar este mérito. Bárbara La Marr es... la mar de graciosa y hace toda una creación de su papel; y en cuanto a Ramón Novarro, su juventud hace que se le perdonen sus muchas faltas de juego escénico.



Su Peso...

debe ser motivo de íntima satisfacción cuando Vd. toma

Fibrol

El tónico que da fuerzas, regulariza las funciones generales y regula su peso, aclara las ideas y deja una sensación de íntimo bienestar.

Por su gusto agradable, Vd. no olvidará de tomarlo antes de cada comida.

$ 3.50 el frasco. ***En las farmacias.***

GRATIS

Cada frasco va acompañado de una elegante copita. Además, presentando doce estuches que llevan las copitas y doce frascos vacíos, se entregará una elegante bandeja de metal blanco.

De Territorios



RIO NEGRO (Allen). — Alumnos de las escuelas locales, cantando el Himno Nacional en la fiesta realizada con motivo de la inauguración del hospital.



RIO NEGRO (Choele-Choel). — Concurrentes al pic-nic realizado por la sociedad recreativa "Juventud Unida", celebrando el 4.° aniversario de su fundación.



MODELOS CERRADOS

LOS modelos Ford cerrados vienen provistos de todos los detalles que hacen cómodo y agradable un automóvil: Lujosamente tapizados en excelente paño, con asientos amplios y mullidos, manubrios para subir y bajar los cristales, cortinas de seda, alfombras, cerraduras de seguridad, arranque y alumbrado eléctricos, llantas desmontables y neumáticos antiderapantes.

Coupelet. . . . . $ 2,420
Sedan Tudor . . $ 2,580
(2 puertas)
Sedan Fordor . $ 2,700
(4 puertas)

Pueden adquirirse por el Plan Semanal

La inauguración del Primer Congreso Panamericano de Carreteras se postergó hasta el 5 de octubre de 1925

De Territorios

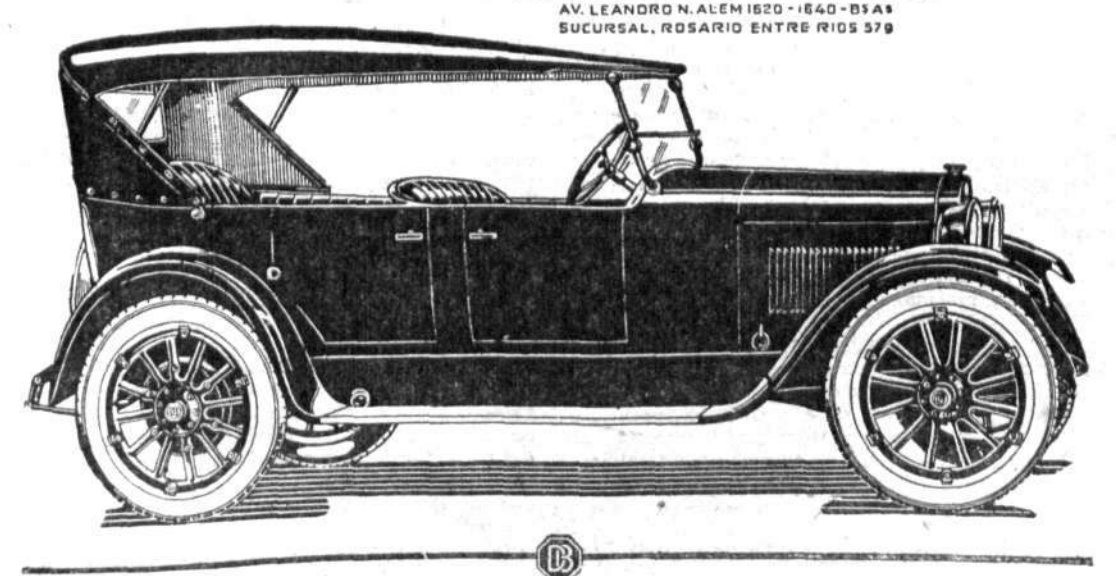



SANTA ROSA (Pampa). — El intendente municipal, señor Ambrosio Sansinena, dando el puntapie inicial en el partido de football realizado al inaugurar la plaza de deportes Centenario.

UNA CIUDAD EN EL SAHARA

Una extraña, triste, solitaria ciudad es Fachi, en el Sahara central. En esta ciudad no hay más que un centenar de habitantes; ciertamente la única del mundo que tiene los muros de las casas de sal, de sal amalgamada con polvo y convertida por el tiempo, en el mejor cemento.

La ciudad, según refiere uno de los miembros de la expedición Buchassan-Rodd (este último es hijo del ex embajador británico en Roma), es una fortaleza; una sola puerta se abre en su recinto, y es formidable, hecha de tablas de palma remachadas y con cadenas en las juntas; reforzada, además, por una gruesa tranca. Todas las casas y todas las habitaciones tienen puertas similares. Las calles, estrechas y tortuosas (un metro veinte de ancho), que no permiten ver nada a más de diez metros de distancia, son un laberinto lleno de sombra. Las casas parecen colmenas; se entra a trvés de puertas tan bajas, que obligan a agacharse. Hay un torreón formado de cuatro torres, tan unidas entre sí, que dan al interior el aspecto de un pozo. En la misma entrada hay una cueva llena de enormes jarras de tierra blanca en las cuales se conservan dátiles y grano para la eventualidad de un asedio. El oasis de Fachi, es pequeño. Tiene una ligera faja de palmeras, cuevas de sal y una abundante provisión de agua. Los habitantes son sucios, salvajes, siniestros como su ciudad.






NO de los misterios más atrayentes de los últimos años de la guerra de la independencia, es la conducta del general realista don Pedro Antonio de Olañeta, que mandaba las tropas del rey en el Alto Perú cuando los patriotas ganaron la batalla de Ayacucho. El general era español, vizcaíno, y vivía en Salta entregado a las tareas del comercio, cuando un buen día se le ocurrió enrolarse en las filas realistas. Desde los primeros momentos dió muestras de gran valor y serenidad y de cierta intuición de las cosas de la guerra, que le permitieron ascender más rápidamente que muchos militares de profesión, entre los cuales su carrera no dejaba de provocar ciertas protestas. Era, sin disputa, el soldado más absolutista entre todos, de modo que, cuando por obra de la revolución de 1820 los liberales españoles lograron el restablecimiento de la constitución de 1812, en España y las colonias, Olañeta se mostró en el acto vivamente disgustado, disgusto que aumentó cuando los altos jefes militares del Virreynato peruano, residentes en Lima, depusieron al virrey Pezuela y proclamaron en su lugar al general La Serna.

Absolutista convencido y católico a macha martillo, el general Olañeta abrigaba el más violento de los odios por todo lo que siquiera de lejos oliese a liberal; así es que los jefes liberales, masones, como se les llamaba, que habían depuesto al virrey y habían aceptado en seguida el restablecimiento de la constitución, eran para él poco menos que demonios salidos del Averno para combatir la santa causa del rey absoluto y de la iglesia intolerante. La ruptura no podía ya, pues, sino ser cuestión de tiempo.

La guerra, puede decirse que había cesado prácticamente en el Alto Perú. Las provincias argentinas, hecho el supremo esfuerzo para la preparación de la expedición de San Martín a Lima y divididas entre sí en forma que algún momento pareció irremediable, no se hallaban en situación sino de defender sus fronteras septentrionales contra los realistas, tarea encomendada a los gauchos de la región, sostenidos por pequeños núcleos de tropas regulares. Bastaron, sin embargo, para evitar que los soldados del rey asentasen pie firmemente en las libres tierras argentinas. En el Alto Perú mismo, los patriotas hacían únicamente campañas de guerrillas, siempre heroicos hasta la muerte y abnegados hasta el sacrificio; pero eran incapaces de operaciones serias contra los realistas, dueños de las principales ciudades y de casi la totalidad del territorio.

La posesión del Alto Perú tenía grandísima importancia para los defensores de la causa española, porque de allí sacaban buena parte de la plata que necesitaban para el mantenimiento de su aguerrido ejército del Perú, que durante cuatro años habría de disputar la victoria a los soldados de San Martín y Bolívar. Además, como, a pesar de todo, siempre era de temer un ataque por parte de las Provincias Unidas, les convenía mantener en el Alto Perú un ejército adecuado para resistirlo con éxito.

Sería muy largo historiar, siquiera someramente las causas que tuvieron el resultado de que el general Olañeta quedase un día con el único jefe de las fuerzas realistas en el Alto Perú. Baste decir que concluyó por rebelarse francamente contra la autoridad del virrey La Serna, y se proclamó a sí mismo el único defensor verdadero de la causa del rey y de la Iglesia, que para él eran insepara-

bles. Y en este punto empieza el misterio del caso. En primer término, se ve a Olañeta en relaciones más bien amistosas con las autoridades de la provincia de Salta, y se sabe que por la vía de Buenos Aires recibía pertrechos y armas para sus tropas. Los enemigos de Buenos Aires han dicho que ese tráfico de armas y pertrechos para un ejército realista, demuestra que el espíritu mercantil de los porteños les movía a preferir las ganancias del tal tráfico al combate contra la causa realista. A primera vista, el argumento puede parecer de valor; mas lo pierde cuando se piensa que Buenos Aires misma podía ser víctima del ejército de Olañeta, y no se concibe que los porteños quisiesen suicidarse en esa forma. Estudiado serenamente el punto, se llega a la conclusión de que la hipótesis menos inverosímil es que se procediese en esa forma con el jefe realista por haberse éste sometido a dos condiciones: no atacar a las Provincias Unidas y sacudir la autoridad del virrey, quitándole el concurso de su ejército, que habría demorado por mucho tiempo el triunfo de la causa patriota en el Perú. Contribuye a la aceptación de esta hipótesis la circunstancia de que el sobrino y consejero del general, don Casimiro Olañeta, hacía, con cierta frecuencia, viajes a las Provincias Unidas, y aun a Buenos Aires, bien que en alguno de ellos fuese hasta reducido a prisión en Córdoba. Es posible que investigaciones prolijas en los archivos del tiempo, aclaren este importantísimo asunto. En segundo término: una vez que Olañeta rompió definitivamente con el virrey, hasta el extremo de trabarse una verdadera guerra civil, no tardó en entrar en relaciones con Bolívar, que en un documento hecho público le señaló como contribuyendo esencialmente con su actitud a la causa de la patria, todo ello sin que Olañeta protestase, más aun, sin que suspendiese sus relaciones epistolares con Sucre ni aun después de Ayacucho. ¿Se le había prometido a Olañeta que se le dejaría libremente en el Alto Perú bajo la soberanía distante e ineficaz de Fernando VII? ¿Creyó el realista Olañeta que con sus solas fuerzas sería capaz de triunfar sobre los patriotas, aun después que éstos hubiesen obligado a capitular al virrey? ¿O tuvo algún momento el propósito de abandonar la causa del rey, por la cual había luchado con tanta tenacidad y con relativo éxito?

Misterio. Su sobrino, el ya nombrado y por siempre famoso en la historia de Bolivia, don Casimiro Olañeta, se jactó siempre de que él había sido el inspirador de la política de su tío, teniendo en mira los intereses de la causa patriótica; pero don Casimiro se murió, muchos años después, sin que explicase con satisfactoria claridad y buena documentación cuál había sido su actitud para con su tío.

Lo cierto es que, una vez triunfantes en Ayacucho los patriotas, y cuando se creía que el general Olañeta habría de pasarse con armas y bagages a la causa triunfante, no se pasó, sino que, después de felicitar a Sucre por su glorioso triunfo y concertar un armisticio, se preparó a seguir defendiendo la causa del rey, y hasta mandó dinero a Iquique para comprar armas a ciertos mercaderes extranjeros que andaban por el Pacífico vendiéndolas.

Pero ya el Destino había fallado, y los últimos días de Olañeta debieron ser muy sombríos, pues sus tropas empezaron a desertar en proporciones inauditas y a poco de Ayacucho hubo de retirarse de Potosí con algunos centenares de soldados en dirección a Tumusla. ¿Qué esperaba? Sus soldados le abandonaban, las poblaciones se alzaban. Sucre se hallaba ya en La Paz, y Arenales avanzaba desde Salta contra él. En toda la América del Sud no quedaban defendiendo la causa real sino Rodil, en el Callao, y Quintanilla, en Chiloé. Auxilios de España no habrían de venir, y aunque viniesen, no cambiarían la faz de las cosas, a lo menos permanentemente. En esos momentos de angustia, ¿se dió cuenta Olañeta de que había deservido mortalmente la causa que había querido servir con todo el fervor de su alma de absolutista y católico fanático? ¿Vió que su sobrino le había usado a él, a su estrecha inteligencia y a su testaradez, como instrumento en contra del rey y de la Iglesia? ¿Comprendió que había sido una ingenuidad suya pretender engañar a los grandes jefes patriotas del Perú?

Y el destino fué tan cruel con él, que ni siquiera murió en acción heroica, en defensa de su rey y de su fe, sino que cayó víctima de una rebelión de cuartel, en Tumusla, el 2 de abril de 1825, hace hoy cien años. Con él desapareció el vértice del triángulo que formaba con Rodil y Quintanilla, y la causa realista acabó de morir también. Seguramente su último pensamiento fué para la bella y digna esposa, que en Salta le esperaba y que amaba sobre todas las cosas de la tierra. ¿Sería ella, acaso, la que?...

Así murió el famoso general don Pedro Antonio de Olañeta, una de las más enigmáticas figuras de la guerra de la independencia, sin la satisfacción siquiera de recibir la real cédula de mayo de 1825, por la cual el rey le designaba, en pago de sus servicios, virrey y capitán general de las provincias del Río de la Plata. En Madrid vivían en la luna, aun después de Ayacucho; y cuando llegó a Río de Janeiro el enviado especial que traía la cédula de nombramiento del último virrey del Río de la Plata, ya le había muerto una bala disparada por uno de sus propios soldados. Murió, y se llevó a la tumba la clave de su atrayente, casi podría decirse fascinador, misterio. Centenario que valía la pena señalar.

AL MARISCAL DE CAMPO DON PEDRO ANTONIO DE OLAÑETA.

«El Rey N. S., enterado de la situación política de toda la América Meridional, y de los últimos sucesos militares que tan desgraciadamente han tenido lugar en ella, y atendiendo al mérito y circunstancias que concurren en U. S., se ha servido nombrarle Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, con la Presidencia de su real Audiencia... Procure por todos los medios posibles restituirlo todo a la antigua tranquilidad que gozaban esas ricas Provincias, alterada por resentimientos particulares y hombres ambiciosos, que aunque no ofenden la acrisolada lealtad de sus naturales al rey N. S., obstruyen, no obstante, la gloria que se ha propuesto su real ánimo de que todo vuelva a su paternal gobierno y vengar los ultrajes de los usurpadores que intentan subyugarlas...»

Madrid, Mayo de 1825.

M I R R O R

Nuestros pequeños visitantes


Lía y Alfredo Rametta, palmatoria y biliken.


Celia Juana y Celina Tacchella, turca y alsaciana.


Osvaldo y Yolanda Garrido, fantasía y bailarina.


Elena y Juana Scala, cisne y aldeana.


Modesto Pernía y Delia Maniacci, turco y napolitana.


José y Juana Capello, torero y baturro.


Paquita y Encarnación Pérez, fantasía y aldeana.


Sofía Ana Moreno, arlequín.


Angélica Araujo y Oscar Martínez, holandesa y pierrot.


Matilde E. y Avelino E. Martínez, favorita y príncipe.


Beatriz y Marcela Tornavoude, farol y dama antigua.


Oscar Torres y José M. Ballena, cocoliche y apache.


Haydée Hadida, sol.


Irma y Leonor Vizcarra, fantasía.


Ernesto R. Fernández y Luisa Louzani, fantasía y turco.


José y Alberto Casas, pierrot y frutilla.


Camilo E. y Roberto Retes, pierrots.


Lilia M. y Alberto M. Garostiaga, sultana y pierrot.


Haydée F. Ríos y Josefina Elías, angelito y pierrot.


Olga y Adolfo Piñero, aldeana y jockey.


Marga[illegible] [illegible] Mendelew, pierrot y fantasía.


Nelly D. [illegible] y [illegible] Giardelli, mosquito y Mme. Pompadour.


Felisa y Manuel Hoz Gubia, fantasía y estibador.


Libuse y Armunka Huspaur, fantasía y checoeslovaca.


Amelia Piacenzza e Ilda López, baturro y belga.



DESDE EL MIRADOR

El monumento al libertador San Martín en Boulogne

Los residentes argentinos en París han resuelto organizar una peregrinación anual que vaya a depositar flores y laureles votivos en el plinto de la estatua que perpetúa la gloria del Libertador San Martín en la brava tierra francesa.

La idea no puede ser más brillante ni más digna de quienes comprenden y sienten la patria lejana y saben que la misa frecuente del recuerdo es la que mejor conserva el fuego del altar de la gloria.

El libro español en Buenos Aires

Cuando los prestigios de una gran capital atraviesan los mares en alas de la fama espontánea — que es la sincera — las gentes lejanas y activas hacen converger su atención hacia tal centro, y es entonces cuando confirma la humanidad la elevada jerarquía de la urbe. Organízanse viajes turísticos importantes y se piensa en exposiciones, a los que el renombre ciudadano dará su timbre.

Buenos Aires hace algún tiempo ya que fué elevada y reconocida por la opinión universal como uno de los centros más activos e importantes de la riqueza.

De modo que todos los congresos, conferencias internacionales y certámenes donde haya de exhibirse algo que valga y merezca sanción, tienen aquí un escenario acústico.

Es por tanto muy entrada en razón la idea de la Cámara Oficial del Libro Español al resolver solicitar el apoyo del gobierno madrileño para acudir a la Exposición del Libro Español, que se proyecta celebrar en la capital argentina, en el mes de octubre próximo.

La cámara aludida conocerá aquí indudablemente cuál es la verdadera situación de sus producciones en los mercados de la América Latina, y podrá tomar, en consecuencia, la orientación que más convenga a los mutuos intereses, ya que la librería argentina crece día por día y ha de contar fatalmente con la fuerza de irradiación que posee la metrópoli sudamericana.

La exposición expresada ampliará los horizontes de los escritores castellanos del nuevo mundo, no sólo bajo el punto de vista de una difusión más copiosa, sino en lo que se refiere al legítimo beneficio material a que tienen derecho. No se volverán a producir casos tan amargos y lamentables como el de Rubén Darío vendiendo en Barcelona uno de sus libros más nobles, por cuarenta duros..., o el de Eduardo Carrasquilla-Mallarino firmando un recibo de mil pesetas no entregadas, por una colección de poesías... ¡Tan dramática es la tiranía de ciertos editores!

Los menores, el baile y el biógrafo

La campaña que en estos últimos meses ha ido activándose, tendiente a proteger a los niños contra el vicio y la frecuentación de lugares inapropiados, nos merece una aprobación sin reservas que ojalá estimule a las autoridades respectivas en el sentido de intensificar su acción cada vez más. Porque, trátase de un problema gravísimo. Todo descuido en la vigilancia y reglamentación de las vidas que comienzan, originaría resultados de muy difícil reparación más tarde, cuando esas existencias se hayan arraigado ya profundamente en los bajos fondos y en las relajadas ideas.

No hay nada tan digno de protección como la infancia desvalida, ni nada que deba conmover mayormente a una sociedad, sobre todo cuando es generosa como la nuestra. De modo, que la labor de arrebatar esas criaturas desventuradas á las garras de la depravación y del relajo, es de una urgencia y de una utilidad que no necesitan epíteto.

Alejar a las niñas, sobre todo, de los antros mal vados y corrompidos, es obra de señaladísimo bien, ya que la mujer, por su misma naturaleza y por su organización mental, es acreedora, en todos los centros cultos, a cuidados particulares, tanto de parte de la sociedad como de la familia.

Parécenos, por tanto, que la tenacidad saludable con que el presidente de la Liga Patriótica se dirige al ministro de Instrucción Pública en el sentido de alejar de ciertas salas cinematográficas la crecida concurrencia infantil, es una tenacidad llena de previsión oportuna. Durante los meses invernales, los espectáculos expresados vénse extremadamente concurridos por seres tiernos cuyas imaginaciones se lesionan y desvían al contemplar las pintorescas y «envidiables» apoteosis del ladrón teatral y del asesino folletinesco.

Propaganda en Europa

Con objeto de asistir a la Exposición de Arte decorativo, que va a inaugurarse en la capital francesa en el próximo mayo, certamen que aumentará e interesará la afluencia de turistas del resto de Europa y de las principales naciones americanas, el señor Gustavo Nebel ha «filmado» un considerable número de visiones argentinas.

Es el señor Nebel raro espíritu que, poseído por una idealidad, sacrifica ante ella muchas cosas. Voluntad puesta de manera romántica al servicio de la propaganda argentina en los primeros centros del mundo civilizado, Nebel comenzó sus andanzas desde hace algunos años. Es considerable la deuda que tiene el país con este filmador de las más bellas cosas nacionales que él revivirá mañana — como las revivió antes — en espectáculos políglotas donde su palabra se hará oir discreta y segura.

Nebel, además de aprovechar la oportunidad que le brinda la apertura expositiva de París, llégará a Europa en momentos en que el nombre argentino está sonando en las universidades, en las escuelas de bellas artes y en el alto periodismo.

¡Váyale bien al caballero idealista, cuyos entusiasmos nada quebrantó, en la nueva romería de popularización de los nobles valores argentinos¡

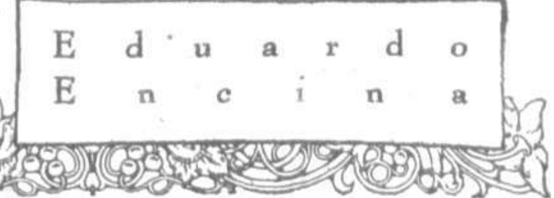
El sabio Einstein y la poesía.

A la revolución que en las altas esferas pitagóricas ha suscitado y realizado el sabio suizo-germano que nos visita en la actualidad, hay que agregar hoy una nota que tiene no poca importancia — tal vez desde antes del inmortal Galileo.

Trátase, en efecto, de la frase pronunciada por Einstein en una de sus recientes conferencias, y que dice: «El espacio es curvo y probablemente finito».

Tal afirmación, indiscutible — dada la autoridad que la pronuncia — produce una revolución en la poesía que ha cantado tantas veces, desde hace tantos siglos, «el espacio infinito» y «el abismo sin límites ni fin»...

Eduardo Encina



Nuestros pequeños visitantes


Sofía Ambos, paisana.


Raquel Angélica Mazzella, Mme. Pompadour.


Elena del Valle, maja.


María Luisa Casariego, arlequín.


Olga María Porro, bataclán.


Rosita Pelluccio, albanesa.


Nélida T. Pestini, locura.


Inés Cágera, fantasía.


José R. Ferreiro, rajah.


Lucía Polizón, marquesa.


Roberto Sormillet, pierrot.


Sofía Navegarosky, corista.


Rosmila Feschino, tejedora.


Antonio A. Mendello, baturro.


Rosita María Tremps, clavel.


José M. Favelto, paje.


María Pintos, Cleopatra.


Annes Caylor, fado.


Etelvina Martínez, paisana.



Pura Ojeda, mistinguet.


José Vidal, pierrot.


Maravilla García, maja.


Eduardo Olivetto, paisano.


Argentina Manzano, bailarina.


Monia Esther Recalde, sultana.


Carmen Rico, fruta.


Haydée Acosta, bataclana.


Victoria Giordano, odalisca.


Antonio F. Marras, holandés.


Jorge Martínez, torero.


Héctor P. Perraldi, lechero.


J. R. Negreiro, Mefistófeles.


Antonio F. Trotta, baturro.


Elisa M. Porretti, esclava.


Pepito Gallo, pescador.


Graciela Bocke, fantasía


Elsa Roldi, bataclán.

Nuestros pequeños visitantes


José V. y Francisco E. Abbate, pierrot y farol.


Hortensia, Ernestina, María E., Aída, Nélida y Horacio Rinaldi, N. Lucas y L. Staffa, "Los Mirasoles".


C. A. Raffo, M. E. Chopin, Rosa, Mauricio y Enrique L. Raffo, María A. Pereyra; árabes, pierrots y bailarina.


Eugenia Goldemberg y Angela Ricobaldi, pierrot y farol.


Alberto Giraldes y Lelia Randón, torero y marquesa.


Nelly Cata y María Angélica Arbós, payasos.


Oscar y Delia Devincenzi, rajah y dominó.


Ana y Luisa Bosqui, príncipe y marquesa.


Elsa y Jorge López, dama antigua y pelotari.


Rosa Roca y María A. Felipelli, bomboneras.


Haydée R. Castagnino y María R. Marino, marquesa y billiken.


Juan J. y Luis O. Gómez, pierrot y jockey.


Ermelinda y Elida Barragán, fantasía y billiken.


María A. Petraglia y Amalida E. Nieto, billar.


Elsa S. y Zulema Raquel Megy, esclavas.


Mariana y Rita Romero, boletos.


María E. Urruty y Sara A. Cierletti, esclavas persas.


Blanca y Pilar Roldán, odalisca y dama antigua.


Virginia y José Rimoldi, maja y odalisca.


Lola Vázquez y Julia García, pastoras.


María y Antonia Casolas, lavanderas andaluzas.


María Elena y Nélida Ascorra, bataclán.


Eduardo y Nelly Suero, jockey y clavel.


Lita y Martín Soteras, ángel y baturro.

Comentarios



— Debemos declamar. Quien no declama
vive como una sombra indiferente,
pues ni sufre, ni ama,
ni consigue admirar a cierta gente
que a los declamadores
tuvo siempre por hombres superiores.
— Eso de declamar es cosa vieja
y no siempre resulta interesante.
— Declamemos, no obstante;
Sagarna lo aconseja.

— Desagrados, molestias, pesadumbres
le tienen intranquilo.
¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!
¡Oh, intervención maléfica! ¡Oh, Cantilo!
Sufre de continuadas pesadillas,
¡oh, qué obsesión tan terca!
y la sombra de Crotto se le acerca
para hacerle cosquillas.

— Del triunfo ajeno, al parecer, se engríe,
y cuando piensa en Córdoba, sonríe.
Algún personalista caviloso
se pregunta rabioso:
¡Oh Gallo diminuto!,
¿acaso empuñas el puñal de Bruto?



—Llegó Semana Santa. Un diputado,
sintiéndose inspirado,
arenga a su familia.
¿Qué mosca le ha picado?
¿Es que hay declamadores de vigilia?

—No hay miedo que se doble y que se ablande.
Hipólito no grita ni alborota,
porque en el triunfo es grande
y grande en la derrota.
Declamando podría
decir algo notable.
Su silencio admirable
es más declamatorio todavía.



— Vedle meditabundo,
mientras un latinista furibundo
le habla de Horacio, Cicerón y Ovidio,
a fin de consolarle. Todo el mundo
te venera, ¡oh, Elpidio sin segundo!
¡oh, Elpidio! ¡oh, dulce Elpidio!

— Aplácase del todo
y Cárcano se expresa de este modo:
¡Qué días¡ Los recuerdo
con placer y desgano.
Por casi nada pierdo.
Por casi nada gano.
¿Puede haber ¡oh Divina Providencia!
quien niegue tu existencia?

—Con una expresión rara
Gallardo se pasea.
Y con voz no muy clara
dice: «Ha sido muy ruda la tarea.
Pero estoy satisfecho,
porque, sin duda alguna,
soy hombre de provecho.
Sé más inglés que Milton ¡oh, fortuna!
El príncipe de Gales, de seguro,
no habla un inglés tan puro».

— Puesto que no triunfó el radicalismo,
¿Alvear está contento o descontento?
¿Quién puede contestar por el momento?
Alvear es un abismo.
¡Un abismo que a nadie le contesta!
¡Un abismo que va de fiesta en fiesta!





— Einstein — piensa Molina — es un bendito
que niega el infinito. Y yo protesto.
¡Este es el infinito! —
Y enseña el presupuesto—.

— La enseñanza de ahora
no es la enseñanza vieja, ya caduca.
¡Oh, la declamación que nos educa!
¡Oh, la declamación que nos mejora!

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

M. F. L. — Buenos Aires. —
Cuando logre imprimir sus abortos,
pues no es imposible que encuentre editor,
pensarán los lectores, absortos:
— ¡Qué cosas escribe! ¡Dios mío, qué horror!

P. R. E. — Buenos Aires. —
De que, a fuerza de ser ñoño,
consiga usted fastidiar,
no se le puede culpar
al otoño.

Ruperto. — Buenos Aires. —
Por desgracia, es muy cierto
que han sido rechazados.
¿A dónde vas, «Ruperto»
con esos adjetivos oxidados?

J. D. J. — Buenos Aires. —
Que, aun cuando le traten mal
¿observará, el que le caiga,
que es original? No hay tal
ni cuando escribe usted «haiga»
logra ser original.

T. M. P. — Buenos Aires. —
Esos pastores
y esas pastoras
que hablan de amores
a todas horas,
no son del gusto de los lectores
ni del agrado de las lectoras.

P. A. M. — Buenos Aires. —
Escribiendo en estilo tan cerril
¿qué gusto saca usted, hombre incivil?

R. M. B. — Buenos Aires. —
Aunque son tan detestables
que dan ganas de llorar,
hay cosas impublicables
que se suelen publicar.

F. — Buenos Aires. —
Si anhela darse corte,
deje el «boxeo»
y cultive el deporte
del macaneo.

D. J. — Buenos Aires. —
Cartas muy bien escritas
se han perdido quizás.
Las cartas en que vienen pavaditas
no se pierden jamás.

J. A. F. — Buenos Aires. —
Nos deja usted fríos
con eso que cuenta.
¡Qué chismes! ¡Qué líos!
¡Qué enredos inventa!

V. O. — Buenos Aires. —
No le llame la atención
que sean unas ingratas
y desdeñen su pasión,
porque hay ciertas literatas
que no tienen corazón.

R. Ch. — San Martín (Córdoba). — Se publicará.